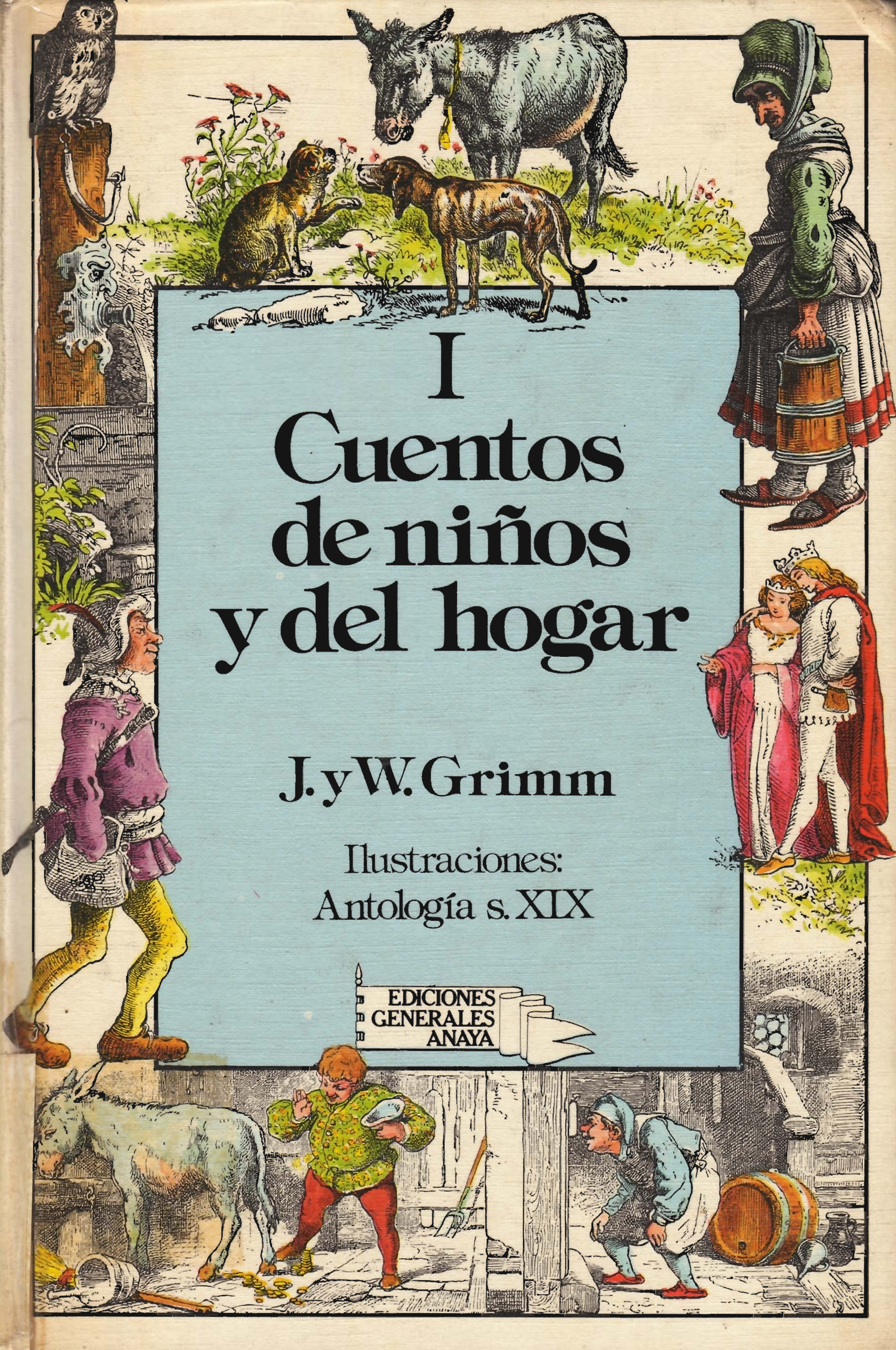
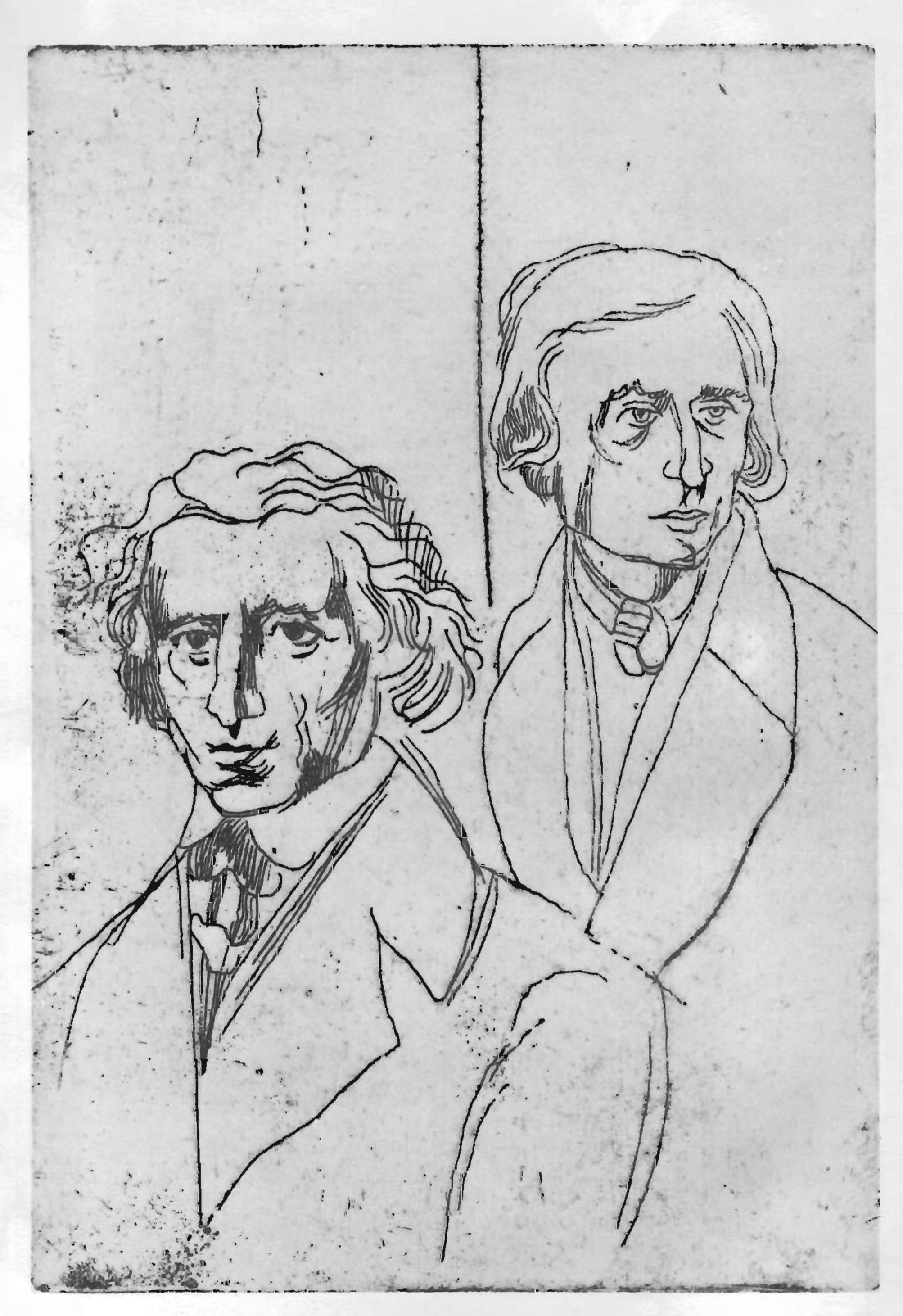


I
Cuentos de niños y del hogar

J. y W. Grimm

Ilustraciones:
Antología s. XIX

EDICIONES GENERALES ANAYA



JACOB LUDWIG CARL GRIMM (1785-1863) y WILHELM CARL GRIMM (1786-1859)

I
Cuentos de niños y del hogar

J. y W. Grimm

Introducción:
Herman Grimm

Traducción:
María Antonia Seijo Castroviejo

Ilustración:
Albert Adamo, Karl Appold, Max von Beckerath, Wilhelm von Diez, Rudi Geissler, Theodor Hosemann, Carl Offterdinger, Franz Pocci, Ludwig Richter, Moritz von Schwind, Oswald Sickert, Hans Speckter y Otto Speckter

EDICIONES GENERALES ANAYA

La presente obra es traducción directa e íntegra de la séptima edición completa de los Cuentos de niños y del hogar, *Berlín, 1857. Las ilustraciones de este volumen corresponden a los siguientes ilustradores del siglo XIX: Otto Speckter (1807-1871):* El rey Sapo o Enrique el Férreo y Hermanito y hermanita; *Max von Beckerath (1838-1896):* Cuento del que fue a aprender lo que era el miedo; *Karl Appold (1840-1884):* La chusma; *Hans Speckter (1848-1888):* Las tres hilanderas; *Theodor Hosemann (1807-1875):* Hänsel y Gretel y La Cenicienta; *Wilhelm von Diez (1839-1907):* El sastrecillo valiente; *Rudi Geissler (1834-1906):* Caperucita Roja; *Carl Offterdinger (1829-1889):* Los músicos de Bremen; *Albert Adamo (1850-1887):* La mesita, el asno y la estaca encantados; *Franz Pocci (1807-1886):* El ahijado de la muerte y Presa de pájaro; *Oswald Sickert (1828-¿?):* El viaje de Pulgarcito; *Moritz von Schwind (1804-1871):* El enebro; *y Ludwig Richter (1803-1884):* Los seis cisnes.

Cubierta: José María Ponce

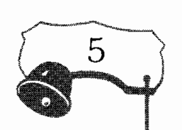
Grabado de los autores: Justo Barboza

Título original:
Kinder- und Hausmärchen, Berlín, 1812-1857

Villafranca, 22, 28028 Madrid

1.ª edición, octubre 1985

ISBN: 84-7525-302-4 (Obra completa)
ISBN: 84-7525-303-2 (Volumen I)
Depósito Legal: M. 34.080/1985
Impreso en Josmar, S. A.
Artesanía, 17
Polígono Industrial de Coslada (Madrid)
Printed in Spain



Indice

Vocabulario *

Aster: Planta de jardín que tiene flores en forma de margaritas, blancas o azules.

Codo: Medida de longitud de unos 42 cm, contado desde el codo al extremo de los dedos.

Cruzado: Moneda antigua con una cruz en el anverso.

Feldespato: Silicato de aluminio y de calcio, sodio o potasio, o mezcla de estas bases, que forma parte de muchas rocas.

Filloa: Especie de tortilla que se hace con harina, yemas de huevo batidas y un poco de leche. El nombre elegido para la traducción corresponde a una especialidad culinaria gallega.

Gobio: Pez teleósteo de pequeño tamaño.

Holle: Espíritu benigno de la mitología germánica. Vive gustosamente junto a los lagos y pozos y allí se peina su cabello dorado. Pero, de la misma manera que Wotan, puede mostrarse enormemente furiosa; por esta razón se la representa a veces como una vieja bruja nariguda, con los cabellos de punta, que asusta a los niños.

Lenchen: Diminutivo de Elena.

Onza: Peso que consta de 16 adarmes y equivale a 28.7 gramos. Es una de las 16 partes iguales del peso de la libra, y la del marco de la plata se divide en ocho ochavas. Cada ochava equivale a 75 granos, o sea, 3.59 gramos.

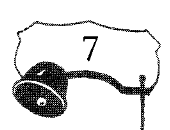
Rapónchigo: Planta herbácea perenne, de 40 a 60 cm de altura, de tallos estriados, hojas radicales oblongas y las de tallo lineares, flores en panículas terminales, de color azul, hendidas en cinco puntos, y fruto en cápsula. La raíz, de color blanco, se come en ensalada.

Salsifí: Planta herbácea de raíz blanca, tierna, fusiforme y comestible.

Tálero: Antigua moneda de plata.

* En este vocabulario figuran las palabras que en el texto aparecen con asterisco.





Los hermanos Grimm

(Recuerdos de Herman Grimm)

Los dos hermanos

Jacob y Wilhelm Grimm eran casi de la misma edad, pero Jacob parecía bastante mayor que Wilhelm; además era más fuerte, ya que en su juventud no había padecido enfermedades como Wilhelm, mi padre. Jacob era soltero, y los dos hermanos vivieron siempre en la misma casa, trabajaron juntos y están enterrados juntos en el cementerio de San Matías de Berlín. Nacieron en Hanau: Jacob el 4 de enero de 1785 y Wilhelm el 24 de febrero de 1786. Sus cumpleaños eran días de fiesta para nosotros los niños. Por lo que puedo recordar, a Jacob le ponían siempre en una bandeja de plata, que sólo se utilizaba en esas ocasiones, una verdadera montaña de uvas pasas, que se llevaba a su habitación. También le regalaban un par de zapatillas bordadas. Cuando las cogía, olía las suelas nuevas, porque le gustaba el olor a cuero, que le recordaba al de la encuadernación de los libros, y se las llevaba también, para aparecer al cabo de un rato con ellas puestas.

A mi padre, el 24 de febrero, le regalaban una maceta de primaveras de color rojo pálido, su flor favorita. Para mí la idea de cumpleaños va asociada a esa flor.

Resumen de una vida

La primera parte de su vida, la más alegre, sólo la conozco por cartas y relatos. Durante esa época bella y fecunda, los hermanos vivieron en Kassel, donde fueron juntos al colegio. Los estudios universitarios lo realizaron en Marburg. En Kassel se colocaron de bibliotecarios en la biblioteca de Hesse, en cuyas amplias y silenciosas salas se encontraron como en su propia casa. Siguieron siete años en Gotinga, a partir de 1829. Los últimos decenios los pasaron en Berlín. Allí murió primero Wilhelm, el 16 de diciembre de 1859. Aún puedo ver a Jacob aquel día frío de invierno cogiendo un duro terrón con sus finas manos y arrojándolo a la tumba de Wilhelm. El 20 de septiembre de 1863 le siguió él. Ambos trabajaron hasta el último día de su vida desde la mañana hasta la noche. Wilhelm, en los últimos años, un poco cansado ya. Jacob, en cambio, seguía haciendo planes para el futuro.



El nombre de Grimm

En Alemania todos conocen a los hermanos Grimm. Los niños crecen amándolos. ¡La de veces que me han preguntado si estaba emparentado con ellos! Y al decirles que era su hijo y sobrino, me convertía en una especie de pariente de los que me preguntaban. Nunca se me pudo brindar mayor honor. Todos honran su nombre. Y este aprecio del pueblo se hereda de generación en generación. Para el monumento que se les va a hacer en Hesse han contribuido todos los alemanes, e incluso gentes de otras partes de la tierra. Hasta los niños y los pobres han aportado con frecuencia unos pocos *pfenning*.

Independientes y responsables

Jacob y Wilhelm Grimm perdieron muy pronto a su padre; por tanto, no tuvieron que agradecer su educación más que a ellos mismos. Desde muy jóvenes poseyeron un gran sentido de la responsabilidad para con su madre y sus hermanos pequeños. Luego, al llegar la desgracia en 1806, se sintieron dominados por la idea de trabajar por el honor y la liberación de la patria. Creían en la vuelta de la antigua unidad y grandeza de Alemania. Al mismo tiempo, sin embargo, alimentaban un único y gran deseo, que también les sería concedido: el ser independientes y no ser molestados en su trabajo científico. Eso es lo primero que me viene a la memoria cuando pienso en mi padre o en mi tío; que el silencio era su verdadero elemento. Jacob se queja poco en las cartas que escribe a su hermano; lo único que le resulta a veces insoportable es que en las horas libres no encontraba un sitio en el que pudiera trabajar sin ser molestado.

Hábito de trabajo

Yo he nacido en Kassel, pero los primeros recuerdos los tengo de Gotinga. Aún me veo andando en silencio por los cuartos de estudio de mi padre y del «apapa», como llamábamos de niños a Jacob Grimm (y todos los amigos de la casa). Sólo se oía el raspar de las plumas o, de vez en cuando, una ligera tosecilla de Jacob. Este se inclinaba mucho sobre el papel para escribir; las barbas de su pluma estaban totalmente desgalichadas y caídas, y escribía a toda prisa. Mi padre mantenía la larga pluma de ganso tiesa hasta la punta y escribía más despacio. Los rasgos de la cara de ambos se movían ligeramente al escribir; alzaban o bajaban las cejas y, de vez en cuando, miraban al vacío. A veces se levantaban, cogían un libro, lo abrían y lo hojeaban. Me hubiera parecido imposible que alguien se atreviera a interrumpir aquel sagrado silencio.

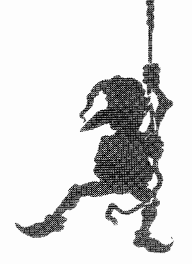
Discurso de la nostalgia

Las habitaciones de trabajo de los hermanos en Gotinga daban a un gran jardín. A lo lejos destacaba un tilo y una valla de madera. Yo había oído decir a las criadas que

el mundo estaba sujeto en alguna parte a unas tablas, y en mis pensamientos infantiles creía, pues, que en cada valla se encontraba el fin del mundo. De todas formas para mí lo más lejos era Kassel. Allá iba todos los años la familia entera en un carruaje cargado de maletas, desde Gotinga a través de las montañas de Münden. Cuando pasábamos el león de arenisca que señalaba la frontera de Hesse, me encontraba en mi verdadera patria chica. En lugar de los álamos de Hanover había serbales a los lados de la carretera. También mi padre y mi tío se sentían en Gotinga muy lejos de su tierra. Jacob se consolaba pensando que en ambos lugares las estrellas del cielo eran las mismas. El primer discurso académico que pronunció en Gotinga versó sobre la nostalgia. Yo sólo viví en Hesse unos pocos años: desde que tuvimos que abandonar Gotinga y volvimos a Kassel hasta que los destinaron a Berlín. Pero para mí Hesse siempre ha seguido siendo mi verdadera casa, y en ninguna parte me resultan tan hermosos el valle, la montaña ni los grandes panoramas. Allí me parece respirar otro aire. Mi madre hablaba siempre en dialecto de Hesse. Ese acento tiene para mí algo encantador. Su sonido me parece cosa de cuentos; los percibo en todo lo que escribieron Jacob y Wilhelm. El Fulda fue para nosotros siempre un río importante, y el bello poema que le dedicó Karl Altmüller arrancaba las lágrimas de mi madre.

Camaradería con la naturaleza

Pero mis recuerdos de la infancia son sobre todo de Gotinga. En las ventanas de las habitaciones de estudio de mi padre y de mi tío estaban sus flores preferidas. En la de Jacob alhelíes amarillos y heliotropos, en la de Wilhelm, como ya he dicho, primaveras de suave aroma. En un dibujo, que representa a éste en su escritorio, aparece junto a él un tiesto de primaveras. Los dos hermanos tenían la misma relación de camaradería con la naturaleza que Goethe. Todo aquello que floreciera y creciese les alegraba. Sobre sus mesas había piedras minerales de todas clases como pisa-papeles. Sobre la de Jacob, una pieza a base de conchas petrificadas; sobre la de Wilhelm, todo un yacimiento de cristal de roca. Sus escritorios, con todo lo que había sobre ellos, han sido donados al Museo Germánico de Nuremberg, donde esperemos que se guarden con respeto. El poema de Platen a la flor de una madreselva hallada por el poeta en un paseo otoñal, se lo he oído recitar a mi padre muchas veces con emoción, y el dedicado a la violeta de Goethe, que tan bellamente compuso Mozart, le era muy querido. Los dos hermanos tenían la costumbre de volver de sus paseos con flores y hojas, que luego colo-



caban en los libros que más utilizaban. Con frecuencia vemos anotados en esas hojas secas la fecha y el lugar donde fueron halladas. Toda su vida la acompañan estos recuerdos. A veces, pegaban las hojas sobre papel y apuntaban más detalles. Una vez encontré una hoja de trébol que mi padre había cogido el día en que mi hermano mayor, que murió muy pronto y que se llamaba Jacöbchen (Jacobito), fue enterrado junto a su abuela. Tanto en los libros de Jacob como en los de Wilhelm hay muchas hojas y flores de la tumba de su madre. Entre los viejos escritos he encontrado un capullo de rosa seco pegado sobre un papel, en el que pone: «De la tumba de nuestra querida madre. Arrancado por mí el 18 de junio, a las ocho, para mi querido hermano en recuerdo mío.» No pone ni el año ni de qué hermano se trataba. Mi padre tenía, además, otra flor favorita. En una carta que escribió mi madre tras la muerte de mi padre, leo: «Estas margaritas son de la tumba de mi querido Wilhelm. Toda ella está cuajada de estas flores, que nadie ha sembrado; en otoño plantaremos lilas, que eran sus flores favoritas, así como de su madre y de Lotte.»

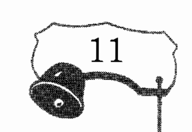
Los paseos y los viajes

Pero el contacto de Wilhelm con la naturaleza nunca fue más allá de los paseos, pues la dolencia cardíaca que padecía desde el comienzo de sus años de universidad le impedía realizar grandes esfuerzos. El andaba despacio; Jacob deprisa. De manera que nunca paseaban juntos. Esa salud delicada obligó a Wilhelm a limitarse a recorridos cortos en sus viajes. Jacob, por el contrario, estuvo en París, en Viena, en Italia, en Holanda y en Suecia. Cuando menos se lo esperaban, anunciaba que se iba de viaje, y sólo cuando ya se hallaba de camino, decía a dónde se había dirigido. De ello darán noticia muchas de sus cartas, cuando más adelante se publiquen algún día.

La máxima autoridad

Jacob tenía en su habitación una estatuilla de Goethe hecha por Rauch, y Wilhelm un busto de Goethe realizado por Weiser. Goethe era para ellos la máxima autoridad. Pero tampoco eran coleccionistas de Goethe; hasta que comenzaron el diccionario no recibieron de Hirzel la «edición de última mano». Toda su «querida» biblioteca, para la que habían ido reuniendo libros ya desde la época de estudiantes universitarios, se hallaba en las habitaciones de Jacob. Como bibliotecarios que eran, tenían los libros cuidadosamente colocados y los trataban como a subordinados que merecen un respeto. Los estantes estaban bajos, de manera que se podía llegar cómodamente con la mano a las filas de más arriba.





Antepasados

Sobre esos estantes colgaban unos amarillentos retratos al óleo de tamaño natural de antepasados y parientes. Pequeñas pinturas o dibujos enmarcados de otros rostros colgaban de las partes de la pared en las que no había libros. Los niños, muy familiarizados con esa gente tan seria, no preguntábamos nunca por sus nombres o sus destinos.

El bisabuelo

El bisabuelo de Jacob y Wilhelm destaca como el más importante de ellos: Friedrich Grimm, nacido el 16 de octubre de 1672 en Hanau y muerto en el mismo lugar el 4 de abril de 1748. A los veinte años era ya predicador de la corte real de Isenburgo, al año siguiente fue llamado como segundo predicador a Hanau, y en 1706 se convirtió en primer predicador e inspector eclesiástico de esta misma ciudad, cargos en los que permaneció durante cuarenta y dos años. El rastro de sus antepasados puede seguirse hasta comienzos del siglo XVII.

Quien mire este retrato contemplará respetuosamente a un hombre que, con la mano levantada y el dedo índice estirado, parece explicar el pasaje de la biblia, sobre cuyas páginas abiertas descansa su mano izquierda: San Juan 15, 5: «Yo soy la vid.» El cuadro fue pintado en 1741, cuando Grimm tenía sesenta y nueve años. En 1748 murió. En una carta que escribió tres semanas antes de su muerte, «con mano moribunda desde el lecho de la muerte», se despide de sus queridos hermanos, los sacerdotes, a los que tuvo que visitar como inspector de la Iglesia durante cuarenta y dos años. Con palabras cargadas de emoción les recuerda que «empleen toda su fidelidad, diligencia y fuerzas del cuerpo y del alma y que no cejen en su empeño ni en su afán de trabajar». El cura de Steinau, Georg Junghans, que siguió la actividad de Friedrich Grimm, dice de él: «Si observamos el trabajo de Grimm y de su clero diocesano en las asambleas trimestrales, no podemos por menos de admirar a un hombre que supo despertar a la ciencia a sus sacerdotes de una manera apasionada, fiel, incansable y grandiosa.» En esta frase el acento va sobre la palabra «ciencia».

El abuelo

Junto al retrato de Friedrich Grimm estaba el de su hijo, también llamado Friedrich, que murió como sacerdote en Steinau. De él ha hablado Jacob en las noticias familiares que da en su autobiografía. Al llegar a Steinau, a donde fue en 1730 como «sacerdote de Hanau elegido para el bien y el orden de la Reforma evangélica», su «único y más devoto hermano Jonás» le dedicó una «felicitación cristiana y fraternal»; ésta es la primera vez que apa-



recen juntos dos hermanos Grimm, ambos teólogos. En los comentarios a ese poema de formato in folio se atestigua que los abuelos de los hermanos, en 1730, ya «habían servido y estado al frente de la Iglesia de Hanau durante setenta años». Jonás Grimm era, por aquel entonces, un estudiante de teología de diecisiete años, y no sobrepasó los veintidós años. Su retrato también está allí. Lleva una chaqueta de color rojo lacre y apoya el brazo a un lado. Mientras en los otros rostros encuentro parecido con los descendientes, éste me resulta extraño.

El padre

A Steinau fue también el hijo del pastor Friedrich, mi abuelo Philipp Wilhelm Grimm (que había estado trabajando antes en Hanau como jurista), y allí murió en la flor de la vida. Su retrato, el de su mujer, mi abuela, y el del padre y la madre de ésta fueron pintados tan bien por el aún hoy famoso pintor Urlaub que, a pesar de su pequeño tamaño, tienen un gran valor artístico; además están perfectamente conservados. En 1788 toda la familia se hizo pintar por el maestro. Jacob, el hijo mayor de Philipp Wilhelm Grimm, figura como el más joven de esa serie de cabezas. Espero que tras mi muerte, con quien se cierra esta familia, estos cuadros sean guardados cuidadosamente en Hanau, donde se levantará el monumento a los hermanos.

Jacob Grimm

El pequeño óleo de Urlaub representa a Jacob Grimm con dos años. A sus padres les debió de hacer mucha ilusión verle en el cuadrito con su traje de color violeta, una banda ancha de color verde claro atada a un lado en un gran lazo, un amplio cuello de camisa fruncido que le llega hasta los hombros, hebillas de plata en los «zapatitos», los pies ligeramente cruzados, flores en las dos manos y apoyado en una pequeña roca. En primer plano se ven flores azules y rojas sobre largos pedúnculos entremezcladas con livianas mariposas; arriba aparecen unos arbustos, y al fondo unos árboles de tronco delgado, todo lo cual forma un conjunto de cuento. Y ya en su rostro infantil se adivinan los futuros rasgos serios de su cara.

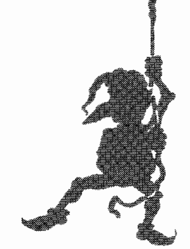
Huérfano y bibliotecario

Jacob tenía nueve años cuando murió su padre. El mismo cuenta cómo a la mañana siguiente de que muriera fue despertado muy temprano por unas voces que oyó en el cuarto de al lado y saltó en camisa para ver lo que pasaba. A través de la puerta entreabierta vio cómo el carpintero, junto con otro hombre, tomaba medidas para el féretro y decía: «Ese hombre que yace ahí se merece un féretro de plata.» El oír aquello le consoló y le satisfizo de forma indescriptible. Con letra firme y casi de adulto escribió la gran desgracia ocurrida a la familia en la biblia bendecida

por su abuelo para el registro de tales acontecimientos. Recomiendo a los que vean este libro en el armario de los Grimm que lo respeten también profundamente (a menudo se cogen los libros de manera descuidada). Jacob Grimm fue durante mucho tiempo bibliotecario. Más tarde, lo repito, sintió también respeto por los libros de su propia biblioteca, receptáculos de lo más noble que producen las naciones, y destacaba las obras más valiosas con una lujosa encuadernación. A la muerte de su padre ese cuidado se manifestó ya en el intento de honrar a su querido padre a través de una letra esmerada. Mis hermanos y yo hemos donado el armario de los Grimm a la Real Biblioteca Nacional de Berlín. Contiene el legado escrito de los hermanos, sobre todo su correspondencia. Tras mi muerte y la de mi hermana se añadirá mucho más.

Cabeza de familia

Después de la muerte de su padre, Jacob, a pesar de su juventud, se veía como el cabeza de familia. Sus hermanos le reconocieron siempre esa posición. Sin duda, era el sucesor del poder del padre. Sólo su madre estaba por encima de él; mientras vivió, Jacob le pidió siempre de forma un tanto pedante que, como instancia superior, dijera la última palabra hasta en cosas en las que la pobre y encorvada mujer se sometía con gusto a la voluntad de su hijo. Mi padre Wilhelm, sólo trece meses más joven que Jacob, reconoció hasta el final esa posición superior de su hermano. Ahora descubro emocionado cuán sagrada le resultaba a mi padre esa relación; pues había algo dominante en la naturaleza de Jacob y no siempre era fácil someterse a ella. De niño, Jacob se ocupó de que se hiciera justicia a la memoria de su padre. Conservamos cartas escritas por él a su abuelo en esa época; en una de ellas protesta enérgicamente contra un sastre que, según le habían contado, había hablado desfavorablemente de su difunto padre en una taberna. En la carta Jacob exigía que el calumniador fuera llevado ante el tribunal. También está al corriente de la situación política de Alemania, aunque sólo sea para saber en qué medida es afectada la ciudad de Steinau, donde sigue viviendo la madre, por los movimientos de las tropas. El ejército de Prusia avanzaba entonces sobre la República francesa. Mi padre contaba cómo la caballería recogía las largas colas de los caballos con panes perforados y luego les hacían nudos debajo, y cómo en la música de desfile había incluso violines. También se acordaba de haber pegado el oído al suelo para oír el estruendo de los cañones con los que disparaban contra Maguncia. De esta época infantil en Steinau han hablado Jacob y Wilhelm en sus bio-



grafías, así como Ludwig y Ferdinand Grimm, los hermanos pequeños, en unas notas biográficas. Rodeada de parientes y amigos, esta familia, la más distinguida de la pequeña ciudad, llevaba una vida apacible, cuyo centro lo formaba Lotte, la hermanita pequeña, muy querida por todos. La cosa cambió a medida que los niños crecieron.

Cambios de domicilio

Los primeros en abandonar Steinau fueron Jacob y Wilhelm. Aunque nacidos en Hanau, habían salido tan pronto de allí, que consideraban a Steinau su ciudad natal. Ludwig, que se hizo pintor, volvía con frecuencia a Steinau, y tanto aparece aquella comarca en los dibujos, acuarelas y apuntes que conservo, que me parece haber pasado allí mi propia juventud. En los recuerdos que escribió es él quien da una idea más clara de la vida que se llevaba en la casa paterna de Steinau. Wilhelm cuenta en una hoja suelta cómo se despidió de Steinau: «Cuando salimos por primera vez hacia Kassel, se me quedó vivamente grabado el momento en que abandonamos la ciudad. Ibamos sentados en el carruaje de la corona. Yo iba delante mirando a lo lejos nuestro jardín familiar, con sus postes de piedra blancos y su cancela roja, todo envuelto en una densa niebla. Pensaba en el tiempo que había pasado allí y me parecía algo ya muy lejano, como si hubiera un abismo en medio y me encontrara completamente alejado de aquello, comenzando algo nuevo.»

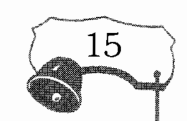
Este es el final de una serie de recuerdos que aparecen en la misma hoja:

Recuerdos

«Aún recuerdo con claridad cuando me perdí en el bosquecillo de Philippsruhe (junto a Hanau) con mi traje blanco con una banda roja; miraba asustado, pero atentamente, los troncos lisos de los árboles con su espeso follaje y la grava limpia del camino; aquel silencio y la verde penumbra me iban dando cada vez más miedo, y una angustia se superponía a otra, como una piedra a otra piedra.

Recuerdo con exactitud una mañana de verano en que vi cómo los soldados de Hanau desfilaban para la revista. Yo miraba por la ventana y sólo los veía cruzando por el final de la larga callejuela. Los fusiles brillaban al sol, y pensaba en lo que me gustaría ir yo también algún día con ellos, tan de mañana y con esa música tan bonita.

Mi madre solía sentarse con frecuencia en una banqueta junto a la ventana y miraba por un espejo fijo y alto por el que podía verse a toda la gente de la calle. Una de las hojas de la ventana permanecía abierta, el sol daba en los tejados y las máquinas del calcetero roncaban sin cesar. Esa hora era siempre muy aburrida.



Una vez fuimos a una fiesta a casa del abuelo. Nos habían puesto rizos en el pelo con unas tenazas calientes. Estando allí, salimos un momento de la habitación con la cara ardiendo y anduve sobre las piedras rojas de la casa, que iban perdiendo el color.

Cuando vivíamos en el largo callejón de Hanau, en el piso de abajo, a mano derecha, había una sala empapelada con un papel de fondo blanco y, entre flores, surgían unos cazadores marrones y verdes, que siempre me gustaba mirar.»

Estos recuerdos son de la primera época de Hanau. En 1790, antes de que Wilhelm cumpliera cinco años, el padre fue trasladado a Steinau.

Un día en Hanau

Como recuerdo propio añadiré que a comienzos de los años cincuenta pasé un día en Hanau con mi difunto padre. Vimos el castillo Philippsruhe con su parque a lo lejos, y me contó que su padre y su madre se habían enamorado allí. Por lo visto su padre, al oír que otra persona quería casarse con ella, corrió hacia el jardín del castillo, donde estaba ella con sus padres, y se pusieron a pasear por él. Mi padre y yo recorrimos luego la ciudad y me enseñó todos los sitios que conocía y la casa en la que habían vivido.

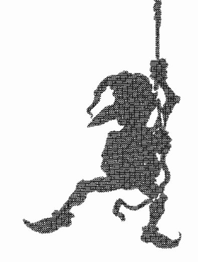
Wilhelm continúa el relato de la marcha de Hanau a Steinau:

El primer viaje a Steinau

«El primer viaje de Hanau a Steinau también lo guardo en la memoria. Yo iba sentado en el coche sobre una arqueta guarnecida de chapa dorada, dormido casi todo el rato sobre el regazo de mi tía. Las figuras octogonales que había en las posadas de los pueblos se me hacían muy raras. Las flores blancas con espinas negras sin hojas me parecían copos de nieve, y recuerdo que el molinero tuvo que partir una rama para poderse subir al coche. Eso fue poco antes de llegar a Gelnhausen.

Luego, ya en Steinau, estando sentado sobre el órgano de la iglesia escuchando el sermón, apoyaba la cabeza en la mano y pensaba en qué pasaría si saliera por la puerta y, en lugar de en Steinau, estuviera en Hanau y fuera a ver al abuelo. Tras la muerte de mi padre me lo imaginaba siempre entre la gente que salía de la iglesia cogiéndome de la mano, o hablándome detrás de la puerta. Durante tanto tiempo lo pensaba que al fin creía que podía suceder de verdad; pero nunca me asustaba el pensarlo.»

El retrato del cuarto de mi bisabuelo es el mejor conservado de los que pintó Urlaub. Lleva una chaqueta de terciopelo marrón oscuro con grandes botones dorados y con dibujos, de la que le cuelga por delante una chorrera



blanca. Tiene una corta peluca blanca y un semblante fresco y expresivo, a pesar de ser un hombre muy mayor. Por el contrario, la cara de Philipp Wilhelm Grimm, mi abuelo, es más bien flaca. Jacob se le parecía mucho. Philipp Wilhelm tenía sólo cuarenta y cuatro años cuando murió.

Diferencias de estilo

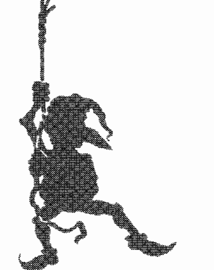
Es curioso que mi pade, cuando escribe acerca de sus experiencias o cuando nos hablaba de ellas, sentía la necesidad de matizar los momentos de su vida; el color, la luz y las sombras desempeñaban para él un papel importante. Escribe con una visión de poeta y pretende que las escenas sean como imágenes. Jacob sólo da lo real; la eficacia de sus apuntes se basa en una aguda reproducción de lo sucedido en la realidad. Wilhelm tiene el afán de contar a los demás; Jacob escribe, por decirlo así, para sí solo. Curiosamente Ludwig Grimm, el pintor, tenía una naturaleza mucho más parecida a la de Jacob que a la de Wilhelm, y los dibujos y aguafuertes de la naturaleza que hacía para él sólo a modo de diario superan en mucho a las pinturas que hacía pensando en el público.

La época de Kassel

Cuando mi padre y mi tío hablaban de sus primeras experiencias en Kassel, los tiempos de Steinau formaban un fondo lejano. Contando en Kassel sólo con sus propios recursos, adquirieron enseguida la independencia interior que les caracterizó a lo largo de toda su vida. Al ser los dos mayores de la familia, sentían la obligación de ocuparse de sus hermanos, y con respecto a ellos mismos, la necesidad de satisfacer su afán de instrucción. A ello hay que atribuir el impulso natural de salir de Hesse, a donde volverían más adelante. Rara vez la vida oficial alemana ha sido tan favorable a las inquietudes juveniles como durante los acontecimientos que tuvieron lugar a comienzos de ese siglo. Ellos demuestran que los tiempos más felices para un pueblo no son aquellos en los que se disfruta de tranquilidad, sino aquellos en que la vida nos estimula a emplear todas nuestras fuerzas.

Estudiantes de Derecho

Jacob y Wilhelm, pues, terminaron el bachillerato en Kassel y se fueron a Marburg. El certificado de bachiller de Jacob, del 13 de marzo de 1802, aún se conserva: al final de éste el rector Richter dice en palabras cariñosas que confía en que Jacob se dé cuenta, por los resultados obtenidos, de por qué había depositado su confianza en él. Los dos hermanos estudiaron Derecho. Savigny fue el primer profesor que les dio a conocer todo el contenido de la palabra «ciencia». A través de él entraron en contacto con Brentano y con Arnim. La transformación de Hesse en una parte del nuevo reino napoleónico de Westfalia, con Kas-



sel como capital, trajo para los habitantes de Kassel una visión política más amplia, pues algo de la vida de París, dueña del mundo, se reflejaba en la residencia de Jérôme Napoleon. Los hermanos, sin poner nada de su parte, se colocaron a una altura que les permitía contemplar todo cuanto ocurría a su alrededor. Por aquel entonces aprendieron a ver los distintos casos de la política europea, como si tuvieran una experiencia de hombres de estado tras de sí, don que se confirmó en 1848 sometiendo los repentinos y confusos acontecimientos a una crítica objetiva. Jacob y Wilhelm han perseguido siempre el bien y la honra de su patria, pero nunca trabajaron con vistas a un partido, ni siquiera a un partido ilustrado. Para ellos había una «patria alemana», por cuya victoriosa grandeza valía la pena sacrificar cualquier cosa. Pero no tenían un programa sobre los medios con los que había que trabajar. Y sobre todo: cualquier protagonismo personal les era ajeno. Por todas partes procuraban tan sólo hallar el mismo silencio que rodeaba sus habitaciones de trabajo: nunca necesitaron ni pidieron más. Tan sólo aspiraban a reunir todo aquello que fuera símbolo del espíritu alemán.

La época de Kassel empieza a cobrar vida para mí cuando la abuela abandonó Steinau y se marchó con los otros niños a Kassel. Jacob cuenta que su madre, antes de ir para siempre a Kassel, fue una vez a visitar a los dos. Entonces él la llevó a ver la ciudad. Cuenta que recuerda como el momento más feliz de su vida cuando la cogió de la mano y notó que de nuevo estaba con él.

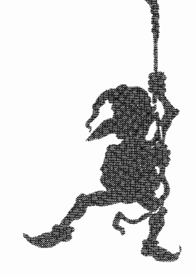
Grimm el pintor

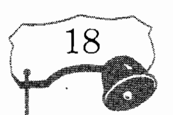
Jacob y Wilhelm terminaron sus estudios universitarios. Pero aún quedaba la educación de los hermanos, como por ejemplo, la de Ludwig Grimm.

De él proceden muchos retratos de aquellos años y de los siguientes. Dibujó, sobre todo, a su madre en muchas posturas. Sobre el escritorio de mi padre, creo recordar, había una caja dorada con un retrato de ella en miniatura. Hoy en día se halla en mi posesión. Muestra a la madre en sus últimos años. Como mi madre, también ella se llamaba Dorothea. No alcanzó una edad avanzada.

Los cuentos

Tras la muerte de la madre, la vida en común de los hermanos en Kassel adquirió otra vez nuevas formas. Pero ninguna preocupación impidió que la existencia de Jacob y Wilhelm estuviera cada vez más dedicada al trabajo ni que, queriéndolo o sin quererlo, ambos se convirtieran en el centro de un círculo de jóvenes amigos y amigas, al que ellos daban vida, en tanto que les despertaban su deseo por conocer la obra de los hermanos. Tanto sus obras





como sus cartas muestran lo a gusto que se sentían en medio de aquel público autodidacta. Hay algo de salvaje y primitivo en la época de Kassel de Jacob y Wilhelm. En lo mejor de esos días se recopilaron e imprimieron los *Cuentos de niños y del hogar*.

Estos no son el producto de un trabajo realizado en una dirección determinada, sino uno de los resultados de su actividad general.

Los hermanos pensaban en los niños como lectores. Ya la dedicatoria de la primera edición de 1812 lo demuestra: «A doña Elisabeth de Arnim para el pequeño Johannes Freimund.»

Freimund era el primer hijo, entonces casi recién nacido, de Achim y Bettina von Arnim. En el prólogo se habla de lo poco que pensaban los recopiladores de la época en el uso exclusivo de los cuentos por parte de los niños. A los hermanos les interesaba primordialmente sacar a la luz esas joyas que, habiendo surgido de la imaginación poética del pueblo, formaban parte de la riqueza nacional y, sin embargo, habían permanecido hasta entonces en el olvido.

Ante mí tengo esa primera edición, un volumen hecho con un bonito papel. El título aún no lleva la indicación de «primer volumen». En una señal del libro está bordado con hilo verde:

A tu niña sin manos
saludaron con gusto dos manos de una niña.

El prólogo lleva la fecha de «Kassel, a 18 de octubre de 1812». Debajo escribió Jacob más tarde: «Justo un año antes de la batalla de Leipzig». Hay además las siguientes observaciones hechas por la mano de mi padre: «El prólogo de Wilhelm, unas cuantas añadiduras de Jacob». «Cuentos 6-8 *(El ruiseñor, La culebra ciega* y *La mano del cuchillo)* traducidos del francés y del inglés por Jacob; en la siguiente edición los he sustituido por alemanes.» «Contados por Jacob números 12 y 40, probablemente 51 y 57. *(Rapónchigo, El novio bandido, El pájaro emplumado, El pájaro de oro).* Las observaciones están hechas entre los dos.»

De ahí se deduce que en aquella época casi todo lo hacía Wilhelm. También la tercera parte (la científica) la terminó casi él solo en 1821.

Dorothea Wild

En uno de los ejemplares del primer volumen manejados por Wilhelm anotó debajo de casi todos los cuentos, además de muchos cambios estilísticos, los nombres de los que se los habían contado a él. Allí encuentro a Dorothea, mi querida y difunta madre, mucho antes de que se casara



con mi padre. Nacida en 1795, tenía dieciséis años en 1811, año en el que aparece mencionado su nombre por primera vez en el libro. De sus labios escuchó Wilhelm una docena de los más hermosos cuentos. El mismo me habló de otros cuentos del segundo volumen que también procedían de ella. Así, por ejemplo, el final de *El rey Pico de Tordo* y el cuento de las estrellas que le llovían del cielo a un niño pobre.

El padre de Dorothea Wild era un ciudadano bernés establecido en Kassel, farmaceútico y perteneciente a las familias nobles de su ciudad natal, cuyos antepasados habían combatido en la batalla de Murten y habían hecho allí botín. En Berna he tenido en la mano el pesado collar de plata que un Wild arrebató a un jinete borgoñés junto con la enorme espada de dos filos que llevaba. El padre de mi madre (ella también era ciudadana bernesa) tenía en el callejón de Mar, en Kassel, la farmacia llamada Sonne, que era un edificio de varios pisos superpuestos en saledizo, cerca del cual mi abuela Grimm alquiló una casa cuando se trasladó a Kassel. (Hoy hay una placa que da testimonio de su casa, ocupada tras su muerte por sus hijos.) En el estrecho callejón de Mar no existía una sola casa cuya historia no conociera mi abuela. Siempre se las apañaba para contarnos a los niños algo nuevo de aquel vecindario. La señora Grimm tenía cinco hijos y una hija; en la casa de la farmacia de los Wild vivían seis hijas y un hijo; algunos aún no habían salido casi de pañales. El señor Wild era un hombre adinerado. Tenía huertas y tierras en las afueras de Kassel. «En el jardín», Dorothea Wild le contó a mi padre una serie de cuentos.

«En el jardín»

Debajo de *Catalina, la mujer de Juan,* pone: «Dortchen (Doroteíta), 29 de septiembre de 1811, en el jardín»; debajo de *La mesita, el asno y la estaca:* «Dortchen, 1 de octubre de 1811»; debajo de *La señora Holle:* «Dortchen, 13 de octubre de 1811, en el jardín». En 1811 debió de hacer un otoño cálido en Kassel, al igual que en el Rin. El 9 de octubre del año siguiente, Dorothea le cuenta *Los tres hombrecillos* y *Allerleirauh,* después de haberle contado el 9 de enero de 1812, junto a la estufa del cenador, *Los seis cisnes, El hueso cantarín* y *El bienamado Rolando. Hänsel y Gretel* es del 15 de enero de 1813.

Eso de «en el jardín» me recuerda el amor que sentía mi querida madre por todo lo que tuviera algo que ver con la jardinería. Tanto en ella como en sus hermanos o sus hijos era algo innato. A menudo decía que no se había cumplido un deseo suyo: el tener un jardincito, aunque



fuera minúsculo. A cambio llenaba la ventana de tiestos con toda clase de plantas; colocaba junto a ella su silla y su costurero y de este modo se sentía feliz.

La mayoría de los que hoy no leen los cuentos de los Grimm disfrutando como los niños, sino reflexionando acerca de su origen, piensa que fueron escritos siguiendo al pie de la letra lo que contaba la gente, de tal manera que si Jacob o Wilhelm Grimm no se hubieran anticipado a otros recopiladores posteriores, éstos podían haberse adueñado igualmente de esa «propiedad del pueblo». Pero lo cierto es que si los cuentos se han convertido de nuevo en propiedad del pueblo es a través de la forma con que los presentaron los hermanos Grimm.

La labor de los Grimm

De joven mi madre contó a mi padre *Hänsel y Gretel*, pero no puede decirse simplemente que mi padre lo escribiera siguiendo el dictado de mi madre. Wilhelm añadió a las ediciones posteriores de los cuentos la ya mencionada y menos conocida tercera parte, en la que se manifiesta acerca del origen de cada cuento, aunque sin mencionar a ninguna persona. En *Hänsel y Gretel* pone únicamente: «Según diferentes relatos de Hesse». De ahí se explica por qué en el primer volumen, cuando menciona escrito a mano a mi madre como fuente del cuento, no lo haga al final sino en mitad del cuento, donde escribe a mano un añadido que más tarde aparecerá en la segunda edición y que es una de las partes más bonitas del cuento. Concretamente, cuando la vieja bruja pregunta:

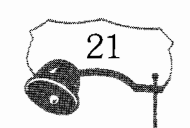
Crunch, crunch, crunch, ¿quién roe, roe?
¿Quién mi casita me come?,

en la primera edición los niños tan sólo se asustan y la bruja sale inmediatamente de la casa. En la observación que hace aquí mi padre al margen pone que fue mi madre la que recordó cómo seguía la escena y la que más tarde le contó la respuesta de los niños:

Es el viento, sólo el viento,
el niño del cielo.

y todo lo que sigue, tal y como puede leerse en las siguientes ediciones. En el tercer volumen mi padre, además de los «diferentes relatos acreditados», cita también una forma de este cuento y otras parecidas. De ahí se deduce la cantidad de trabajo selectivo, sintetizador y de redacción que fue necesario para hallar la forma con la que hoy aparecen recopilados los *Cuentos,* parecen haber surgido tal cual del espíritu del pueblo alemán.





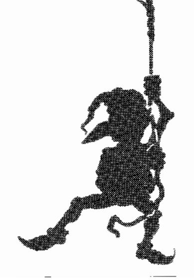
Gretchen y la abuela

Pero no fue Dorothea la única de la familia Wild que proporcionó material para la recopilación. Había seis hermanas Wild; una de las tres mayores era Gretchen, que destacaba por su belleza y su talento. Existe un retrato suyo en el que se reconoce su cabello rubio y ligeramente ondulado y su suave piel. De ella proceden los primeros cuentos: *Príncipe Cisne* (Gretchen, 1807); *La niña de María* (del mismo año); *El fiel compadre gorrión* (Gretchen, 1808); *Pulgarcito; El gato y el ratón, socios* y *El centavo robado,* 1808. Gretchen se casó joven y murió pronto; sus hijos fueron educados por mi madre. De niños estuvimos, pues, muy vinculados a ellos, y hoy lo estamos a sus hijos y nietos.

¿De dónde se sabían Gretchen y mi madre los cuentos? Ante todo de su madre, que fue la que se los contó. De la señora Wild hay retratos; y también de su madre, o sea de la abuela de mi madre, existe una miniatura que conozco desde niño: una mujer mayor de rasgos dulces y delicados; tiene algo de distinguido. Lleva un pañuelo de encaje sobre el pelo recogido y empolvado, y una piel de marta con la que se hacía llevar los domingos en una silla de manos a casa de su hija Wild. Se apellidaba Huber y era hija del famoso Gesner, el que escribió el *Thesaurus,* cosa que mi madre nunca se olvidaba de decir. El *Thesaurus linguae romanae* es el padre de los modernos diccionarios de latín. La abuela de mi madre, es decir la hija de Gesner, sentía ya de niña tal entusiasmo por la filosofía, que se sentaba tras una cortina del auditorio y escuchaba las clases de su padre. Y ocurría que a veces se dormía y que se caía desde su silla al auditorio. Los alumnos, sin embargo, sentían tal veneración por su profesor que no se reían. La señora Wild era una mujer pequeña y graciosa. A Wilhelm Grimm le contó dos cuentos, debajo de los cuales aparece su nombre: *La brizna de paja, el carbón y el haba* y *Piojito y pulguita*, ambos emparentados por su lindeza y gracia especial.

Las fuentes

Pero no tienen nada en común con los que le contaba Dorothea. Esta, por tanto, tenía otras fuentes. En la habitación de los niños de la casa de la farmacia Sonne, con sus muchos pasillos, escaleras, pisos y dependencias interiores tantas veces registrados por mí de niño, mandaba la «vieja Marie», cuyo marido había caído en la guerra, y que todas las noches leía una oración de su *Hawermännchen.* De ella salieron los cuentos más bonitos del primer volumen. De ella proceden *Hermanito y hermanita* (de Marie, 10 de marzo de 1811); *Caperucita roja* (otoño de 1812); *La niña sin manos* (10 de marzo de 1811); *El novio bandido; El ahija-*



do de la muerte (20 de octubre de 1811); *El viaje de Pulgarcito; La Bella Durmiente* y otros sin fecha. Cito las obras en el orden en que fueron impresas. Se nota enseguida que tanto Dortchen como Gretchen se limitaron a transmitir lo que les había contado la vieja Marie.

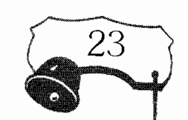
Una tercera familia

Pero a los Wild y a los Grimm se incorporó una tercera familia, los Hassenpflug. Ludwig Hassenpflug, ministro del último elector de Hesse, tenía dos hermanas, Amalie y Jeanette, que eran amigas de Dortchen Wild y de Lotte Grimm. Amalie Hassenpflug (autora del libro *Gretchen Verflassen* y amiga de Anette von Droste-Hülshoff) era entonces de una gran belleza y vivacidad. Ludwig Grimm la pintó con frecuencia. Hay algo en sus rasgos y en su espíritu independiente y perspicaz que parecen haberla destinado a no casarse. Murió en Meersburg, junto al lago de Constanza; de todos los jóvenes de aquella época, quizá fuera «Malchen» Hassenpflug la que estuviera más próxima a Jacob y a Wilhelm por su superioridad intelectual.

Muchos de los cuentos del primer volumen llevan la anotación: «de los Hassenpflug», pero en la mayoría de ellos pone «de Jeanette». Jeanette Hassenpflug, la hermana pequeña, era muy distinta a Amalie, e intelectualmente no se la podía comparar con ella, pero era una magnífica narradora. Los cuentos de los Hassenpflug comienzan en 1811; casi todos son del otoño de 1812. De ellos proviene, salvo el final, que lo añadió Dortchen, *El rey Pico de Tordo; Blancanieves* (éste tampoco de ellos solos); una parte de *El enano saltarín,* al que también contribuyó la hermana mayor de Dortchen, Lisette; *Los tres pelos de oro del diablo; El gato con botas; El señor Korbes* (*El pollito y el gallito,* este último ya contado por Jeanette en 1810); *El sastre que se enriqueció deprisa; Barba Azul; Hurleburlebutz; El rey y los leones; La suegra.* La madre Hassenpflug era de origen francés: tanto *Barba Azul* como *El gato con botas* recuerdan a Francia. Del resto de los que contribuyeron a la primera parte, algunos de ellos desconocidos para mí, mencionaré sólo a August von Haxthausen, a la señora Jordis y a Achim von Arnim.

Otros colaboradores

Gracias a la familia Haxthausen se añadieron a la recopilación todos los cuentos cuyo origen está indicado en la tercera parte como «de la gente de Paderborn». Unos cuantos hermanos y hermanas vivían en Bökendorf, entre ellos la madre de la poetisa Anette von Droste. Los hermanos Grimm iban allí con frecuencia, y los cuadernos de apuntes de Ludwig están llenos de paisajes de la comarca y de retratos, entre los que destacan los de la gente del



pueblo y de la casa y los de los perros. August von Haxthausen contó el cuento de *La chusma* el 9 de mayo de 1812.

La señora Jordis contó el cuento de *La zorra* en otoño de 1812. Era la hermana de Bettina y Clemens Brentano. De los Brentano, nacidos en Steinau, proceden posiblemente los cuentos que en el tercer volumen aparecen con la indicación «de la comarca del Main». El pintor Runge de Hamburgo añadió a la recopilación *El enebro* a través de Achim von Arnim. *Joringel y Jorinde* proceden de la vida de Jung-Stilling. No obstante, también aquí se añadió un relato oral «de la comarca del Schwalm» con pequeñas diferencias.

La señora Viehmann

En el año 1815 se publicó el segundo volumen de los cuentos. El prólogo es de septiembre de 1814. En él se menciona un nombre nuevo: la señora Viehmann de Zweheren, un pueblo pegado a Kassel. Su aportación a la segunda parte es como la de la vieja Marie a la primera. Refiriéndose a ella, pone en el prólogo: «Fue una feliz coincidencia trabar conocimiento con una campesina de Zwehren, gracias a la cual conseguimos una parte considerable de estos cuentos, auténticos, pues, de Hesse, así como algunas añadiduras del primer volumen. Esta mujer, aún llena de vigor, se apellida Viehmännin, tiene una mirada clara y penetrante y probablemente haya sido hermosa en su juventud. Conserva en la memoria las viejas leyendas, don que, según ella, no lo tiene cualquiera. Narra con calma y seguridad, complaciéndose a sí misma; a veces lo hace a su aire, pero si se le pide, lo hace tan despacio que se puede ir escribiendo lo que dice. Muchas cosas se han guardado de esta forma palabra por palabra. Quien piense que por norma se falsea la tradición o se narra con inexactitud y que, por tanto, ésta no puede durar mucho de esta forma, debería escuchar con qué precisión cuenta siempre esta mujer y cómo se esmera en narrar con rigor; por más veces que lo repita, nunca cambia nada, y si se confunde, lo corrige sobre la marcha.»

El segundo volumen

En este prólogo al segundo volumen los hermanos se manifiestan acerca del valor de los *Cuentos* como libro destinado a los niños. En los dos años que van de 1812 a 1814 se había hablado mucho de ese tema. Al fin el libro encontraba su sentido como libro para niños, cosa en la que no se pensó en el primer volumen. Por aquel entonces se pensaba más en lo que se les podía leer a los niños; entretanto los niños se habían adueñado de los libros y los leían con sus propios ojos. Los hermanos insisten en que



se les debe dejar plena libertad para hacerlo. Lo que dice Wilhelm es cierto; estos cuentos son algo «sano» y el pueblo alemán los necesita.

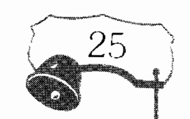
La segunda edición

La segunda edición del libro es de 1819. Aquí el segundo volumen tiene a modo de epígrafe un retrato de la señora Viehmännin, la «mujer de los cuentos», grabado al aguafuerte por Ludwig Grimm. Ludwig dibujó también al principio del primer volumen al hermanito y a la hermanita durmiendo en el bosque, con un ángel con lilas en las manos tras ellos. A partir de entonces hay muchísimos dibujos para los cuentos en casa de Ludwig hechos por él, pero son pocos los que se han publicado. El hacer dibujos para los cuentos formaba parte de su actividad artística. En la época en que apareció la segunda edición, Lotte Grimm se casó con Hassenpflug; de esta forma, los niños que iban teniendo y, más tarde, mis hermanos y yo nos fuimos convirtiendo en un público entusiasta de los cuentos. Crecimos con el libro y considerábamos su contenido como el de la gran historia universal en sus más remotos tiempos. Los cuentos tienen la particularidad de ser considerados una y otra vez como una novedad por los niños. Para nosotros todos tenían en común el ser un gran reino en el que todas esas cosas habían sucedido realmente.

Existe en los niños de todos los tiempos y de todos los pueblos un comportamiento común con respecto a la naturaleza: lo ven todo como igualmente dotado de vida. Los bosques y las montañas, el fuego y las estrellas, los ríos y las fuentes, la lluvia y el viento hablan y poseen buena o mala voluntad y la mezclan en los destinos humanos. Hubo una época, sin embargo, en la que no sólo pensaban así los niños europeos, sino también naciones enteras. Jacob se dedicó a estudiar cómo se comportan los pueblos durante la infancia en lo relativo a creencias, idioma y tradición; Wilhelm, por el contrario, no sólo quería investigar el presente, sino también darlo a conocer. Fue sobre todo Wilhelm el que dio forma y, por tanto, creó los cuentos.

El monumento

En 1896 se colocará la doble estatua a los hermanos en Hanau. Hace poco he visto, con unos señores venidos de Hanau, la maqueta que está en el taller de Eberle en Munich, y me ha impresionado por su sencillez. Wilhelm está sentado en un sillón con un libro abierto sobre las rodillas. No mira al libro, sino a lo lejos, pensativo, como tantas veces le he visto de niño; parece que una idea estuviera tomando forma en su noble frente. Jacob, de pie junto a él, apoya una mano en el respaldo del sillón e inclina



la cabeza para mirar el libro, como si tratara de leer su contenido. No se ha podido representar el trabajo intelectual en común de una manera más sencilla, bella y elocuente. En el pedestal, dentro de un medallón, irá el retrato de nuestra madre, que estuvo al lado de los dos hermanos hasta el último momento.

Los últimos Grimm

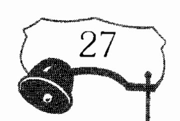
La tumba de Dorothea Grimm está en Eisenach. Yace en el cementerio situado junto al camino que sube a Wartburg. Sobre su lápida hay un ángel arrodillado, copia del que hizo para la tumba de Lotte Grimm en Kassel el escultor de Hesse Werner Henschel, fiel amigo de los hermanos Grimm.

Ludwig Grimm murió el 4 de abril de 1863 en Kassel.

Junto a su padre descansa en Berlín mi hermano Rudolf, tan querido para mí y para mi hermana Auguste, que nació el 31 de marzo de 1830 en Gotinga, combatió en las guerras y, a pesar de ser más joven y más fuerte que yo, murió el 13 de noviembre de 1889.

Herman GRIMM





A la señora Bettine von Arnim [1]

Querida Bettine: Este libro vuelve otra vez a sus manos, de la misma manera que una paloma perdida busca de nuevo el hogar y toma allí el sol tranquilamente. Hace veinticinco años que Arnim se lo colocó, por vez primera, encuadernado en verde con lomo dorado, entre los regalos de Navidad. A nosotros nos alegró que él lo tuviera en tanto aprecio y no nos pudo expresar de mejor manera su agradecimiento. Por entonces pasó unas semanas con nosotros en Kassel y fue él quien nos animó a la publicación.

¡Con cuánta intensidad participaba en todo aquello que daba muestras de vida propia! Incluso tenía en cuenta lo más minúsculo: con una habilidad especial cogía una hoja verde, una flor del campo y sabía contemplarlos de una forma plena de sentido. De todas nuestras colecciones fueron estos cuentos los que más le gustaron. Opinaba que no debíamos detenernos demasiado en ellos, pues en la aspiración a lograr la perfección, al final, queda la obra sin llevarse a cabo. «Está todo escrito tan limpia y pulcramente», añadía con una ironía bondadosa, pues, por los rasgos generosos pero no muy legibles de su mano, parecía no darle demasiada importancia a la escritura clara. Yendo de un lado a otro de la habitación leyó las hojas sueltas, mientras que un manso canario se mantenía en equilibrio con un movimiento gracioso de las alas, posado en su cabeza, entre cuyos rizos parecía encontrarse muy a gusto. Su noble cabeza descansa ya hace años en la tumba, pero todavía hoy me conmueve el recuerdo de aquello, como si lo hubiera visto ayer por última vez, como si estuviera en la tierra verde como un árbol que agita su copa al sol.

Sus hijos ya han crecido y no tienen necesidad de estos cuentos. Usted misma difícilmente tendrá ocasión de volverlos a leer, pero la juventud invencible de su corazón aceptará gustosamente el regalo de esta fiel amistad con su cariño.

Con estas palabras le envié a usted el libro hace tres años desde Gotinga: hoy se lo envío de nuevo desde mi tierra de origen, como la

---

[1] Escritora alemana (1785-1859), hermana del poeta Clemens Brentano y mujer del escritor Achim von Arnim. Fue amiga de Goethe y mantuvo una estrecha relación con los escritores románticos.

primera vez. En Gotinga podía ver desde mi ventana solamente unos tilos que sobresalían de los tejados, que Heyne [2] *había plantado detrás de su casa y que habían crecido a la par que la fama de la universidad; sus hojas eran amarillas y estaban a punto de caerse cuando yo abandoné mi vivienda el tres de octubre de 1833* [3]. *No creo que los vuelva a ver nunca más con su follaje primaveral. Tuve que pasar allí todavía unas semanas más y las pasé en la casa de un amigo en contacto con aquellos a los que había tomado cariño y se lo seguía teniendo. Cuando partía se vio detenido mi coche por una comitiva: era la universidad, que acompañaba a un féretro. Llegué aquí en la oscuridad y entré en la misma casa que había tenido que abandonar, con un frío intenso, ocho años antes: cuál no sería mi asombro cuando la encontré a usted, querida Bettine, sentada junto a los míos, prestando ayuda y apoyo a mi pobre mujer enferma. Desde aquel funesto tiempo, que destrozó nuestra tranquila vida, ha participado usted de nuestra suerte con una cálida fidelidad, y yo considero esta participación tan beneficiosa como el calor del cielo azul que ahora entra por mi ventana, desde la que, por la mañana, veo ascender el sol y concluir su camino sobre los montes, bajo los que fluye radiante el río; el aroma de los naranjos y tilos penetra desde el parque y yo me siento rejuvenecido en el amor y el odio. ¿Puedo desear un momento mejor para ocuparme de nuevo de estos cuentos? En el año 1813* [4] *yo ya había escrito el segundo tomo, cuando nos vimos obligados los hermanos a conformarnos con un alojamiento más pequeño, mientras soldados rusos alborotaban en las habitaciones de al lado; pero entonces el sentimiento de la libertad era el aliento de la primavera, que ensanchaba los pulmones y consumía toda preocupación.*

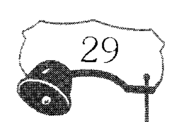
Esta vez, querida Bettine, puedo darle el libro, que generalmente llegaba de tan lejos, en mano. Usted nos ha buscado una casa fuera de las murallas de la ciudad, donde al margen del bosque crece una nueva ciudad, protegida por árboles, rodeada de verde césped, rosales y guirnaldas de flores y que no ha sido alcanzada todavía por el ruido insoportable. Cuando el año pasado, en pleno verano, durante las tempranas horas de la mañana, me paseaba de un lado a otro a la sombra de la encina, y el aire fresco iba haciendo desaparecer la presión que pesaba sobre mí después de una larga enfermedad, me di cuenta entonces, agradecido, de lo bien que usted había cuidado de nosotros. No le traigo ninguno de los arbustos magníficos que se cultivan en el zooló-

---

[2] Christoph Gottlieb Heyne (1729-1812). Filósofo clásico, profesor de la universidad de Gotinga; fue uno de los representantes más notables del llamado Nuevo Humanismo.

[3] Los hermanos Grimm tuvieron que abandonar sus cargos académicos cuando protestaron por la medida tomada por el rey Ernst August II de Hannover de suprimir la Ley Fundamental del Estado que llevó a un incumplimiento de la Constitución.

[4] En este año tuvieron lugar la alianza ruso-prusiana, así como las guerras de liberación contra Napoleón: de ahí que hubiera tropas rusas estacionadas en Alemania.

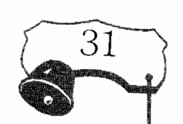


gico, tampoco peces de colores de las aguas oscuras, sobre las que flota la imagen de los dioses griegos; en cambio, ¿por qué no entregarle otra vez estas floraciones inocentes que salen continuamente frescas de la tierra, cuando yo mismo he visto cómo usted se detenía ante una humilde flor y observaba su cáliz con la alegría de la primera juventud [5]?

Berlín, en la primavera de 1843

Wilhelm GRIMM

[5] Después de la protesta de «los siete de Gotinga» entre la que se encontraban los hermanos Wilhelm y Jacob Grimm contra las medidas impopulares del rey de Hannover, ambos pensaban dedicarse exclusivamente, por encargo de una editorial, a confeccionar y redactar la que iba a ser su obra monumental: el *Diccionario Alemán*. Sin embargo, fueron llamados a Berlín para ser nombrados miembros de la Academia de las Ciencias. Bettine von Arnim influyó decisivamente para que se produjera tal nombramiento.



Prólogo

Cuando por una tormenta o por cualquier otra desgracia que el cielo envía se pierde una cosecha entera, nos parece bien, que, incluso en pequeños setos o arbustos que están en el camino, se haya salvado un pequeño lugar y hayan permanecido de pie algunas espigas. Si el sol luce otra vez de forma favorable, crecen solitarias y sin necesidad de cuidados; ninguna hoz prematura las siega para los grandes graneros, pero al final del verano, cuando las espigas han madurado totalmente, llegan pobres manos que las buscan y, colocando espiga sobre espiga, atadas cuidadosamente y mucho más apreciadas que gavillas enteras, las llevan a casa y durante todo el invierno sirven de alimento y quizá de única semilla para el futuro.

Lo mismo nos ha pasado a nosotros cuando hemos visto cómo de todo aquello que ha florecido en épocas tempranas no ha quedado nada, incluso casi se ha perdido hasta su recuerdo, cómo entre el pueblo las canciones, leyendas y estos inocentes cuentos hogareños. Los asientos al lado de la chimenea, el lar de la cocina, las escaleras del desván, cuando todavía se celebraban los días de fiesta, los pastos y los bosques en calma y sobre todo la fantasía no turbada han sido los setos que los han puesto a salvo y los han transmitido de una época a otra.

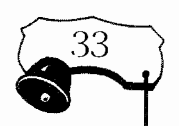
Quizá era éste justamente el momento de coleccionar estos cuentos, ya que los que debían custodiarlos son cada vez más raros. Sin lugar a dudas, quienes todavía los conocen saben por lo general muchos, porque los hombres se les mueren a los cuentos, pero no así los cuentos a los hombres; pero la costumbre va desapareciendo poco a poco como todos los asientos recónditos en las casas y jardines, que se perpetuaban desde el abuelo hasta el nieto, evitando el constante cambio de una pomposidad hueca que se parece a la risa con la que se habla de estos cuentos hogareños, que parece elegante y, sin embargo, cuesta bien poco. Allí donde todavía los hay perviven de esa manera, sin pensar si son buenos o malos, poéticos o de mal gusto para gente juiciosa; se los conoce y se los ama porque precisamente así han sido recibidos y producen alegría sin tener un motivo expreso para ella. Así de maravillosa es la costumbre viva y, si algo tiene de común la poesía con todo lo eterno, es sin duda este hecho de sentirnos atraídos por ella frente a cualquier otro tipo de voluntad. Fácilmente se podrá apreciar que estos cuentos sólo han prendido allí

donde hay una viva sensibilidad para la poesía o para la fantasía, no apagada por las equivocaciones de la vida. En este sentido no queremos alabar aquí estos cuentos o defenderlos de una opinión totalmente contraria: su simple existencia es suficiente para protegerlos. Todo lo que posee variedad y ha sido repetidamente causa de placer, ha emocionado o enseñado, lleva en sí su necesidad y ha venido precisamente de las fuentes eternas que actúan como el rocío sobre la vida, y aunque sólo quede una gota conconservada en una hoja, relucirá en las primeras horas de la aurora.

Por ello, precisamente aquella pureza invade interiormente estas poesías, y por ella nos parecen los niños tan maravillosos y dichosos; todos tienen los mismos ojos blanco-azulados y sin mácula *, que ya no pueden hacerse más grandes, mientras que sus otros miembros son tiernos y débiles y todavía torpones para el trabajo en la tierra. Este es el motivo por el que con esta colección no sólo hemos querido prestarle un servicio a la historia de la poesía y de la mitología, sino que, al mismo tiempo, era nuestra intención que la poesía misma que hay en ella surtiera efecto y divirtiera a quien pudiera divertir, es decir, que también sirviera como libro didáctico. No buscamos para éste la pureza que se logra a través de una eliminación temerosa de lo que tiene relación con ciertos estados y situaciones que suceden todos los días y que no pueden permanecer ocultos en forma alguna y por lo que se cae en el error rápidamente de que lo que aparece en un libro también es real en la vida. Buscamos la pureza de una narración sincera que no esconda reservadamente nada injusto. Por eso en esta nueva edición hemos borrado cuidadosamente toda expresión no adecuada para la infancia. Si a pesar de todo «alguien» objetara que esto o aquello pone en apuro a los padres y que les parece malsonante, de forma que no quisiera dar el libro a los niños —y quizá en algunos casos sea cierta esta preocupación—, pueden hacer entonces, y de forma rápida, una selección; sin embargo en conjunto, y para un carácter sano, es verdaderamente innecesaria.

Nada mejor puede defendernos que la misma naturaleza, la cual ha dejado crecer estas flores y hojas con tal variedad de colores y de formas. Si a alguno no le son de utilidad por sus de-

* Que los niños se frotan tan a gusto (Fischart-Gargantúa 129-131) y que a veces quisieran sacarse. (*Nota de los Autores.* En lo sucesivo téngase en cuenta que las notas precedidas de asterisco son de los autores; las numéricas, así como el vocabulario de página 6, pertenecen a la traductora.)



terminadas necesidades, no por ello puede exigir que deban ser coloreadas y cortadas de otra manera.

O también, la lluvia y el rocío caen como un bien providencial para todo lo que hay sobre la tierra; el que no confía en colocar sus plantas para que sean regadas por ellos, porque sean muy sensibles y puedan sufrir algún daño, sino que prefiere regarlas con agua templada en la habitación, no puede exigir que el rocío y la lluvia tengan que desaparecer.

Provechoso puede llegar a ser todo lo que es natural y eso es lo que debemos procurar. Por lo demás, nosotros no conocemos ningún libro sano y recio que haya enseñado al pueblo, empezando por la Biblia, donde no aparezcan tales inconveniencias en mayor o menor medida; el uso recto no encuentra nada malo en ello, sino que, como dice un bello dicho, es un testimonio de nuestro corazón. Los niños interpretan sin miedo a las estrellas, mientras que otros, siguiendo la creencia popular, hieren con ello a los ángeles.

Hemos coleccionado estos cuentos desde hace aproximadamente trece años. El primer tomo, que apareció en 1812, contiene en general lo que habíamos recogido poco a poco, por transmisión oral, en Hesse [1] y en las zonas del Meno y Kinzing que pertenecen al condado de Hanau, del que nosotros procedemos. El segundo tomo se terminó en 1814 y se realizó con más rapidez, en parte porque el libro había conseguido por sí mismo amigos que lo apoyaron cuando vieron lo que era y cómo había sido pensado, y en parte porque nos acompañó la suerte, que parece una casualidad, pero que generalmente apoya a coleccionistas trabajadores y perseverantes.

Cuando se acostumbra uno a observarlos, se tropieza con ellos con más frecuencia de lo que se cree, y esto ocurre sobre todo con las costumbres, características, sentencias y bromas del pueblo. Los hermosos cuentos en bajo alemán [2] de los principados de Münster y Paderborn los tenemos que agradecer a una especial bondad y amistad; lo familiar del dialecto en su perfección interior se hace patente aquí de forma especialmente favorable. Allí, en las regiones tradicionalmente famosas de la libertad alemana, se han conservado en muchos lugares las leyendas y los cuentos como un entretenimiento casi habitual en los días de fies-

---

[1] País federal alemán, situado entre el Macizo Central y el Alto Rinn.

[2] Bajo Alemán, también llamado sajón antiguo, lengua documentada desde el siglo IX, del que proceden el holandés y el frisón.

tas, y la zona es rica todavía en costumbres y canciones heredadas. Allí donde la escritura no molesta con intromisiones de lo extraño ni embota por empacho, en parte porque sirve de apoyo y porque no permite a la memoria ser negligente y, sobre todo, en pueblos cuya literatura es insignificante, la tradición suele mostrarse de forma más fuerte y pura como sustituta: así parece haberla conservado la Baja Sajonia, más que otras regiones. ¡Qué colección más completa e internamente más rica hubiera sido posible en el siglo XV, e incluso en el XVI, en la época de Hans Sachs o Fischart [3] en Alemania! *.

Una de esas felices casualidades tuvo lugar en el pueblo de Niederzwehrn, que está cerca de Kassel, donde conocimos a una campesina que nos narró la mayor parte y los más hermosos cuentos del tomo segundo. La señora Viehmann estaba todavía fuerte y tenía cincuenta y tantos años. Los rasgos de su cara tenían algo de firme, comprensivo y agradable y tenía una mirada lúcida y penetrante **. Ella había retenido concienzudamente en la memoria las antiguas leyendas y decía incluso que no todos tenían este don, y que algunos no podían retener nada de nada coherente. Al mismo tiempo narraba de forma mesurada, segura e indeciblemente vital, gozándose en ello, primero de forma libre, y luego, cuando se quería, otra vez despacio, de manera que con alguna práctica se podía tomar al dictado. Algo se ha conservado literalmente de esta forma y no puede dejar de ser apreciado en su verdad.

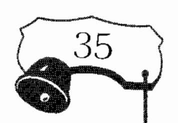
Los que creen por sistema que es fácil falsificar la tradición,

---

[3] *Hans Sachs:* Poeta alemán nacido en Nuremberg en 1494. Es el más importante de los maestros cantores. Se unió a la reforma luterana, compuso gran número de canciones, farsas y piezas dramáticas. Persigue en todas sus obras un objetivo didáctico, ya que se orienta a criticar y ridiculizar los males de la sociedad de su época. Su figura fue exaltada por R. Wagner. Johann *Fischart* (1546-1590), humanista alemán, es el poeta satírico más importante de la Reforma. Su lengua es extraordinariamente rica en imágenes, expresiones populares y neologismos. Tradujo el *Gargantúa* de Rabelais.

* Asombroso es que entre los galos no estaba permitido escribir los cantos transmitidos, mientras que para los otros asuntos se hacía uso de la escritura. César, que se dio cuenta de esto *(B. G.* VI, 4), cree que así se quería evitar que, confiados en la escritura, fuera luego irreflexivo el aprendizaje y conservación de las canciones. También Thamus le reprochaba a Theut (en el *Fedro* de Platón), a propósito del descubrimiento de las letras, la desventaja que la escritura tendría en el desarrollo de la memoria.

** Nuestro hermano Luis ha hecho un dibujo de ella —muy parecido y natural— que se encuentra en la colección de sus dibujos (en Wiegel en Leipzig). A causa de la guerra, la buena mujer acabó sufriendo necesidades materiales y tristezas, que personas de buen natural pueden aliviar, pero no hacerlas desaparecer. El padre de sus múltiples nietos murió de una fiebre nerviosa; los huérfanos trajeron la enfermedad y la más grande penuria a su ya de por sí pobre choza. Se puso achacosa y murió el 17 de noviembre de 1816.



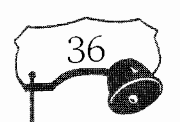
que su conservación es descuidada y por consiguiente que es imposible una larga duración, deberían haber oído con qué exactitud se ajustaba a la narración; no cambiaba nunca nada al repetir y corregía su descuido en cuanto era consciente de él, incluso en la mitad de la narración. La fidelidad de lo transmitido, en las personas que permanecen fieles a un mismo tipo de vida, es mucho más fuerte de lo que nosotros creemos, dados como somos al cambio. Por eso precisamente lo conservado con tanta sencillez tiene una cierta proximidad persuasiva y una habilidad interna, que a otras cosas, externamente más brillantes, no les es fácil conseguir. El fondo épico de la poesía popular se parece al verde que se extiende en diversos matices por la naturaleza y que llena y dulcifica la vista sin cansar nunca.

Conseguimos, además de los cuentos del segundo tomo, suficientes adiciones al primero y mejores narraciones, muchas transmitidas allí, procedentes de fuentes parecidas. Hesse tiene la ventaja de ser un país montañoso, situado lejos de las rutas principales y que ante todo se ocupa de la agricultura, lo que hace que pueda conservar mejor sus viejas tradiciones y costumbres.

De esta manera, en esa región que fue la verdadera residencia de los Catos [4], se ha conservado una cierta seriedad, un carácter sano, trabajador y valiente, que no dejará de ser tenido en cuenta por la historia. Todo esto hace que la escasez de comodidades y de delicadeza que se observa en otras regiones, como cuando se viene de Sajonia, se considere más bien como un ventaja. Además se siente también que las zonas más rudas, pero a menudo enormemente bellas, así como una cierta severidad y pobreza en la forma de vida, se integran en todo el conjunto. De entre todos los pueblos de nuestra patria se puede considerar a los habitantes de Hesse como los que mejor han conservado, igual que las mansiones antiguas, las particularidades de su carácter a través de los cambios del tiempo.

Lo que hemos ganado hasta ahora para nuestra colección, hemos querido incorporarlo a esta segunda edición del libro. Por ello ha sido casi reelaborado el libro primero, se ha completado lo que estaba incompleto, algunas partes se han contado de forma más sencilla y pura y no podrán encontrarse trozos que no hayan sido mejorados. En contraposición se han introducido textos nuevos, entre ellos los de Austria y la Bohemia Alemana, de tal ma-

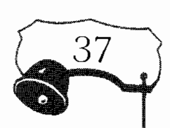
[4] Antiguo pueblo germánico que habitó las tierras que hoy constituyen los dos ducados de Nassau y Hesse y el territorio de Westfalia.



nera que se encontrarán partes hasta ahora totalmente desconocidas; las aclaraciones ocupaban anteriormente escaso espacio; dada la gran amplitud del libro, hemos tenido que destinar para ellas un tercer tomo. Por esto ha sido posible, no sólo comunicar lo que antes habíamos tenido que dejar de lado, aun a nuestro pesar, sino también incluir textos cuyo sitio está aquí y que, como esperamos, harán ver con más claridad el valor científico de estas transmisiones.

En lo que se refiere a la forma de hacer esta colección, lo que más nos ha importado en primer lugar ha sido la fidelidad y verdad. No hemos añadido nada de nuestra cosecha, no hemos embellecido ninguna circunstancia o rasgo de la leyenda, sino que hemos reproducido su contenido tal y como lo hemos recibido. Naturalmente es obvio que la expresión y realización de los detalles procede de nosotros, pero hemos intentado mantener las particularidades observadas, para dejar a la colección también en este aspecto la variedad de la naturaleza. Todo el que se haya ocupado de un trabajo semejante comprenderá, por lo demás, que aquí no puede tenerse en cuenta una interpretación descuidada y desatenta; por el contrario, se necesitan una atención y tacto que solamente se alcanza con el tiempo, para distinguir lo sencillo, lo puro, pero perfecto en sí, de lo falseado. Diversas narraciones las hemos transmitido como una, cuando se completaban entre sí y cuando para su fusión no había que prescindir de contradicciones. Cuando diferían la una de la otra, teniendo cada una, por lo general, sus propios rasgos, hemos dado preferencia a la mejor y las otras las hemos reservado para las anotaciones. Estas diferencias nos parecen más notables que las simples alteraciones o deformaciones de un original existente anteriormente, ya que sólo son intentos de acercarse, de forma distinta, a algo existente sólo en la inteligencia, y que es inagotable. Repeticiones de frases aisladas, rasgos e introducciones deben considerarse como líneas épicas y no de otro modo.

Gustosamente hemos conservado un determinado dialecto. Si esto hubiera podido hacerse siempre, sin duda la narración hubiera ganado. Este es un caso en el que la estructura conseguida, la finura y el arte de la lengua carece de importancia, y se palpa que una lengua literaria refinada, por más hábil que sea en lo demás, aun siendo más diáfana y clara, es menos expresiva, ya que no se ajusta con la misma fuerza al meollo de lo que quiere decir. Lástima que el dialecto del Bajo Hesse, en las cercanías de Kassel, en las zonas fronterizas del cantón franconio de Hesse, sea una mez-



cla indefinida y mal comprendida del bajo sajón y el alto alemán [5].

En este sentido no hay, que sepamos, ninguna colección de cuentos en Alemania. Entre los transmitidos, o bien se conservaron algunos de forma casual, o se los consideraba como material bruto para crear, a partir de ellos, narraciones más largas. Nos rebelamos con toda franqueza contra tales reelaboraciones. Es indudable que en todo sentimiento vital para la poesía subyace una formación y perfeccionamiento poético, sin el cual la transmisión sería algo estéril y muerto, pero precisamente por eso cada región narra según su propia idiosincrasia y cada boca de forma distinta. Hay una gran diferencia entre esa semiinconsciente sencillez, parecida al crecer tranquilo de las plantas y alimentada por el manantial inmediato de la vida, y los cambios conscientes, arbitrariamente realizados, que aun estando bien hechos no podemos permitir. En este caso, lo que predomina es la opinión del poeta, la cual depende de su formación, mientras que en la otra perfección natural impera individualmente el espíritu de los pueblos, que no permite caprichos. Si se priva a estas transmisiones del carácter científico, es decir, si aceptamos que debe conservarse en ellas las ideas y estructuras de tiempos remotos, es obvio que tales valores se destruyen en ese tipo de reelaboraciones. Tampoco la poesía gana nada con ellas, pues ¿dónde habita la poesía sino en el alma, donde de hecho refresca y reanima, calienta y fortalece? Pues bien, cada reelaboración de estas leyendas les roba su inocencia y pureza sin ostentación, arrancándolas del círculo al que pertenecen y donde siempre se las desea de forma no excesiva. Puede ocurrir que, en el mejor de los casos, se dé a cambio finura, ingenio y especialmente humor, que la comicidad de la época aporta consigo, además de un cierto colorido del sentimiento, que no le resulta difícil ofrecer a una cultura alimentada por la poesía de todos los pueblos; pero este don tiene más de sombra que de utilidad, piensa más en el oír y leer individual, a los que se ha acostumbrado nuestra época, y concentra y agudiza, a cambio, la irritación, ya que en el chiste nos cansa la repetición, mientras que lo perdurable es algo tranquilo, sosegado y puro. La mano experta de tales reelaboraciones se parece a aquella que tenía la desgraciada virtud de convertir en oro todo lo que tocaba, incluso las comidas, de tal modo que no puede darnos de comer ni de be-

[5] Una de las divisiones del alemán, documentada desde el siglo VII y que englobaba en la Edad Media gran cantidad de dialectos.

ber en medio de su riqueza. Incluso allí donde la mitología, con sus imágenes, tiene que adquirirse a fuerza de imaginación, cuán frío, interiormente vacío y sin forma parece todo, a pesar de las mejores y más rotundas expresiones. Por lo demás, todo esto se dice contra las reelaboraciones que tienen la intención de mejorar y hacer más poéticos los cuentos, no contra la apropiación de una libre interpretación de los mismos, de poesía que pertenece plenamente a la época. ¿Pues quién puede poner fronteras a la poesía? Hemos dejado el libro en manos generosas. Al mismo tiempo pensamos en la fuerza colmada de bienes que hay en ellas, y deseamos que este libro quede absolutamente fuera del alcance de aquellos que no permiten a los pobres y humildes las migajas de la poesía.

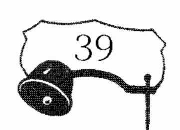
Kassel, a 3 de julio de 1819

En esta tercera edición hemos incorporado un número de cuentos a la segunda parte, entre los que hay algunos que se distinguen por estar en dialecto suizo. De este modo se aproxima un poco más, en la medida de lo posible, a una colección completa. Además muchos de los cuentos anteriores han sido reelaborados otra vez, y completados y enriquecidos mediante adiciones y rasgos sueltos sacados de narraciones orales. La tercera parte, cuyo contenido se remite al uso científico de la colección y por ello podría encontrar acceso en círculos más estrechos, no se ha reeditado, porque todavía hay ejemplares disponibles en la librería Raimer de Berlín. En consecuencia, la tercera parte aparecerá como obra independiente, en la cual tendrán cabida las introducciones preliminares de la edición anterior sobre la esencia de los cuentos y de las costumbres de los niños.

La fiel interpretación de la tradición, la expresión no afectada y, aunque esto suene a inmodesto, la riqueza y variedad de la colección, le han conseguido una aceptación permanente en el extranjero. Entre las diversas traducciones merece destacarse la inglesa, por ser la más completa, y también porque la lengua, emparentada con el alemán, se expresa con más exactitud *. En

---

* Después de que Francis Cohen en la *Quartely Rewiew* (mayo de 1810) señaló la edición más antigua de forma detallada, apareció, después de la segunda, una traducción de Edgard Taylor en dos partes con cobres ingeniosos de Cruiskhank (*German popular stories*, Londres 1823 y 1826), la cual ha sido editada de nuevo (1839). Otra selección con dibujos de Richard Doyle la ha hecho John Edward Taylor (*The fairy ring. A new collection of popular tales translated from the german of Jacob and Wil-*



1825 hicimos una edición, en un solo volumen, que contenía sólo una selección de cuentos pensando en aquellos que no consideraban ciertos cuentos adecuados para niños. Esta selección ha sido reeditada en 1836 y 1837. El valor científico de estas transmisiones se ha comprobado de forma, a veces asombrosa, en antiguas leyendas de dioses, y la mitología alemana ha tenido no raras veces la ocasión de volver sobre el particular, e incluso ha encontrado en su coincidencia con los mitos nórdicos una muestra de las primitivas relaciones.

Si la benevolencia hacia nuestro libro continúa, no faltará, por nuestra parte, un cultivo sucesivo.

Gotinga, 15 de mayo de 1837

Nos alegra que entre los nuevos textos añadidos a nuestra colección aparezca uno de nuestra región de origen. El hermoso cuento *El tiempo de la Vida*, se lo contó un campesino de Zwehrn a un amigo mío con el que, al aire libre, había iniciado una conversación. Como se ve, aún no ha desaparecido del todo la sabiduría en la calle.

Kassel, 17 de septiembre de 1840

Esta quinta edición contiene otra vez un número significativo de cuentos nuevos; los otros han sido relaborados siguiendo una transmisión más íntegra o han sido completados. Desde la aparición de la colección se han ido añadiendo, sucesivamente, más de

---

helm Grimm, Londres, 1846). Luego *Grimss Householdstories newly translated with illustrations by Wehnert*, 2 vols., completa. Londres 1856. Un cuento aislado: *The charmed Roe or the little brother and little sister illustrated by Otto Spekter*, Londres 1847: los dibujos son muy bonitos. Una holandesa (*Sprookjesboek vor Kindereen*, Amsterdam, 1820) contiene un extracto, como una danesa de Hegermann-Lindencrone (*Börne Eventry*, Copenhague 1820 ó 1821). También en *Dansk Laesebog for Tydske af Frederik Bresemann*, 2.ª edición 1843, págs. 123-133, hay tres textos traducidos por Öhlenschläger, una cantidad mayor por C. Molbech (*Julegave for Börn*, 1835-1839, y *Udvalgte Eventry og Forällingar*, Copenhague, 1843). Varias piezas se encuentran traducidas en sueco en *Reuterdahls Julläsning för barn*. El *Journal des Débats* de 4 de agosto de 1832 contiene una serie de manifestaciones juiciosas sobre el libro y como muestra una traducción del cuento «Enrique el Férreo»; luego la hoja del 1 de enero de 1834, un fragmento del cuento «El enebro»; ulteriormente (París, 1836) aparecieron *Contes choisis de Grimm*, traducidos por F. C. Gérard con grabados de cobre. Finalmente, en el año 1846, *Contes de la famille par les frères Grimm*, traducidos del alemán por N. Martin y Pitre-Chevalier (París, sin referencia al año) con una biografía fabulosa.

cincuenta textos. El gran dibujo, lleno de sentido, de *La Bella Durmiente,* hecho por Neureuther (Munich, 1836) y grabado al aguafuerte por él mismo, muestra la influencia de estas poesías en las artes plásticas. También hemos visto graciosos dibujos de *Caperucita Roja.* No menor mención merecen los bonitos dibujos de diversos cuentos hechos por Franz Posci. Aparecieron en Munich *Blancanieves,* 1837; *Hänsel y Gretel,* 1838; *El judío en el espino,* con el título de *El alegre cuentecillo del pequeño Frieder,* 1839; por último, el *Cuento del que fue a aprender lo que era el miedo,* sin cita de año. Nuestra pequeña edición ha vuelto a ser publicada en 1839 y 1841.

Berlín, 4 de abril de 1843

También la sexta edición se ha visto aumentada con nuevos cuentos y, en ciertos detalles, ha sido completada y mejorada. Todo el tiempo me he esforzado por incluir dichos y refranes típicos del pueblo, a los que yo siempre presto atención, y quiero poner un ejemplo: el campesino, cuando quiere expresar que está contento con algo, dice: «Esto tengo yo que alabarlo por encima del verde trébol» [6], y toma para ello la imagen del trébol bien crecido y que reverdece de nuevo, cuya vista le alegra el corazón; ya poetas en alto alemán lo ensalzan con este sentido (MS. HAg, 2, 66b, 94b).

Ermansdorf en Silesia, 30 de septiembre de 1850

A la séptima edición se ha añadido un cuento del siglo XV, y otros tres, tomados de tradición directa, suplen a unos cuantos que han sido eliminados, como ya se había hecho constar en la nueva edición del tercer tomo, por ser de procedencia extranjera. Allí encontraron las citas bibliográficas, que generalmente seguían a esto, su lugar adecuado.

Berlín, 23 de mayo de 1857

---

[6] En español sería «ponerlo a uno por las nubes, por las estrellas».

El rey sapo o Enrique el Férreo

En aquellos tiempos pasados, en los que el desear todavía servía para algo, vivía un rey cuyas hijas eran todas muy hermosas, pero la pequeña era tan hermosa, que el mismo sol, que ya ha visto tantas cosas, se maravillaba cada vez que le daba en la cara. Cerca del palacio del rey había un gran bosque sombrío, y en el bosque, bajo un viejo tilo, había un pozo. Cuando de día hacía mucho calor, la hija del rey iba al bosque y se sentaba en el brocal del pozo fresquito. Cuando se aburría, cogía una bola de oro, la echaba a lo alto y la volvía a coger. Este era su juguete preferido.

Un día aconteció que la bola de oro no le cayó a la hija del rey en su manita, que ella mantenía en alto, sino que pasó por su lado cayendo en tierra y rodando hasta el agua. La hija del rey la siguió con la mirada, pero la bola desapareció, y el pozo era tan profundo, tan profundo que no se veía el fondo. Entonces empezó a llorar y lloraba cada vez con más fuerza, y sin consuelo. Y mientras se lamentaba de esta manera, alguien la llamó:

—¿Qué te pasa, hija del rey, que gritas de tal manera que hasta una piedra sentiría lástima?

Ella se volvió hacia donde procedía la voz y vio un sapo que sacaba su cuerpo gordo y feo del agua:

—Ah, eres tú, viejo chapoteador —dijo ella—. Lloro por mi bola de oro, que se me ha caído al agua.

—Tranquilízate y no llores —contestó el sapo—. Yo puedo encontrar remedio, ¿pero qué me darás si te traigo nuevamente tu juguete?

—¿Qué quieres tener, querido sapo? —dijo ella—. ¿Mis trajes, mis perlas, mis piedras preciosas, incluso la corona de oro que llevo puesta?

El sapo respondió:

—No me gustan tus trajes, ni tus perlas, ni tus piedras preciosas, ni tu corona de oro, pero si me prometes tratarme con cariño, dejarme ser tu amigo y compañero de juegos y sentarme en tu mesita contigo, comer en tu platito de oro, beber en tu vasito y dormir en tu camita; si me lo prometes, bajaré y te subiré de nuevo la bola de oro.

—Huy sí —dijo ella—. Te prometo todo lo que quieras si me traes de nuevo la bola.

Sin embargo, ella pensaba:



«¡Lo que chacharea este sapo simplón! El está en el agua con sus semejantes y no puede ser compañero de ningún ser humano.»

El sapo, en cuanto recibió la respuesta afirmativa, sumergió su cabeza, se hundió y después de un rato volvió nadando hasta la superficie llevando la bola en la boca, y la tiró en la hierba. La hija del rey dio saltos de alegría cuando divisó de nuevo su precioso juguete, lo cogió y salió corriendo de allí.

—Espera, espera —gritó el sapo—. Llévame contigo, no puedo correr como tú.

Pero, ¿de qué le sirvió ir gritando todo lo fuerte que podía su *croac croac* detrás de ella? La princesa no se detuvo, se fue presurosa a casa y pronto olvidó al pobre sapo, que tuvo que volver a su pozo.

Al día siguiente, en el momento en que ella, con el rey y todos los cortesanos, se había sentado a la mesa y comía en su platito de oro, algo subió arrastrándose, *chap, chap, chap,* por la escalera de mármol y, cuando hubo llegado arriba, llamó a la puerta y gritó:

—Hija del rey, la más pequeña, ábreme.

Ella corrió y quiso ver quién había fuera. Cuando abrió se encontró con el sapo sentado. Entonces cerró de golpe la puerta, se sentó nuevamente a la mesa y estaba muerta de miedo. El rey pudo darse buena cuenta de que el corazón le palpitaba violentamente y dijo:

—¿De quién tienes miedo, hija mía? ¿Hay acaso algún gigante en la puerta que quiera llevarte consigo?

—Oh no —respondió ella—, no es un gigante, sino un sapo repulsivo.

—¿Y qué quiere el sapo de ti?

—Ay, papá querido, cuando ayer estaba en el bosque sentada, jugando al lado del pozo, se me cayó la bola de oro al agua. Y como lloraba de tal manera, me la trajo de nuevo el sapo, y como él quería a toda costa ser mi compañero, le prometí que lo sería, pero yo no pensaba que él volvería a salir del agua; ahora está afuera y quiere venir conmigo.

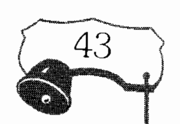
En ese momento llamó por segunda vez y gritó:

—Hija del rey, la más pequeña, ábreme. ¿No te acuerdas de lo que me dijiste ayer, al lado de la fresca agua del pozo? Hija del rey, la más pequeña, ábreme.

Entonces dijo el rey:

—Lo que has prometido, tienes que cumplirlo; ve y ábrele.

Fue y abrió la puerta, el sapo entró saltando y la siguió hasta su silla. Allí se paró y gritó:



—Súbeme hasta ti.

Ella titubeó, hasta que el rey se lo ordenó. Cuando el sapo estuvo en la silla, quiso subirse a la mesa y, cuando estuvo sentado en ella, dijo:

—Ahora acércame tu platito de oro para que comamos juntos.

Lo hizo, desde luego, pero se podía ver que no lo hacía con gusto... El sapo comió con apetito, pero ella no pudo probar bocado. Finalmente, dijo el sapo:

—Ya me he saciado y estoy cansado, llévame a tu cuartito y prepárame tu camita de seda, que nos vamos a acostar.

La hija del rey comenzó a llorar y tuvo miedo del frío sapo, al que no se atrevía a tocar y que ahora debería dormir con ella en su hermosa camita limpia. El rey, sin embargo, se puso furioso y dijo:

—No desprecies jamás al que te ha ayudado cuando lo necesitabas.

Entonces ella lo agarró con dos dedos, lo subió y lo puso en una esquina, pero cuando ella estaba ya en la cama, llegó arrastrándose y dijo:

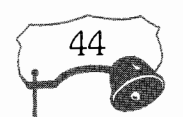
—Estoy cansado, quiero dormir tan bien como tú, súbeme o se lo digo a tu padre.

Ella se puso entonces furiosísima, lo subió y lo arrojó con todas sus fuerzas contra la pared.

—Ahora ya estarás tranquilo, sapo asqueroso.

Pero cuando cayó al suelo ya no era un sapo, sino el hijo de un rey con bellos y amables ojos. El era, según el deseo de su padre, su amado camarada y esposo. Le contó que había sido embrujado por una bruja perversa y nadie más que ella lo hubiera podido liberar de la fuente, y a la mañana siguiente se irían a su reino. Se durmieron luego y a la mañana siguiente, cuando el sol los despertó, llegó un carruaje tirado por ocho caballos blancos, que llevaban plumas blancas de avestruz en la cabeza y cadenas doradas, y detrás iba el servidor del joven rey, que era el fiel Enrique. El fiel Enrique había sentido tanta pena cuando su señor fue transformado en sapo, que se había colocado tres cadenas de hierro alrededor del corazón para que éste no le saltara de dolor y tristeza. El carruaje tenía, sin embargo, que llevarlo al reino; el fiel Enrique les ayudó a montar, se colocó detrás y estaba loco de alegría por el desencantamiento. Cuando llevaban un rato viajando, oyó el hijo del rey que detrás de él algo hacía ruido como si se hubiera roto. Se volvió y gritó:

—Enrique, el coche se parte.



—No, señor, el coche no: es una de las cadenas de mi corazón, que estaba dolorido cuando vos estabais en el pozo, cuando erais un sapo.

Una y otra vez se oyó estallar algo en el camino. El hijo del rey pensaba siempre que se partía el coche y no eran más que las cadenas que saltaban del corazón del fiel Enrique, porque su señor estaba liberado y era feliz.



El gato y el ratón, socios

Un gato conoció a un ratón y le habló tanto del gran cariño y la amistad que sentía hacia él, que al final el ratón aceptó ir a vivir con él a una casa y administrarla conjuntamente.

—Pero para el invierno habrá que adoptar las precauciones necesarias; si no, pasaremos hambre —dijo el gato—. Tú, ratoncito, no puedes aventurarte de aquí para allá, pues al final me caerás en una trampa.

Se respetó el buen consejo y se compraron una ollita con manteca. Sin embargo, no sabían dónde ponerla. Después de una larga reflexión, el gato habló así:

—No conozco un lugar mejor donde pueda estar guardada que en la iglesia; allí nadie se atreve a robar nada. La colocaremos bajo el altar y no la tocaremos hasta que tengamos necesidad.

Pusieron a buen recaudo la ollita, pero no pasó mucho tiempo sin que al gato le entraran ganas de ella y le dijo al ratón:

—Mira, ratoncito, una prima mía me ha pedido que sea padrino; ha traído un niñito al mundo, blanco con manchas marrones, y le tengo que sacar de pila. Déjame salir hoy y cuida de la casa tú solo.

—Sí, naturalmente —contestó el ratón—; por Dios, si comes algo bueno, piensa en mí; de buen grado me gustaría beber del rico vino dulce del bautizo.

No había en ello nada de verdad, el gato no tenía ninguna prima y tampoco le habían pedido que fuera padrino de nadie. Se fue derecho a la iglesia, se deslizó hasta la ollita de manteca, empezó a lamer y lamer, y le quitó la primera capa grasienta. Luego fue a dar un paseo por todos los tejados de la ciudad, aprovechando la ocasión, y después se estiró al sol, relamiéndose los bigotes cada vez que pensaba en la escudilla de manteca. Hasta que no se hizo de noche no regresó a casa.

—Hombre, ya estás aquí otra vez —dijo el ratón—. Seguro que has tenido un día divertido.

—Sí, ha transcurrido agradablemente —contestó el gato.

—¿Y qué nombre han puesto el niño? —dijo el ratón.

—«Empezado» —contestó el gato con sequedad.

—¡«Empezado»! —exclamó el ratón—. Sí que es un nombre extraño y raro: ¿es corriente en vuestra familia?

—¿Qué hay de malo en ello? —dijo el gato—. No es mucho más feo que «ladrón de migajas», como se llaman tus padrinos.

No mucho tiempo después volvió el gato a sentir apetito.

—Tienes que hacerme un favor y cuidar otra vez de la casa solo: me han pedido por segunda vez que haga de padrino, y ya que el niño tiene una franja blanca alrededor del cuello, no puedo negarme.

El buen ratón se lo permitió, pero el gato se deslizó por detrás del muro de la ciudad en dirección a la iglesia y se zampó la mitad de la olla de manteca.

«No sabe nada mejor —se dijo—, que cuando se lo come uno solo.»

Y se encontró feliz con lo que había hecho en el día. Cuando regresó a casa le interrogó el ratón.

—¿Cómo se ha bautizado a este niño?

—«Mediado» —contestó el gato.

—¡«Mediado»! ¿Pero qué dices? Ese nombre no lo he oído yo en toda mi vida; te apuesto a que no está en el santoral.

Al gato pronto se le hizo agua la boca y le apeteció volver a lamer.

—No hay dos sin tres —le dijo al ratón—. Otra vez tengo que hacer de padrino, el niño es totalmente negro, tiene solamente las patas blancas, y ningún pelo blanco en el cuerpo, y eso solamente pasa cada dos años. ¿Me dejas salir, no?

—«Empezado», «Mediado»... —contestó el ratón— son unos nombres tan curiosos que me dan qué pensar.

—Claro, tú estás todo el día sentado en casa con tu sayal gris oscuro y tu larga trenza —dijo el gato—, y te dedicas a coger grillos; eso pasa cuando no se sale de día a la calle.

El ratón, en ausencia del gato, limpió y puso toda la casa en orden; el goloso gato se tragó entera la olla de manteca.

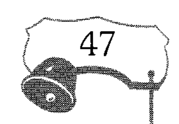
«Solamente cuando se ha terminado toda, se está tranquilo», se dijo a sí mismo, y no regresó a la casa, saciado y gordo, hasta la noche. El ratón inquirió rápidamente el nombre que había recibido el tercer niño.

—No te va a gustar tampoco —contestó el gato—, se llama «Acabado».

—¿«Acabado»? —dijo el ratón—. Ese es el nombre que más me da qué pensar, no lo he visto escrito en toda mi vida... ¿«Acabado»? ¿Qué querrá decir todo esto?

Movió la cabeza, se enrolló y se puso a dormir.

A partir de ese momento nadie quiso ya que el gato apadrinara a nadie, pero cuando llegó el invierno y afuera no se encontraba nada, el ratón se acordó de sus provisiones y dijo:



—Gato, ven, vamos a buscar la olla de manteca que nos hemos reservado, verás qué bien nos sabe.

—Desde luego —dijo el gato—, te va a gustar lo mismo que si sacas tu fina lengua por la ventana.

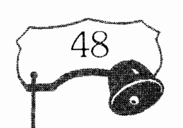
Se pusieron en camino y, cuando llegaron, la olla de manteca estaba en su sitio, pero totalmente vacía.

—Ah, ahora me doy cuenta —dijo el ratón— de lo que ha pasado. Eres como para fiarse de ti. Ahora todo está claro, te lo has zampado cuando has ido a hacer de padrino: Primero «Empezado», luego «Mediado» y luego...

—¿Te quieres callar? —chilló el gato—. Di una sola palabra más y te devoro.

El ratón tenía «Acabado» todavía en la punta de la lengua y apenas lo había pronunciado, cuando el gato dio un brinco hacia él, lo pescó y se lo engulló. ¿Ves? Así es la vida.





La niña de María

Cerca de un enorme bosque vivía un leñador con su mujer. Tenía solamente una hija de tres años. Pero eran tan pobres que no tenían para comer diariamente y no sabían qué podían darle a la niña. Un buen día se fue el leñador, lleno de preocupaciones, a trabajar al bosque y, cuando estaba partiendo la leña, se le apareció una hermosa mujer de buena estatura, que tenía sobre su cabeza una corona con estrellas relucientes, y le dijo:

—Yo soy la Virgen María, la madre del Niño Jesús; tú eres pobre y estás necesitado; tráeme a la niña, me la llevaré conmigo, seré su madre y cuidaré de ella.

El leñador obedeció, recogió a su hija y se la trajo a la Virgen María. A la niña le fue bien, comía dulces y bebía leche azucarada y sus trajes eran dorados y los angelitos jugaban con ella. Cuando había cumplido ya los catorce años, la llamó la Virgen María y le dijo.

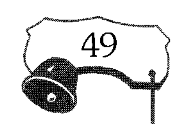
—Querida niña, yo debo hacer un largo viaje, ten en custodia las llaves de las trece puertas del cielo; doce de ellas puedes abrirlas y contemplar las magnificencias que hay allí, pero la decimotercera, que es la que se abre con esta llavecita, ésa te está prohibida. Guárdate bien de abrirla; si no, serás muy desgraciada.

La niña prometió ser obediente, y cuando ya la Virgen María se había ido, comenzó a contemplar las viviendas del reino de los cielos; cada día abría una, hasta que hubo recorrido las doce. En cada una de ellas estaba un apóstol, rodeado de gran lujo, y ella se sentía emocionada con toda aquella magnificencia, y los ángeles, que la acompañaban siempre, se emocionaban con ella. Ya no le quedaba más que la puerta prohibida, y ella sintió entonces unas enormes ganas de saber qué es lo que estaba escondido allí y dijo a los angelitos:

—No la abriré del todo y tampoco quiero entrar, pero sí quiero entornarla para mirar un poco por la rendija.

—No, de ninguna manera —dijeron los angelitos—; eso sería un pecado. La Virgen María lo ha prohibido y podría ser tu perdición.

Ella se calló, pero la ansiedad que dominaba su corazón no se pacificó, sino que la roía y no la dejaba tranquila. Y una vez que los angelitos se habían ausentado, pensó: «Ahora estoy completamente sola y puedo asomar la cabeza. Nadie sabrá que lo hago.» Buscó la llave y, cuando la hubo metido, le dio también la vuelta.



Entonces la puerta se abrió de par en par y allí estaba sentada la Santísima Trinidad rodeada de fuego y esplendor. Permaneció un rato quieta observando todo con admiración; luego rozó un poco con el dedo el brillo, y el dedo se le puso totalmente dorado. En ese momento se vio sacudida por un intenso miedo, cerró de un portazo y se marchó corriendo. El miedo no la dejaba, hiciera lo que hiciera, y el corazón le palpitaba de tal manera que no lograba tranquilizarse. También el oro se le quedó pegado al dedo y no se iba, ya podía lavarse y frotarse todo lo que quisiera.

Muy poco tiempo después regresó de su viaje la Virgen María. Llamó a su presencia a la muchacha y le exigió que le devolviera las llaves. Cuando le entregó el manojo de llaves, la Virgen María la miró a los ojos y dijo:

—¿No has abierto la decimotercera puerta?

—No —respondió ella.

Entonces puso la Virgen la mano en su corazón y sintió cómo latía y latía y supo que había desobedecido a su mandato, habiendo abierto la puerta. Volvió a hablar nuevamente:

—¿Estás segura de que no lo has hecho?

—No —contestó la niña por segunda vez.

Entonces vio la Virgen el dedo que se había puesto dorado al haber rozado el fuego divino, se dio cuenta de que había pecado y dijo por tercera vez:

—¿No lo has hecho?

La niña volvió a negarlo por tercera vez. A esto habló la Virgen María.

—No sólo no me has obedecido, sino que además me has mentido: tú no eres digna de estar en el cielo.

La niña cayó, entonces, sumida en un profundo sueño y, cuando se despertó, estaba tendida en la tierra en medio de una selva. Quería gritar, pero no pudo emitir el más mínimo sonido. Saltó y quiso huir de allí, pero, a cualquier parte que se dirigiera, siempre era retenida por espesos setos de espinos que ella no podía partir. En el yermo en el que estaba encerrada había un viejo árbol hueco que tuvo que ser su vivienda. Allí se metía arrastrándose cuando se hacía de noche y allí dormía, y cuando había tormenta y llovía allí encontraba protección; pero era una vida miserable y, cuando pensaba en la maravilla que había sido el cielo y en cómo habían jugado los ángeles con ella, lloraba amargamente. Raíces y fresas salvajes eran su único alimento y las buscaba todo lo lejos que le estaba permitido llegar. En otoño recogía las nueces caídas y las hojas, y las llevaba a la oquedad. Las nueces

eran en invierno su comida y, cuando llegaba la nieve y el hielo, se metía como un pobre animalillo debajo de las hojas para no pasar frío. Poco tiempo después sus trajes estaban tan destrozados, que se caían de su cuerpo a pedazos. Tan pronto como calentaba el sol, salía y se sentaba ante el árbol y sus largos cabellos la cubrían como si fueran un abrigo.

Así pasó año tras año y ella sentía toda la tristeza y miseria de la vida.

Una vez, cuando los árboles hacían gala de su fresco verdor, fue a cazar el rey del país al bosque y siguió a un corzo y, como éste había huido hacia la maleza que rodeaba el claro del bosque, se bajó del caballo y partió la maleza en dos y se hizo un camino ayudándose de la espada. Cuando, por fin, hubo penetrado, vio bajo el árbol a una hermosísima doncella que estaba allí sentada y cubierta por sus cabellos de oro hasta la punta de los pies. Permaneció en silencio y la contempló con admiración; entonces le dirigió la palabra y dijo:

—¿Quién eres y por qué estás aquí en este yermo?

No dio contestación alguna, puesto que no podía hablar. El rey siguió diciendo:

—¿Quieres venir conmigo a mi castillo?

Ella asintió entonces ligeramente con la cabeza. El rey la cogió en brazos y regresó a casa con ella. Cuando llegó a palacio, hizo que se vistiera con hermosos vestidos y le dio de todo en abundancia. Y aunque no podía hablar una palabra, era tan hermosa y tan encantadora, que se enamoró apasionadamente, y poco después se casó con ella.

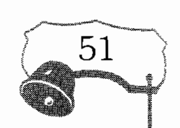
Había pasado un año aproximadamente y la reina dio a luz un niño. Por la noche, cuando estaba sola en la cama, se le apareció la Virgen María y dijo:

—¿Quieres decir la verdad y confesar que abriste la puerta prohibida? Si es así yo haré que tu boca se abra y te devolveré el don de la palabra. Si insistes en tu pecado y lo niegas de forma testaruda, me llevaré, entonces, a tu niño recién nacido conmigo.

La reina pareció dispuesta a contestar, pero se quedó cortada y dijo:

—No, yo no he abierto la puerta prohibida —y la Virgen María le cogió al niño de los brazos y desapareció con él.

A la mañana siguiente, cuando no se pudo encontrar al niño, se extendió un murmullo entre la gente sobre que la reina era una devoradora de hombres y había asesinado a su propio hijo.



Ella lo oía todo, pero no podía decir nada en contra. El rey, sin embargo, no quería creerlo de tanto como la amaba.

Después de un año volvió la reina a dar a luz un hijo. Por la noche volvió a entrar la Virgen María en la habitación y dijo:

—Si confiesas que has abierto la puerta prohibida, te devolveré a tu hijo y desataré tu lengua. Si persistes en tu pecado y lo niegas, me llevaré también conmigo a este recién nacido.

Entonces volvió a hablar la reina:

—No, no he abierto la puerta prohibida.

La Virgen María le quitó al niño de los brazos y se fue con él al cielo.

Por la mañana, cuando el niño había desaparecido de nuevo, la gente expresó en voz alta que la reina lo había devorado, y los consejeros del rey exigieron que fuera juzgada. Pero el rey la quería tantísimo, que no lo quiso creer y ordenó a los consejeros, bajo pena de muerte, que no se hablara más de ello.

Al año siguiente tuvo la reina una linda hijita; entonces se le apareció, por tercera vez, la Virgen María en la noche y dijo:

—Sígueme.

La cogió de la mano y la condujo hasta el cielo y le enseñó allí a sus dos hijos mayores, que reían y jugaban con la bola del mundo. Cuando la reina se enterneció ante la vista de esto, habló la Virgen María:

—No se te ha enternecido todavía del todo el corazón. Si confiesas que has abierto la puerta prohibida, te devolveré a tus dos hijitos.

Pero la reina contestó por tercera vez:

—No, no he abierto la puerta prohibida.

La Virgen María la hizo bajar, entonces, de nuevo a la tierra y se quedó también con su tercer hijo.

A la mañana siguiente, cuando ya era del dominio público, decían todos en voz alta:

—¡La reina es una devoradora de hombres y tiene que ser juzgada!

El rey no pudo ya callar a sus consejeros. Se le hizo un juicio y, como no podía contestar y defenderse, fue condenada a morir en la hoguera.

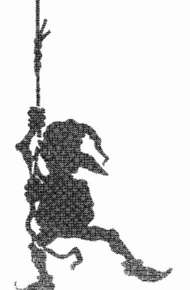
Se apiló leña y, cuando ya estaba atada al poste y el fuego comenzaba a arder a su alrededor, entonces se derritió el hielo del orgullo y su corazón se vio movido por el arrepentimiento. Y pensó: «Si pudiera confesar antes de mi muerte que he abierto la puerta...» En ese momento recuperó la voz y gritó:

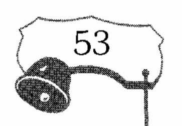
—¡Sí, María, yo lo he hecho!

Y en ese mismo instante se puso a llover, y el agua apagó las llamas y sobre ella cayó una luz y la Virgen María descendió, llevando a los dos niñitos a su lado y a la hijita recién nacida en los brazos. Le dijo afectuosamente:

—Aquel que se arrepiente de sus pecados y los confiesa, merece ser perdonado.

Y le entregó a los tres niños, desató su lengua y la hizo feliz toda su vida.





Cuento del que fue a aprender lo que era el miedo

Un padre tenía dos hijos. El mayor era listo y espabilado y sabía apañárselas en todo momento; el más joven era tonto, no podía comprender ni aprender nada y cuando la gente lo veía, decía:

—Con éste ha de tener su padre todavía muchos disgustos.

Cuando había que arreglar algo, siempre tenía que encargarse de ello el mayor. Pero si el padre, ya tarde o en la noche incluso, le hacía ir a buscar algo y el camino pasaba por el patio de la iglesia o por un lugar tenebroso, respondía rápidamente:

—¡Ay no, padre, yo no voy ahí, se me ponen los pelos de punta!

Pues tenía miedo. O cuando por la noche al hogar de la lumbre se contaban historias de las que hacen temblar, y decían los oyentes: «¡Uf, se me ponen los pelos de punta!», el más pequeño, sentado en un rincón, oía decir esto y no podía hacerse una idea de lo que significaba:

—Siempre están diciendo «se me ponen los pelos de punta, se me ponen los pelos de punta». Debe ser sin duda un arte del que yo tampoco entiendo nada.

Una vez sucedió que el padre se dirigió a él:

—Oye tú, el de la esquina. Te estás haciendo grande y fuerte, tienes que aprender algo que te sirva para ganarte el sustento. Fíjate en los esfuerzos que hace tu hermano. Tú eres un caso perdido.

—Ay, padre, yo quisiera aprender algo y, si fuera posible, que me hiciera sentir miedo, pues de eso no entiendo ni una palabra.

El mayor se rió, cuando oyó esto, y pensó para sí: «Qué pedazo de alcornoque es mi hermano; en su vida llegará a ser nada. Para que el árbol no se tuerza al crecer, hay que enderezarlo de pequeño.» El padre suspiró y le contestó:

—Ya aprenderás a sentir miedo, pero con eso no te vas a ganar el sustento.

Poco después llegó de visita el sacristán. El padre se lamentó de su desgracia y le contó lo poco dotado que era su hijo para todo, no sabía nada ni aprendía nada.

—Fijaos cómo quiere ganarse la vida, que incluso ha exigido aprender a sentir miedo.

—Si no es más que eso —respondió el sacristán—, lo puede aprender conmigo. Mandádmelo, que ya le daré yo para el pelo.

El padre se puso contento, porque pensó: «El muchacho se llevará un escarmiento.» El sacristán se lo llevó consigo y él tenía

que tañer las campanas. Después de algunos días le despertó a media noche, le hizo levantarse y subir a la torre de la iglesia y tocar las campanas. «Tú tienes que aprender ya a sentir lo que es tener miedo», pensó, yendo hacia allí en secreto.

Y cuando el muchacho estaba arriba y se volvió para coger la cuerda de la campana, entonces vio en la escalera, enfrente de la ventana de resonancia, a una figura blanca de pie.

—¿Quién anda ahí?

Pero la figura de blanco no dio ninguna contestación, sin moverse ni alterarse.

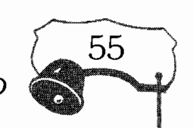
—¡Contesta! —gritó el joven—. O, si no, lárgate enseguida, que aquí no se te ha perdido nada de noche.

El sacristán permaneció inmóvil para que el joven creyera que era un fantasma. El joven gritó por segunda vez:

—¿Qué estás buscando aquí? Habla si eres de fiar, o si no, te tiro por la escalera.

El sacristán pensó: «¡No será para tanto!», pero no dijo esta boca es mía y permaneció quieto como si fuera de piedra. El joven le volvió a gritar y, como también esto fue en vano, cogió carrerilla, tiró al fantasma por la escalera, de tal modo que rodó diez escalones, quedándose tirado en una esquina. Después de





esto hizo sonar las campanas, se fue a casa, se metió en la cama sin decir una sola palabra y se durmió de nuevo. La mujer del sacristán esperó largamente a su marido, pero él no regresaba. Al fin, presa de miedo, fue y despertó al joven y le preguntó:

—¿Sabes dónde está mi marido? El subió a la torre antes que tú.

—No —respondió el joven—. Pero allí había uno de pie enfrente de la ventana de resonancia y, como no me contestó y no se quería ir, le arrojé escaleras abajo, pensando que era un tunante. Vaya usted allí, así podrá comprobar si era él. Lo sentiría.

La mujer salió corriendo y encontró a su marido en un rincón, lamentándose de que se había roto una pierna.

Lo bajó de la torre y se apresuró a ir a casa del padre del joven organizando un escándolo.

—Vuestro hijo —dijo ella— ha causado una enorme desgracia; ha tirado a mi marido por la escalera, de tal forma que se ha roto una pierna. Llevaos a ese haragán de mi casa.

El padre se asustó, fue a toda velocidad a la casa del sacristán y reprendió al joven:

—¿Qué significan estas travesuras tan malignas? Tú debes estar poseído por el mal.

—Padre —contestó—, atiéndeme, yo no tengo la culpa de nada; él estaba allí como alguien que estuviera maquinando algo malo. Yo no sabía quién era y le advertí por tres veces que hablara o se fuese.

—¡Dios mío! —dijo el padre—. No me das más que disgustos, quítate de mi presencia. No te quiero ver nunca más.

—Sí padre, con mucho gusto, espera sólo a que se haga de día, entonces partiré y aprenderé a sentir miedo; así sabré, sin duda, un arte que me servirá para ganarme la vida.

—Aprende lo que te dé la gana —dijo el padre—, a mí me da lo mismo. Aquí tienes cincuenta táleros *, con esto vete a recorrer el ancho mundo y no le digas a nadie de dónde vienes y quién es tu padre, pues yo no quiero pasar vergüenza por tu culpa.

Cuando se hizo de día, el joven se metió los cincuenta táleros en el bolsillo, se dirigió hacia el gran camino, repitiéndose constantemente a sí mismo:

—¡Si yo tuviera miedo, si tuviera miedo!

Entonces llegó un hombre que oyó la conversación que el joven mantenía consigo mismo, y cuando ya habían recorrido un trecho que permitía ver la horca, dijo el hombre dirigiéndose a él:

—Observa allí el árbol, en el cual siete han celebrado sus bodas con la hija del cordelero y ahora están aprendiendo a volar.

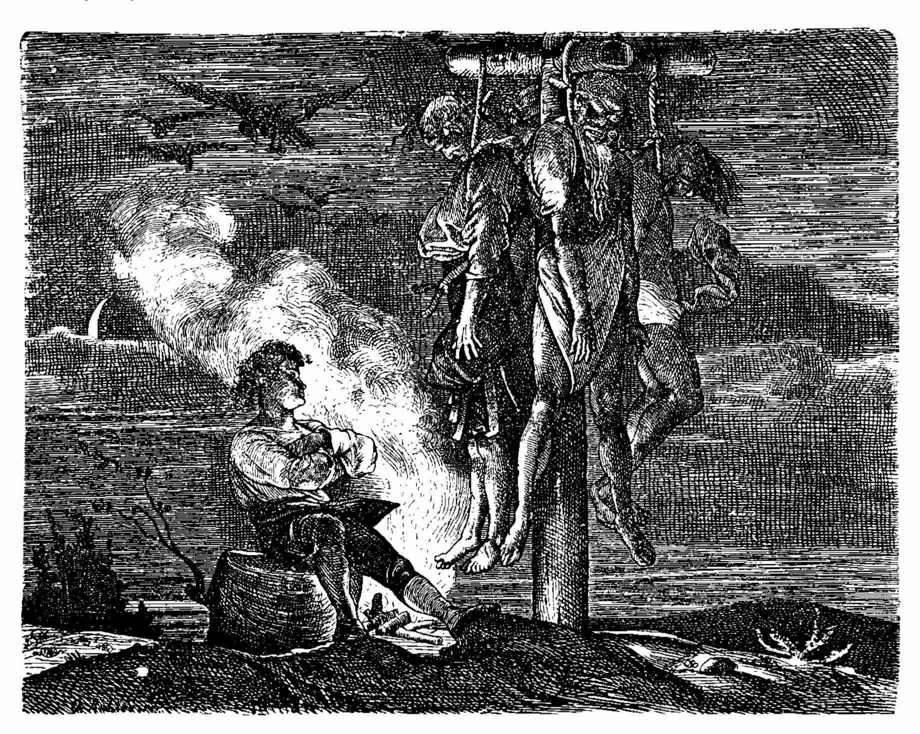
Siéntate debajo y espera a que se haga de noche, entonces aprenderás a saber lo que es el miedo.

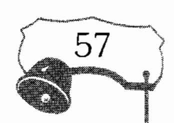
—Si no hay nada más que hacer —contestó—, eso no cuesta nada; pero, si aprendo tan rápidamente a tener miedo, te daré mis cincuenta táleros; vuelve mañana a recogerme.

Luego se dirigió el joven a la horca, se sentó debajo y esperó hasta que llegó la noche. Y como tenía frío, se encendió un fuego, pero a media noche empezó a soplar de tal manera el viento, que a pesar del fuego no conseguía entrar en calor. Y cuando el viento empezó a hacer que los ahorcados chocaran unos con otros, ya que se movían de un lado a otro, pensó: «Si tú te estás helando aquí al lado del fuego, quién sabe el frío que estarán pasando los de arriba.» Y como era compasivo, colocó la escalera, se subió, los desató a uno detrás de otro y bajó a los siete. Después de esto los sentó alrededor de tal manera que pudieran entrar en calor. Pero ellos estaban allí sentados sin dar señales de vida, y el fuego prendía sus vestiduras. Entonces dijo:

—Andaos con cuidado, que de lo contrario os vuelvo a colgar.

Los muertos, sin embargo, no podían oír, permanecieron en silencio y sus andrajos continuaron quemándose. Entonces se enfadó y dijo:





—Si no prestáis atención, entonces no os puedo ayudar en nada; yo no tengo la intención de arder con vosotros.

Y volvió a colgarlos uno detrás de otro. Se volvió a sentar al calor del fuego otra vez y se durmió. A la mañana siguiente llegó de nuevo el hombre y reclamó los cincuenta táleros, diciendo:

—Veamos, ¿sabes lo que es sentir miedo?

—No —contestó—. ¿Cómo lo voy a saber? Los de arriba no han abierto el pico y, además, son tan tontos que los cuatro trapos que tenían se los han dejado quemar.

Entonces, como vio el hombre que hoy no podía obtener los táleros, se marchó pensando: «No he conocido en mi vida a un tipo como éste.»

El joven siguió también su camino y comenzó de nuevo a hablar consigo mismo: «Ay, si tuviera miedo; si solamente sintiera un poco de miedo...»

Esto lo oyó un conductor de carros que caminaba detrás de él, y le preguntó:

—¿Quién eres tú?

—No sé —contestó el joven.

El carretero siguió preguntando:

—¿De dónde vienes? ¿Quién es tu padre?

—Eso no lo puedo decir.

—¿Qué mascullas constantemente entre dientes?

—¡Ay! —contestó el joven—. Yo desearía tener miedo, pero nadie me lo puede enseñar...

—Deja de decir sandeces; vente conmigo, y veré si puedo encontrarte un sitio donde pasar la noche.

El joven fue con el carretero, y por la tarde llegaron a una posada donde querían pasar la noche. A la entrada de la habitación, exclamó en voz alta:

—¡Ay, si pudiera tener miedo, si pudiera sentir un poco de miedo!

El posadero, al oír esto, se rió y pensó: «Si es que te apetece, aquí tendrás ocasión de ello.»

—¡Calla, calla! —dijo la posadera—. A algunos graciosos petulantes, eso les ha costado caro. Sería verdaderamente una pena y una lástima que esos hermosos ojos azules no pudieran volver a ver la luz del día.

Sin embargo, el joven manifestó:

—Si no fuera muy difícil, yo lo quiero aprender de una vez, para eso he abandonado mi casa.

No dejó al posadero en paz hasta que éste contó que no muy



lejos de allí existía un palacio encantado, donde se podría aprender fácilmente lo que era tener miedo, si él pasaba allí tres noches despierto. El rey había prometido, a quien se atreviera, darle a su hija por esposa, y ésta era la más hermosa doncella que bañaba el sol. En el palacio había escondidos también grandes tesoros, que estaban vigilados por malos espíritus, y cuando fueran liberados podrían hacer que un pobre fuera lo suficientemente rico. Muchos habían entrado en el castillo, pero no habían vuelto a salir. A la mañana siguiente, el joven fue ante el rey y habló de la siguiente manera:

—Si se me permite, pasaría tres noches velando en el castillo encantado.

El rey lo miró de arriba abajo y, como le gustó, habló así:

—Puedes pedir tres deseos, pero deben ser cosas inanimadas y las puedes llevar contigo al castillo.

Entonces él contestó:

—Pido que sea fuego, un torno y un banco de tallador con un cuchillo.

El rey le hizo llevar todo de día al castillo. Cuando se iba a hacer de noche, el joven subió hacia allí, encendió fuego en una habitación, colocó el banco de tallador con el cuchillo al lado del mismo y se sentó al torno.

—¡Ay si pudiera tener miedo! —dijo—. Pero aquí tampoco lo voy a aprender.

Hacia la medianoche quiso avivar el fuego y, cuando lo estaba soplando, de pronto se oyó un grito desde una esquina:

—¡Ay, miau, qué frío tenemos!

—¡Chalados! —exclamó—. ¿Por qué gritáis, si tenéis frío? Venid y sentaos aquí a la lumbre y calentaos.

Y cuando había dicho esto se acercaron dos grandes gatos de un salto, se le sentaron a ambos lados y le miraron con ojos centelleantes de forma salvaje. Después de pasado un rato, cuando ya se habían calentado, dijeron:

—Compañero, ¿jugamos una partida de cartas?

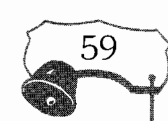
—¿Por qué no? Pero enseñadme vuestras patas.

Entonces sacaron las zarpas.

—Huy —dijo—, tenéis unas uñas muy largas; primero os las tengo que cortar.

Y, diciendo esto, los cogió por el cuello, los subió al banco y les atornilló las patas.

—Os he observado atentamente —dijo— y se me han pasado las ganas de jugar a las cartas.



Los mató y los arrojó por la ventana al agua. Cuando ya había mandado a estos dos a descansar, salieron de todas las esquinas y rincones gatos negros y perros negros atados a cadenas candentes, cada vez más y más, de tal manera que él no se pudo esconder. Gritando de manera espeluznante, le pisotearon el fuego, removiéndoselo y queriendo apagárselo. El estuvo observando tranquilamente durante un ratito, pero cuando aquello ya le resultaba demasiado pesado, cogió su cuchillo de tallador y gritó, arremetiendo contra ellos:

—¡Fuera de aquí, chusma!

Una parte se alejó saltando, a los otros los mató y los echó al estanque. Cuando regresó, sopló las brasas de su fuego nuevamente y se calentó. Y mientras estaba allí sentado, parecía que no podía mantener ya los ojos abiertos y le entraron ganas de dormir. Entonces miró a su alrededor y vio en el rincón una cama. «Eso me gusta», pensó, y se tumbó. Pero cuando quiso cerrar los ojos, empezó la cama a moverse por sí misma y lo hizo por todo el castillo. «Muy bien —se dijo—, que siga.» La cama continuó rodando, como si estuviera tirada por seis caballos, por dinteles y escaleras arriba y abajo, y de pronto —*alehop*— se volvió lo de abajo arriba, de tal manera que estaba encima de él como una



montaña. Pero él lanzó hacia arriba mantas y cojines, se bajó y dijo:

—Que viaje el que tenga ganas.

Se tumbó al lado del fuego y durmió hasta que era de día.

A la mañana siguiente llegó el rey y, cuando lo vio tendido en la tierra, pensó que los fantasmas le habían asesinado y que estaba muerto. Entonces dijo:

—Verdaderamente es una pena lo de este guapo muchacho.

El joven lo oyó, se levantó, y dijo:

—Todavía no hemos llegado a eso.

El rey se asombró, se alegró y le preguntó cómo le había ido.

—Francamente bien —contestó—. Una noche ya ha pasado, las otras dos pasarán también.

Cuando llegó junto al posadero, éste abrió lo ojos con asombro:

—Yo no pensaba —dijo— que te volvería a ver con vida. ¿Has aprendido ya lo que es tener miedo?

—No —dijo—, todo es en vano. ¡Si alguno me lo pudiera decir siquiera!

La segunda noche volvió a subir al castillo y comenzó con su eterna cantinela: «si yo tuviera miedo...». Cuando se acercaba la media noche, se pudo oír un ruido y un alboroto, primero discreto, luego cada vez más fuerte, luego se hizo un poco de silencio, finalmente cayó con un fuerte grito la mitad de un hombre por la chimenea ante él.

—¡Vaya! —gritó—. Aquí falta todavía la otra mitad, esto es demasiado poco.

Entonces comenzó de nuevo el ruido, voces y llantos, y la segunda mitad cayó también.

—Espera —dijo—, que voy a avivarte un poco el fuego.

Cuando lo había hecho y volvió a mirar a su alrededor, se habían juntado las dos partes y un hombre horrible estaba sentado en su sitio.

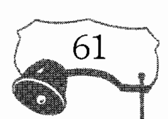
—Eso no era lo acordado —dijo el joven—. El banco es mío.

El hombre quiso apartarlo, pero el joven no se lo consintió, lo empujó con fuerza y se sentó de nuevo en su sitio. De pronto cayeron cada vez más hombres, uno detrás de otro, cogieron nueve piernas de cadáveres y dos cabezas de difunto, se levantaron y comenzaron a jugar a los bolos. Al joven le entraron también ganas y preguntó:

—Eh, ¿puedo jugar yo también?

—Sí, si tienes dinero.

—Dinero me sobra —dijo—, pero vuestros bolos no son bien



redondos. Cogió las cabezas de los muertos, las colocó en el torno y las redondeó.

—Ahora podremos apuntar mejor —dijo—. ¡Aúpa! Ahora sí que es divertido.

Jugó con ellos, perdió algo de su dinero, pero, cuando dieron las doce, todo había desaparecido de su vista. Se tumbó y se durmió tranquilamente. Al día siguiente llegó el rey y quiso informarse:

—¿Cómo te ha ido esta vez? —dijo.

—He jugado a los bolos —contestó—, y he perdido unos cuantos ochavos.

—¿No has tenido, pues, miedo?

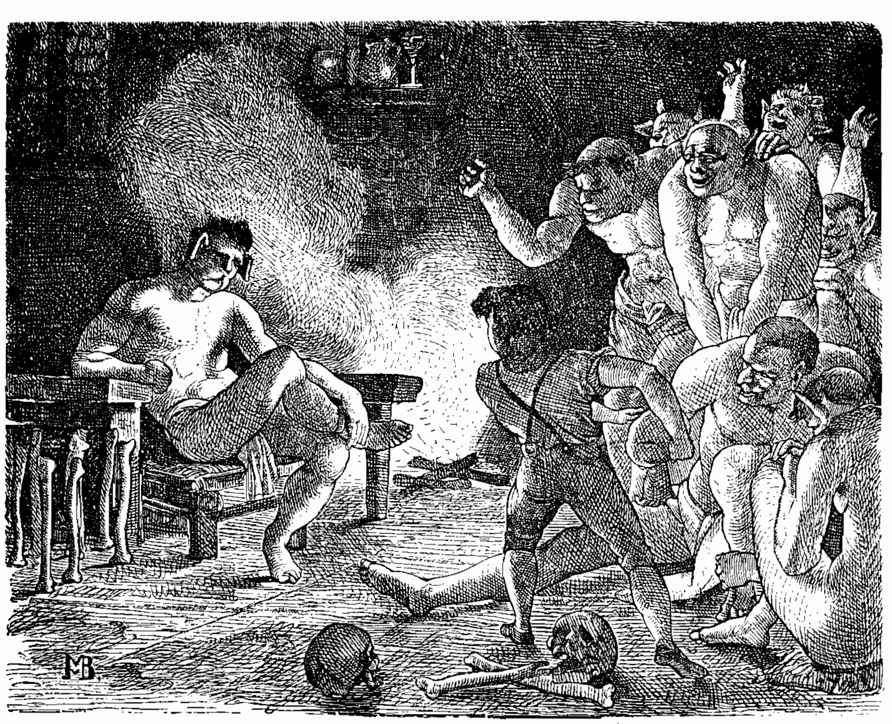
—¿Qué? —dijo—. Al contrario, me he divertido. ¡Ay, si supiera lo que es sentir miedo!

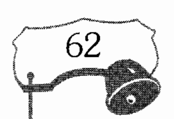
A la tercera noche se sentó de nuevo en su banco y dijo malhumorado:

—¡Ay, si pudiera sentir miedo!

Cuando ya era tarde, llegaron seis hombres llevando una caja de muerto. Entonces dijo:

—¡Ay, ay, seguro que éste es mi primo querido, que ha muerto hace algunos días! —y moviendo el dedo dijo—: Ven, primo querido, ven.





Colocaron el ataúd en el suelo. El se aproximó, levantó la tapa, y allí dentro había un cadáver. Le tocó la cara, pero estaba frío como el hielo.

—Espera —dijo—, que te voy a calentar un poco.

Se dirigió al fuego, se calentó la mano, se la colocó en la cara, pero el muerto siguió helado. Entonces lo sacó, se sentó al fuego, lo colocó en su regazo y le frotó los brazos para que la sangre se pusiera de nuevo en movimiento. Cuando esto no sirvió para nada, se le ocurrió pensar: «Cuando dos están en la misma cama, se calientan.» Lo llevó a la cama, lo tapó y se echó junto a él. Después de un rato el muerto tuvo también calor y comenzó a moverse. Entonces dijo el joven:

—¿Ves, primo querido, si no te hubiera calentado...?

El muerto se levantó y gritó:

—Ahora te estrangularé.

—¿Qué? —dijo—. ¿Es éste tu agradecimiento? Rápidamente irás otra vez a tu ataúd.

Lo levantó, lo metió allí y cerró nuevamente la tapa; entonces llegaron de nuevo los seis hombres y se lo llevaron otra vez.

—No tendré nunca miedo, aquí no lo aprendo en toda mi vida.

Entonces entró un hombre, más alto que los otros y con un aspecto espantoso; era mayor y tenía una gran barba blanca.

—¡Oh, pobre diablo! —gritó—. Ahora vas a aprender lo que es tener miedo, pues debes morir.

—Alto, no tan rápido —contestó el joven—. Si tengo que morir, tengo que estar también presente.

—Ya te pescaré —dijo el monstruo.

—Tranquilo, tranquilo, no presumas tanto; tan fuerte como tú soy yo también, y quizá todavía más.

—Bueno, eso lo vamos a ver —dijo el viejo—. Si eres más fuerte que yo, te dejaré ir. Ven, vamos a verlo.

Entonces lo condujo por un pasillo oscuro hasta un fuego de fragua, cogió un hacha y rompió un yunque de un golpe.

—Eso lo sé hacer yo mejor —dijo el joven y se dirigió a otro yunque.

Entonces cogió el joven el hacha, dividió el yunque en dos de un golpe y apresó la barba del viejo dentro.

—¡Ahora ya te tengo! —dijo el joven—. Te toca morir a ti.

Luego cogió una barra de hierro y golpeó al viejo hasta que éste empezo a gimotear y le pidió que, por favor, acabara, que le daría grandes riquezas. El joven arrancó el hacha y lo dejó libre.

El viejo le condujo de nuevo al castillo y le enseñó en un sótano tres cajones llenos de oro.

—De esto, una parte es para los pobres, la otra le pertenece al rey y la tercera es tuya.

Entre tanto dieron las doce y el espíritu desapareció, de tal manera que el joven estaba a oscuras. A la mañana siguiente llegó el rey y dijo:

—Bueno, ahora ya habrás aprendido a tener miedo.

—No —contestó.

—¿Qué pasó?

—Mi primo muerto estuvo aquí, y vino un hombre barbudo que me enseñó allá abajo mucho dinero, pero lo que es sentir miedo, no me lo ha enseñado ninguno.

—Entonces —dijo el rey—, tú has salvado el castillo y debes casarte con mi hija.

—Todo eso está muy bien —contestó—, pero yo sigo sin saber lo que es sentir miedo.

Se llevó el oro y se celebró la boda, pero el joven rey, aunque amaba a su esposa y aunque era feliz, decía siempre:

—Si pudiera sentir miedo, si pudiera sentir miedo...

Esto llego a amargar a su esposa. Su doncella dijo:

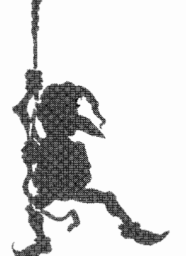


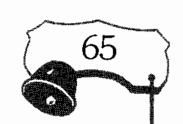
—Te voy a ayudar; vas a saber, por fin, lo que es tener miedo.

Salió hacia el arroyo que atravesaba el jardín e hizo que le cogieran un cubo lleno de gobios *. Por la noche, mientras el joven dormía, debería su mujer destaparlo y echarle el cubo de agua con los gobios por encima, de tal manera que los pececillos se movieran alrededor de él. Entonces se despertó y gritó:

—¡Ay, qué miedo, qué miedo, querida esposa! Bien, por fin sé lo que es tener miedo.







El lobo y los siete cabritillos

Había una vez una vieja cabra que tenía siete cabritillos y los quería como sólo una madre puede querer a sus hijos. Un día quiso ir al bosque y buscar comida; entonces llamó a los siete a su presencia y dijo:

—Queridos hijos, yo tengo que salir al bosque. Protegeos del lobo, que, si entra, os devorará enteros. El malvado se disfraza a menudo, pero lo conoceréis inmediatamente por su voz ronca y sus patas negras.

Los cabritillos dijeron:

—Querida madre, tendremos cuidado, puedes irte sin ninguna preocupación.

Entonces la vieja baló y se puso en camino llena de tranquilidad.

No había pasado mucho tiempo cuando alguien llamó a la puerta de la casa y exclamó:

—Queridos niños, vuestra madre está aquí y os ha traído algo a cada uno de vosotros.

Pero los cabritillos reconocieron en la voz ronca que era el lobo.

—No abrimos —exclamaron—, tú no eres nuestra madre, ella tiene una voz fina y melodiosa, pero tu voz es ronca; tú eres el lobo.

Después de esto el lobo se fue a casa de un tendero y se compró un gran trozo de tiza, se la comió y se aclaró con ella la voz. Luego regresó, llamó a la puerta de la casa y dijo:

—Abrid, queridos hijos, vuestra madre está aquí y os ha traído algo a cada uno de vosotros.

Pero el lobo había colocado sus negras patas en la ventana, los niños lo vieron y dijeron:

—No abrimos, nuestra madre no tiene las patas negras como tú; tú eres el lobo.

Entonces el lobo corrió a casa de un panadero y dijo:

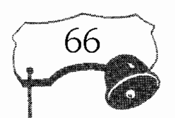
—Me he dado un golpe en la pata, échame por encima un poco de masa.

Y cuando el panadero le había untado ya la pata, corrió a ver al molinero y dijo:

—Espolvoréame blanca harina sobre la pata.

El molinero pensó: «Este lobo quiere engañar a alguien», y se resistió a hacerlo, pero el lobo dijo:

—Si no lo haces, te devoraré.



Entonces el molinero tuvo miedo y le puso la pata blanca. Sí, así son los hombres.

Entonces fue el malvado por tercera vez a la puerta de la casa, llamó y dijo:

—Abridme, niños, vuestra querida madrecita ha regresado a casa y os ha traído algo del bosque a cada uno.

Los cabritillos gritaron:

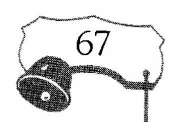
—Enséñanos primero tus patas, para que sepamos que tú eres nuestra querida mamita.

Entonces él colocó la pata en la ventana y, cuando la vieron blanca, creyeron que era verdad todo lo que él decía, y abrieron la puerta. Pero quien entró fue el lobo. Se asustaron y quisieron esconderse. Uno saltó por encima de la mesa, el segundo se metió en la cama, el tercero en la estufa, el cuarto en la cocina, el quinto en el armario, el sexto debajo del barreño de lavar y el séptimo en la caja del reloj de pared. Pero el lobo los encontró y no gastó muchos cumplidos engulléndoselos a todos. Después de que el lobo hubo calmado su apetito, se marchó y se tumbó en la verde pradera bajo un árbol y comenzó a dormir.

No mucho más tarde regresó la vieja cabra a casa desde el bosque. ¡Pero, ay! ¿Qué es lo que vio? La puerta de la casa estaba abierta de par en par, mesas, sillas y bancos estaban volcados todos en el suelo, el barreño de la ropa estaba hecho añicos, la manta y los cojines habían sido tirados de la cama. Buscó a sus hijos, pero no los pudo encontrar en parte alguna. Llamó uno por uno a todos por sus nombres, pero nadie respondió. Finalmente, cuando llegó al último, sonó entonces una fina voz:

—Querida mamá, estoy escondido en la caja del reloj.

Lo sacó y él le contó que el lobo había venido y había devorado a los otros. Podéis imaginaros lo que ella lloró a sus hijos. Por fin salió fuera con toda su pena, y el más pequeño de los cabritillos la acompañó. Cuando llegó a la pradera, allí estaba el lobo al lado del árbol, roncando de tal manera que los árboles temblaban. Lo observó detenidamente y vio que en su vientre superlleno algo se movía y se agitaba. «Dios mío —pensó—. ¿Estarán mis niños, que se ha tragado para la cena, todavía vivos?» A esto fue corriendo a casa el cabritillo y cogió unas tijeras, aguja e hilo. Luego le abrió la panza al monstruo y, apenas había hecho un corte, sacó un cabritillo la cabeza; siguió cortando, y así fueron saltando uno tras otro, y estaban todos vivos y no habían sufrido el menor daño, pues el monstruo en su ansia se los había tragado enteros. ¡Qué alegría! Todos abrazaron a su madre saltando de



gozo como si les hubiera tocado la lotería. La vieja, sin embargo, dijo:

—Ahora, id y buscad piedras; con ellas le llenaremos a este impío animal la barriga, mientras duerme todavía.

Los cabritillos, entonces, transportaron con toda prisa las piedras y le metieron en la barriga tantas como les fue posible hacerlo. Después de esto la vieja le cosió a toda prisa, de tal manera que no notara nada y no se moviese.

Cuando por fin el lobo hubo descansado bien, se incorporó y, al producirle las piedras en el estómago tanta sed, quiso ir a un pozo a beber. Cuando comenzó a andar y a moverse de un lado para otro, chocaban las piedras unas con otras haciendo ruido. Entonces exclamó:

—¿Qué es lo que ahora retumba
y en mi barriga resuena?
Creí que eran seis cabritillos
y sólo parecen piedras.

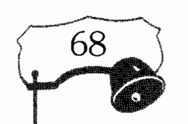
Y cuando llegó al pozo y se inclinó hacia el agua y quiso beber, entonces las piedras le arrastraron hacia dentro de él y se ahogó de forma lamentable.

Cuando los siete cabritillos vieron esto, llegaron corriendo y exclamaron en voz alta:

—¡El lobo está muerto, el lobo está muerto!

Y bailaron de pura alegría con su madre alrededor del pozo.





El fiel Juan

Erase una vez un viejo rey que estaba enfermo y pensó: «Seguramente esta cama en la que estoy será mi lecho de muerte.» Entonces dijo:

—Haced que venga el fiel Juan.

El fiel Juan era su sirviente más querido y se llamaba así porque había sido fiel toda su vida. Cuando llegó ante la cama, le dijo el rey:

—Mi fiel Juan, presiento que mi fin está cerca ya y no tengo otra preocupación que mi hijo: todavía es joven y no sabe comportarse siempre como es debido; si tú no me prometes que le enseñarás todo lo que él debe saber, y que serás su padre adoptivo, no podré cerrar mis ojos tranquilamente.

A esto contestó el fiel Juan:

—No le abandonaré y le serviré con fidelidad, aunque me cueste la vida.

El viejo rey dijo entonces:

—Así puedo morir sin temor y en paz —y siguió hablando—: Después de mi muerte le enseñarás todo el palacio, todos los aposentos, salas y criptas y todos los tesoros que allí hay, pero no le enseñes la última cámara en el largo pasillo, en la que está guardado el retrato de la hija del rey del techo de oro. Si ve el retrato sentirá un inmenso amor por ella, perderá el conocimiento y por su causa arrostrará graves peligros. De todo esto debes protegerlo.

El fiel Juan se lo prometió y cogió otra vez la mano al viejo rey. Este se quedó en silencio, posó su cabeza en el cojín y murió.

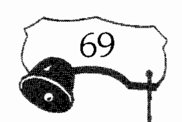
Una vez que el viejo rey fue llevado a la tumba, el fiel Juan contó al joven rey lo que le había prometido a su padre en el lecho de muerte y dijo:

—Eso lo mantendré con toda certeza y te seré fiel, como le fui a él, aún a costa de mi propia vida.

Pasó la época de luto, y entonces el fiel Juan le dijo:

—Ya es tiempo de que veas tu herencia; te enseñaré el palacio de tu padre.

Lo llevó, entonces, por todos los sitios, de un lado a otro y le hizo ver todas las riquezas y todas las suntuosas cámaras; solamente no le enseñó el aposento en el que se encontraba el cuadro peligroso. El cuadro, sin embargo, estaba colgado de tal manera que, cuando la puerta se abría, se le veía enteramente, y



estaba hecho de forma tan espléndida que se pensaba que estaba lleno de vida y que no había algo más delicioso ni más hermoso en toda la tierra. El joven rey se dio perfectamente cuenta de que el fiel Juan pasaba siempre de largo por una puerta y dijo:

—¿Por qué no me abres nunca esta puerta?

—Hay algo ahí dentro ante lo que te asustarías —contestó.

Pero el joven rey respondió:

—Ya he visto todo el palacio, y ahora quiero saber lo que hay ahí.

Y yendo hacía allí, quiso abrir la puerta por la fuerza. Entonces le retuvo el fiel Juan y dijo:

—Prometí a tu padre en su lecho de muerte que no verías lo que está en el aposento; podría traernos a los dos una gran desgracia.

—Ay, no —contestó el joven rey—. Si no entro ahí, es mi perdición con seguridad; no tendré reposo ni de día ni de noche hasta que no lo haya visto con mis ojos. Por tanto, no me moveré de aquí hasta que no hayas abierto.

Entonces el fiel Juan comprendió que no había nada que hacer y, con el corazón entristecido y un enorme suspiro, sacó la llave del gran manojo. Cuando hubo abierto la puerta, entró primero pensando que taparía el cuadro para que el rey no lo viera antes que él. ¿Pero de qué sirvió todo esto? El rey se puso de puntillas y miró por encima de su hombro. Y al ver el cuadro de la doncella, que era tan magnífico y que brillaba a causa del oro y de las piedras preciosas, se desmayó cayendo al suelo. El fiel Juan le levantó, le llevó hasta su lecho y pensó, lleno de gran preocupación: «Ya ha sucedido la desgracia. Dios mío, ¿qué pasará ahora?» Lo reconfortó con vino hasta que recobró el conocimiento. Las primeras palabras que dijo fueron:

—Ay, ¿de quién es ese cuadro tan hermoso?

—Es la hija del rey del techo de oro —contestó el fiel Juan.

El rey siguió hablando:

—Mi amor por ella es tan intenso, que si todas las hojas de los árboles fueran lenguas, no lo podrían expresar suficientemente. Pondré mi vida en juego hasta que la consiga. Tú eres mi fiel Juan y tienes que ayudarme.

El fiel Juan reflexionó durante largo tiempo en cómo deberían acometer el asunto; creía que era difícil llegar ante la presencia de la hija de aquel monarca. Finalmente, encontró un medio y le dijo al rey:

—Todo lo que ella tiene a su alrededor es de oro: mesas, si-

llas, fuentes, vasos, escudillas y todos los utensilios domésticos. En tus tesoros hay cinco toneladas de oro: haz que algunos de los orfebres del reino los conviertan en toda clase de recipientes y utensilios, así como en toda clase de pájaros, animales de caza y maravillosos. Eso le gustará, viajaremos con todo ello hasta allí y probaremos suerte.

El rey hizo llamar a todos los orfebres del reino; éstos tuvieron que trabajar día y noche hasta que estuvieron acabados los objetos más maravillosos. Cuando todo estuvo cargado en el barco, se vistió el fiel Juan con ropas de comerciante y el rey tuvo que hacer lo mismo, para no ser reconocidos. Entonces viajaron por mar durante mucho tiempo hasta que llegaron a la ciudad en la que vivía la hija del rey del techo de oro.

El fiel Juan hizo que el rey permaneciera en el barco y lo esperara.

—Quizá —dijo— traiga conmigo a la hija del rey; por eso cuida de que todo esté en orden, haz que expongan los recipientes de oro y que adornen todo el barco.

Después de esto se guardó en su mandililllo una serie de cosas de oro, bajó a tierra y fue directamente al palacio real. Cuando llegó al patio de palacio, había al lado del pozo una hermosa muchacha que llevaba dos cubos de oro en las manos y sacaba agua con ellos. Pero cuando ella iba a llevarse el agua clara y se volvió, vio al extraño hombre y le preguntó quién era. Entonces contestó él:

—Soy comerciante —y abrió su mandil y dejó que lo viera.

Entonces ella exclamó:

—¡Huy, qué cosas de oro tan preciosas!

Depositó los cubos en el suelo y las miró una detrás de otra. A continuación la muchacha dijo:

—Esto lo tiene que ver la hija de rey; le gustan tanto las cosas de oro que os lo comprará todo.

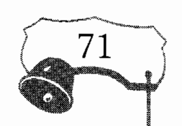
Lo cogió de la mano y lo subió, pues era la doncella. Cuando la hija del rey vio la mercancía se sintió muy feliz y dijo:

—Está trabajado de forma tan hermosa que te lo voy a comprar todo.

Pero el fiel Juan habló:

—Yo soy solamente el servidor de un rico comerciante; lo que tengo aquí no es nada comparado con lo que mi señor tiene en el barco, y eso es lo más artístico y magnífico de lo que haya sido trabajado nunca en oro.

Ella quería que le trajeran todo, pero él dijo:



—Para ello se necesitarían muchos días. Es tan grande la cantidad y harían falta tantas salas para colocarlo, que en vuestra casa no hay espacio para ello.

Con esto se vieron estimuladas cada vez más su curiosidad y ganas, de tal manera que finalmente dijo:

—Llévame al barco, quiero ir personalmente y contemplar los tesoros de tu señor.

Entonces el fiel Juan la condujo al barco, sintiéndose muy feliz, y, cuando el rey la divisó, vio que su belleza era todavía más grande de como había sido representada en el cuadro, y no pensó en otra cosa que en el temor de que su corazón se deshiciera en pedazos. Entonces subió ella al barco y el rey la condujo hacia el interior; el fiel Juan se quedó, sin embargo, detrás, junto al timonel y mandó desatracar el barco:

—¡Desplegad las velas de tal manera que vuele como un pájaro en el aire!

El rey le enseñó dentro la vajilla dorada, pieza por pieza: las fuentes, los vasos, las escudillas, los pájaros, los animales de caza y los animales maravillosos. Pasaron muchas horas, en las que ella estuvo contemplando todo aquello, y en su gozo no advirtió que el barco navegaba. Cuando ya había observado las últimas piezas, le dio las gracias al comerciante y quiso regresar a casa, pero cuando llegó al borde del barco percibió que estaban en alta mar, lejos de la costa y que navegaban a toda vela.

—¡Ay! —gritó asustada—. Me han engañado, estoy secuestrada y he caído en las manos de un comerciante. Preferiría morir.

El rey, sin embargo, la cogió por la mano y dijo:

—No soy un comerciante, sino un rey y no inferior en nacimiento a lo que eres tú. Si te he raptado con astucia, ha sucedido a causa de mi gran amor: la primera vez que vi tu retrato me desmayé.

Cuando la hija del rey del techo de oro oyó esto, se consoló y su corazón sintió atracción hacia él, de tal manera que accedió de buen grado a convertirse en su esposa.

Sucedió, sin embargo, que mientras estaban en alta mar, cuando el fiel Juan estaba sentado delante en el barco y tocando un instrumento, vio tres cuervos que se acercaban volando. Dejó de tocar y aguzó el oído para saber lo que hablaban, pues los entendía muy bien. Uno dijo:

—¡Ay, ya se lleva a la hija del rey del techo de oro a casa!

—Sí —contestó el segundo—, pero todavía no la tiene.

Habló el tercero:

—La tiene, sin lugar a dudas, pues está sentada junto a él en el barco.

De nuevo comenzó el primero:

—¿Y de qué le servirá todo eso? Cuando lleguen a tierra se le acercará un caballo alazán, él querrá montarlo y, cuando lo haga, entonces saltará el caballo remontándose con él en el aire, de tal manera que no volverá a ver a su doncella.

Habló el segundo:

—¿Y no hay salvación posible?

—Oh, sí, si otro se monta rápidamente, saca la escopeta que habrá en el arzón y mata al caballo con ella, entonces el rey estará salvado. ¿Pero quién sabe esto? Y quien lo sepa y se lo diga, se convertirá en piedra desde la punta de los pies hasta la rodilla.

Entonces habló el segundo:

—Yo sé todavía un poco más. Aunque se mate al caballo, el joven rey no tendrá a su prometida. Cuando lleguen a palacio, allí habrá una camisa de boda en una bandeja y parecerá como si estuviera tejida con oro y plata, pero no es más que de azufre y brea. Cuando se la ponga arderá hasta la médula de los huesos.

Habló el tercero:

—¿Y no hay salvación posible?

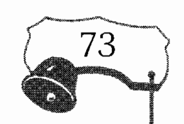
—Oh, sí —contestó el segundo—, si alguien con guantes coge la camisa y la tira al fuego, de tal manera que arda, entonces estará salvado el joven rey. ¿Pero de qué sirve todo esto? Quien lo sepa y se lo diga se convertirá en piedra desde las rodillas hasta el corazón.

Entonces habló el tercero:

—Yo sé todavía más. Aunque se queme la camisa del novio, no tendrá el joven rey a su prometida. Cuando después de la boda empiece el baile y la joven reina dance, de pronto se pondrá pálida y caerá como si estuviera muerta, y si no la levanta uno y le chupa tres gotas de sangre de su pecho derecho y las escupe después, morirá. Pero si alguien lo sabe y lo revela, se convertirá en piedra desde la punta de los pies hasta la cabeza.

Después de que los cuervos habían dicho todo eso, siguieron volando. El fiel Juan lo había entendido todo muy bien, pero a partir de ese momento permaneció callado y triste; pues si le ocultaba a su señor todo lo que había oído, éste sería desgraciado; si se lo descubría, él tenía que perder la vida. Finalmente, se dijo para sí: «Salvaré a mi señor, aunque me vaya la vida en ello.»

Cuando llegaron a tierra, sucedió lo que los cuervos habían dicho anteriormente: se acercó un estupendo alazán.



—Venga, éste me llevará a palacio —dijo el rey.

Y quiso montarlo, pero el fiel Juan llegó antes, se subió a toda velocidad, sacó el arma de la funda y mató al caballo. Entonces exclamaron los otros servidores del rey, que no querían bien al fiel Juan:

—¡Qué lástima, matar al hermoso animal que tenía que llevar al rey a su palacio!

Pero el rey habló y dijo:

—Callad y dejadle tranquilo. Es mi fiel Juan, ¿y quién sabe para qué ha servido esto?

Luego fueron a palacio, y allí en el salón había una bandeja, y la camisa de novio allí preparada, y no parecía ser de otra cosa que de plata y oro. El joven se dirigió hacia allí y quiso cogerla, pero el fiel Juan le apartó, la cogió con guantes, la llevó rápidamente al fuego y la dejó que se quemara. Los otros sirvientes comenzaron de nuevo a murmurar y dijeron:

—Ved, ahora incluso quema la camisa del rey.

Pero el joven rey habló:

—¿Quién sabe para qué ha de servir esto? Dejadle en paz, es mi fiel Juan.

Entonces se celebró la boda, comenzó el baile y la novia empezó también a danzar. El fiel Juan prestaba atención observando su rostro; de pronto palideció y cayó como si estuviera muerta al suelo. Entonces Juan saltó a toda velocidad, la levantó, la llevó a un aposento, la tumbó, se arrodilló y chupó las tres gotas de sangre de su pecho derecho y las escupió luego. Rápidamente volvió a respirar y se recuperó, pero el joven rey había visto todo y, no sabiendo por qué el fiel Juan había hecho esto, se puso furioso y dijo:

—Llevadlo a prisión.

A la mañana siguiente el fiel Juan fue juzgado y se le llevó a la horca, y cuando ya estaba arriba para ser ajusticiado, dijo:

—El que va a morir puede hablar una vez antes de su muerte. ¿Tengo también derecho a ello?

—Sí —dijo el rey—, te será concedido.

Entonces habló el fiel Juan:

—He sido injustamente juzgado y te he sido siempre leal.

Y entonces contó cómo había oído en el mar la conversación de los tres cuervos y cómo, para salvar a su señor, había tenido que hacer esto.

Entonces dijo el rey:

—¡Oh, mi fiel Juan, perdón, perdón, bajadle de ahí!

Pero apenas el fiel Juan había pronunciado la última palabra, cayó sin vida, convertido en piedra.

Todo esto causó gran pesar al rey y a la reina y él dijo:

—¡Ay, de qué manera he premiado yo tanta fidelidad!

E hizo levantar la estatua de piedra y colocarla en su dormitorio. Cada vez que la miraba, lloraba y decía:

—¡Ay, si te pudiera volver a la vida, mi fiel Juan...!

Pasó algún tiempo, y la reina dio a luz dos gemeles, dos niñitos, y según iban creciendo eran su alegría.

Un día, cuando la reina estaba en la iglesia y los niños jugaban con el padre, contempló la estatua de piedra, lleno de tristeza, suspiró y dijo:

—¡Ay, si te pudiera volver a la vida, mi fiel Juan...!

Entonces comenzó la estatua a hablar y dijo:

—Sí, puedes hacer que vuelva a la vida, si quieres utilizar para ello lo que te es más querido.

Entonces exclamó el rey:

—Todo lo que tengo en la tierra lo daré por ti.

La piedra siguió hablando:

—Si tú con tus propias manos cortas la cabeza a tus dos hijos y me untas con su sangre, entonces volveré a la vida.

El rey se asustó cuando oyó que tenía que matar él mismo a sus propios hijos, pero, pensando en la gran fidelidad de Juan y que había muerto por él, desenvainó su espada y cortó de un golpe la cabeza de los niños. Y cuando hubo untado con su sangre la piedra, ésta volvió a la vida y el fiel Juan estuvo de nuevo sano y salvo ante él.

El habló al rey:

—Tu fidelidad no debe quedar sin recompensa —y cogió las cabezas de los niños, las colocó en su sitio, untó las heridas con su sangre, y con esto quedaron curados en el acto, saltaron y siguieron jugando, como si no les hubiera pasado nada.

El rey entonces estaba lleno de alegría y, cuando vio llegar a la reina, escondió al fiel Juan y a los dos niños en un gran armario.

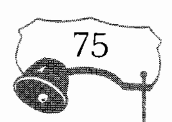
Cuando entró, le preguntó:

—¿Has rezado en la iglesia?

—Sí —contestó ella—, pero he pensado constantemente en el fiel Juan, que ha sido tan desgraciado por nuestra causa.

A continuación habló él:

—Querida esposa, nosotros podemos volverle a la vida, pero nos costará la vida de nuestros dos hijos; tenemos que sacrificarlos.



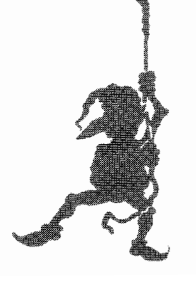
La reina se puso pálida y se le heló la sangre del susto; sin embargo, dijo:

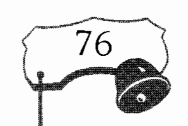
—Estamos en deuda con él a causa de su enorme fidelidad.

El rey se alegró de que ella pensara como él había pensado, se dirigió al armario y lo abrió, sacó a los niños y al fiel Juan y dijo:

—El Señor sea alabado: él está salvo y tenemos de nuevo a nuestros hijos.

Y le contó cómo había pasado todo. A partir de ese momento vivieron juntos y felices hasta el final de su vida.





El negocio acertado

Un campesino había llevado su vaca al mercado y la había vendido por siete táleros. En el camino de regreso a su casa tuvo que pasar por un estanque, y desde lejos oyó cómo gritaban las ranas: *«och, och, och, och»*. «Sí —se dijo él para sí—, éstas lo gritan hasta los campos de avena, pero son siete los que he conseguido y no ocho.» Cuando llegó cerca del agua, les gritó:

—¡Animales tontos, eso es lo que sois! ¿Es que no lo sabéis? Son sólo siete táleros y no ocho.

Las ranas, sin embargo, siguieron gritando: *«och, och...»*.

—Bueno, si no me creéis puedo contarlos delante de vosotras.

Sacó el dinero del bolsillo y contó los siete táleros, siempre veinticuatro peniques en cada uno. Pero las ranas no se fiaron mucho de su cuenta y gritaron de nuevo: *«och, och, och, och»*.

—¡Pero bueno! —gritó el campesino muy irritado—. Ya que lo queréis saber mejor que yo, contadlo vosotras mismas —y les lanzó el dinero al agua.

Permaneció de pie esperando hasta que hubieran terminado y le devolvieran lo suyo, pero las ranas siguieron en sus trece, gritando: *«och, och, och, och»*, y tampoco le devolvieron el dinero. Esperó todavía hasta que se hizo de noche y tuvo que irse a casa. Entonces regañó a las ranas, diciendo:

—Vosotras, chapoteadoras, cabezotas, ojos saltones, lo único que tenéis es una enorme bocaza y podéis chillar hasta que le duelan a uno los oídos, pero no sabéis contar los siete táleros. ¿Creéis que voy a estar aquí de pie hasta que terminéis?

Con esto se marchó de allí, pero las ranas siguieron gritando: *«och, och, och, och»* detrás de él, lo que hizo que regresara a casa muy irritado.

Pasado algún tiempo compró de nuevo una vaca, la mató, y calculó que si vendía bien la carne podía obtener tanto dinero como hubieran valido las dos vacas y, además, podía disponer también del pellejo. Cuando llegó con la carne a la ciudad, había a la entrada de la puerta una jauría completa de perros, a cuya cabeza estaba un galgo que saltaba alrededor de la carne, olisqueándola y ladraba: *«qué, qué, qué* [1]». Dado que no terminaba le dijo el campesino:

---

[1] La palabra *was* (qué), que aparece en el texto alemán, puede tener un cierto parecido fónico con el ladrido del perro.

—Sí, ya noto que tú dices «*qué, qué*» porque quieres algo de carne, pero no estaría en mis cabales si te la diera.

El perro no contestó más que «*qué, qué*».

—No te la comerás y cuidarás que tampoco lo hagan tus compañeros.

—*Qué, qué* —dijo el perro.

—Bueno, si insistes, te la dejaré, te conozco bien y sé quién es tu amo. Pero oye bien lo que te digo: dentro de tres días quiero tener mi dinero, si no, te irá mal y te arrepentirás.

A continuación descargó la carne y regresó de nuevo a casa. Los perros se lanzaron sobre ella y ladraron ruidosamente. El campesino, que los oyó de lejos, se dijo a sí mismo: «Escucha, ahora todos están pidiendo algo, pero el grande me responderá por ella.»

Cuando habían pasado ya los tres días pensó el campesino: «Esta noche tendrás el dinero en el bolsillo», y se sentía feliz. Pero nadie venía a pagarle: «No se puede confiar ya en nadie», dijo él, y finalmente perdió la paciencia, se dirigió a la ciudad a casa del carnicero y le exigió su dinero. El carnicero pensó que era una broma, pero el campesino dijo:

—Bromas aparte, yo quiero mi dinero. ¿No os ha traído el perro grande toda la carne de la vaca degollada?

Entonces el carnicero se indignó, cogió la escoba y le echó de allí:

—Espera —dijo el campesino—, todavía hay justicia en este mundo.

Y dirigiéndose al palacio real pidió audiencia. Fue conducido ante el rey, que estaba allí sentado con su hija, y le preguntó qué mal le había acontecido:

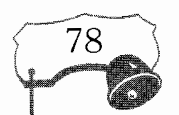
—¡Ay! —dijo—. Las ranas y los perros me han quitado lo mío y el carnicero me ha pagado con palos —y contó con todo detalle lo que había pasado.

A esto empezó a reír la hija del rey a grandes carcajadas y el rey le dijo:

—No te puedo dar la razón en esto, pero en contrapartida te daré a mi hija por mujer; en su vida se había reído con tantas ganas como ahora de ti, y yo he prometido dársela a aquel que la hiciera reír. Puedes darle gracias a Dios por tu suerte.

—¡Oh! —contestó el campesino—, yo no la quiero para nada. Con una mujer ya tengo de sobra. Cuando llego a casa, me parece como si tuviera una en cada esquina.

El rey se enfadó mucho y dijo:



—¡Eres un grosero!

—¡Ay, mi señor! —dijo el campesino—. No se pueden pedir peras al olmo.

—¡Espera! —replicó el rey—. Tú tienes que recibir tu merecido. Ahora vete, pero vuelve en tres días, entonces se te darán quinientos.

Cuando el campesino estaba ante la puerta, le dijo el centinela:

—Tú has hecho reír a la hija del rey, seguramente recibirás algo bueno.

—Sí —dijo—, eso pienso yo. Me darán quinientos.

—Oye —dijo el soldado— , ¡dame algo! ¿Qué vas a hacer con tanto dinero?

—Porque eres tú —dijo el campesino— te daré doscientos. Ve a ver al rey en tres días y que te paguen.

Un judío que estaba cerca y que había oído la conversación, siguió al campesino, le sujetó por la chaqueta y dijo:

—¡Dios mío, qué suerte tienes! Yo te los cambiaré, te los cambiaré por calderilla. ¿Qué vas a hacer con los táleros sin cambiar?

—¡Judío! —dijo el campesino—. Tú puedes tener trescientos todavía, dámelos en moneda y de hoy en tres días te los dará el rey.

El judío se alegró de la ganancia y le dio la suma en calderilla en una cantidad considerablemente más baja. Después de haber pasado los tres días fue el campesino, cumpliendo las órdenes del rey, ante su presencia.

—Quítate la chaqueta —dijo el monarca—. Te corresponden quinientos.

—¡Ay! —dijo el campesino—. Ya no me pertenecen en su totalidad. Doscientos se los he regalado al centinela y trescientos me los ha cambiado el judío; en justicia no me debéis nada.

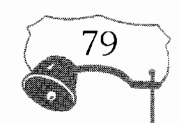
Entretanto, llegaron el soldado y el judío, exigiendo lo que era suyo, lo que le habían ganado al campesino, y obtuvieron los palos que les correspondían. El soldado los soportó con serenidad, ya que tenía experiencia de su sabor. El judío se lamentó amargamente:

—¡Ay, qué dolor! ¿Son éstas las monedas?

El rey tuvo que reírse del campesino y, como ya se le había pasado el enfado, dijo:

—Como has perdido tu premio antes de que te fuera dado, quiero darte una compensación: ve a mi cámara de tesoros y coge el dinero que quieras.

El campesino no esperó a que se lo dijeran dos veces y llenó



sus amplios bolsillos con todo lo que cabía en ellos. Luego se fue a la posada y contó su dinero. El judío le había seguido sigilosamente y oyó cómo refunfuñaba para sí:

—Ahora sí que me ha engañado el pillín del rey. Podía haberme dado el dinero él mismo, así sabría lo que tenía. ¿Cómo puedo yo saber ahora si es justo lo que me he metido en los bolsillos por las buenas?

«Dios nos guarde —dijo el judío para sí—. Está hablando despectivamente de nuestro señor. Iré corriendo y le denunciaré, así me dan una recompensa a mí y le castigan a él.»

Cuando el rey se enteró de los comentarios del campesino, montó en cólera y mandó al judío a recoger al culpable. El judío fue corriendo junto al campesino:

—Que vayas inmediatamente a la presencia de rey, tal como estás.

—Yo sé mejor cómo hay que comportarse —dijo el campesino—. Primero haré que me hagan una chaqueta nueva. ¿Crees tú que un hombre que tienen tanto dinero en el bolsillo puede ir vestido de harapos?

El judío, al darse cuenta de que el campesino no pensaba moverse sin tener otra chaqueta y como temía que la ira del rey se desvaneciera, con lo cual se quedaría él sin recompensa y el campesino sin castigo, dijo:

—Te prestaré para ese momento una hermosa chaqueta sólo por amistad. ¿Que no es capaz de hacer un hombre caritativo?

El campesino aceptó, se puso la chaqueta del judío y partió con él. El rey repitió al campesino todas las maledicencias que le había comunicado el judío.

—¡Huy! —dijo el campesino—. Todo lo que dice un judío es mentira, en todo lo que sale de su boca no hay un ápice de verdad. El tío es capaz de decir que llevo puesta su chaqueta.

—¿Qué significa esto? —gritó el judío—. ¿Es que la chaqueta no es mía? ¿Es que no te la he prestado por pura amistad para que pudieras presentarte ante el rey?

Al oír el rey esto dijo:

—Ciertamente, el judío nos ha engañado a uno de los dos: a mí o al campesino —e hizo que le dieran duros palos.

El campesino se fue con la buena chaqueta y con el buen dinero en el bolsillo y dijo:

—Esta vez sí que he acertado.



El extraño músico

Erase una vez un extraño músico que iba por un bosque completamente solo, dejando vagar su pensamiento de un lado a otro, y cuando ya estaba cansado de pensar, se dijo a sí mismo:

—El tiempo se me hace muy largo en este bosque, voy a buscarme un camarada.

Entonces cogió el violín de la espalda y lo hizo sonar hasta que resonó a través de los árboles. Poco tiempo después apareció un lobo corriendo por la espesura.

—Huy, ahí viene un lobo, pero ése no me apetece nada —dijo el músico.

Pero el lobo avanzó aproximándose y dijo:

—Oh, querido músico, ¡qué forma tan hermosa de tocar! Me gustaría aprender.

—Eso se aprende pronto —le contestó el músico—, solamente tienes que hacer lo que yo te diga.

—Oh, músico, te obedeceré como un alumno a su maestro.

El músico le dejó que le acompañara y, cuando ya habían andado juntos un trecho de camino, llegaron a una vieja encina que estaba hueca por dentro y partida por la mitad.

—Si quieres aprender a tocar el violín, pon las patas delanteras en esa hendidura.

El lobo obedeció; el músico entonces levantó rápidamente una piedra y le acuñó ambas patas con un golpe tan firme, que tuvo que quedarse allí como un prisionero.

—Espera hasta que yo regrese —dijo el músico y siguió su camino.

Un rato más tarde volvió a hablar consigo:

—Yo me aburro mucho aquí en el bosque, me buscaré otro compañero.

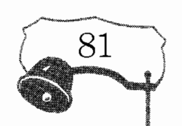
Cogió su violín y lo tocó otra vez en dirección al interior del bosque. Un poco más tarde apareció un zorro deslizándose entre los árboles.

—Uf, viene un zorro —dijo el músico—, ése no me interesa lo más mínimo.

El zorro se acercó a él y dijo:

—Oh, querido músico, ¡qué forma tan hermosa de tocar! Me gustaría aprender.

—Eso se aprende pronto —dijo el músico—, solamente tienes que hacer lo que yo te diga.



—Oh, músico, te obedeceré como un alumno a su maestro —contestó el zorro.

—Sígueme —dijo el músico.

Y, cuando ya habían andado un poco, llegaron a un sendero que tenía a ambos lados altos matorrales. Entonces se paró el músico, dobló de una parte un pequeño avellano hasta el suelo, dobló por la otra parte otro arbolito y dijo:

—Y bien, zorrito, si quieres aprender algo, dame tu pata delantera izquierda.

El zorro obedeció y el músico le ató la pata al tronco izquierdo.

—Zorrito —dijo—, dame la derecha —y se la ató al tronco derecho. Y cuando comprobó que los nudos de los lazos eran lo suficientemente fuertes, los soltó y los árboles se dispararon hacia arriba, llevándose al zorrito consigo, que quedó bamboleándose en el aire y pateando en las alturas.

—Espera hasta que vuelva —dijo el músico, y siguió su camino.

Otra vez se dijo:

—El tiempo se me hace muy largo aquí en el bosque, me buscaré otro compañero.

Cogió el violín y el sonido resonó por todo el bosque. Entonces apareció una liebre saltando.

—Oh, viene una liebre. Yo no quería eso.

—Oh, querido músico, ¡qué forma tan hermosa de tocar! Me gustaría aprender.

—Eso se aprende en un santiamén —dijo el músico—. Solamente tienes que hacer lo que yo te diga.

—Oh, músico, te obedeceré como un alumno a su maestro.

Caminaron juntos durante un rato hasta que llegaron a un claro del bosque donde había un álamo. El músico le ató a la liebre una larga cuerda alrededor del cuello y sujetó el otro extremo al árbol.

—¿Dispuesta, liebrecilla? Ahora salta veinte veces alrededor del árbol —dijo el músico.

La liebrecilla obedeció, y cuando hubo dado vueltas veinte veces, el cordel se había enrollado veinte veces alrededor del árbol, y la liebre estaba presa y ya podía forcejear y dar todos los tirones que quisiera que solamente lograba que la cuerda se aferrara más alrededor del tierno cuello.

—Espera hasta que regrese —dijo el músico, y siguió su camino.

El lobo, entre tanto, había empujado, tirado, mordido la piedra y había hecho esfuerzos hasta que había liberado las patas y las había sacado de la hendidura. Lleno de ira y odio fue detrás del

músico y le quería destrozar. Cuando el zorro lo vio correr, comenzó a lamentarse y chilló con todas sus fuerzas:

—¡Hermano lobo, ayúdame, el músico me ha engañado!

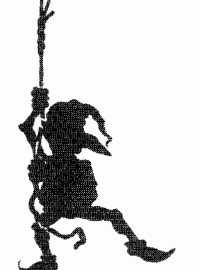
El lobo bajó los árboles, mordió las cuerdas, liberando al zorro, que se marchó con él, deseando también vengarse del músico. Encontraron a la liebrecilla prisionera, a la que soltaron igualmente, y los tres se fueron a buscar al enemigo.

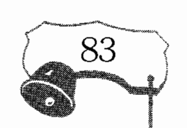
El músico había hecho sonar de nuevo el violín, y esta vez había tenido más suerte: sus notas llegaron hasta los oídos de un pobre leñador, que rápidamente, quisiera o no quisiera, dejó el trabajo y con el hacha debajo del brazo se acercó a oír la música.

—Por fin aparece el compañero apropiado —dijo el músico—, pues yo buscaba a un hombre y no animales salvajes —y comenzó a tocar de manera tan hermosa y dulce que el hombre permaneció allí quieto como si estuviera hipnotizado y el corazón le saltaba de gozo.

Y estando así, aparecieron el lobo, el zorro y la liebrecilla, y él se dio perfectamente cuenta de que no venían con buenas intenciones. Por ello alzó su reluciente hacha y se colocó delante del músico, como si quisiera decir: «Aquel que quiera meterse con él, que se guarde porque tendrá que vérselas conmigo.»

Los animales, entonces, sintieron miedo, y regresaron corriendo al bosque. El hombre le tocó todavía una pieza al leñador en señal de agradecimiento y siguió su camino.





Los doce hermanos

Eranse una vez un rey y una reina que vivían felizmente juntos y tenían doce hijos, todos varones. Una vez el rey le dijo a la reina:

—Si el niño que vas a traer al mundo es una hembra, deberán morir los doce niños, para que su riqueza sea grande y el reino le corresponda a ella sola.

Hizo que le fabricaran doce ataúdes llenos de viruta con una pequeña almohada en cada uno de ellos, y los mandó llevar a un aposento cerrado. Luego le dio la llave a la reina y le mandó que no hablara de ello con nadie.

La madre estaba sentada todo el día y no paraba de lamentarse, de tal manera que el hijo más pequeño, que siempre estaba con ella y que, siguiendo la tradición bíblica, llevaba el nombre de Benjamín, le dijo:

—Querida mamá, ¿por qué estás tan apenada?

—Querido hijo —contestó ella—, no te lo puedo decir.

Sin embargo, él no la dejó en paz hasta que la reina abrió el aposento y le enseñó los doce ataúdes rellenos ya de viruta. A continuación dijo ella:

—Mi querido Benjamín, estos ataúdes los ha mandado hacer tu padre para ti y tus once hermanos, pues si yo doy a luz una niña, deberéis morir todos y ser enterrados en ellos.

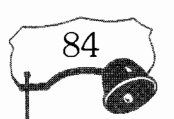
Y cuando ella se puso a llorar, la consoló el hijo diciendo:

—No llores, mamá, ya nos las apañaremos; nos iremos.

Ella, sin embargo, dijo:

—Ve con tus once hermanos al bosque y que uno de vosotros esté siempre sentado en la copa del árbol más alto que pueda encontrar, y que vigile observando la torre del castillo. Si nace un niñito pondré una bandera blanca y entonces podéis volver; si nace una niñita, colocaré una bandeja roja; entonces huid lo más rápidamente que podáis y que Dios os proteja. Todas las noches me levantaré y rezaré por vosotros para que en invierno os podáis calentar junto al fuego y para que en verano el calor no os haga morir de sed.

Después de haber bendecido a todos sus hijos, éstos se fueron al bosque. Uno tras otro velaron subidos a la encina más alta y no perdieron de vista la torre. Cuando habían pasado once días y le tocó el turno a Benjamín, vio cómo colocaban una bandera, pero no era la blanca sino la roja bandera de la sangre, que anunciaba



que todos debían morir. Cuando los hermanos oyeron esto, se pusieron furiosos y dijeron:

—¡Que tengamos que padecer la muerte a causa de una muchacha! Juramos que nos vengaremos: donde encontremos una muchacha haremos que corra su roja sangre.

A continuación de esto se internaron en el bosque, y en el centro, justo allí donde estaba más oscuro, se encontraron una pequeña casita embrujada que estaba vacía. Entonces dijeron:

—Aquí viviremos y tú, Benjamín, como eres el más joven y débil, te quedarás en casa y administrarás nuestra hacienda; nosotros saldremos e iremos a buscar comida.

Desde aquel momento se adentraban en el bosque y mataban liebres, ciervos salvajes, pájaros y palomitas y todo lo que había allí para comer; esto se lo llevaban a Benjamín, que tenía que preparárselo para que ellos pudieran calmar su hambre. En la casita vivieron durante diez años y el tiempo no se les hizo demasiado largo.

La niñita que tuvo su madre, la reina, había crecido, era de buen natural y hermosa de cara y tenía una estrella en la frente. Un día, cuando había una gran colada, vio doce camisas de hombre y preguntó a su madre:

—¿De quién son esas doce camisas? Para mi padre son, sin lugar a dudas, demasiado pequeñas.

Entonces ella contestó con el corazón entristecido:

—Querida niña, pertenecen a tus doce hermanos.

La muchacha dijo:

—¿Dónde están mis doce hermanos? Nunca he oído hablar de ellos.

La reina contestó:

—Sabe Dios dónde estarán, andan errando por el mundo.

Entonces cogió a la muchacha por la mano y le enseñó los doce ataúdes con la viruta dentro y los almohadones.

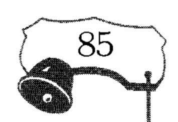
—Estos ataúdes —dijo— estaban destinados a tus hermanos, pero ellos se marcharon secretamente, antes de que tu nacieras —y le contó cómo había pasado todo. A esto dijo la muchacha.

—Querida madre, no llores más. Me iré y buscaré a mis hermanos.

A continuación cogió las doce camisas y se encaminó precisamente al interior del bosque. Anduvo durante todo el día y al atardecer llegó a la casita embrujada. Entró y encontró a un muchacho que le preguntó:

—¿De dónde vienes y a dónde vas?





Y se maravilló de que fuera tan hermosa y de que llevara una estrella en la frente. Entonces ella contestó:

—Yo soy la hija de un rey y busco a mis doce hermanos, y andaré hasta los confines del universo hasta encontrarlos.

En este momento Benjamín vio que era su hermana y dijo:

—Yo soy Benjamín, tu hermano más pequeño.

Ella comenzó a llorar de pura alegría, y Benjamín también, y se besaron y se abrazaron de todo corazón. Luego dijo él:

—Querida hermana, hay un pequeño inconveniente: habíamos decidido que cada muchacha a la que encontráramos debía morir, ya que nosotros tuvimos que abandonar el reino por culpa de una muchacha.

Ella dijo entonces:

—Moriré gustosamente si con ello libero a mis hermanos.

—No —contestó él—, tú no morirás. Siéntate debajo de este tonel hasta que vengan los once hermanos y yo intentaré llegar a un acuerdo con ellos.

Así lo hizo y, cuando la noche había caído, regresaron los otros a la casa, y la comida estaba ya preparada. Y cuando estaban sentados a la mesa y comían, preguntaron:

—¿Qué hay de nuevo?

Benjamín habló:

—¿No sabéis nada?

—No —contestaron ellos.

El siguió hablando:

—Vosotros habéis estado en el bosque y yo me he quedado en casa y, sin embargo, sé más que vosotros.

—Bien, cuéntanos —dijeron ellos.

El contestó:

—¿Me prometéis que la primera muchacha que nos encontremos no será asesinada?

—Sí —exclamaron ellos—, será merecedora de compasión, cuéntanos ya.

Entonces dijo él:

—Nuestra hermana está aquí —y levantó el tonel, y la hija del rey salió con sus vestidos reales, con la estrella dorada en la frente, y era tan hermosa, delicada y fina, que todos se alegraron mucho, la abrazaron, la besaron y la quisieron de todo corazón.

Ella permaneció entonces con Benjamín en la casa y le ayudaba en el trabajo. Los otros once iban al bosque, apresaban ciervos, venados, pájaros y palomitas para tener que comer, y Benjamín y la hermana cuidaban de prepararlos. Buscaba la leña para

cocinar y las hierbas para la ensalada y ponía las ollas al fuego, de tal manera que la comida estuviera siempre lista cuando llegaban los once. Mantenía además el orden en la casita y preparaba las camas con ropa limpia y blanca y los hermanos estaban siempre contentos y vivían muy unidos a ella.

Un buen día los dos habían preparado una comida muy sabrosa y, cuando estaban todos juntos se sentaron, comieron y bebieron con enorme contento. Al lado de la casa encantada había un pequeño jardín en el que crecían doce lirios. Ella quiso darles, entonces, a sus hermanos una alegría, cortó las doce flores y pensó regalarle una a cada uno a la hora de la comida. Pero apenas hubo terminado de cortar las flores, los doce hermanos se transformaron en cuervos y partieron volando hacia el bosque, mientras la casa con el jardín desaparecía. En ese momento estaba la pobre muchacha sola en el salvaje bosque y, cuando miró a su alrededor, había a su lado una vieja al lado de ella que dijo:

—Niña, ¿qué has hecho? ¿Por qué no has dejado las doce flores tal como estaban? Eran tus hermanos, que se han transformado para siempre en cuervos.

La muchacha contestó sollozando:

—¿No hay medio alguno para desencantarlos?

—No —dijo la vieja—, no hay en el mundo más que uno, pero es tan difícil, que tú no podrás liberarlos, pues tienes que estar durante siete años muda, no puedes hablar ni reír, y si hablas una sola palabra, aunque solamente falte una hora para los siete años, será todo en vano y tus hermanos morirán por esa sola palabra.

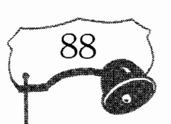
Entonces la muchacha se dijo a sí misma: «Estoy segura de que liberaré a mis hermanos.» Y se marchó y buscó un gran árbol, se sentó encima e hilaba y no hablaba ni reía. Entonces acaeció que un rey fue de caza al bosque. Llevaba consigo un gran galgo y éste se dirigió al árbol donde estaba sentada la muchacha, saltando alrededor, gritando y ladrando. A continuación llegó el rey y vio a la hermosa princesa con la estrella dorada en la frente y se quedó tan prendado de su belleza, que le preguntó si quería ser su esposa. Ella no dio ninguna respuesta, pero inclinó un poco la cabeza asintiendo. Después de esto trepó él mismo al árbol, la bajó, la sentó en su caballo y la llevó a su casa. Luego se celebró la boda con gran lujo y alegría, pero la novia ni hablaba ni reía. Cuando habían vivido una serie de años felices juntos, empezó la madre del rey, que era una mala mujer, a difamarla y le dijo al rey:

—Te has traído una vulgar pordiosera. ¿Quién sabe la cantidad de cosas malas que hará en secreto? Si es muda y no puede hablar, por lo menos podría reír, pero el que no ríe es que tiene mala conciencia.

El rey al principio no quiso creer nada de esto, pero la vieja insistió tanto y la acusaba de tantas maldades, que el rey se dejó convencer finalmente e hizo que la condenaran a muerte.

Entonces se encendió en el patio un gran fuego para quemarla en él. El rey estaba arriba en la ventana y miraba con ojos llorosos, porque la seguía queriendo. Y cuando ya estaba atada al poste y el fuego con lenguas rojas comenzaba a devorar sus vestiduras, pasó el último minuto de los siete años. Entonces se pudo oír en el aire un potente ruido de alas. Se acercaron volando los doce cuervos, que descendieron a tierra, y al tocar la tierra se convirtieron en sus doce hermanos, que ella había liberado. Pisotearon violentamente el fuego, apagaron las llamas, desataron a su querida hermana, la besaron y la abrazaron. Y ahora que ya podía abrir la boca y hablar, le contó al rey por qué había permanecido muda y no había reído a nadie. El rey se alegró, cuando oyó que era inocente, y a partir de ese momento vivieron felizmente.







La chusma

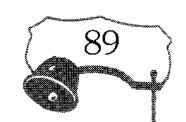
El gallito le dijo a la gallinita:

—Ahora que es la época en que maduran las nueces, vamos a ir al monte y nos saciaremos antes de que la ardilla se las lleve todas.

—Bien —contestó la gallinita—. Vamos a divertirnos juntos un rato.

Entonces fueron al monte y como era un día despejado permanecieron allí hasta la tarde. Ahora bien, no sé si es que comieron mucho o si es que se volvieron tan arrogantes que, en una palabra, no quisieron volver a casa a pie, el caso es que el gallito tuvo que construir un carro con una cáscara de nuez. Cuando estuvo listo, la gallinita se sentó en él y le dijo al gallito:





—Tú puedes tirar de él.

—¡Hombre, eso me gusta! —dijo el gallito—. Prefiero volver a pie antes que dejarme enganchar al carro. No es eso lo que habíamos acordado. Naturalmente que me gustaría ser cochero y sentarme en el pescante, pero de eso a tener que tirar yo mismo..., por ahí no paso.

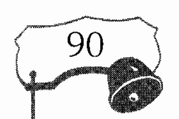
Mientras estaban peleándose, llegó una pata y graznó detrás de ellos:

—Eh, ladronzuelos, ¿quién os ha pedido que vengáis a mi monte de nueces? Esperad, que os voy a ayudar a hacer la digestión.



Y con el pico abierto se dirigió hacia el gallito. Pero el gallito, que tampoco era manco, picoteó a la pata hábilmente y le dio tal golpe con el espolón que, finalmente, la pata pidió clemencia y, en castigo, se dejó enganchar al coche. El gallito se sentó al fin en





el pescante como un verdadero cochero y empezaron a correr a gran velocidad.

—Pata, ¡corre todo lo que puedas! —gritaba el gallito.

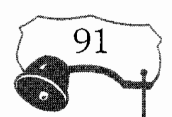
Cuando ya habían recorrido un buen trecho se encontraron a dos caminantes, un alfiler y una aguja. Ellos gritaron:

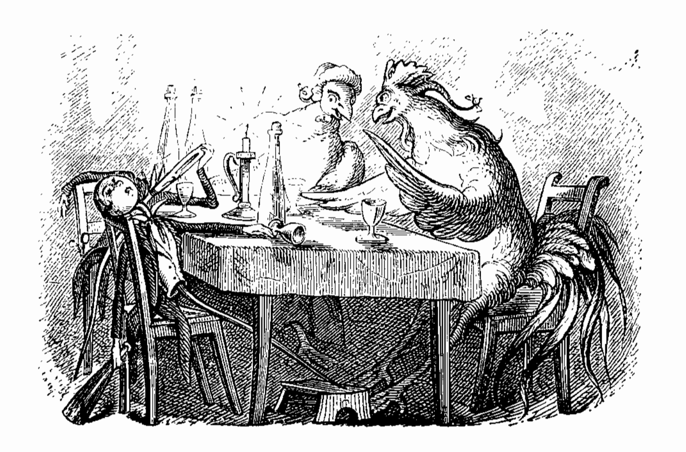
—¡Alto, alto!



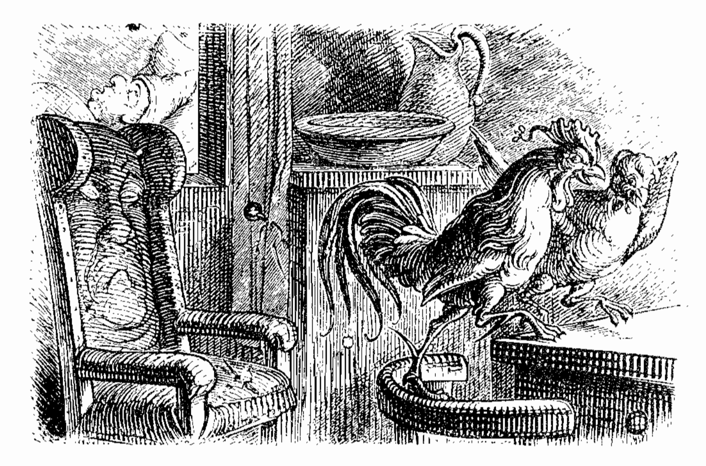
Y dijeron que pronto se haría de noche, que no podían dar ni un paso más, que la calle estaba muy sucia y que si no podrían sentarse un poco en el carro. Habían estado en la Posada del Sastre, a las puertas de la ciudad, y se les había hecho tarde bebiendo cerveza. El gallito, viendo que eran delgados y que no ocupaban mucho sitio, les dejó subir a los dos. Sin embargo, tuvieron que prometer que no le pisarían a él ni a su gallinita. Ya tarde, llegaron a una posada y, como no querían seguir viajando de noche y la pata no era, desde luego, una gran andarina y se caía de un





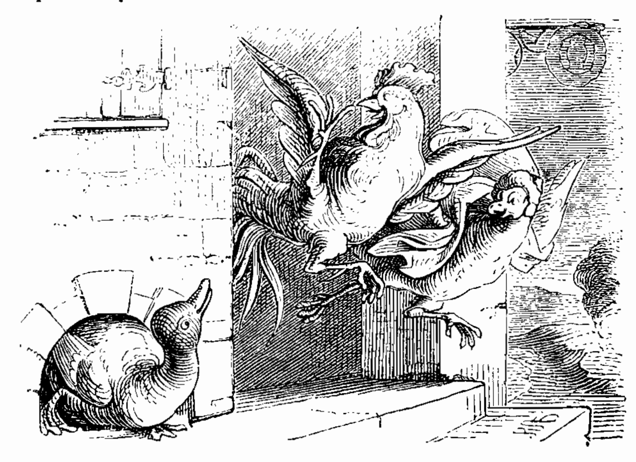


lado a otro, se detuvieron allí. El posadero puso al principio muchos inconvenientes, como que su casa estaba ya llena y, además, pensó que tampoco eran personas demasiado distinguidas. Finalmente, y dado que ellos daban buenas razones, como que le darían el huevo que la gallinita había puesto por el camino, que podría quedarse con la pata, la cual también ponía todos los días uno, etc., el posadero consintió en que pasaran allí la noche. Entonces hicieron que se les sirviera y comieron a cuerpo de rey.



Por la mañana temprano, cuando estaba amaneciendo y aún dormían todos, despertó el gallito a la gallinita, cogió el huevo, lo picoteó y ambos se lo zamparon. Las cáscaras las arrojaron a la lumbre del fogón. Luego fueron a donde la aguja dormía, la cogieron por la cabeza y la pincharon en el cojín del sillón del posadero, y al alfiler en su toalla, y huyeron de allí, sin más ni más, por la pradera. La pata, que era partidaria de dormir al aire libre

y se había quedado en el patio, los oyó salir zumbando de allí. Se espabiló y se echó a nadar en un arroyo que encontró, así iba mucho más deprisa que ante el carro.

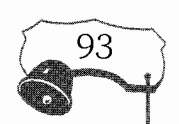


Hasta algunas horas después no se levantó el posadero. Se lavó y quiso secarse con la toalla, pero entonces el alfiler se lanzó a su cara y le hizo un arañazo de oreja a oreja.

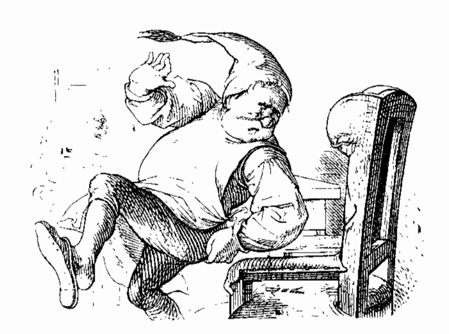


Luego fue a la cocina y quiso encenderse una pipa, pero cuando llegó al fogón, las cáscaras de huevo le saltaron a los ojos.





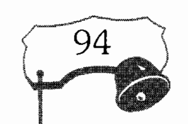
—Esta mañana todo me sale mal —dijo, y se sentó de mal humor en la silla de su abuelo, pero rápidamente dio un salto dando alaridos, pues la aguja le había pinchado y no precisamente en la cabeza.



Entonces, furioso, empezó a sospechar de los huéspedes que habían llegado tan tarde, y cuando fue a ver dónde estaban, ya habían volado. Entonces hizo el juramento de no aceptar nunca más en su casa a chusma que comía tanto, no pagaba, y por si fuera poco, en vez de mostrar agradecimiento, jugaba malas pasadas.







Hermanito y hermanita

El hermanito tomó a su hermana por la mano y dijo:

—Desde que madre murió, no hemos vivido ninguna hora feliz; la madrastra nos pega todos los días y cuando vamos a verla nos da patadas. Las cortezas de pan duro que sobran son nuestra única comida y hasta al perrillo que está debajo de la mesa le va mejor la vida; a veces le echan un buen bocado. ¡Que Dios se apiade de nosotros! ¡Si esto lo supiera nuestra madre! Ven, vamos a irnos juntos por el ancho mundo.

Anduvieron todo el día por praderas, campos y piedras, y cuando llovía, dijo la hermanita:

—Dios y nuestro corazón lloran juntos.

Por la noche llegaron a un gran bosque y estaban tan cansados de tristeza, hambre y el largo camino, que se sentaron en un árbol hueco y se durmieron.

A la mañana siguiente, cuando despertaron, estaba el sol ya alto en el cielo y alumbraba y calentaba dentro del árbol. Entonces dijo el hermanito:

—Hermanita, tengo sed. Si supiera dónde hay una fuente, iría y bebería. Me parece que oigo murmurar una.

El hermanito se levantó, cogió a su hermana de la mano y fueron a buscar la fuentecilla. Pero la malvada madrastra, que era una bruja, había visto perfectamente cómo los niños habían partido y los había seguido furtivamente, como hacen las brujas, y había hechizado todas las fuentes. Cuando ellos encontraron una fuentecilla que manaba rielando por las piedras, quiso beber el hermanito en ella; pero la hermana oyó cómo en los murmullos decía: «El que beba de mí se convertirá en un tigre; el que beba de mí se convertirá en un tigre.» Entonces gritó la hermanita:

—Te lo ruego, ¡no bebas!, si no, te convertirás en un animal salvaje y me devorarás.

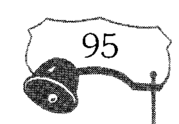
El hermanito no bebió, aunque tenía mucha sed y dijo:

—Esperaré hasta la próxima fuente.

Cuando llegaron a la segunda fuentecilla, oyó la hermanita cómo ésta también hablaba: «El que beba de mí se convertirá en un lobo; el que beba de mí se convertirá en un lobo.» Entonces la hermanita gritó:

—Hermanito, te lo ruego, ¡no bebas!, si no, te convertirás en un lobo y me comerás.

El hermanito no bebió y dijo:







—Esperaré hasta que lleguemos a la próxima fuente, pero entonces tengo que beber, digas lo que digas. Tengo muchísima sed.

Cuando llegaron a la tercera fuentecilla, oyó la hermanita cómo hablaba en murmullos: «El que beba de mi agua se convertirá en un cervatillo; el que beba de mi agua se convertirá en un cervatillo.» La hermanita dijo:

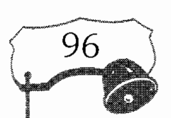
—Ay, hermanito, te lo ruego, ¡no bebas!, si no, te convertirás en un cervatillo y te marcharás.

Pero el hermano ya se había arrodillado y agachado hacia la fuentecilla, y había bebido del agua. Y en cuanto hubo probado las primeras gotas, se convirtió en un cervatillo.

A continuación la hermanita lloró por su pobre hermanito embrujado, y el cervatillo lloró también, y estaba sentado a su lado muy triste. Por fin la muchacha dijo:

—Tranquilízate, querido cervatillo, yo no te abandonaré nunca.

Luego se desató su liga dorada y se la puso al cervatillo alrededor del cuello, arrancó juncos y tejió con ellos una cuerda ligera, se la ató al animalillo y continuó adentrándose cada vez más en la espesura del bosque. Y cuando ya habían andado mucho tiempo llegaron a una casa, la muchacha miró dentro y, como estaba vacía, pensó: «Aquí podemos quedarmos a vivir.» Entonces buscó para el cervatillo hojas y musgo para hacerle un lecho blando y cada mañana salía y recogía raíces, fresas y nueces para ella, y para el cervatillo traía hierba tierna, que éste comía de su mano, sintiéndose feliz y saltando alrededor de ella. Por la noche, cuando la hermanita estaba cansada y había rezado sus oraciones, ponía su cabeza en el lomo del cervatillo, que era su cojín, y







se dormía dulcemente. Y si el hermanito hubiera tenido forma humana hubiera sido una vida deliciosa.

Esto duró el tiempo que estuvieron solos en la selva. Pero aconteció que el rey del país organizó una enorme cacería en el bosque. Entonces resonaron los cuernos de caza, los ladridos de los perros y el griterío feliz de los cazadores por los árboles, y el cervatillo los oyó y le hubiera gustado estar allí.

—¡Ay! —le dijo a la hermanita—. Déjame ir a la cacería, yo no puedo aguantar así más tiempo.

Y le rogó y rogó hasta que ella se lo permitió.

—Pero —le dijo ella— regresa por la tarde. A los cazadores salvajes les cerraré la puertecita y, para que yo te conozca, golpea y di: «Hermanita, déjame entrar.» Si no dices eso, no abriré.

El cervatillo saltó hacia fuera, y se sentía feliz y contento al aire libre. El rey y sus cazadores vieron al hermoso animal y se pusieron a perseguirlo, pero no lo pudieron alcanzar, y cuando se creían que ya lo tenían, huyó por los matorrales y desapareció. Cuando había ya oscurecido corrió hacia la casita, golpeó y dijo:

—Hermanita, déjame entrar.

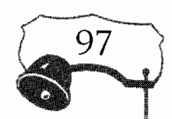
Se abrió la pequeña puertecita, saltó hacia dentro y durmió toda la noche en su blando lecho.

A la mañana siguiente continuó la caza y, cuando el cervatillo oyó de nuevo el cuerno de llamada y el *«¡oh, oh!»* de los cazadores, no se sintió tranquilo y dijo:

—Hermanita, ábreme, tengo que salir.

La hermanita le abrió la puerta y dijo:

—Pero a la tarde tienes que estar de nuevo aquí y decir tu contraseña.



Cuando el rey y sus cazadores volvieron a ver al cervatillo con su collarcito dorado, lo persiguieron todos, pero era demasiado rápido y ágil. Esto duró todo el día, y cuando, finalmente, los cazadores lo habían rodeado, uno lo hirió levamente en una pata, de tal manera que cojeaba y huyó lentamente. Entonces lo siguió un cazador hasta la casita y oyó como decía:

—Hermanita, déjame entrar.

Vio el cazador cómo la puerta se abría y se cerraba rápidamente, y retuvo todo en su memoria. Fue a ver al rey y le contó todo lo que había visto y oído. Entonces dijo el rey:

—Mañana tiene que continuar la cacería.

La hermanita se asustó tremendamente cuando vio al cervatillo herido. Le lavó la sangre, le puso encima hierbas y dijo:

—Vete a tu lecho, querido cervatillo, hasta que sanes.

La herida era tan leve que el cervatillo no notó a la mañana siguiente el menor rastro de ella. Y cuando oyó de nuevo el jolgorio de la cacería dijo:

—No puedo estar aquí, tengo que ir. No volverán a cogerme tan fácilmente.

La hermanita lloró y dijo:

—Te matarán, y yo estoy aquí sola en el bosque y abandonada por todo el mundo. No te dejaré salir.

—Entonces me moriré de tristeza —dijo el cervatillo—. Cuando oigo el cuerno por la mañana, pienso que tengo que salir corriendo.

La hermanita no pudo hacer otra cosa y le abrió la puerta con el corazón entristecido, y el cervatillo saltó alegremente y sano hacia el bosque. Cuando el rey lo divisó, dijo a sus cazadores:





—¡Acosadlo durante todo el día, pero que nadie le haga daño!

En cuanto el sol se puso, le dijo el rey al cazador:

—Ahora ven y enséñame la pequeña casa del bosque.

Y cuando estuvo ante la puertecilla, llamó y dijo:

—Hermanita, déjame entrar.

Entonces se abrió la puerta y el rey entró: allí había una muchacha tan hermosa como no había visto otra en este mundo. La muchacha se asustó cuando vio que no era su cervatillo, sino que entraba un hombre con una corona de oro en la cabeza. Pero el rey la miró amistosamente, le dio la mano y dijo:

—¿Quieres venir conmigo a mi palacio y ser mi mujer querida?

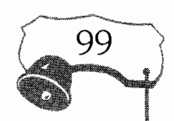
—Ay, sí —dijo ella—, pero el cervatillo tiene que venir conmigo, no le abandonaré.

Mientras tanto llegó saltando el cervatillo; a continuación lo ató la hermanita otra vez a la cuerda, la cogió ella misma en la mano y salió con él de la casita del bosque.

El rey montó a la hermosa doncella en su caballo y la llevó a su palacio, donde se celebró por todo lo alto su boda y se convirtió en la reina y señora y vivieron durante mucho tiempo felices. El cervatillo estaba cuidado y querido y retozaba por el jardín del palacio. La malvada madrastra, por cuya causa se habían ido los niños al bosque, no creía otra cosa sino que la niñita había sido devorada por los animales salvajes en el bosque, y que el niñito, convertido en cervatillo, había sido cazado por los cazadores. Cuando oyó que eran felices y que les iba bien, se llenó su corazón de envidia y de odio, y no podía encontrar la paz y no tenía más pensamiento que el de cómo podía hacer que los dos fueran desgraciados.











Su hija, que era fea como un pecado, y además tuerta, le hacía reproches y decía:

—Ser reina era lo que por destino me merecía.

—Estáte tranquila —le decía la vieja, y la contentaba añadiendo—: Cuando sea el momento te ayudaré.

Cuando llegó el momento, la reina dio a luz un hermoso niño. Precisamente el rey había salido de casa, y la vieja bruja tomó la apariencia de la doncella de cámara, entró en el aposento donde estaba la reina y dijo a la enferma:

—Ven, el baño está listo, esto te hará bien y te dará nuevas fuerzas, ¡rápido, antes de que se enfríe!

Su hija, que estaba allí ayudando, también llevó a la débil reina al baño y ambas la metieron en la bañera, le cerraron la puerta y huyeron de allí. En el baño había organizado un verdadero incendio, de tal manera que la reina pronto se asfixió.

Realizado esto, tomó la vieja a su hija, le puso una cofia y la metió en la cama en lugar de la reina. Le dio también la figura y apariencia de la reina, sólo que no le pudo dar de nuevo el ojo perdido. Para que el rey no se diera cuenta, se tuvo que poner del lado en el que no tenía ningún ojo. Por la noche, cuando regresó él a casa y oyó que había tenido un hijo, se alegró de corazón y quiso ir a la cama de su amada esposa y ver lo que hacía. La vieja gritó rápidamente:

—Cuidado, deja las cortinas echadas, la reina no soporta todavía la luz, y tiene que descansar.

El rey retrocedió y no supo que en la cama había alguien que no era la reina.

Cuando llegó la medianoche y todo el mundo estaba dur-

miendo, la niñera, que estaba en el cuarto de los niños todavía vigilando sola, vio cómo se abría la puerta y entraba la reina verdadera. Cogía al niño de la cuna, lo ponía en sus brazos y le daba de mamar. Luego le sacudía la almohada, le volvía a poner en su sitio y le tapaba con la mantita de la cuna. No se olvidó tampoco del cervatillo, fue al rincón donde estaba tendido y le acarició el lomo. Después de todo esto se dirigió a la puerta, saliendo silenciosamente, y la niñera preguntó al día siguiente a los vigilantes si alguien había entrado durante la noche en el castillo, pero ellos contestaron:

—No hemos visto a nadie.

Así volvió muchas noches sin hablar nunca una palabra; la niñera la veía siempre pero no se atrevía a hablar de ello con nadie.

Pasó algún tiempo, y la reina comenzó a hablar por la noche:

—¿Qué está haciendo mi niño? ¿Mi ciervo dónde está?
Volveré otras dos veces y luego nunca más.

La niñera no le contestó, pero cuando se marchó, fue a ver al rey y le contó todo. El rey dijo:

—¡Dios mío! ¿Qué significa esto? La próxima noche velaré junto al niño.

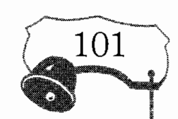
A media noche fue al cuarto de su hijo. La reina apareció otra vez y habló:

—¿Qué está haciendo mi niño? ¿Mi ciervo dónde está?
Vendré otra vez aún y luego nunca más.

Y se ocupó luego del niño como lo hacía generalmente, antes de desaparecer. El rey no se atrevió a interpelarla, pero hizo guardia también la noche siguiente. De nuevo dijo ella:







—¿Qué está haciendo mi niño? ¿Mi ciervo dónde está?
He venido esta vez y no volveré más.

Entonces el rey no pudo aguantarse, saltó hacia ella y dijo:

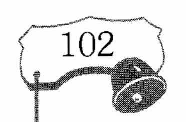
—Tú no puedes ser otra que mi amada esposa.

Ella respondió:

—Sí, soy tu amada mujer.

Y en ese momento, gracias a la misericordia de Dios, recobró la vida de nuevo, estaba sana, lozana y vigorosa. Después le contó al rey el delito que habían cometido con ella la bruja malvada y su hija. El rey las hizo llevar a las dos ante un tribunal y las condenaron. La hija fue llevada al bosque, donde se la comieron los animales salvajes; la madre fue colocada en una hoguera y se quemó allí de forma despiadada. Y en el momento en que se convirtió en cenizas, el cervatillo se transformó, recuperando su forma humana de nuevo; así los dos hermanitos vivieron felices juntos hasta el final de su vida.





Rapónchigo *

Había una vez un hombre y una mujer, que deseaban ardientemente y en vano un hijo, y finalmente la mujer concibió esperanzas de que Dios cumpliría su deseo. Tenían en la parte trasera de la casa una pequeña ventana desde la que se podía ver un jardín espléndido lleno de flores hermosísimas y plantas; estaba, sin embargo, rodeado de un alto muro y nadie se atrevía a entrar allí porque pertenecía a una hechicera que tenía un gran poder y era temida por todo el mundo.

Un día estaba la mujer asomada a la ventana y mirando hacia el jardín; entonces vio un arriate que estaba lleno de los mejores rapónchigos, y estaban tan frescos y verdes, que tuvo un antojo y le entró un enorme apetito de ellos. El deseo era cada día mayor y, como sabía que no podía obtener ninguno, se demacró y palideció, adquiriendo un aspecto triste. El marido se asustó y preguntó:

—¿Qué es lo que te falta, querida esposa?

—¡Ay! —contestó ella—. Si no puedo comer ningún rapónchigo del jardín de detrás de nuestra casa, moriré.

El hombre, que la quería, pensó: «Antes que dejar morir a tu mujer, le coges rapónchigos, cueste lo que cueste.» Así al atardecer trepó por el muro de la hechicera, cortó a toda velocidad un manojo de rapónchigos y se los llevó a su esposa. Rápidamente se preparó una ensalada con ellos y se los comió llena de ansiedad. Pero le gustaron tanto, tanto, que a la mañana siguiente tenía doble apetito de ellos.

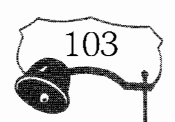
Si quería estar tranquila, tendría el hombre que volver a trepar para ir al jardín. Nuevamente volvió a hacerlo al atardecer, pero cuando descendía por el muro, se asustó enormemente al ver a la bruja que estaba ante él.

—¿Pero cómo osas —dijo ella con una mirada rabiosa— entrar en mi jardín, y como un ladrón llevarte mis rapónchigos? Esto te ha de sentar mal.

—¡Ay! —dijo él—. Deja que predomine la piedad en lugar de la ley; lo he tenido que hacer por necesidad. Mi mujer ha visto los rapónchigos desde la ventana y le entró tal gana de ellos que se hubiera muerto si no los hubiera podido comer.

Entonces se aplacó un poco la ira de la vieja y le dijo:

—Si es como dices, te permitiré que te lleves todos los rapónchigos que quieras. Solamente te pongo una condición: Tendrás



que darme el niño que tenga tu mujer. Le irá bien y lo cuidaré como una madre.

El hombre, por miedo, lo aceptó todo, y cuando la mujer dio a luz, apareció la hechicera, le puso a la niña el nombre de *Rapónchigo* y se la llevó consigo.

Rapónchigo era la niña más hermosa bajo el sol. Cuando cumplió doce años, la hechicera la encerró en una torre que estaba en el bosque y no tenía puerta ni escaleras, solamente arriba una pequeña ventana. Cuando la bruja quería entrar, gritaba desde abajo:

—¡Rapónchigo, Rapónchigo
deja caer tus cabellos!

Rapónchigo tenía unos cabellos muy hermosos, finos como si fueran de oro hilado. Cuando oía la voz de la hechicera, desataba sus trenzas, las enrollaba en un gancho en la ventana y los cabellos le caían cincuenta codos * y la hechicera trepaba por ellos.

Pasados algunos años, aconteció que el hijo del rey se fue a pasear por el bosque y llegó a la torre. Entonces oyó un canto que era tan agradable, que se detuvo y escuchó. Era Rapónchigo que, en su soledad, entretenía el tiempo dejando sonar su dulce voz. El rey quiso subir adonde estaba ella y buscó una puerta en la torre, pero no encontró ninguna. Regresó cabalgando a casa, pero el canto le había conmovido tanto, que cada día iba al bosque y se ponía a escucharlo. Cuando una vez estaba detrás de un árbol, vio que venía una hechicera y oyó cómo gritaba hacia arriba:

—¡Rapónchigo, Rapónchigo
deja caer tus cabellos!

Entonces Rapónchigo hizo caer sus cabellos trenzados y la hechicera subió por ellos.

«Si esta es la escala con la que llega arriba, voy a probar también suerte», pensó. Y al día siguiente, cuando empezaba a oscurecer, fue a la torre y gritó:

—¡Rapónchigo, Rapónchigo,
deja caer tus cabellos!

Rápidamente cayeron los cabellos y el hijo del rey pudo subir. Al principio, Rapónchigo se asustó enormemente al ver entrar a un hombre, ya que sus ojos no habían visto ninguno, pero el hijo del rey comenzó a hablar con ella afectuosamente y le contó que su canción le había impresionado tanto, que ya no había podido encontrar la tranquilidad y había querido verla por sí mismo. Des-

pués de esto, Rapónchigo perdió el miedo y, cuando él le preguntó si quería aceptarle por marido, ella reparó en que era joven y atractivo, y pensó: «El me querrá más que la vieja señora Gothel», y le dijo que sí y puso su mano sobre la de él. Le dijo:

—Me iré gustosamente contigo, pero no sé cómo bajar. Cuando vengas, trae cada vez un cordel de seda. Con él tejeré una escala y, cuando esté lista, bajaré y tú me montas en tu caballo.

Quedaron de acuerdo en que él iría todas las tardes a verla, pues de día iba la vieja. La hechicera no se dio cuenta de nada, hasta que un día Rapónchigo le dijo:

—Dígame, señora Gothel, ¿cómo es que me cuesta mucho más subirla que al hijo del rey? El está en un minuto arriba junto a mí.

—¡Oh, muchacha descarada! —exclamó la hechicera—. ¿Qué es lo que tengo que oír de tus labios? Yo pensaba que te había apartado de todo el mundo y tú me has engañado.

En su ira agarró los hermosos cabellos de Rapónchigo, rodeó con ellos dos veces su mano izquierda, cogió unas tijeras con la derecha y, *tris, tras,* los hermosos mechones quedaron cortados por el suelo. Fue tan despiadada, que llevó a la pobre Rapónchigo a un desierto, donde tuvo que vivir miserablemente y pasando necesidades.

El mismo día que la arrojó de su lado, por la tarde, sujetó la hechicera los mechones que había cortado en el gancho de la ventana, y cuando el hijo del rey llegó y exclamó:

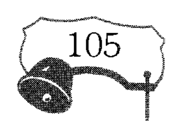
—¡Rapónchigo, Rapónchigo,
deja caer tus cabellos!,

ella dejó caer los cabellos. El hijo del rey subió, pero no encontró a su amada Rapónchigo, sino a la hechicera, que le miró con ojos malvados y venenosos.

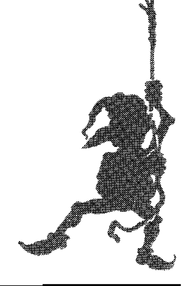
—Bien —dijo ella, burlona—, tú te querías llevar a tu amada, pero el hermoso pájaro no está ya en el nido y ya no canta más; se lo ha llevado el gato y todavía te va a sacar los ojos. Para ti, Rapónchigo está perdida, no la volverás a ver nunca.

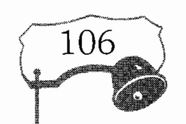
El hijo del rey se puso fuera de sí de dolor, y en su desesperación se tiró de la torre. Pudo salvar la vida, pero los espinos en los que cayó le sacaron los ojos.

A continuación erró ciego por el bosque, no comía más que raíces y bayas y no hacía otra cosa sino lamentarse y llorar por la pérdida de su amada. Así anduvo algunos años, de aquí para allá, pasando grandes necesidades, y finalmente llegó al desierto don-



de vivía miserablemente Rapónchigo con los dos gemelos que había tenido, un niño y una niña. Oyó una voz, y le pareció tan conocida, que se dirigió allí, y al acercarse, Rapónchigo le reconoció y se le echó al cuello llorando. Dos de sus lágrimas humedecieron sus ojos, entonces se le pusieron nuevamente claros y pudo ver como lo había hecho anteriormente. Se la llevó a su reino, donde fue recibido con gran alegría y vivieron felices y contentos todavía durante mucho tiempo.





Los tres hombrecillos del bosque

Erase una vez un hombre al que se le murió su mujer, y una mujer a la que se le murió el marido. El hombre tenía una hija y la mujer también tenía otra. Las muchachas se conocían, fueron juntas a pasear y después a casa de la mujer. Entonces le habló ella a la hija del hombre:

—Oye, dile a tu padre que quiero casarme con él; así te lavarás cada día con leche y beberás vino. Mi hija, en cambio, debe lavarse con agua y beber también agua.

La muchacha se fue a casa y le contó a su padre lo que la mujer había dicho. El hombre dijo:

—¿Qué debo hacer? Casarse es una alegría, pero también un martirio.

Finalmente, como no podía tomar una decisión, se sacó una bota y dijo:

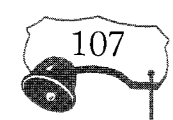
—Toma esta bota, que tiene un agujero en la suela, ve con ella al desván, cuélgala en el gran clavo y échale agua dentro. Si retiene el agua, entonces tomaré de nuevo una mujer; si se cuela, entonces no lo haré.

La muchacha hizo lo que él le había ordenado, pero el agua hizo disminuir el tamaño del agujero y la bota se llenó de agua hasta arriba. Ella hizo saber a su padre lo que había resultado. A continuación subió él mismo, y cuando vio que era cierto fue a ver a la viuda, la cortejó y celebró la boda.

A la mañana siguiente, cuando las muchachas se despertaron, la hija del hombre tenía leche para lavarse y vino para beber; sin embargo, ante la otra hija había agua para lavarse y agua para beber. A la segunda mañana había agua para lavarse y agua para beber tanto para la hija del hombre como para la hija de la mujer. Al tercer día había agua para lavarse y para beber ante la hija del hombre, y leche para lavarse y vino para beber ante la hija de la mujer, y así quedó la cosa. La mujer odiaba mortalmente a su hijastra y no sabía cómo podía hacerle cada día más daño. También sentía envidia de que su hijastra fuese dulce y hermosa, y su hija verdadera fea y repulsiva.

Un día de invierno, en que había nevado fuertemente y el monte y el valle estaban llenos de nieve, hizo la mujer un traje de papel, llamó a su hijastra y dijo:

—Toma, ponte el traje, vete al bosque y tráeme una cestita llena de fresas, tengo ganas de ellas.



—¡Oh Dios mío! —dijo la muchacha—. En invierno no hay fresas; la tierra está helada y la nieve ha cubierto todo. ¿Y por qué tengo que ir con este traje de papel? Afuera está tan frío que se le hiela a uno el aliento; el viento lo traspasará y los espinos me lo arrancarán del cuerpo.

—¿Encima quieres llevarme la contraria? —dijo la madrastra—. Date prisa y no aparezcas por aquí hasta que tengas el cestillo lleno de fresas.

Luego le dio un trozo de pan duro y dijo:

—Puedes comerte esto en el día.

Y pensó: «Fuera te helarás y te morirás de hambre y no te pondrás ya nunca más ante mis ojos.»

A continuación, la muchacha obedeció, se puso el traje de papel y se fue con el cestillo. No se podía ver más que nieve en mucha distancia y no se podía descubrir ningún tallo verde. Cuando llegó al bosque vio una casita, en la que estaban mirando hacia fuera tres hombrecillos. Ella les dio los buenos días y llamó humildemente a la puerta. Ellos exclamaron: «Adelante», y ella entró en la habitación y se sentó en un banco al lado de la estufa. Después de esto quiso calentarse y comer su desayuno. Los hombrecillos hablaron:

—Danos algo de eso.

—Con mucho gusto —dijo ella; dividió su trocito de pan y les dio la mitad.

Ellos preguntaron:

—¿Qué haces en invierno con ese traje tan fino aquí en el bosque?

—¡Ay! —contestó—. Tengo que buscar una cestita de fresas y no puedo regresar a casa hasta que la lleve.

Cuando hubo comido su pan, le dieron una escoba y dijeron:

—Barre con ella la nieve en la puerta de atrás.

Cuando estaba fuera, hablaron entre sí los tres hombrecillos:

—¿Qué le regalamos por ser tan buena y afable y haber repartido su pan con nosotros?

A esto dijo el primero:

—Yo le concedo que cada día se ponga más hermosa.

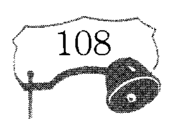
El segundo dijo:

—Yo le concedo que de su boca caigan monedas de oro cada vez que diga una palabra.

El tercero dijo:

—Yo le concedo que venga un rey y la haga su mujer.

La muchacha hizo lo que le habían dicho los hombrecillos, ba-



rrió con la escoba la nieve detrás de la pequeña casa, y ¿qué creéis que encontró? Nada menos que fresas maduras que salían de la nieve con un color rojo oscuro. En su alegría llenó su cestita, dio las gracias a los hombrecillos, les estrechó a cada uno la mano y corrió a su casa para llevarle a la madrastra lo que le había exigido. Cuando entró y dijo: «Buenas tardes», le cayó inmediatamente una moneda de oro de la boca. Luego contó lo que había acaecido en el bosque, pero a cada palabra que pronunciaba le caían monedas de oro de la boca, de tal manera que pronto la sala estuvo cubierta con ellas.

—¡Vaya, hay que ver la presunción! —gritó la hermanastra—. Tirar así el dinero.

Pero secretamente estaba envidiosa y quiso ir al bosque a buscar fresas. La madre le dijo:

—No, mi querida hijita, hace mucho frío y te me puedes congelar.

Pero como no la dejaba en paz, por fin cedió. Le cosió un precioso abrigo de pieles para ponerse y le dio un bocadillo y un pastel para el camino.

La muchacha se fue al bosque, y directamente a la casita. Los tres hombrecillos estaban mirando de nuevo, pero ella no los saludó, y sin hacerles ningún caso se metió precipitadamente en la habitación, se sentó junto a la estufa y comenzó a comer su bocadillo y su pastel.

—Danos algo —dijeron los enanos. Pero ella contestó:

—No me llega ni a mí sola, ¿cómo voy a poder dar a otros?

Cuando había terminado, dijeron ellos:

—Ahí tienes una escoba, bárrenos delante de la puerta trasera.

—¡Huy, hacedlo vosotros mismos! —contestó—. Yo no soy vuestra sirvienta.

Como vio que no le querían conceder nada, salió de la casa.

Entonces hablaron entre sí los hombrecillos:

—¿Qué le debemos conceder? Es tan grosera y tiene un malvado corazón tan envidioso que no permite que nadie tenga nada suyo.

El primero dijo:

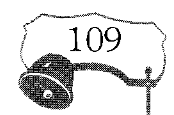
—Yo le concedo que cada día se vuelva más fea.

El segundo dijo:

—Yo le concedo que a cada palabra que diga le salga un sapo de la boca.

El tercero dijo:

—Yo le concedo que muera de forma desgraciada.



La muchacha buscó afuera las fresas, pero como no encontró ninguna se fue malhumorada a casa. Y cuando abrió la boca y quiso contar a su madre lo que le había sucedido en el bosque, le salía con cada palabra un sapo de la boca, de tal manera que todos sentían asco de ella.

A consecuencia de esto se enfureció la madrastra todavía más y pensaba solamente de qué forma podía hacerle el mayor daño a la hija del marido, cuya belleza aumentaba de día en día. Finalmente cogió una olla, la puso al fuego e hirvió en ella hilo. Cuando estaba hervido, se la colgó a la espalda a la pobre muchacha y le dio también un hacha; con todo esto debía ir al río helado, hacer un agujero en el hielo y meter por él el hilo. Ella obedeció, fue allí, hizo un agujero en el hielo, y cuando estaba haciéndolo llegó un carruaje precioso en el que iba el rey. El carruaje se detuvo y el rey preguntó:

—Niña, ¿quién eres y qué haces?

—Soy una pobre muchacha y meto hilo por el hielo.

Entonces el rey sintió compasión y, cuando vio lo hermosa que era, dijo:

—¿Quieres venir conmigo?

—¡Huy, desde luego! Encantada de todo corazón —contestó, pues se alegraba de perder a la madre y a la hija de vista.

Así pues subió al coche y se marchó con el rey y, cuando llegaron a palacio, se celebró la boda con gran suntuosidad, como los hombrecillos se lo habían concedido a la muchacha. Después de un año, la reina tuvo un hijo, y cuando la madrastra supo la enorme felicidad, fue con su hija a palacio e hizo como si quisiera hacer una visita. Sin embargo, en un momento en que el rey salió y no había nadie presente, la malvada mujer cogió por la cabeza a la reina, la hija la cogió por los pies, la sacaron de la cama y la arrojaron por la ventana al río que por allí fluía. Después de esto metió a su horrenda hija en la cama y la vieja la tapó hasta la cabeza. Cuando regresó el rey y quiso hablar con su mujer, dijo la vieja:

—Silencio, silencio, ahora no es posible, está sudando mucho, hoy tenéis que dejarla que descanse.

El rey no pensó que pasara nada malo y volvió a la mañana siguiente y, cuando quiso hablar con su mujer y ella le contestó, a cada palabra le salía un sapo, cuando siempre le había caído de la boca una moneda de oro. Entonces preguntó él qué pasaba, pero la vieja dijo que eso le había pasado por haber sudado tanto, pero que volvería a desaparecer.

A la noche, sin embargo, vio el pinche de cocina cómo una pata nadaba por el arroyuelo y decía:

—¿Qué estás haciendo, Rey mío?
¿Estás despierto o dormido?

Y como él no dio ninguna respuesta, preguntó:

—¿Qué están haciendo mis huéspedes?

A esto contestó el pinche:

—Durmiendo profundamente.

Ella siguió preguntando:

—¿Y mi hijito qué está haciendo?

El contestó:

—Está en la cuna durmiendo.

Entonces, la pata subió a sus aposentos con el aspecto de la reina, dio de beber al niño, le colocó la camita, lo tapó y se marchó nadando por el arroyuelo en forma de pata nuevamente. Así dos noches, y a la tercera le dijo al pinche de cocina:

—Ve y dile al rey que coja su espada y la agite en el dintel tres veces sobre mí.

A continuación, el pinche se fue corriendo y se lo dijo al rey, que vino con su espada y la agitó tres veces sobre el fantasma, y a la tercera vez estaba su esposa ante él, lozana, gozosa y sana, como era antes.

A consecuencia de esto, el rey se alegró muchísimo, pero mantuvo a la reina encerrada en una cámara hasta el domingo, que era el día en que debía ser bautizado el niño. Una vez bautizado, dijo:

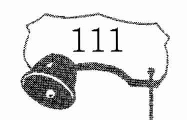
—¿Qué hay que hacerle a una persona que saca a otra de la cama y la tira al agua?

—Nada mejor —contestó la vieja— que meter al mal bicho en un tonel cerrado con clavos y desde el monte tirarla rodando hasta el agua.

A esto dijo el rey:

—Tú te has sentenciado a ti misma —e hizo que le trajeran un tonel y que metieran allí a la vieja con su hija; luego clavaron el fondo y lo empujaron monte arriba, de forma que cayó rodando hasta el río.





Las tres hilanderas

Erase una vez una joven perezosa que no quería hilar. Dijera la madre lo que dijera, no podía obligarla a hacerlo. Finalmente, la madre se llenó de ira e impaciencia, y le dio tal paliza, que ella empezó a llorar fuertemente. En ese momento pasaba la reina por allí, y cuando oyó el llanto hizo que se detuvieran, entró en la casa y preguntó a la madre por qué pegaba a su hija de tal forma que se oían los gritos fuera en la calle. A esto la mujer se avergonzó de tener que descubrir la holgazanería de su hija y dijo:

—No puedo convencerla para que deje de hilar, quiere estar hilando siempre y sin descanso y yo soy pobre y no puedo conseguir el lino.

Entonces contestó la reina:

—No hay cosa que yo oiga con más gusto que el sonido de la rueca y no me siento más contenta que cuando zumban las ruedas. Dadme a vuestra hija para que venga conmigo a palacio, yo tengo lino suficiente, y allí puede hilar todo lo que quiera.

La madre se alegró en el fondo de su corazón, y la reina se llevó consigo a la joven. Cuando llegaron a palacio, la llevó a tres cámaras que estaban llenas, de arriba a abajo, del lino más hermoso.

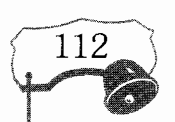
—Ahora hílame este lino —dijo— y, cuando hayas terminado, tendrás a mi hijo mayor por marido. Aunque seas pobre, tu laboriosidad es dote suficiente.

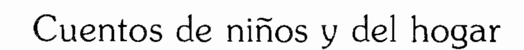
La muchacha se asustó en su interior, pues no hubiera podido hilar el lino ni en trescientos años aunque estuviera hilando todo el día de la mañana a la noche.

Cuando se quedó sola comenzó a llorar, y así estuvo tres días sin dar ni golpe. Al tercer día llegó la reina y cuando vio que no estaba nada hilado se asombró, pero la joven se disculpó diciendo que la gran pena que le producía el alejamiento de su madre no le había permitido empezar. La reina lo consintió, pero dijo al marcharse:

—Mañana tienes que empezar a trabajar.

Cuando la joven se quedó sola de nuevo, no sabía ya qué hacer para solucionarlo, y en su aflicción se aproximó a la ventana. Entonces vio llegar a tres mujeres; la primera tenía un enorme pie en forma de remo; la segunda, un labio inferior tan grande que le colgaba hasta la barbilla, y la tercera, un pulgar muy ancho. Las tres permanecieron quietas ante la ventana, miraron hacia arriba





y le preguntaron a la muchacha qué le pasaba. Ella les contó su pena, las mujeres le propusieron su ayuda y dijeron:

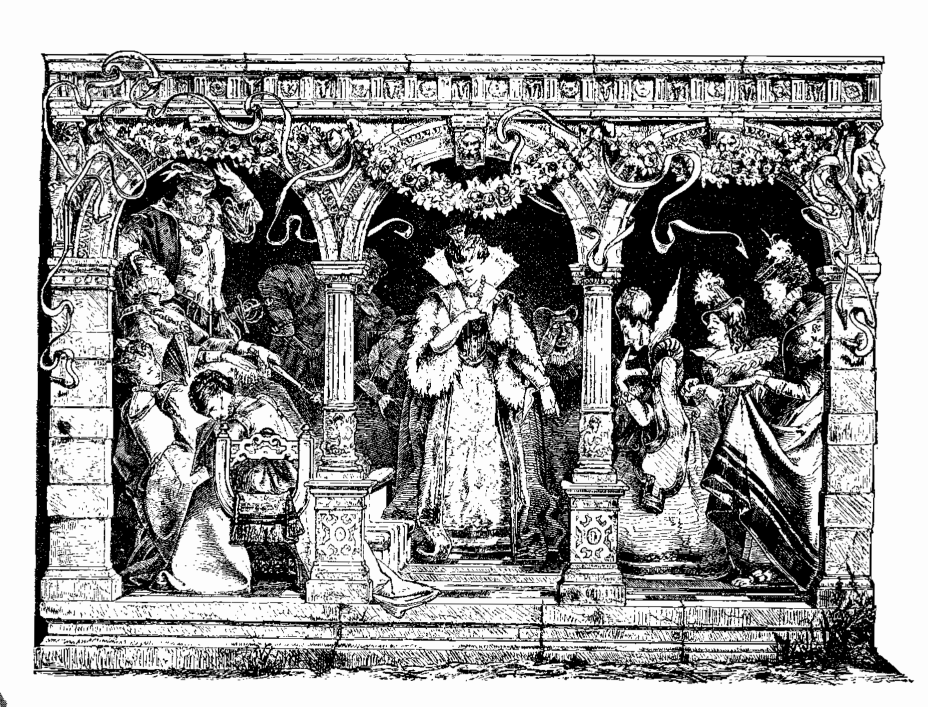
—Si nos invitas a la boda, no te avergüenzas de nosotras, nos llamas primas y nos sientas a tu mesa, te hilaremos el lino en poco tiempo.

—Encantada de todo corazón. Entrad y comenzad el trabajo.

Dejó entrar a las extrañas mujeres, les hizo sitio en la primera habitación para que se sentaran y empezaron su labor. La una estiró el hilo y dio a la rueda, la otra humedeció el lino, la tercera lo torció golpeándolo con el dedo en la mesa, y cada vez que golpeaba caía una cantidad al suelo y quedaba finamente hilado. Ante la reina ocultó ella a las tres hilanderas, y todas las veces que venía le mostraba la gran cantidad de lino hilado, de tal manera que ella no daba fin a sus alabanzas. Cuando la primera habitación estuvo vacía, siguieron con la segunda y, finalmente, con la tercera, que también pronto quedó vacía. Entonces se despidieron las tres hilanderas y le dijeron a la joven:

—No olvides lo que has prometido, será tu felicidad.

Cuando la joven le enseñó a la reina las tres habitaciones y el enorme montón de hilo, se preparó la boda, y el novio se alegró de recibir una mujer tan hábil y laboriosa, alabándola enormemente.



—Tengo tres primas —dijo la joven—, y dado que se han portado muy bien conmigo, me gustaría no olvidarlas en mi felicidad; permitidme que las invite a la boda y las siente a mi mesa.

La reina y el novio dijeron:

—¿Por qué no íbamos a permitirlo?

Cuando comenzó la fiesta, llegaron las tres doncellas con extraños ropajes y la novia dijo:

—Sed bienvenidas, queridas primas.

—¡Ay! —dijo el novio—. ¿Cómo tienes esas amistades tan desagradables?

Luego se dirigió a la del pie en forma de remo y preguntó:

—¿Por qué tienes ese pie tan ancho?

—De pisar.

Luego se dirigió el novio a la segunda y dijo:

—¿Por qué tienes ese labio tan colgando?

—De chupar —contestó ella—. De chupar.

A continuación preguntó a la tercera:

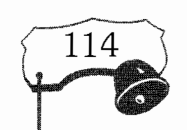
—¿Por qué tienes el pulgar tan ancho?

—De torcer el hilo —contestó ella—. De torcer el hilo.

Entonces se asustó el novio y dijo:

—A partir de ahora mi esposa no volverá a tocar la rueca.

Con esto se vio ella libre de la horrorosa tarea de hilar.



Hänsel y Gretel

Al lado de un gran bosque vivía un pobre leñador con su mujer y sus dos hijos; el muchachito se llamaba Hänsel y la niña Gretel. Tenían poco para comer, y un buen día, cuando en el país reinaba una enorme carestía, no pudo ni conseguir el pan diario. Por la noche pensaba en ello y se removía lleno de preocupación. Suspirando le dijo a su mujer:

—¿Qué será de nosotros? No podemos siquiera alimentar a nuestros pobres hijos, ya que no tenemos suficiente ni para nosotros mismos.

—¿Sabes una cosa, marido? —contestó la mujer—. Mañana muy temprano llevaremos a los niños al bosque, allí donde es más espeso; entonces les encendemos un fuego y le damos a cada uno un trocito de pan, luego nos vamos a trabajar y los dejamos solos. No encontrarán el camino de regreso a casa y así nos libraremos de ellos.

—No, mujer —dijo el marido—, yo no hago eso. ¿Cómo voy a tener corazón de dejar a mis hijos solos en el bosque? Pronto aparecerían los animales salvajes y los destrozarían.

—Oh, qué necio eres —dijo ella—. Entonces tendremos que morir todos de hambre. Ya puedes ir cepillando las tablas para los ataúdes.

Y no le dejó en paz hasta que él consintió.

—Pero los pobres niños me siguen doliendo, desde luego.

Los dos niños no habían podido dormirse tampoco a causa del hambre y habían oído lo que la madrastra le había dicho al padre. Gretel lloró amargamente y le dijo a Hänsel:

—Ahora estamos perdidos.

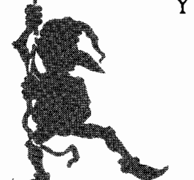
—Tranquila, Gretel —dijo Hänsel—. No te entristezcas, ya buscaré yo el modo de ayudarnos.

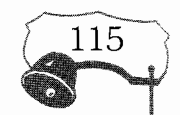
En cuanto los padres se durmieron, se levantó, se puso su chaquetita, abrió la hoja inferior de la puerta y se deslizó hacia fuera.

En ese momento lucía la luna intensamente y los blancos guijarros que había ante la casa brillaban como monedas. Hänsel se agachó y metió tantos como le cupieron en el bolsillito de su chaqueta. Después regresó de nuevo, hablándole así a su hermana:

—No tengas miedo, querida hermanita, y duérmete tranquila. Nuestro Señor no ha de abandonarnos.

Y se metió de nuevo en la cama.





Cuando se hizo de día y antes de que el sol saliera, llegó la mujer y despertó a los dos niños:

—¡Levantaos, perezosos! Vamos a ir al bosque a recoger leña.

Luego le dio a cada uno un trozo de pan y dijo:

—Tomad, aquí tenéis la comida, pero no os la comáis antes de mediodía, pues no vais a tener ya nada más.

Gretel se metió el pan bajo el delantal, porque Hänsel tenía las piedras en el bolsillo. Luego se pusieron todos juntos en camino con dirección al bosque. Cuando habían andado un rato, Hänsel se paró una y otra vez mirando hacia la casa. El padre dijo:

—Hänsel, ¿qué estás mirando y por qué te quedas atrás? Presta atención y no te olvides de andar.

—¡Ay, padre! —dijo Hänsel—. Estoy mirando a mi gatito blanco, está sentado en el tejado y me dice adiós.

La mujer habló:

—¡Tonto! Ese no es tu gatito, es el sol de la mañana que se refleja en la chimenea.

Hänsel no había mirado a su gatito, sino que había sacado cada vez un guijarro reluciente de su bolsillo y lo había arrojado al camino.

Cuando llegaron al interior del bosque, dijo el padre:

—Coged leña, niños, que haré un fuego para que no paséis frío.





Hänsel y Gretel cogieron ramas secas e hicieron un pequeño montón con ellas. Prendieron las ramas secas, y cuando el fuego era ya grande, dijo la mujer:

—Bien, niños, poneos aquí al lado del fuego y descansad; nosotros vamos al bosque a partir leña. Cuando hayamos terminado, volveremos y os recogeremos.

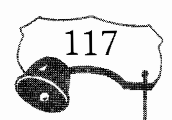
Hänsel y Gretel permanecieron sentados al fuego, y cuando llegó el mediodía, cada uno se comió su trocito de pan. Y como oían los golpes del hacha creían que su padre estaba cerca. Pero no era el hacha, sino una rama que él había atado a un árbol seco y el viento la movía de un lado para otro. Y como llevaban ya mucho tiempo sentados, los ojos se les cerraban de cansancio y se durmieron. Cuando, finalmente, se despertaron era ya noche cerrada. Gretel comenzó a llorar y dijo:

—¿Cómo podremos salir del bosque?

Hänsel la consoló:

—Espera un poco hasta que salga la luna, entonces encontraremos el camino.

Y cuando la luna hubo salido del todo, Hänsel cogió a su hermana por la mano y siguió el rastro de los guijarros, que brillaban como monedas recién fundidas y les mostraban el camino. Caminaron durante toda la noche, y cuando empezaba de nuevo a amanecer llegaron a la casa de su padre.





Llamaron a la puerta, y cuando la mujer abrió y vio que eran ellos, dijo:

—Niños malvados, ¿cómo es que habéis dormido tanto tiempo en el bosque? Creíamos que no queríais regresar.

El padre, sin embargo, se alegró, pues se le había encogido el corazón cuando los había tenido que dejar totalmente abandonados.

No mucho tiempo después volvía a haber necesidad por todas partes, y los niños oyeron cómo la madre, por la noche, le decía al padre en la cama:

—Ya nos hemos comido todo otra vez, solamente tenemos media libra de pan; después de esto será el final. Los niños tienen que irse, les llevaremos mucho más adentro del bosque para que no encuentren el camino de salida; de lo contrario, no habrá salvación para nosotros.

El hombre se apenó mucho y pensó: «Sería mejor repartir el último bocado con tus hijos.» Pero la mujer no atendía a razones, insultándole y haciéndole reproches. El que ha cedido la primera vez, tiene que ceder la segunda, así que tuvo que volver a hacerlo. Sin embargo, los niños estaban todavía despiertos y habían oído la conversación. Cuando los padres se durmieron, se levantó de nuevo Hänsel y quiso coger guijarros como la vez anterior, pero la mujer había cerrado la puerta y no pudo salir. Sin embargo, consoló a su hermana y le dijo:

—No llores, Gretel, y duérmete tranquila. Dios, nuestro Señor, nos ayudará.

A la mañana siguiente vino la mujer y sacó a los niños de la cama. Les dio un mendruguillo de pan más pequeño que la vez anterior. En el camino hacia el bosque, Hänsel lo desmigajó en su bolsillo, se paró y echó una miguita al suelo.

—Hänsel, ¿por qué te paras y miras hacia atrás? —dijo el padre—. Sigue tu camino.

—Estoy mirando mi palomita que está sentada en el tejado y quiere decirme adiós —contestó Hänsel.

—¡Tonto! —dijo la mujer—. No es tu palomita, es el sol mañanero que se refleja en la chimenea.

Hänsel, sin embargo, siguió arrojando una tras otras las migajas al camino.

La mujer llevó a los niños más hacia el interior del bosque, donde ellos no habían estado en toda su vida. A continuación hicieron de nuevo un gran fuego, y la madre dijo:

—Estaos aquí sentados, niños, y cuando os canséis, podéis dormir un poco. Nosotros vamos al bosque a cortar leña; cuando hayamos terminado, vendremos y os recogeremos.

Cuando llegó el mediodía, Gretel repartió su pan con Hänsel, que había esparcido el suyo por el camino. Luego se durmieron y pasó la tarde, pero nadie vino por los pobres niños. No se despertaron hasta entrada la noche, y Hänsel consoló a su hermanita diciéndole:

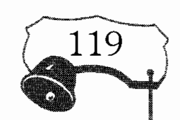
—Espera, Gretel, hasta que salga la luna, entonces veremos las migajas que yo he esparcido, y ellas nos mostrarán el camino a casa.

Cuando la luna salió se levantaron, pero no encontraron miga alguna, ya que los muchos pájaros que vuelan por el bosque y los campos se las habían llevado. Hänsel le dijo a Gretel:

—Ya encontraremos el camino.

Estuvieron toda la noche andando y todo el día siguiente, de la mañana a la tarde, pero no lograron salir del bosque y estaban muy hambrientos, pues no tenían nada más que las pocas bayas que había en el suelo. Y como estaban muy cansados y ya no podían tenerse en pie, se tumbaron bajo un árbol y se durmieron.

Hacía ya tres días que habían abandonado la casa de su padre. Comenzaron de nuevo a andar, pero cada vez se adentraban más en la espesura del bosque y, si no recibían pronto ayuda, morirían. Pero al mediodía vieron a un hermoso pajarillo, blanco como la nieve, que estaba posado en una rama, cantando de for-



ma tan hermosa que se detuvieron y le escucharon. Y cuando terminó, batió sus alas y voló ante ellos; los niños le siguieron hasta que llegaron a una pequeña casa, en cuyo tejado se posó el pajarillo, y cuando se acercaron a ella vieron que la casita estaba hecha de pan y cubierta de pastel, y las ventanas eran de azúcar.

—Manos a la obra —dijo Hänsel—. Menudo banquete nos vamos a dar. Yo voy a comerme un trozo de tejado, Gretel; tú puedes comer de la ventana, que está dulce.

Hänsel alzó la mano y cogió un poco de tejado para probar cómo sabía, y Gretel se colocó al lado de los cristales y los mordisqueó. Entonces salió una fina voz de la habitación:

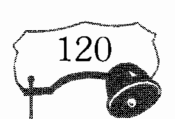
—*Crunch, crunch, crunch.* ¿Quién roe, roe?
¿Quién mi casita me come?

Los niños contestaron:

—Es el viento, sólo el viento,
el niño del cielo.

Y siguieron comiendo sin dejarse distraer. Hänsel, al que le estaba gustando mucho el tejado, arrancó un gran trozo de él, y Gretel cogió un cristal redondo de la ventana, se sentó y se puso a comerlo alegremente. De pronto se abrió la puerta y una mujer viejísima, que se apoyaba en una muleta, salió lentamente.





Hänsel y Gretel se asustaron tanto que dejaron caer lo que tenían en las manos. La mujer meneó la cabeza y dijo:

—¡Oh, queridos niños! ¿Quién os ha traído aquí? Entrad y quedaos conmigo, no os pasará nada malo.

Cogió a ambos por la mano y les llevó a la casita. Les sirvió buena comida, leche, filloas * con azúcar, manzanas y nueces. Luego se hicieron dos camitas con ropa blanca, y Hänsel y Gretel se metieron en ellas y pensaron que estaban en el cielo.

Pero la vieja que se había presentado de forma tan cordial era una bruja malvada que acechaba a los niños. Había construido de pan la casa solamente para atraerlos. Cuando caía uno en sus manos, lo mataba, lo cocinaba y se lo comía, y eso era para ella un día de fiesta. Las brujas tienen los ojos sanguinolentos y no ven bien de lejos, pero poseen un olfato tan fino como los animales y notan cuándo se aproximan seres humanos. Al llegar Hänsel y Gretel cerca de ella, se rió de forma malvada y dijo burlonamente:

—A estos los tengo ya, no se me pueden escapar.

Muy temprano por la mañana, antes de que despertaran los niños, se levantó, y cuando vio a los dos dormir tan tranquilamente, con las mejillas rojas rellenitas, se dijo para sí:

—¡Esto va a ser un buen banquete!

Entonces cogió a Hänsel con su mano seca, lo llevó a un pequeño establo y lo encerró tras una puerta enrejada. El gritó lo que quiso y pudo, pero no le sirvió de nada. Luego fue ella a donde estaba Gretel, la sacudió hasta despertarla y dijo:

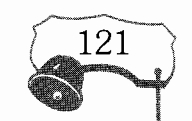
—¡Levanta, holgazana, trae agua y hazle a tu hermano algo rico! Está sentado en el establo, tiene que engordar. En cuanto engorde, me lo comeré.

Gretel empezó a llorar amargamente, pero todo fue en vano, tuvo que hacer lo que exigía la bruja. A continuación le preparó al pobre Hänsel la mejor comida; Gretel, en cambio, no recibió más que caparazones de cangrejos. Cada mañana se deslizaba la vieja hasta el establo y decía:

—Hänsel, saca tu dedo para ver si has engordado.

Pero Hänsel sacaba siempre un huesecillo, y la vieja, que tenía los ojos turbios, no podía ver y pensaba que eran los dedos de Hänsel y se asombraba de que no engordara absolutamente nada. Pasaron cuatro semanas y Hänsel seguía estando flaco. Entonces se vio presa de impaciencia y no quiso esperar mís tiempo.

—¡Gretel, ven aquí! —llamó a la muchacha—. Ve de prisa y trae agua, me da lo mismo que Hänsel esté flaco o gordo; mañana lo cortaré en trozos y me lo comeré.



—¡Ay, ay! —se lamentaba la hermanita mientras acarreaba el agua; y cómo le rodaban las lágrimas por las mejillas—. ¡Dios mío, ayúdanos, por favor! —exclamaba—. ¡Si nos hubieran comido las alimañas en el bosque, por lo menos hubiéramos muerto juntos!

—Ahórrate tu gimoteo, no te va a servir para nada —decía la bruja.

A la mañana siguiente tuvo que salir Gretel temprano, colocar la marmita con agua y encender el fuego.

—Primero vamos a cocer pan —dijo la vieja—. Ya he encendido el horno y he preparado la masa.

Así que empujó a la pobre Gretel hacia el horno, del que salían las llamas del fuego.

—Entra dentro —dijo la bruja— y mira si está bien encendido para que podamos meter el pan.

Cuando Gretel estuviera dentro, ella cerraría el horno, Gretel se asaría allí dentro y se la comería. Pero Gretel advirtió lo que le rondaba por la cabeza y dijo:

—Yo no sé cómo tengo que hacerlo, no sé cómo puedo entrar ahí.

—¡Estúpida! —dijo la vieja—. La abertura es lo suficientemente grande, ¿no ves que hasta yo misma cabría ahí? —y a gatas metió la cabeza en el horno.



Entonces Gretel le dio un empujón, de tal manera que ella se resbaló más hacia dentro; entonces cerró la puerta de hierro y echó el cerrojo.

—¡Uf! —comenzó ella a dar enormes gritos, de forma espantosa. Gretel se marchó y la horrible bruja ardió de forma miserable.

Luego corrió sin pérdida de tiempo a donde estaba Hänsel, le abrió el establillo y gritó:

—¡Hänsel, estamos salvados! ¡La vieja bruja está muerta!

A continuación, Hänsel saltó como un pájaro sale de la jaula cuando se le abre la puerta. ¡Hay que ver lo que se alegraron ambos! Se abrazaron, saltaron de alegría, besándose muchas veces. Y como ya no había por qué tener miedo, entraron en la casa de la bruja y en todos los rincones había cajones con perlas y piedras preciosas.

—¡Estas son mejor que los guijarros! —dijo Hänsel, y se metió en los bolsillos todo lo que le cabía, y Gretel dijo:

—Voy a llevarme a casa también algo —y se llenó el delantalillo.

—Pero ahora vámonos —dijo Hänsel—. Hay que salir del bosque de la bruja.

Cuando habían andado ya varias horas, llegaron a una gran corriente.

—No podemos cruzarla —dijo Hänsel—, no hay ningún sendero ni tampoco puente.

—Por aquí tampoco pasa barquito alguno —contestó Gretel—, pero por allí viene nadando un pato blanco; si se lo pido, él nos ayudará a cruzar.

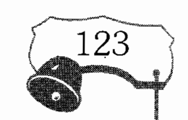
Entonces dijo:

—Patito, patito mío,
aquí están Hänsel y Gretel;
no hay ni sendero ni puente:
crúzanos en tu lomito.

El patito se acercó y Hänsel se montó en él y le pidió a su hermana que lo hiciera a su lado.

—No —dijo Gretel—, sería muy pesado para el patito. Primero cruzará a uno y luego a otro.

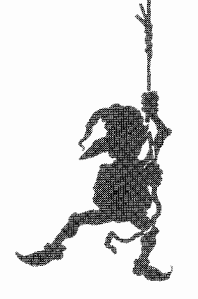
Así lo hizo el noble animalito, y cuando estuvieron ya felices en la otra orilla y hubieron andado un rato, el bosque les resultó cada vez más conocido y finalmente divisaron de lejos la casa de su padre. En esto comenzaron a correr, entraron precipitadamente en la habitación y se le echaron a su padre al cuello. El hombre

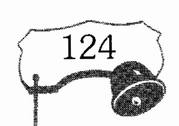


no había tenido ya ningún momento de alegría desde que había dejado a los niños en el bosque. La madrastra, por su parte, se había muerto. Gretel sacudió su delantalillo de manera que las piedras preciosas y las perlas cayeron rodando por la habitación, y Hänsel sacó un puñado tras otro de los bolsillos. Sus preocupaciones se acabaron entonces y vivieron felices en amor y compañía.

Colorín colorado este cuento se ha acabado, por allí corre un ratón, el que lo coja puede hacerse una gran capa de piel.







Las tres hojas de la serpiente

Había una vez un pobre hombre que no podía alimentar a su único hijo. Entonces el hijo habló así:

—Querido padre, os va tan miserablemente que yo soy una carga para vos. Lo mejor será que me vaya a ver cómo puedo ganarme el pan.

A continuación, el padre le dio su bendición y se despidió con gran pena de él. Por aquel tiempo, el rey de un poderoso país hacía la guerra. El joven se puso a su servicio y fue al campo de batalla. Y cuando llegó ante el enemigo, tenía lugar una enorme contienda; el peligro era grande y llovían balas de fusil, de tal manera que sus camaradas caían por doquier. El capitán también cayó, y los restantes quisieron emprender la huida, pero el joven se adelantó, les infundió valor y gritó:

—¿Es que vamos a dejar que se hunda nuestra patria?

Entonces le siguieron los otros; él atacó y venció al enemigo. El rey, al oír que tenía que agradecerle únicamente a él la victoria, le exaltó por encima de los otros y le dio grandes tesoros, convirtiéndole en el primero de su reino.

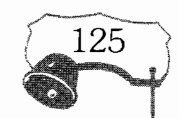
El rey tenía una hija, que era muy hermosa, pero era también muy rara. Ella había hecho el juramento de no convertir en su dueño y señor a nadie que no prometiera, en caso de morir ella antes, enterrarse vivo a su lado. En caso contrario, ella haría lo mismo, y si él moría antes, ella iría a la tumba con él. Esta promesa tan extraña había asustado hasta el momento a todos los pretendientes, pero el joven se quedó tan prendado de su belleza que no hizo caso de nada, sino que pidió la mano a su padre.

—¿Sabes —dijo el rey— lo que tienes que prometer?

—Debo ir con ella a la tumba —contestó— si la sobrevivo. Mi amor, sin embargo, es tan intenso, que no me importa correr ese riesgo.

Entonces el rey accedió a su deseo y la boda se celebró con todo lujo. Durante algún tiempo vivieron felices y contentos el uno con el otro.

Acaeció una vez que la reina contrajo una grave enfermedad y ningún médico pudo curarla. Y una vez muerta, el joven príncipe se acordó de lo que había prometido, y sintió pánico de tener que enterrarse en vida, pero no hubo otro remedio. El rey había colocado vigilantes en todas las puertas y no le era posible escapar a su destino. Cuando llegó el día en que el cadáver tenía que



ser llevado al panteón real fue conducido allí, y cerraron la puerta con cerrojo.

Al lado del féretro había una mesa, y en ella cuatro luces, cuatro onzas de pan y cuatro botellas de vino. Cuando se terminaran estas reservas, no habría sino que morir. A esto estaba allí sentado lleno de dolor y tristeza, comía cada día sólo un trocito de pan y bebía un sorbo de vino, y veía cómo se aproximaba cada vez más su fin. Mientras él estaba mirando fijamente ante sí vio reptar, desde una esquina de la cripta, a una serpiente, que se aproximaba al cadáver. Y como pensó que se acercaba para roerlo sacó su espada y dijo:

—¡Mientras yo viva, no la tocarás! —y la partió en tres pedazos.

Poco tiempo después salió reptando una segunda serpiente del rincón. Cuando vio a la otra muerta y hecha pedazos se dio la vuelta, regresando un poco más tarde con tres hojas verdes en la boca. Luego cogió los tres trozos de la serpiente, los colocó como deberían estar y puso una de las hojas en cada herida. Rápidamente se soldó lo separado, la serpiente se reanimó y recobró la vida, desapareciendo ambas inmediatamente. Las hojas, sin embargo, se quedaron allí en ei suelo, y el infeliz, que había sido testigo de todo, se le ocurrió pensar si la fuerza maravillosa de las hojas, que habían hecho recobrar la vida a la serpiente, no servirían de ayuda a un ser humano. Levantó las hojas del suelo y colocó una de ellas en la boca de la muerta y las otras dos en los ojos. Y apenas había sucedido esto empezó la sangre a fluir en las venas, subió hasta el pálido rostro y lo coloreó de nuevo. Entonces ella respiró, abrió los ojos y dijo:

—¡Dios mío! ¿Dónde estoy?

—Estás conmigo, amada esposa —contestó él y le contó cómo había sucedido todo y cómo la había hecho revivir de nuevo. Después le alcanzó algo de pan y vino, y cuando había recuperado las fuerzas, se levantó y se dirigieron a la puerta y llamaron a ella gritando con voz tan fuerte que los vigilantes lo oyeron y se lo comunicaron al rey. El rey en persona bajó a la cripta y abrió las puertas, encontrando a los dos sanos y salvos y celebrando que ambos hubieran superado las dificultades. El príncipe cogió las tres hojas de la serpiente, se las dio a un sirviente y dijo:

—Guárdamelas cuidadosamente y llévalas siempre contigo: ¿quién sabe en qué momento de apuro pueden ayudarnos?

La mujer, después de volver a la vida, sufrió, sin embargo, un cambio; era como si todo el amor que había sentido por su marido se hubiera borrado de su corazón. Cuando poco tiempo des-

pués emprendió él un viaje por alta mar para ver a su anciano padre, en cuanto subieron al barco ella olvidó todo el amor y la fidelidad que él había mostrado y por lo que la había salvado de la muerte, y sintió una inclinación perversa por el barquero. Cuando una vez el joven rey estaba echado durmiendo llamó al barquero, cogieron al durmiente, ella por la cabeza y el barquero por los pies, y lo arrojaron al mar. El crimen abominable había sido cometido, y ella le dijo a él:

—Volvamos a casa y digamos que se ha muerto en el camino. Yo te alabaré y enalteceré tanto ante mi padre, que te prometerá a mí y te nombrará heredero de su corona.

Pero el fiel servidor, que había visto todo, soltó del barco grande un pequeño bote, subió a él, siguió a su señor y dejó que los traidores continuaran viaje. Recogió al muerto y, con la ayuda de las tres hojas de la serpiente, le devolvió felizmente a la vida.

Remaron ambos, con todas sus fuerzas, de día y de noche, y su pequeño barco navegó a tal velocidad que llegaron antes que los otros al palacio del viejo rey. El se asombró cuando los vio aparecer solos, y preguntó qué es lo que había sucedido. Al saber la maldad de su hija dijo:

—No puedo creer que haya obrado tan mal, pero la verdad saldrá pronto a la luz del día —e hizo que ambos se metieran en una cámara secreta y que se mantuviesen escondidos de todo el mundo.

Poco después llegó el barco grande, y la impía mujer se presentó ante su padre con rostro entristecido. El dijo:

—¿Cómo es que regresas sola? ¿Dónde está tu marido?

—¡Ay, querido padre! —contestó ella—. Regreso a casa tremendamente apenada; mi marido, durante el viaje, de pronto se puso enfermo y murió, y si el buen barquero no me hubiera prestado ayuda, lo hubiera pasado muy mal. Estuvo presente en su muerte y puede contároslo todo.

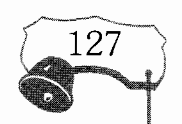
—Haré que reviva el muerto —dijo el rey, y abriendo la cámara hizo salir a los dos.

La mujer, cuando vio a su marido, se sintió como alcanzada por un rayo, cayó de rodillas y pidió clemencia. El rey dijo:

—No es posible tener piedad, él estaba dispuesto a morir contigo y te ha vuelto a dar la vida; tú, sin embargo, le has matado mientras dormía, por lo que tienes que recibir tu justo merecido.

Así que ella y su cómplice fueron llevados a un barco agujereado y lanzados al mar, donde ambos se hundieron pronto bajo las olas.





La serpiente blanca

Hace ya mucho tiempo vivía un rey cuya sabiduría era famosa en todo el país. Nada le era desconocido y parecía como si las noticias de las cosas más secretas le fueran transmitidas por el aire. Sin embargo tenía una extraña costumbre. Todos los días, cuando le habían recogido la mesa, y no había nadie ya presente, tenía que traerle un fiel servidor una fuente. La fuente estaba tapada y el mismo criado no sabía lo que contenía y tampoco lo sabía nadie, pues el rey no la destapaba y no comía de ella hasta que estaba completamente solo. Esto duró largo tiempo; pero un día al servidor que se llevaba todos los días la fuente le entró tal curiosidad, que no pudo resistir y llevó la fuente a su cuarto. Cuando hubo cerrado la puerta cuidadosamente, levantó la tapadera y vio que había una serpiente blanca. Ante su vista no pudo reprimir las ganas de probarla; cortó un cachito de ella y se lo metió en la boca. Apenas había rozado sus labios cuando oyó ante su ventana un singular cuchicheo de finas voces. Fue a escuchar, y entonces se dio cuenta de que eran gorriones conversando entre ellos, y se contaban todo lo que habían visto en el campo y en el bosque. Haber probado la serpiente le había dado poder para entender el lenguaje de los animales.

Entonces sucedió que, precisamente ese día, se le había perdido a la reina su mejor anillo, y cayó sobre el fiel sirviente —que tenía acceso por doquier— la sospecha de que lo había robado. El rey le mandó venir a su presencia y le amenazó con bruscos improperios. Si al día siguiente no le revelaba el autor del hecho se consideraría que había sido él y sería juzgado. No sirvió de nada que asegurase su inocencia y fue despedido sin mejores nuevas. Movido por la intranquilidad y el miedo se fue al patio a meditar cómo podía salir de tan mala situación. Allí estaban los patos reposando en unas tranquilas aguas; se alisaban las plumas y mantenían una conversación confidencial. El servidor se detuvo y escuchó atentamente. Se estaban contando por dónde habían estado paseando aquella mañana y el buen pasto que habían encontrado; a esto dijo uno malhumorado:

—Tengo el estómago pesado; en mi precipitación me he tragado un anillo que estaba debajo de la ventana de la reina.

A continuación lo agarró rápidamente el sirviente por el cuello, lo llevó a la cocina y le dijo al cocinero:

—Degüéllalo, ya está muy bien alimentado.



—Sí —dijo el cocinero, y lo pesó en la mano—. No ha ahorrado el menor esfuerzo para cebarse y ha esperado mucho tiempo para ser asado.

Le cortó el cuello, y cuando lo limpiaron se encontró el anillo de la reina en su estómago.

Así pudo el sirviente demostrar fácilmente al rey su inocencia, y ya que éste quería reparar la injusticia, le permitió que pidiera una gracia y le prometió el mayor puesto de honor que quisiera en su corte.

El sirviente rechazó todos los honores y pidió solamente un caballo y dinero para viajar, ya que tenía ganas de ver mundo y andar durante algún tiempo de un lado a otro. Cuando le fue satisfecho su deseo se puso en camino y llegó un día a un estanque, donde vio tres peces que se habían quedado aprisionados en un junco y luchaban por respirar. Aunque se dice que los peces son mudos, él oyó sus lamentaciones de que tenían que morir de manera tan lamentable. Como tenía un corazón compasivo se bajó del caballo y los echó de nuevo al agua. Se agitaron llenos de alegría, asomaron la cabeza fuera y le gritaron:

—¡Nos acordaremos de ti y te recompensaremos por habernos salvado!

Siguió cabalgando y al rato le pareció como si oyera en la arena a sus pies una voz. Escuchó y oyó cómo el rey de las hormigas se lamentaba:

—Si los hombres permanecieran lejos de nosotros con sus torpes animales... Ahora va y el estúpido caballo pisotea con sus cascos a mi gente, sin compasión.

El se apartó a un camino lateral y el rey de las hormigas le gritó:

—¡Nos acordaremos de ti y te lo recompensaremos!

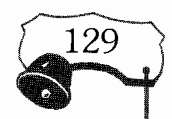
El camino le condujo a un bosque, y allí vio a una pareja de cuervos, marido y mujer, que estaban junto a su nido y arrojaban a sus crías fuera de él:

—¡Fuera de aquí, pícaros de la horca! —gritaban—. Nosotros ya no podemos alimentaros; ya sois lo suficientemente crecidos y podéis alimentaros por vosotros mismos.

Las pobres crías estaban en el suelo, aleteando y batiendo las alas mientras gritaban:

—Nosotros, crías indefensas, ¿cómo vamos a alimentarnos si no sabemos ni siquiera volar? Lo único que nos queda es morirnos de hambre aquí.

A esto, el bondadoso joven se apeó del caballo, lo mató con



su espada y se lo dejó como alimento a los cuervos. Estos llegaron dando saltos, se saciaron y gritaron:

—¡Nos acordaremos de ti y te lo recompensaremos!

Ahora tuvo que utilizar sus piernas y, cuando ya hubo andado mucho, llegó a una gran ciudad. Había mucho jaleo y muchísima gente en las calles, y llegó uno a caballo e hizo público que la hija del rey buscaba esposo, pero el que quisiera cortejarla tenía que llevar a cabo una difícil tarea, y si no conseguía que le saliera felizmente, pagaría con la vida. Muchos lo habían intentado anteriormente y habían puesto en vano su vida en juego. El joven, cuando vio a la hija del rey, se quedó tan prendado de su belleza que olvidó todo riesgo, se presentó ante el rey y la pretendió.

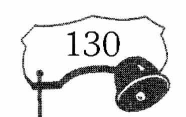
Rápidamente fue llevado al mar y ante sus ojos lanzaron un anillo de oro. Entonces el rey le exigió que sacara el anillo de la profundidad de los mares y añadió:

—Si vuelves a la superficie sin él, serás lanzado de nuevo hasta que perezcas bajo las olas.

Todos sintieron lástima del hermoso joven y le dejaron solo junto al mar. El estaba en la orilla y reflexionaba qué podía hacer. De pronto vio nadar a tres peces en su dirección, que no eran sino los tres a los que él les había salvado la vida. El del medio llevaba una concha en la boca, que depositó en la playa a los pies del joven, y cuando éste la levantó y la abrió, el anillo estaba en ella. Lleno de gozo se lo llevó al rey, esperando que le diera en recompensa lo prometido. La orgullosa hija del rey, sin embargo, cuando oyó que no era de su misma clase, le despreció y exigió que llevara a cabo una segunda tarea. Descendió al jardín y esparció ella misma diez sacos llenos de mijo por el césped.

—Tienen que estar recogidos para mañana, antes de que salga el sol.

El joven se sentó en el jardín, meditando cómo sería posible llevar a cabo esta tarea, pero no pudo encontrar solución, y estuvo allí esperando hasta la llegada del día para que lo condujeran a la muerte. Cuando los primeros rayos de sol iluminaron el jardín, vio los diez sacos llenos, uno al lado del otro, y no faltaba ni un grano. El rey de las hormigas había venido con sus miles y miles de hormigas, y los agradecidos animales habían recolectado el mijo con gran laboriosidad y lo habían metido en los sacos. La hija del rey bajó ella misma al jardín y contempló con enorme asombro que el joven había llevado a cabo la tarea que le había encomendado. Pero todavía no podía sojuzgar su orgulloso corazón, y dijo:

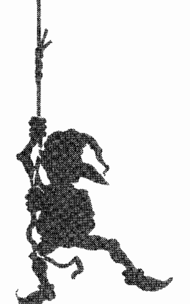


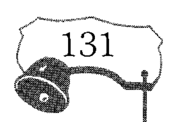
—Ha realizado las dos tareas, pero no será mi esposo mientras no me traiga una manzana del árbol de la vida.

El joven no sabía dónde estaba el árbol de la vida. Se puso en camino con intención de seguir andando mientras sus piernas lo resistiesen, pero no tenía la menor esperanza de encontrarlo. Después de haber peregrinado por tres reinos llegó por la noche a un bosque, se sentó debajo de un árbol y quiso dormir. Entonces oyó en las ramas un ruido y una manzana dorada cayó en su mano. Al mismo tiempo, tres cuervos descendieron hasta él, se posaron en su rodilla y dijeron:

—Nosotros somos las tres crías de cuervo que tú salvaste de morir de hambre. Cuando crecimos y oímos que buscabas la dorada manzana fuimos volando a través del mar hasta los confines de la tierra, allí donde está el árbol de la vida, y hemos cogido la manzana para ti.

Lleno de gozo emprendió el joven la vuelta y llevó la manzana dorada a la hermosa hija del rey, que ya no tuvo excusa alguna. Se dividieron la manzana de la vida y la comieron juntos. Entonces, el corazón de ella se tornó lleno de amor, y ambos alcanzaron la vejez viviendo felizmente sin contratiempos.





La brizna de paja, el carbón y el haba

En una aldea vivía una pobre mujer anciana que consiguió reunir unas pocas habas para comer y quiso prepararlas. Encendió, pues, fuego en su fogón, y para que ardiera con más rapidez lo hizo con un puñado de paja. Cuando echó en la ollita las habas se le cayó una sin que se diera cuenta, yendo a parar al suelo junto a una brizna de paja, y poco después saltó también un carbón encendido junto a las dos. Entonces comenzó a hablar la brizna de paja y dijo:

—Queridas amigas, ¿de dónde venís?

Respondió el carbón:

—Afortunadamente me he librado del fuego, y si no lo hubiera hecho por la fuerza, hubiese tenido una muerte segura, me hubiera convertido en ceniza.

El haba dijo:

—Yo también he salido bien parada, pues si me hubiese metido la anciana en la olla me hubiese cocido sin piedad hasta hacerme puré, como mis compañeras.

—No hubiera corrido yo mejor suerte —dijo la paja—; la anciana ha hecho convertirse a todas mis hermanas en fuego y humo. Ha cogido a sesenta de una vez y las ha matado. Afortunadamente me escurrí entre sus dedos.

—¿Qué podemos hacer ahora? —dijo el carbón.

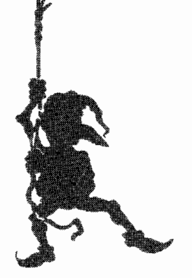
—Yo creo —dijo el haba— que, ya que hemos escapado felizmente de la muerte, debemos comportarnos como buenos camaradas y, para que aquí no nos pase otra desgracia, debemos partir juntos y trasladarnos a otro país.

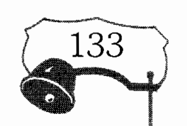
La sugerencia agradó a los otros dos y se pusieron juntos de camino. Poco después llegaron a un arroyuelo y, como no había puente ni sendero, no sabían cómo atravesarlo. La paja tuvo una buena idea, y dijo:

—Me voy a colocar atravesada y así podéis pasar sobre mí como si fuera un puente.

La brizna de paja se estiró de una a otra orilla y el carbón, que era de naturaleza fogosa, iba a pasitos cortos, alegremente, por el puente recién construido. Cuando llegó a la mitad y oyó el murmullo del agua, le entró miedo, se quedó quieto y no se atrevió a seguir adelante... Entonces la paja comenzó a arder, se partió en dos pedazos y se cayó al arroyo; el carbón resbaló, siseó al llegar al agua y entregó su espíritu. El haba, que precavidamente se ha-

bía quedado en la orilla, empezó a reírse de lo que había visto, no pudo parar de reír, y lo hizo con tantas fuerzas que estalló. También hubiera estado perdida si, por suerte, un sastre que andaba recorriendo mundo, no se hubiera sentado a descansar en el arroyo. Como era un hombre de buen natural, cogió aguja e hilo y la cosió. El haba le dio las más efusivas gracias, pero como él había utilizado hilo negro, desde entonces todas las habas tienen una costura negra.





El pescador y su mujer

Eranse una vez un pescador y su mujer que vivían juntos en un cuchitril junto al mar, y el pescador iba todos los días a pescar, echando la caña una y otra vez.

Un buen día estaba sentado junto a la casa y observaba fijamente el agua cristalina, permaneciendo así durante largo rato. De pronto, el anzuelo llegó hasta lo más profundo, y al sacarlo arrastró tras él a un enorme rodaballo. Entonces el rodaballo le dijo:

—Escúchame, pescador, te ruego que me dejes vivir; yo no soy un rodaballo, soy un príncipe encantado. ¿De qué te sirve matarme? Ni siquiera te saldría bien; échame de nuevo al agua y déjame nadar.

—Está bien —dijo el hombre—, no necesitas gastar tanta saliva. A un rodaballo que sabe hablar lo hubiera dejado yo de todas maneras nadar de nuevo.

Después de esto lo depositó en el agua cristalina; el pez se hundió dejando tras de sí un gran rastro de sangre.

A continuación se levantó y se fue junto a su mujer al cuchitril.

—Y bien, ¿no has pescado nada hoy? —dijo la mujer.

—No —dijo el hombre—. Cogí un rodaballo que dijo ser un príncipe encantado y lo eché al agua de nuevo.

—¿Y no le has formulado algún deseo? —preguntó la mujer.

—No —dijo el marido—. ¿Qué deseo tenía que formularle?

—¡Vaya! —dijo la mujer—. No es nada agradable tener que vivir siempre en un cuchitril; hubieras debido pedirle siquiera una casita. Ve otra vez allí y llámalo; dile que nos gustaría vivir en una casita, seguro que nos la concede.

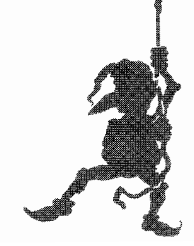
—¿Qué dices? —dijo el hombre—. ¿Crees que me serviría de algo ir otra vez allí?

—Claro —dijo la mujer—. ¿No lo has pescado acaso y luego lo has echado al agua? Seguro que nos lo concede. ¡Rápido, ponte en marcha!

El hombre no quería ir, pero tampoco quería contrariar a su mujer y se marchó.

Cuando llegó allí, el mar estaba de color verde y amarillo y no tan cristalino como antes. Se acercó y dijo:

—Rodaballo, rodaballo,
rodaballo de la mar,
mi mujer, la Ilsebill,
quiere hacer su voluntad.



Entonces llegó nadando el rodaballo y dijo:

—¿Qué es lo que quiere entonces?

—¡Ay! —dijo el hombre—. Como yo te he cogido, dice mi mujer que hubiera debido formularte un deseo. Ella no quiere seguir viviendo en un cuchitril, le gustaría tener una casa.

—Vuelve a casa —dijo el rodaballo—. Ya la tiene.

El hombre regresó a casa y su mujer ya no estaba en un cuchitril. Allí había una casita y su mujer se encontraba sentada ante la puerta en un banco. Entonces su mujer le tomó por la mano y le dijo:

—Entra y observa, esto está mucho mejor.

Entraron, y en la casa había un pequeño vestíbulo y un maravilloso salón, y una habitación donde para cada uno había una cama, y una cocina y una despensa; todo estaba muy limpio y provisto de los mejores utensilios, de cobre y de estaño. Había de todo lo que era necesario. Y detrás había también un pequeño patio con gallinas y patos, y un huertecillo con toda clase de verduras y fruta.

—Mira —dijo la mujer— lo bonito que es todo esto.

—Sí —dijo el hombre—, y así debe seguir siendo siempre; ahora podemos vivir bien contentos y felices.

—Eso ya nos lo pensaremos —dijo la mujer. Luego comieron algo y se fueron a la cama.

Así pasaron unos ocho o quince días hasta que la mujer dijo:

—Oye, marido, la casa es demasiado estrecha, y el patio y el jardín muy pequeños; el rodaballo bien nos hubiera podido regalar una casa mayor. A mí me gustaría vivir en un gran palacio de piedra. Ve a verlo y dile que nos lo regale.

—Mujer, ¿qué estás haciendo? —dijo el marido—. La casa está muy bien. ¿Para qué queremos vivir en un palacio?

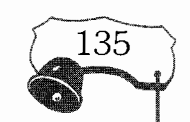
—¡Tonterías! —dijo la mujer—. Ve a pedírselo, el rodaballo nos lo concederá.

—De ninguna manera, mujer —dijo el pescador—, el rodaballo ya nos ha dado la casa. Yo no quiero volver a ir y darle la tabarra.

—¡Te he dicho que vayas! —dijo la mujer—. Tiene poder para ello y lo hará con gusto.

El hombre se sentía muy apurado y no quería; se decía a sí mismo: «Esto no está bien», pero al final fue.

Cuando llegó al mar, el agua estaba de color violeta y azul oscura en vez de verde y amarilla, y no tan clara, aunque seguía estando en calma. Se acercó y dijo:



—Rodaballo, rodaballo,
rodaballo de la mar,
mi mujer, la Ilsebill,
quiere hacer su voluntad.

—¿Qué es lo que quiere entonces? —preguntó el rodaballo.

—¡Oh! —dijo el hombre, un poco turbado—. Quiere vivir en un gran palacio de piedra.

—Vuelve a casa. Ella ya está ante la puerta —dijo el rodaballo.

El hombre regresó, pensando que iba a su casa, pero cuando llegó allí se encontró con un gran palacio de piedra, y su mujer estaba arriba en la escalera e iba a entrar; lo cogió entonces por la mano y dijo:

—Entra.

Y así entró él con ella, y en el palacio había un gran pasillo con pavimento de mármol y una gran cantidad de sirvientes que abrían enormes puertas, y las paredes estaban todas relucientes y con hermosos tapices. En las habitaciones, todas las sillas y mesas eran de oro, y colgando de los techos había arañas de cristal. En todas las habitaciones había alfombras, y sobre las mesas, tal cantidad de comida y de los mejores vinos, que parecía que se iban a romper de un momento a otro. Detrás de la casa había un enorme patio con establos para caballos y vacas y las carrozas más bellas que uno se puede imaginar. También tenía el palacio un grande y espléndido jardín con las flores más hermosas y los árboles frutales más refinados, y un bosquecillo, que podía tener la longitud de una legua, con ciervos, venados, liebres y todo lo que más se pueda desear.

—¿Qué? ¿No te parece fantástico?

—Desde luego —dijo el pescador—, y así debe seguir. Ahora viviremos en este hermoso palacio y vamos a ser muy felices.

—Eso ya nos lo pensaremos —dijo la mujer—. Ahora vámonos a dormir.

A la mañana siguiente se despertó ella primero, acababa de amanecer, y desde cada cama se podía contemplar un panorama hermosísimo. Cuando el marido todavía se estaba desperezando le propinó un codazo y dijo:

—¡Levántate y ven a echar un vistazo desde la ventana, marido! ¡Mira! ¿No crees que podríamos ser reyes de toda esta tierra? Vete a ver al rodaballo y dile que queremos ser reyes.

—Pero, ¿qué dices, mujer? —dijo el marido—. ¿Para qué queremos ser reyes? A mí no me gusta ser rey.

—Allá tú si no quieres ser rey —dijo la mujer—. Yo sí quiero serlo. Ve a ver al rodaballo y dile que quiero ser rey.

—¿Qué dices, mujer? —dijo el hombre—. ¿Por qué quieres ser rey? Yo no me atrevo a pedirle tal cosa.

—¿Por qué no? —dijo la mujer—. ¡Largo! Yo tengo que ser rey.

El hombre se fue, pero estaba todo consternado porque su mujer quisiera ser rey. «Esto no está bien», pensaba el hombre. Le costaba ir, pero al final lo hizo.

Cuando llegó al mar, el agua tenía color oscuro y estaba toda revuelta, oliendo además muy mal. Se acercó y dijo:

—Rodaballo, rodaballo,
rodaballo de la mar,
mi mujer, la Ilsebill,
quiere hacer su voluntad.

—¿Qué es lo que quiere entonces?

—¡Figúrate! —dijo el hombre—. Quiere ser rey.

—Vuelve a casa, ya lo es —dijo el rodaballo.

El hombre regresó y cuando llegó a palacio éste se había hecho mucho más grande, con una magnífica torre llena de hermosos adornos y había una gran cantidad de soldados con timbales y trompetas. Cuando llegó a la casa, todo era de puro mármol con oro y tapices de terciopelo y grandes cofres dorados. Entonces se abrieron las puertas de la sala, donde estaba reunida toda la corte, y su mujer estaba sentada en un gran trono de oro y diamantes, y tenía puesta una gran corona de oro y el cetro que llevaba en la mano era también de oro y piedras preciosas, y a sus dos lados había seis doncellas en fila ordenadas de mayor a menor. Entonces acercándose dijo:

—Bien, mujer, ya eres rey.

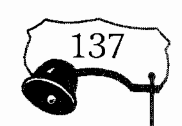
—Sí —dijo la mujer—. Ya soy rey.

Luego se levantó y la contempló y, después de haberla contemplado durante un rato, dijo:

—¡Ay, mujer, qué estupendo que seas rey! Ahora ya no tenemos que desear nada más.

—No, marido —dijo la mujer, y estaba muy excitada—. Me he aburrido mucho y ya no lo puedo aguantar más. Ve a ver al rodaballo y dile que ahora tengo que ser emperador.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —dijo el hombre—. Emperador no te puede hacer, y yo no quiero decirle eso. Emperador no hay más que uno en el imperio, y el rodaballo no te puede hacer emperador, ¡eso no puede hacerlo él de ninguna manera!



—¿Qué? —dijo la mujer—. Yo soy rey y tú nada más que mi marido, así que vete rápidamente. Ve allí: si él puede hacer reyes, también tiene que poder hacer emperadores, y yo quiero ser emperador. ¡Vuela!

A esto no le quedó otra salida que marcharse; pero mientras estaba en camino, sintió miedo, pensando al mismo tiempo: «Esto no está bien de ninguna manera, pero que nada bien. ¡Qué descaro! ¡Querer ser emperador! El rodaballo va a terminar hartándose.»

Con todas estas meditaciones llegó al mar. Ahora el mar estaba negro y sombrío, y tan embravecido que estaba lleno de espuma, y el viento soplaba con tal fuerza que lo agitaba tremendamente. El pescador se vio presa de gran terror. Se acercó y dijo:

—Rodaballo, rodaballo,
rodaballo de la mar,
mi mujer, la Ilsebill,
quiere hacer su voluntad.

—¿Qué es lo que quiere entonces? —preguntó el rodaballo.

—¡Oh, rodaballo! —dijo él—. Mi mujer quiere convertirse en emperador.

—Vuelve a casa —dijo el rodaballo—, que ya es los.

El hombre se puso en camino de regreso y, cuando llegó, el palacio era de mármol pulido con estatuas de alabastro y ornamentos de oro. Ante la puerta desfilaban los soldados y tocaban las trompetas, los tambores y los timbales. Y dentro de la casa los barones, condes y duques no eran más que simples sirvientes, y le abrían las puertas, que eran de oro puro. Cuando entró estaba su mujer sentada en un trono que era de una pieza de oro y que tenía por lo menos seis varas de altura, y ella llevaba una enorme corona de oro, totalmente cubierta de brillantes y rubíes; en una mano tenía un cetro y en la otra el globo imperial. Y a ambos lados estaban los pajes en dos filas, ordenados de mayor a menor, desde el más grande gigante, que era tan alto como un castillo, hasta el más pequeño enanito que era como mi dedo meñique. Ante ella estaban muchos duques y príncipes. El hombre se acercó tímidamente y dijo:

—Mujer, ¿has conseguido ser ya emperador?

—Sí —dijo ella—, por fin soy emperador.

El se aproximó un poco más y la observó detenidamente, y después de haberla contemplado durante un rato, dijo él:

—¡Mujer, qué maravilla que seas emperador!

—Y bien, ¿qué haces ahí de brazos cruzados? Sí, soy emperador, pero ahora quiero ser Papa. ¡Vete a ver al rodaballo!

—Pero, mujer —dijo el marido—. ¡Se te ocurre cada cosa! Tú no puedes ser Papa. Papa solamente hay uno en toda la Cristiandad, eso no te lo puede conceder.

—Marido —dijo ella—, te digo que quiero ser Papa, así que ve rápido. Tengo que ser hoy Papa sin falta.

—No, mujer —dijo el marido—. Eso no lo haré de ninguna manera, eso no está bien, es una barbaridad, el rodaballo no te puede convertir en Papa.

—Marido, ¡vaya estupidez estás diciendo! Si él pudo hacerme emperador, puede hacerme Papa. Apresúrate, yo soy el emperador y tú solamente mi marido: ¿quieres obedecer y marcharte ya?

A él le entró entonces miedo y se marchó, pero no se sentía nada bien, temblaba y temblaba y le flaqueaban las rodillas y las piernas. Por el campo soplaba fuerte el viento y se veían nubes, y hacia poniente estaba todo muy sombrío. Las hojas caían de los árboles y el agua del mar embravecida rugía chapaleteando hasta la orilla. En la lejanía se podía contemplar a los barcos, que con disparos de cañón pedían auxilio, y se los veía bailar y saltar en el agua de forma peligrosa. El cielo todavía estaba azulado por el centro, pero por los lados se iba acercando una enorme tormenta. El se acercó a la orilla muerto de miedo y dijo:

—Rodaballo, rodaballo,
rodaballo de la mar,
mi mujer, la Ilsebill,
quiere hacer su voluntad.

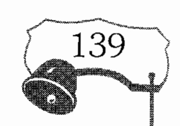
—¿Qué es lo que quiere entonces? —preguntó el rodaballo.

—¡Oh! —dijo el hombre—. Quiere ser Papa.

—Vuelve a casa, que ya lo es.

El regreso y, cuando llegó allí, había una gran iglesia rodeada de palacios. Pasó por entre la muchedumbre abriéndose camino. Dentro todo estaba iluminado con millares de luces, y su mujer estaba vestida toda de oro, sentada en un trono todavía mayor, y tenía puestas tres grandes coronas de oro. Y alrededor de ella había una gran multitud de clérigos. A ambos lados había dos hileras de luces, desde la mayor, tan alta como una torre, hasta la más pequeña lamparilla de iglesia. Y todos los reyes y emperadores estaban postrados a sus pies y le besaban las sandalias.

—Mujer —dijo el hombre, y la contempló de la cabeza a los pies—. Ya eres Papa.



—Sí —dijo ella—. Ya soy Papa.

El se acercó y la contempló todavía con más detenimiento y le pareció como si estuviera bajo la luz del sol. Después de que la hubo contemplado durante un rato dijo:

—¡Ay mujer, qué bien que seas Papa!

Ella, sin embargo, estaba sentada tiesa como un palo y no se movía absolutamente nada. A esto dijo él:

—¡Qué bien debes sentirte ahora, que ya eres Papa!

—Lo pensaré —dijo ella.

Después de esto ambos se fueron a la cama, pero ella no se sentía feliz y la ambición no la dejaba dormirse; seguía pensando qué más podía llegar a ser. El hombre durmió muy bien, había caminado mucho durante todo el día. Ella, sin embargo, no se podía dormir y se pasó la noche dando vueltas, pensando qué más podía ser, sin encontrar nada mejor. Entretanto el sol estaba ya a punto de salir y, cuando vio aparecer la aurora, se enderezó en la cama y miró por la ventana; al ver aproximarse el sol, pensó: «Bien, bien, ¿no sería posible que yo hiciera salir el sol y la luna?»

—Marido —dijo ella, y le dio un codazo en las costillas—. Despierta, ve a ver al rodaballo y dile que quiero ser como Dios.

El hombre estaba todavía medio dormido, pero se asustó tanto que se cayó de la cama; creyó que había oído mal y frotándose los ojos, preguntó:

—Mujer, ¿qué has dicho?

—Marido —dijo ella—, si no puedo mandar al sol y a la luna que salgan y tengo que contemplar pasivamente cómo lo hacen, no podré resistirlo y no tendré ninguna hora de paz hasta que no pueda ordenarles que lo hagan.

Y al decir esto miró a su marido de tal manera que a él le entraron escalofríos.

—¡Muévete, vamos! Quiero ser como Dios.

—¡Ay, mujer! —dijo el marido, y se puso de rodillas ante ella—. Esto es imposible para el rodaballo. Te ha podido hacer emperador y Papa. Te ruego que recapacites y sigas siendo Papa.

Entonces ella se vio presa de una enorme ira, los cabellos le flotaban alrededor de la cabeza como si estuviera loca, se rompió el corpiño y le dio una fuerte patada gritando:

—¡No lo puedo aguantar y no lo aguantaré más tiempo! ¿Quieres ir ya de una vez?

El hombre se puso los pantalones y salió corriendo como un poseso. Afuera la tormenta era tan fuerte y bramaba de tal manera que él casi no podía tenerse en pie. Los árboles y las casas se

derrumbaban y los montes temblaban, las rocas rodaban hasta la mar, y el cielo estaba negro como boca del lobo; tronaba y los relámpagos restallaban; las olas del mar, negras, alcanzaban la altura de las torres de la iglesia y todas se veían coronadas de espuma blanca. El gritó sin poder oír ni su propia voz:

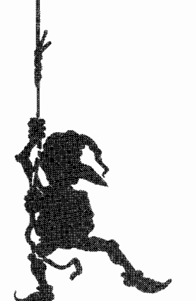
—Rodaballo, rodaballo,
rodaballo de la mar,
mi mujer, la Ilsebill,
quiere hacer su voluntad.

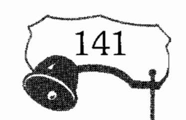
—¿Qué es lo que quiere entonces? —dijo el rodaballo.

—¡Oh! —dijo el pescador—. Quiere ser como Dios.

—Regresa, está sentada en su antiguo cuchitril.

Y allí siguen los dos hasta hoy.





El sastrecillo valiente

Una mañana de verano estaba sentado un sastrecillo en su casa junto a la ventana; estaba contento y cosía con todas sus fuerzas. En aquel momento bajaba por la calle una campesina que gritaba: «¡Rica mermelada a la venta, rica mermelada a la venta!». Esto le pareció apetitoso, sacó su juvenil cabeza por la ventana y dijo:

—¡Aquí arriba, señora, aquí venderá su mercancía!

La mujer subió las tres escaleras con la pesada cesta hasta la casa del sastre, y tuvo que descargar todos los tarros ante él. El los examinó todos, los levantó, puso la nariz en ellos olfateándolos y finalmente dijo:

—La mermelada me parece buena, péseme cuatro medias onzas*; aunque sea un cuarto de kilo, no me importará.

La mujer, que se había hecho ilusiones de hacer una buena venta, le dio lo que le había pedido, pero se marchó malhumorada y gruñendo.

—¡Que la mermelada me aproveche —exclamó el sastrecillo—, y me dé fuerzas y me tonifique!

Y cogió pan del armario, se cortó un gran pedazo y untó la mermelada.

—Esto no debe saber mal —dijo—, pero primero quiero terminar el peto antes de comer.

Puso el pan a su lado, siguió cosiendo, y de alegría daba cada vez puntadas mayores. Entre tanto el olor de la dulce confitura iba subiendo por la pared, donde había gran cantidad de moscas que se sintieron atraídas y se precipitaron en tropel.

—¡Huy! ¿Pero quién os ha invitado? —dijo el sastrecillo, y espantó a los molestos huéspedes.

Las moscas, sin embargo, que no entendían su idioma, no se dejaban espantar, sino que afluían cada vez en mayor número. Entonces al sastrecillo, como suele decirse, se le revolvieron las bilis y en su malhumor buscó un trapo.

—¡Esperad, que os voy a dar vuestro merecido! —y las golpeó despiadadamente. Cuando se retiró y contó, vio caídas ante él no menos de siete, que ya estiraban la pata.

—¡Vaya fenómeno que eres! —y no pudo por menos de admirarse de su valentía—. Esto tiene que saberlo toda la ciudad.

Y a toda prisa se cortó el sastrecillo un cinturón, lo cosió y lo bordó con grandes letras: «Siete de un golpe».



«¿Qué digo la ciudad?», se dijo, y el corazón se le agitaba de alegría como si fuera un corderillo moviendo el rabo. El sastrecillo se ciñó el cinturón al cuerpo y quiso salir al mundo, porque pensaba que el taller era demasiado pequeño para su valentía. Antes de partir buscó por la casa si no había algo que pudiera llevarse consigo; no encontró más que un queso rancio, y lo cogió. Ante las puertas de la ciudad reparó en un pájaro que se había quedado preso en los rastrojos, y que fue a parar al bolsillo junto con el queso. Entonces emprendió camino andando alegremente y, como era ligero y ágil, no notó cansancio alguno. El camino le llevó a un monte y, cuando alcanzó la cumbre más alta, se encontró con un gigante colosal que contemplaba su alrededor de forma apacible. El sastrecillo se dirigió resuelto hacia él y le dijo:

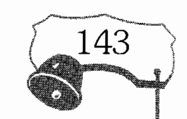
—Buenos días, compañero, estás sentado ahí y contemplas el amplio mundo. Yo me hallo en camino de él y voy a probar fortuna. ¿Tienes ganas de venir conmigo?

El gigante miró al sastrecillo de forma despectiva y dijo:

—¡Bribón, estúpido muchacho!

—Eso está por ver —se desabrochó la chaqueta y le enseñó al gigante el cinturón—: Aquí puedes leer qué clase de hombre soy.

El gigante leyó «siete de un golpe» y, pensando que eran hombres los que había matado el sastrecillo, sintió un poco de respeto



por el muchachito. Pero primeramente quería ponerlo a prueba, cogió una piedra en la mano y la deshizo de tal manera que goteó agua de ella.

—Imítame —dijo el gigante—, si es que tienes fuerza.

—¿Nada más que eso? —dijo el sastrecillo.

Sacó el blando queso y lo apretó de tal modo que soltó jugo.

—Bien —dijo—. ¿Esto ha sido mejor, no?

El gigante no supo qué decir, y no lo podía creer del hombrecillo. A continuación cogió el gigante una piedra y la lanzó a tal altura que casi no se la podía distinguir con los ojos.

—Ahora te toca a ti, requeteenano, imítame.

—¡Bien lanzada! —dijo el sastrecillo—. Pero la piedra ha tenido que caer indudablemente de nuevo al suelo; voy a lanzarte una que no volverás a ver. Y metió la mano en el bolsillo, cogió al pájaro y lo lanzó a los aires. El pájaro, feliz de verse libre, se marchó volando y no regresó.

—¿Qué te ha parecido esa jugada, compañero? —dijo el sastre.

—Lanzar lo sabes hacer bien —dijo el gigante, pero vamos a ver si eres capaz de cargar con algo decente.

Llevó al sastrecillo ante una encina enorme que estaba talada en el suelo y dijo:

—Si eres lo suficientemente fuerte, ayúdame a sacar el árbol del bosque.

—Con gusto —dijo el sastrecillo—, coge tú el tronco en la espalda y yo levantaré el ramaje, pues cargar con él es, sin duda, lo más pesado.

El gigante cargó el tronco a sus espaldas, pero el sastre se sentó en una rama y el gigante, que no podía volverse, tuvo que llevar todo el árbol y para colmo al sastrecillo. El iba detrás feliz y bienhumorado, silbando la cancioncilla: «Cabalgaban tres sastres por el portón hacia fuera», como si fuera un juego de niños cargar con el árbol. El gigante, después de haber llevado durante algún tiempo la pesada carga, no pudo seguir y dijo:

—Escucha: tengo que dejar caer el árbol.

El sastre saltó ágilmente, cogió el árbol con ambos brazos como si lo hubiera estado llevando y le dijo al gigante:

—Tú, que eres un mozo tan fuerte, ¿ni siquiera puedes llevar el árbol?

Siguieron andando los dos juntos y cuando pasaron al lado de un cerezo cogió el gigante la copa del árbol, donde están los frutos más tempranos, la dobló, se la puso al sastre en la mano y le

mandó comer. El sastrecillo, sin embargo, era demasiado débil para sostener el árbol y, cuando el gigante soltó, el árbol volvió hacia arriba y el sastrecillo fue lanzado por los aires. Cuando cayó de nuevo sin sufrir daño, dijo el gigante:

—¿Qué pasa? ¿No tienes fuerzas para sujetar esta débil vara?

—Fuerza no me falta —dijo el sastrecillo—. ¿Tú crees que esto significa algo para uno que ha alcanzado a siete de un golpe? Si he saltado por encima del árbol es porque los cazadores están disparando allí abajo en los matorrales. Imítame, si es que puedes.

El gigante lo intentó, pero no pudo pasar por encima del árbol, sino que se quedó colgado en las ramas, de tal manera que el sastrecillo obtuvo también en esto ventaja.

El gigante dijo:

—Si tú eres un muchacho tan valiente, ven conmigo a nuestra guarida y pasa la noche con nosotros.

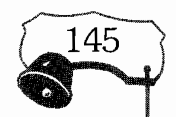
El sastrecillo estaba dispuesto y le siguió. Cuando llegó a la guarida, allí estaban sentados otros gigantes al fuego, y cada uno tenía en la mano una oveja y comía de ella.

El sastrecillo miró a su alrededor y pensó: «Esto es más espacioso que mi taller.» El gigante le señaló una cama y le dijo que se tumbara a dormir. Sin embargo, la cama era demasiado grande para el sastrecillo, y no se metió en ella, sino que se arrastró hasta una esquina. Cuando llegó la media noche, el gigante pensó que el sastrecillo dormía profundamente, se levantó, cogió una gran barra de hierro y partió la cama de un golpe, creyendo que así le había dado su merecido al mocoso. Muy de mañana se fueron al bosque los gigantes y se olvidaron del sastrecillo. De pronto, apareció éste muy contento y resuelto. Los gigantes se asustaron, sintieron miedo de que los eliminara a todos de un golpe y huyeron a toda velocidad.

El sastrecillo prosiguió su camino tras la pista que le indicaba su olfato. Después de haber andado mucho, llegó al patio de un palacio real, y dado su cansancio se tumbó en la hierba y se durmió. Mientras estaba allí echado, llegó gente y lo observó por todas partes, leyendo en el cinturón «siete de un golpe».

—¡Huy! —dijeron—. ¿Qué hace aquí este gran héroe guerrero, en plena paz? Debe ser un poderoso señor.

Se fueron y se lo comunicaron al rey, pensando que si estallaba la guerra, sería éste un hombre importante y útil, que a ningún precio debería dejarse que partiera. Al rey le gustó el consejo y envió a uno de sus cortesanos a ver al sastrecillo, para ofrecerle,





cuando despertara, que fuera soldado. El enviado permaneció al lado del que dormía y esperó hasta que se desperezó y abrió los ojos, y entonces le hizo su oferta.

—Precisamente para eso he venido aquí —dijo—, estoy dispuesto a entrar al servicio del rey.

Inmediatamente fue recibido con todos los honores y se le concedió una vivienda especial.

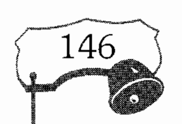
Los guerreros, sin embargo, estaban muertos de miedo ante el sastrecillo y querían que estuviera a mil millas de distancia.

—¿Qué pasará? —se decían entre ellos—. Cuando disputemos con él y él empiece a dar palos, a cada golpe caerán siete. Esto no lo podremos soportar.

Tomaron, por tanto, una decisión, se fueron todos juntos a ver al rey y pidieron que los licenciara.

—No estamos hechos —dijeron— para soportar a un hombre que mata a siete de un golpe.

El rey se puso triste de que, por culpa de uno, tuviera que perder a todos sus fieles servidores, y deseaba no haberlo visto nunca con sus ojos y le hubiera gustado librarse de él. Pero no se atrevía a despedirlo, porque temía que quisiese matarlo a él en



compañía de todo su pueblo y sentarse en su trono real. Reflexionó durante mucho tiempo y finalmente tuvo una idea. Mandó a ver al sastrecillo e hizo que le dijeran que ya que era un gran héroe, deseaba hacerle una proposición: En un bosque de su reino habitaban dos gigantes, que entrando siempre a sangre y fuego, con robos y asesinatos, causaban grandes daños; nadie podía acercarse a ellos sin poner su vida en peligro. Si vencía y mataba a los gigantes, le daría a su hija por esposa y como regalo de bodas la mitad de su reino; deberían acompañarle cien caballeros para ayudarle.

«Esto es algo para un hombre como tú —pensó el sastrecillo—. No todos los días le ofrecen a uno una bella princesa y la mitad de un reino.»

—Está bien —dijo como respuesta—. Ya domaré yo a los gigantes y para eso no necesito a los cien caballeros. El que elimina a siete de un golpe, no tiene por qué asustarse de dos.

El sastrecillo partió y los cien caballeros le siguieron. Cuando llegaron al lindero del bosque, les dijo a sus compañeros:

—Permaneced aquí, que yo acabaré con los gigantes.

Después de esto se adentró en el bosque y miró a derecha e izquierda. Pasado un rato divisó a los dos gigantes; estaban tendidos bajo un árbol, dormían roncando de tal manera que las ramas se movían de arriba abajo. El sastrecillo, nada perezoso, se llenó los bolsillos de piedras y se subió con ellas al árbol. Cuando había llegado a la mitad, se deslizó por una rama hasta situarse encima de los gigantes, y dejó caer piedra tras piedra encima del pecho de uno de los gigantes. El gigante no notó nada durante largo tiempo hasta que, por fin, se despertó, empujó a su compañero y dijo:

—¿Por qué me pegas?

—Tú sueñas —dijo el otro—, yo no te pego.

Se tumbaron de nuevo para dormir, y entonces el sastre arrojó sobre el segundo una piedra.

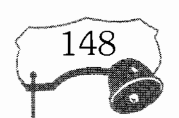
—¿Qué significa esto? —gritó el otro—. ¿Por qué me pegas?

—Yo no te pego —contestó el otro gruñendo; se pelearon durante un rato, pero, como estaban cansados, lo dejaron estar y los ojos se les cerraron de nuevo.

El sastrecillo empezó otra vez con su juego, buscó la piedra más grande y se la lanzó al primer gigante con toda su fuerza en el pecho.

—¡Esto ya es demasiado! —se levantó como un loco y lanzó a su compañero contra un árbol con tal fuerza que éste tembló.


147



El otro le respondió con la misma moneda y ambos terminaron poniéndose tan furiosos, que arrancaron árboles y se pegaron con tal fuerza hasta quedar tendidos muertos en el suelo. Entonces saltó el sastrecillo.

—Una verdadera suerte —dijo— que el árbol en el que yo estaba no lo hayan arrancado; si no, hubiera tenido que brincar como una ardilla a otro, pues nosotros somos muy rápidos.

Sacó su espada y les propinó a cada uno varios buenos golpes en el pecho. Luego se dirigió hacia el lugar donde estaban los caballeros y dijo:

—El trabajo está hecho, ya les he dado a ambos el pasaporte, aunque no ha sido fácil; en los momentos apurados han arrancado árboles y se han defendido bien, pero no les ha servido de nada, en cuanto ha llegado uno como yo que mata a siete de un golpe.

—¿Pero no estáis herido? —preguntaron los caballeros.

—Ha resultado bien —contestó—. No me han tocado ni un pelo.

Los caballeros no querían dar crédito a lo que decía y se adentraron cabalgando en el bosque; encontraron allí a los gigantes flotando en su sangre y alrededor de ellos estaban los árboles arrancados. El sastrecillo exigió al rey la recompensa prometida; sin embargo, éste se arrepintió de su promesa y se puso a pensar de nuevo en cómo podía verse libre de él.

—Antes de que tengas a mi hija y la mitad del reino —dijo—, tienes que llevar a cabo todavía otra proeza: en el bosque hay un unicornio que causa grandes estragos; primero tienes que apresarlo.

—A un unicornio le tengo yo todavía menos miedo que a dos gigantes. ¡Siete de un golpe, ésa es mi especialidad!

Cogió una cuerda y un hacha, se fue al bosque y otra vez hizo esperar fuera a los que estaban a sus órdenes. No tuvo que dar demasiadas vueltas: el unicornio apareció por allí y se dirigió directamente hacia el sastre, como si quisiera cogerlo sin ningún tipo de ceremonias.

—¡Tranquilo, tranquilo! —dijo—. No tan rápido —añadió, saltando ágilmente detrás de un árbol!

El unicornio se dirigió corriendo hacia el árbol con todas sus fuerzas y se clavó el cuerno en el tronco tan profundamente que no le fue posible sacarlo.

—Ahora ya tengo al pajarito —dijo el sastre, salió de detrás del árbol, le ató la cuerda alrededor del cuello, luego cortó con el



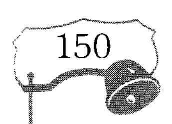
hacha el cuerno del árbol y, cuando todo estuvo en orden, condujo al animal llevándoselo al rey.

Pero el rey no quiso darle la recompensa prometida y le exigió una tercera cosa: antes de la boda el sastre debería cazar un jabalí que causaba grandes estragos en el bosque. Los cazadores le ayudarían.

—¡Encantado! —dijo el sastre—. Eso es coser y cantar.

No llevó consigo a los cazadores al bosque, cosa que agradecieron mucho, pues el jabalí los había recibido ya varias veces de tal manera que ellos no tenían ganas de perseguirlo. Cuando el animal divisó al sastre, corrió hacia él con el hocico espumeante y los colmillos aguzados, y quiso lanzarlo a la tierra; el héroe, ágil, entró en una capilla que había en las cercanías, y luego otra vez, rápidamente saltó desde la ventana hacia fuera. El cerdo corrió tras él, pero éste dio la vuelta por fuera y le cerró la puerta; entonces quedó preso el furioso animal, que era demasiado pesado e inútil para poder salir saltando por la ventana.

El sastre hizo venir a los cazadores, para que vieran al prisionero con sus propios ojos. El héroe se trasladó a ver al rey, que, ahora, quisiera o no, tuvo que cumplir su promesa, y le entregó a su hija y medio reino. Si hubiera sabido que lo que estaba delante





de él no era ningún héroe, sino un simple sastrecillo, le hubiera costado todavía mucho más. La boda se celebró con gran lujo, pero poca alegría, e hizo del sastre un rey.

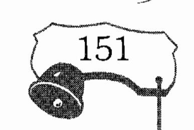
Después de algún tiempo, oyó la joven reina en la noche cómo soñaba su marido: «¡Joven, hazme el peto y cóseme los pantalones, o te cruzo la cara!» Entonces ella comprendió en qué clase de barrio se había criado el joven, lamentándose a la mañana siguiente a su padre de su pena y pidiéndole que la ayudara a librarse del hombre que no era más que un simple sastre. El rey la consoló y dijo:

—Deja abierto, la próxima noche, tu dormitorio; mis sirvientes esperarán fuera y, cuando se haya dormido, entrarán, le atarán y le conducirán a un barco que lo lleve por el ancho mundo.

La mujer se tranquilizó con esto, pero el armero del rey, que había escuchado todo, sentía afecto por él, y le descubrió toda la conspiración.

—Ya impediré yo todo esto.

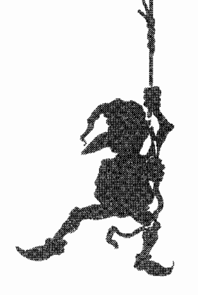
Por la noche, y a la hora acostumbrada, se acostó con su mujer, y cuando ella creyó que se había dormido, se levantó, abrió la puerta y se acostó de nuevo. El sastrecillo, que fingía dormir comenzó a gritar en voz alta:



—¡Joven, hazme el peto y cóseme los pantalones, o te cruzo la cara! ¡Yo, que he alcanzado a siete de un golpe, he matado a dos gigantes, reducido a un unicornio y apresado a un jabalí, no me voy a asustar ahora de los que están fuera, ante la habitación!

Cuando éstos oyeron hablar así al sastre, se pusieron a temblar de miedo y huyeron de allí como si los persiguieran todos los diablos, y ninguno se atrevió a enfrentarse con él nunca más. Gracias a esto permaneció el sastrecillo siendo rey toda su vida.





La Cenicienta

A un hombre rico se le puso enferma su mujer y, cuando ésta sintió que se acercaba su fin, llamó a su única hija y le dijo:

—Querida hijita, sé buena y piadosa; así te ayudará siempre Dios y yo desde el cielo te cuidaré y estaré contigo.

Después de decir esto, cerró los ojos y falleció. La muchacha iba todos los días a visitar la tumba de su madre y lloraba, permaneciendo buena y piadosa. Cuando llegó el invierno, la nieve cubrió con su blanco manto la tumba y, cuando el sol en la primavera la había derretido, el hombre tomó otra esposa.

La mujer trajo a la casa dos hijas, que eran hermosas y blancas de cutis, pero repugnantes y negras de corazón. Entonces comenzaron malos tiempos para la pobre hijastra.

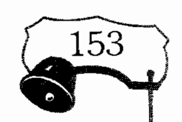
—¿Tiene que estar esta necia con nosotras en la habitación? —decían—. Quien quiera comer pan, que lo gane. ¡Fuera con la moza de cocina!

Le quitaron sus hermosos vestidos, le pusieron un delantal gris y le dieron unos zuecos:

—Mirad a la hermosa princesa, ¡qué bien arreglada está! —gritaban ellas, riéndose y llevándola a la cocina.

Entonces tuvo que trabajar duramente de la mañana a la noche, levantarse temprano, acarrear agua, encender el fuego,





guisar y lavar. Además de esto las hermanas le hacían todo el mal posible, se burlaban de ella y le tiraban los guisantes y las lentejas a la ceniza, de tal manera que ella tenía que sentarse y limpiarlas en medio de los fogones. Por la noche, cuando ya estaba cansada de tanto trabajar, no se acostaba en cama alguna, sino que tenía que tumbarse al lado de la cocina sobre la ceniza. Y como siempre estaba llena de polvo y sucia, la llamaban Cenicienta.

Sucedió que el padre quiso un día ir a la feria y preguntó entonces a las hijastras qué querían que les trajera.

—Vestidos hermosos —dijo una.

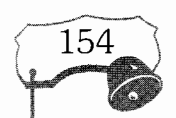
—Perlas y piedras preciosas —dijo la segunda.

—¿Y tú, Cenicienta? —dijo él—. ¿Qué quieres?

—Padre, el primer tallito que choque con vuestro sombrero, ése cortadlo para mí.

El compró, pues, para las dos hermanas, hermosos vestidos, perlas y piedras preciosas, y en el camino de regreso, cuando iba cabalgando por un matorral verde, le rozó un tallo de avellano y le hizo caer el sombrero. Cortó el tallo y se lo llevó consigo. Cuando llegó a casa entregó a las hijastras lo que le habían pedido y a Cenicienta el tallo del arbusto de avellano. Cenicienta le dio las gracias, se fue a la tumba de su madre y plantó en ella el tallo y derramó tantas lágrimas que el llanto cayó encima y lo regó. Creció y entonces se convirtió en un hermoso árbol. Cenicienta iba allí tres veces al día, lloraba y rezaba, y cada vez venía





un pajarillo blanco al árbol, y cuando ella formulaba un deseo, el pajarillo le daba lo que había deseado.

Aconteció que el rey organizó una fiesta, que debía durar tres días y a la que estaban invitadas todas las doncellas del país para que su hijo pudiera buscar novia entre ellas. Las dos hijastras, cuando supieron que también tenían que estar presentes, se pusieron muy contentas, llamaron a Cenicienta y exclamaron:

—¡Péinanos el cabello, cepíllanos los zapatos y abróchanoslos! ¡Vamos a la boda al palacio del rey!

La Cenicienta obedeció, pero lloraba, ya que le hubiera gustado acompañarlas, y pidió a la madrastra que le permitiese ir.

—¿Tú, Cenicienta? —dijo ella—. Estás llena de polvo y ceniza, ¿y quieres ir a la boda? No tienes ni ropa ni zapatos, ¿y quieres bailar?

Pero como ella insistió en su petición, dijo finalmente:

—Te he echado una fuente de lentejas en la ceniza. Si en dos horas has seleccionado las lentejas, podrás ir.

La muchacha fue por la puerta de atrás al jardín y gritó:

—¡Vosotras, mansas palomitas, vosotras, las tortolitas, todos los pajarillos del cielo, venid y ayudadme:

«las buenas en el pucherito,
las malas en el buchito».

A esto entraron por la ventana de la cocina dos palomitas blancas, y después de ellas las tortolitas, y finalmente aleteaban y revoloteaban todos los pajarillos del cielo por la cocina y se posaron alrededor de la ceniza. Las palomas movían la cabeza y comenzaron a picotear, *pic, pic, pic,* y también comenzaron los restantes a picotear, *pic, pic, pic,* y dejaron todos los granos buenos en la fuente. A continuación la muchacha le llevó la fuente a la madrastra, toda contenta, creyendo que podría ir a la boda. Pero ella dijo así:

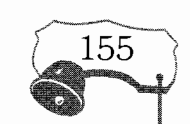
—No, Cenicienta, no tienes ropa y no sabes bailar, solamente se reirán de ti.

Al comenzar a llorar ella, dijo:

—Si me recoges dos fuentes llenas de lentejas de la ceniza en una hora y las seleccionas, puedes acompañarnos —y pensaba: «Eso no podrás hacerlo nunca.»

Después de echar las dos fuentes de lentejas en la ceniza, salió la muchacha al jardín por la puerta de atrás y gritó:

—¡Vosotras, mansas palomitas, vosotras, las tortolitas, todos los pajarillos del cielo, venid y ayudadme:



«las buenas en el pucherito,
las malas en el buchito».

A esto entraron por la ventana de la cocina dos palomitas blancas, y después de ellas las tortolitas, y finalmente aleteaban y revoloteaban todos los pajarillos del cielo por la cocina y se posaron alrededor de la ceniza. Las palomas movían la cabeza y comenzaron a picotear, *pic, pic, pic,* y también comenzaron los restantes a picotear, *pic, pic, pic,* y dejaron los granos buenos en las fuentes. Y antes de que hubiera pasado media hora habían terminado y habían salido volando.



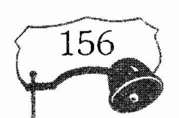
A continuación, la muchacha llevó las dos fuentes a la madrastra, toda contenta, creyendo que podría ir a la boda, pero ella dijo:

—No te servirá de nada; tú no vas, pues no tienes vestidos, no sabes bailar, y nos avergonzaríamos de ti.

Después le dio la espalda y se marchó con sus dos orgullosas hijas.

Cuando ya no había nadie en la casa, Cenicienta fue a la tumba de su madre bajo el avellano y dijo:

—¡Arbolito, muévete y sacúdete
y lanza plata y oro sobre mí!



A esto el pájaro le lanzó un traje de oro y plata y unos zapatos bordados en seda y plata. A toda prisa se vistió y se fue a la boda. Sus hermanas y su madrastra no la conocieron y pensaron que sería una princesa extranjera, de lo hermosa que estaba con su traje dorado. En Cenicienta no pensaron para nada, creyendo que estaría sentada en casa entre la suciedad, buscando las lentejas en la ceniza. El hijo del rey se aproximó a ella, la cogió de la mano y bailó con ella.

No quiso bailar con nadie más, y cuando alguien venía a sacarla para bailar, decía él:

—Esta es mi pareja.

Bailaron hasta entrada la noche, y entonces ella quiso irse a casa. El hijo del rey dijo:

—Yo voy contigo y te acompaño —pues quería ver de quién era hija la hermosa muchacha.

Pero ella se le escapó y se metió en el palomar. El hijo del rey esperó hasta que llegó el padre y le dijo que la muchacha forastera se había metido en el palomar.

El viejo pensó: «¿Será acaso Cenicienta?», y le tuvieron que traer un hacha y un pico, con los que pudo partir en dos el palomar, pero allí no había nadie. Y cuando llegaron a la casa, Cenicienta yacía con sus sucios vestidos en la ceniza, y una lamparilla de aceite turbio ardía en la chimenea, pues Cenicienta había saltado velozmente por detrás del palomar y había corrido al avellano, se había quitado allí los hermosos trajes y los había colocado en la tumba. El pájaro se los había llevado de nuevo, y Cenicienta se había echado con su delantal gris en la cocina al lado de la ceniza.

Al día siguiente, cuando la fiesta se reanudó, y los padres y las hermanastras se habían ido ya, fue Cenicienta al avellano y dijo:

—¡Arbolito, muévete y sacúdete
y lanza plata y oro sobre mí!

A esto le lanzó el pájaro un traje todavía más llamativo que el del día anterior. Y cuando ella apareció en la fiesta con el traje, todos se admiraron de su hermosura. El hijo del rey había esperado hasta que ella llegara, la tomó rápidamente por la mano y bailó solamente con ella. Cuando llegaban los otros y la invitaban a bailar, decía:

—Esta es mi pareja.

Cuando se hizo de noche, ella quiso partir y el hijo del rey la siguió para ver en que casa vivía. Ella se escapó corriendo por el

jardín detrás de su casa. Allí había un gran árbol hermoso del que colgaban las mejores peras. Trepó tan ágilmente como un ardilla por las ramas, y el hijo del rey no supo dónde se había metido. Esperó hasta que llegara el padre y le dijo:

—La muchacha forastera se me ha escapado y yo creo que ha saltado por el peral.

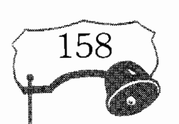
El padre pensó: «¿Será acaso Cenicienta?» Hizo que le trajeran el hacha y tumbó el árbol, pero no había nadie subido a él. Y cuando llegaron a la cocina, allí estaba Cenicienta en la ceniza como siempre, pues había saltado por la otra parte del árbol, le había llevado al pájaro del avellano los hermosos vestidos y se había puesto su delantalillo gris.

Al tercer día, cuando los padres se habían ido ya, se dirigió Cenicienta de nuevo a la tumba de su madre y le dijo al arbolillo:

—¡Arbolito, muévete y sacúdete
y lanza plata y oro sobre mí!



A esto el pájaro le echó un traje que era tan lujoso y brillante como no había tenido otro, y las sandalias eran totalmente de oro. Cuando llegó a la fiesta con el traje, nadie supo qué decir de la admiración que sintieron. El hijo del rey bailó sólo con ella, y cuando alguno la invitaba, decía él:





—Esta es mi pareja.

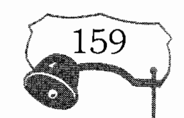
Al hacerse de noche, ella se quiso ir y el hijo del rey quiso acompañarla, pero se escapó tan rápidamente que no pudo seguirla. El hijo del rey, sin embargo, había usado una treta: había hecho untar la escalera con pez, y sucedió que, al saltar por ella, se quedó pegada la sandalia izquierda de la muchacha. El hijo del rey la cogió: era muy pequeña, delicada y totalmente de oro. Al día siguiente fue con ella a casa del hombre y le dijo:

—Ninguna otra será mi mujer, sino aquella cuyo pie quepa en este zapato dorado.

Las hermanas se llenaron de contento, pues tenían unos hermosos pies. La mayor se llevó el zapato a la habitación y quiso probárselo, y la madre estaba con ella. Pero no consiguió meter el dedo gordo, y el zapato le estaba demasiado pequeño. Entonces la madre le acercó un cuchillo y dijo:

—Córtate el dedo. Cuando seas reina, no necesitarás ir más a pie.

La muchacha se cortó el dedo, metió a la fuerza el pie en el zapato, apretó los dientes dominando el dolor y salió a ver al hijo del rey. Entonces éste cogió a su prometida a caballo y partió



cabalgando con ella. Sin embargo, tuvieron que pasar por la tumba, y allí estaban las dos palomitas en el avellano:

—*Curru, curru, curru, curru,*
sangre del zapato mana:
el zapato es muy pequeño,
y la novia sigue en casa.

Entonces miró él el pie y vio cómo manaba la sangre. Dio la vuelta al caballo y llevó a la falsa novia a la casa y dijo que no era la verdadera; la otra hermana debería probarse el zapato. Esta se fue, pues, a la habitación y afortunadamente el dedo gordo le cabía, pero el talón era demasiado grande. La madre le alcanzó un cuchillo y dijo:

—Córtate un trozo de talón. Cuando seas reina no necesitarás ir más a pie.

La muchacha se rebanó un trozo de talón, metió el pie a duras penas en el zapato, apretó los dientes dominando el dolor y salió junto al hijo del rey. El montó, entonces, a su prometida a caballo y partió cabalgando con ella. Cuando pasaron por el avellano, allí estaban las palomitas gritando:

—*Curru, curru, curru, curru,*
sangre del zapato mana:
el zapato es muy pequeño,
y la novia sigue en casa.

Miró el pie y vio cómo salía sangre del zapato y había manchado de rojo las blancas medias. Dio la vuelta al caballo y llevó a la falsa novia otra vez a la casa:

—Esta tampoco es la verdadera. ¿No tenéis otra hija?

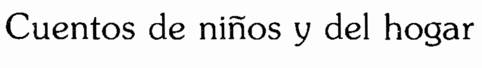
—No —dijo el hombre—, solamente de mi esposa muerta hay una pequeña Cenicienta sucia, pero ella es imposible que sea la que buscáis.

El hijo del rey dijo que mandara a buscarla.

—Huy, en modo alguno —contestó la madre—, está demasiado sucia, no debe mostrarse ante vos.

Pero él insistió y hubo que llamar a Cenicienta. Primero se lavó las manos y la cara, se dirigió allí y se inclinó ante el hijo del rey, que le dio el zapato dorado. Se sentó en un taburete, sacó el pie del tosco zueco y metió la sandalia en él: le estaba que ni hecha a la medida. Y cuando se enderezó y el rey la miró a la cara, reconoció a la hermosa muchacha que había bailado con él y exclamó:

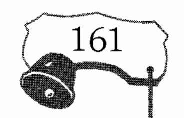
—¡Esta sí que es mi novia!





La madre y las dos hermanas se asustaron y se pusieron pálidas de ira; él montó a Cenicienta en el caballo y partió cabalgando con ella. Cuando llegaron al avellano, gritaron las dos palomitas blancas:

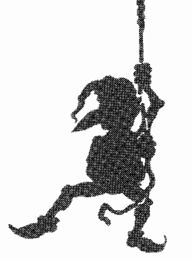




—*Curru, curru, curru, curru,*
ya no hay sangre en el zapato:
el zapato no es pequeño,
y la novia va a palacio.

Y una vez gritado esto, se acercaron volando posándose en los hombros de Cenicienta, una a la derecha y otra a la izquierda, y allí se quedaron.

Cuando iba a celebrarse la boda con el hijo del rey, llegaron las dos hermanastras, que querían congraciarse con ella y participar de su felicidad. Al dirigirse los novios a la iglesia, la mayor se colocó a su derecha y la pequeña a la izquierda, pero entonces las palomas le sacaron a cada una un ojo. Luego, cuando salieron de la iglesia, la mayor estaba a su izquierda y la pequeña a su derecha, y entonces las palomas le sacaron a cada una el otro ojo, y así fueron castigadas a quedarse ciegas durante toda su vida, por malas y falsas.



La adivinanza

Erase una vez el hijo de un rey, que de pronto tuvo ganas de irse a ver mundo y no llevó consigo a nadie más que a un fiel servidor. Un buen día fueron a parar a un gran bosque y cuando llegó la noche no pudieron encontrar ninguna posada, y no sabían dónde pasar la noche. Entonces apareció una muchacha que se dirigía a una pequeña casita y, cuando se acercó, vio que la muchacha era joven y hermosa. Le habló, diciendo:

—Querida niña, ¿podría encontrar alojamiento para mí y mi sirviente en tu casita por una noche?

—Sí, sí —dijo la muchacha con voz triste—, poder podéis, pero yo no os lo aconsejaría; no entréis.

—¿Por qué no puedo? —dijo el hijo del rey.

La muchacha suspiró y dijo:

—Mi madrastra ejercita malas artes, y con los extranjeros no tiene buenas intenciones.

Entonces él fue consciente de que había llegado a la casa de una bruja, pero como estaba oscuro y no podía seguir, y tampoco tenía miedo, entró. La vieja estaba sentada en un sillón junto al fuego y miró a los forasteros con ojos inyectados en sangre.

—Buenas noches —dijo con voz estridente, haciéndose la amigable—, sentaos y reposad.

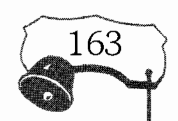
Avivó el fuego en el que estaba cociendo algo en una pequeña olla. La hija previno a los dos de que fueran precavidos y no comieran ni bebieran, ya que la vieja preparaba pócimas malignas. Durmieron tranquilamente hasta la mañana siguiente. Cuando se preparaban para salir y el hijo del rey ya estaba sentado sobre su caballo, dijo la vieja:

—Esperad un momento, que para despediros os daré una bebida.

Mientras la buscaba, el hijo del rey salió cabalgando, y el sirviente, como tenía que atar su silla de montar, se había quedado solo, cuando apareció la vieja con la bebida:

—Llévaselo a tu señor.

Pero en ese mismo momento se cascó el vidrio y el veneno roció al caballo, y era tan fuerte que el caballo cayó muerto en el acto. El sirviente corrió detrás de su señor y le contó lo que había pasado, pero no quería dejar tirada su silla, y volvió a recogerla. Cuando llegó hasta el caballo muerto ya estaba un cuervo encima devorándolo. «¿Quién sabe si hoy encontraremos algo mejor?»,



pensó el sirviente, mató al cuervo y se lo llevó. Siguieron su camino por el bosque todo el día y no pudieron encontrar la salida. A la caída de la noche encontraron una posada y entraron. El sirviente le dio al posadero el cuervo para que lo preparase de cena. Sin embargo, habían ido a parar a una cueva de ladrones, y al atardecer aparecieron doce asesinos que querían asesinar a los extranjeros, y robarles. Pero antes de ponerse manos a la obra, se sentaron a la mesa, y el posadero y la bruja se sentaron con ellos y comieron juntos una fuente de sopa en la que estaba la carne del cuervo cortada en pedacitos. Pero apenas habían pasado dos bocados cayeron todos muertos, pues el cuervo se había contagiado del veneno de la carne del caballo.

En la casa no quedaba nadie más que la hija del posadero, que obraba de buena fe y no había tomado parte alguna en las obras malvadas. Le abrió al forastero todas las puertas y les enseñó todos los tesoros acumulados. El hijo del rey, sin embargo, le dijo que se podía quedar con todo, que él no quería nada y siguió su camino con su sirviente. Después de que anduvieron danzando de un lado para otro durante algún tiempo, llegaron a una ciudad donde vivía la hija de un rey, hermosa pero engreída, que había dado a conocer que aquel que le planteara una adivinanza que ella no pudiera resolver, se convertiría en su esposo; pero si la acertaba, tendría que dejarse cortar la cabeza. Se le daban tres días para reflexionar, pero ella era tan inteligente, que siempre acertaba, antes del tiempo dado, las adivinanzas planteadas.

Así habían muerto ya nueve cuando llegó el hijo del rey, que cegado por su gran belleza, quiso poner su vida en juego. A causa de esto se presentó ante ella y le propuso la siguiente adivinanza:

—¿Qué cosa es —dijo— uno que mató a ninguno y, sin embargo, mató a doce?

No sabía ella lo que era esto, y por más que pensaba no lograba resolverlo. Hojeó en un librillo de adivinanzas, pero no encontró la solución. Dicho en pocas palabras, su sabiduría había tocado fondo. Y como no sabía cómo salir de ésta, ordenó a su doncella que se deslizara en la habitación del príncipe, que escuchara lo que él soñaba, pensando que quizá hablando en sueños le revelaría la solución. Pero el astuto sirviente se había metido en vez de su señor en la cama y, cuando se aproximó la doncella, le arrebató el abrigo en el que ella se había envuelto, y la echó de allí a varazos. La segunda noche, envió la hija del rey a su doncella de cámara, que debería ver si tenía más suerte acechando, pero el sirviente le quitó también el abrigo y la espantó a varazos.

Después de esto el señor creyó que ya estaría seguro en la tercera noche y se acostó en su cama. Entonces llegó la misma hija del rey, que llevaba puesto un abrigo de color gris-niebla, y se sentó a su lado. Y cuando creyó que dormía y soñaba, le habló, confiando en que le contestaría soñando, como hacen muchos; pero él estaba despierto y comprendía y oía todo muy bien. Entonces ella preguntó:

—Uno mató a ninguno, ¿qué es esto?

El contestó:

—Un cuervo que comió un caballo muerto y envenenado, y por eso murió.

Ella siguió preguntando:

—Y, sin embargo, mató a doce, ¿qué es esto?

—Son doce asesinos que se comieron el cuervo y por eso murieron.

Cuando supo la adivinanza se quiso marchar disimuladamente, pero él sujetó tan fuertemente su abrigo, que tuvo que dejarlo. A la mañana siguiente, la hija del rey anunció que había acertado la adivinanza, mandó llamar a los jueces y les dijo la solución. Pero el joven pidió ser escuchado:

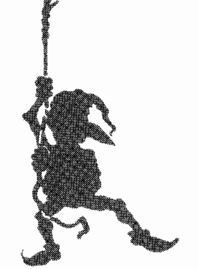
—Anoche ella se deslizó en mi habitación y me interrogó. De lo contrario, no lo hubiera adivinado nunca.

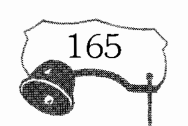
Los jueces hablaron:

—Tráenos pruebas.

Entonces el sirviente trajo los tres abrigos, y cuando los jueces vieron el abrigo color gris-niebla, que era el que la hija del rey solía llevar, dijeron:

—Haced que borden ese abrigo en oro y plata. Será vuestro abrigo nupcial.



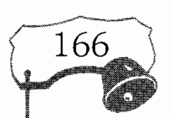


El ratoncillo, el pajarito y la salchicha

Eranse una vez un ratoncillo, un pajarito y una salchicha que se habían ido a vivir juntos, compartiendo la casa y los gastos, viviendo unidos largo tiempo en paz y gracia de Dios, y habiendo aumentado considerablemente sus bienes. El trabajo del pajarito consistía en ir todos los días al bosque y traer la leña. El ratón tenía que acarrear agua, encender el fuego y poner la mesa. La salchicha tenía que cocinar.

Cuando a uno todo le sale bien, quiere tener siempre nuevas aventuras. Un buen día el pajarito se tropezó en el camino con otro pájaro, al que le habló de su excelente suerte vanagloriándose de ella. Pero el otro pájaro le dijo que era un pobre majadero por el enorme trabajo; a los otros dos de la casa sí que les iba bien. Pues cuando el ratón había encendido el fuego y acarreado el agua, podía irse a su habitacioncita a descansar hasta que se le llamaba para poner la mesa. La salchicha se quedaba al cuidado de la olla, vigilaba que la comida se hiciera bien, y cuando llegaba la hora de la comida se pasaba ella misma, unas cuatro veces, por encima del puré o la verdura y así estaban ya éstos llenos de grasa, salados y preparados. Cuando llegaba el pajarito a casa y dejaba su fardo, se sentaban todos a la mesa, y después de la comida dormían a pierna suelta hasta el día siguiente. Eso era una vida estupenda.

Al otro día el pajarito, instigado por lo que le habían dicho, no quiso ir más a por leña, diciendo que había sido su esclavo durante el tiempo suficiente y que lo mismo hubiera podido ser su bufón; deberían cambiar por lo menos una vez el sistema e intentarlo de otra manera. ¡Y de qué forma tan magistral se lo pidió al ratón y a la salchicha! Tendrían que echarlo a suertes, como así lo hicieron, y sucedió que a la salchicha le tocó ir por leña, el ratón se convirtió en cocinero y el pájaro debía acarrear el agua. ¿Qué pasó? La salchicha se fue por leña, el pajarito encendía el fuego y el ratón puso la olla; no tenían más que esperar hasta que regresara la salchicha y trajera la leña para el día siguiente. Pero la salchicha permaneció tanto tiempo por ahí fuera que a ambos no les olió bien el asunto, y el pájaro salió volando a su encuentro. No lejos se encontró un perro en el camino que había visto como presa a la pobre salchicha, la había agarrado y la había devorado. El pájaro se quejó a éste de que aquello era un crimen manifiesto, pero no le sirvió de nada; pues el perro dijo que la había encon-

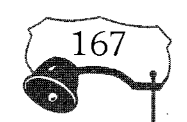


trado con falsas cartas credenciales, y por ello tuvo que pagar con la vida.

El pajarito, triste, cogió la leña y volvió a casa y contó lo que había visto y oído. Ambos estaban muy desconsolados, se pusieron de acuerdo para hacerlo lo mejor posible y permanecer juntos. Por eso el pajarito ponía la mesa y el ratón preparaba la comida y la aliñaba y una vez quiso hacer en la olla lo que hacía antes la salchicha, y se deslizó por la verdura para intentar condimentarla, pero antes de que hubiera llegado al medio, se vio obligado a pararse y dejó allí la piel y el pelo, y con ellos la vida.

Cuando llegó el pajarito y quiso llevar la comida a la mesa, allí no había ningún cocinero. El pajarito lanzó la leña a derecha e izquierda y llamó y buscó, pero no pudo encontrar a su cocinero. Por descuido, el fuego alcanzó la leña y se originó un incendio; el pajarito se apresuró a sacar agua, cayéndose entonces el cubo en el pozo, y él se fue detrás, de tal manera que no pudo recuperar sus fuerzas, y se ahogó.





*La señora Holle * o la doncella de oro y la doncella de pez*

Una viuda tenía dos hijas, una trabajadora y guapa, y la otra fea y perezosa. Ella, sin embargo, quería mucho más a la fea y perezosa, porque era su verdadera hija. La otra tenía que hacer todo el trabajo y era la cenicienta de la casa. La pobre muchacha se sentaba diariamente en el gran camino al lado de un pozo, y tenía que hilar tanto que le salía sangre de los dedos. Sucedió que una vez estaba el huso todo cubierto de sangre, ella se inclinó con él al pozo para lavarlo, y se le escapó de la mano, cayendo abajo. Lloró y corrió junto a su madrastra y le contó su mala suerte. Esta le riñó fuertemente y era tan poco compasiva que le dijo:

—Ya que has dejado caer el huso, vete a buscarlo.

La muchacha regresó entonces al pozo y no sabía qué hacer, y en su miedo saltó dentro del pozo para recoger el huso.

Había perdido el sentido, y cuando se despertó y volvió en sí, se hallaba en una hermosa pradera en la que relucía el sol y estaba llena de miles de flores. Fue andando por la pradera y llegó hasta un horno que estaba lleno de pan; el pan gritaba:

—¡Ay, sácame de aquí, sácame, que si no me quemo, hace tiempo que estoy cocido!

Entonces ella se acercó y sacó con una pala los panes uno detrás de otro.

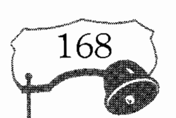
Luego siguió su camino y llegó a un árbol que estaba lleno de manzanas y le gritaba:

—¡Ay, sacúdeme, sacúdeme, las manzanas han madurado ya todas!

Entonces ella sacudió el manzano, de tal manera que cayeron todas las manzanas como si fueran lluvia. Tanto lo sacudió, que no quedó ninguna en él, y después de haberlas colocado todas en un montón, siguió su camino.

Finalmente llegó a una pequeña casa en la que estaba asomada una vieja mujer, pero como tenía unos dientes tan grandes, le entró miedo y quiso escapar. La anciana la llamó:

—¿De qué tienes miedo, querida niña? Quédate conmigo y si haces satisfactoriamente todo el trabajo de la casa, te irá bien. Tienes que prestar atención y hacer como es debido mi cama, mullóndola cuidadosamente, hasta que vuelen las plumas. Entonces nieva en el mundo, yo soy la señora Holle.



Como la vieja animó tanto a la muchacha, ésta hizo de tripas corazón y accedió a quedarse a su servicio. Cuidaba de todo a pleno gusto de la anciana, y le mullía la cama tan fuertemente que todas las plumas volaban como copos de nieve; gracias a esto llevaba buena vida, no había ninguna palabra más alta que otra, y siempre buenos guisos y asados.

Pasó algún tiempo y se sintió triste y al principio no sabía qué es lo que le pasaba. Finalmente se dio cuenta de que era nostalgia, aunque aquí vivía cien veces mejor que en su casa, pero tenía ganas de volver allí. Y al cabo le dijo a la vieja:

—He sentido nostalgia de mi casa. Aunque aquí abajo me va muy bien, no puedo permanecer más tiempo con usted; tengo que subir para estar al lado de los míos.

La señora Holle dijo:

—Me gusta que quieras ir de nuevo a tu casa y, como me has servido fielmente, te llevaré yo misma arriba.

Entonces, la cogió de la mano y la llevó ante una gran puerta. La puerta se abrió y, cuando la joven estaba precisamente en el dintel, cayó una poderosa lluvia de oro, y todo el oro se quedaba pegado a ella.

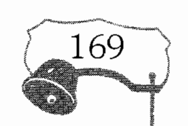
—Esto debe de ser para ti porque has sido muy hacendosa —dijo la señora Holle, y le devolvió el huso, que se le había caído en el pozo. Luego se cerró la puerta y la muchacha se encontró arriba, en la tierra, no lejos de la casa de su madre, y cuando llegó al patio, el gallo estaba sentado en el pozo y cantó:

—¡Quiquiriquí,
nuestra doncella de oro está aquí!

Ella entró entonces en la casa de su madre y, como estaba tan cubierta de oro, fue recibida amablemente por la madrastra y por su hija.

La muchacha contó todo lo que había pasado y, cuando la madre oyó cómo había llegado a conseguir tan gran riqueza, quiso proporcionarle, de buen grado, la misma suerte a la otra hija fea y perezosa. Esta tuvo que sentarse en el pozo e hilar, y para que el huso se manchara de sangre, se pinchó en un dedo y metió la mano en el seto espinoso. Luego arrojó el huso ella misma al pozo y saltó dentro. Llegó como la otra a la hermosa pradera y siguió por el mismo sendero. Cuando llegó al horno, el pan volvió a gritar:

—¡Sácame, sácame, que si no me quemo, hace mucho tiempo que estoy cocido!



La perezosa, sin embargo, dijo:

—Ni que tuviera yo ganas de ensuciarme —y siguió andando.

Más tarde llegó al manzano que chillaba:

—¡Sacúdeme, sacúdeme, ya estamos todas maduras!

—¡No! —repondió—. Podría caerme una en la cabeza —y siguió andando.

Cuando llegó a casa de la señora Holle, no tuvo miedo, porque ya había oído hablar de sus enormes dientes, y se puso rápidamente a su servicio. El primer día se esforzó enormemente, fue hacendosa y obedeció a la señora Holle cuando ésta le decía algo, pues pensaba en el mucho oro que ella le regalaría. Pero ya al segundo día empezó a holgazanear, al tercer día todavía más, ya ni quería levantarse de la cama. No le hizo a la señora Holle la cama como debía, ni la mullía de manera que volaran las plumas. La señora Holle se cansó pronto y la despidió. La holgazana estaba bien contenta y pensaba que ahora vendría la lluvia de oro; la señora Holle la acompañó hasta la puerta, y cuando estaba en el dintel, se derramó en vez de oro un gran caldero de pez.

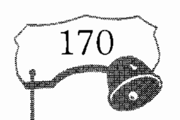
—Esto en recompensa de tus servicios —dijo la señora Holle, y cerró el portal.

La holgazana llegó, a continuación, a su casa, pero estaba totalmente cubierta de pez, y el gallo en el pozo, cuando la vio, gritó:

—¡Quiquiriquí,
nuestra doncella de pez está aquí!

La pez permaneció pegada a ella y no se le pudo quitar en toda su vida.





Los siete cuervos

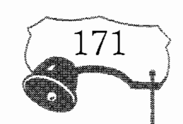
Un hombre tenía siete hijos y, a pesar de que lo deseaba ardientemente, ninguna hija; por fin su mujer concibió esperanzas de un nuevo hijo, y cuando nació, era una niña. La alegría fue enorme, pero la niña era tan débil y menuda que tuvo que ser bautizada con agua de socorro a causa de su debilidad. El padre mandó a uno de los muchachos a toda prisa a la fuente para traer el agua del bautismo; los otros seis fueron con él y, como cada uno quería ser el primero en sacar el agua, se les cayó el cántaro en el pozo. Se quedaron quietos sin saber qué hacer y ninguno se atrevía a regresar a casa. Al ver que no acababan de llegar, el padre, presa de una gran impaciencia, dijo:

—¡Ojalá esos chicos se volvieran cuervos!

Apenas había dicho esas palabras, cuando oyó un zumbido en el aire sobre su cabeza, levantó la vista y vio a siete cuervos negros como el carbón que volaban de un lado para otro.

Los padres no se pudieron retractar de su maldición, y aunque estaban muy tristes por la pérdida de sus siete hijos, se consolaron, en cierta manera, gracias a su querida hija, que pronto se recuperó y se ponía más hermosa cada día. Durante mucho tiempo no supo ella que había tenido hermanos, pues los padres se guardaban de mencionárselo, hasta que un buen día oyó hablar a la gente, diciendo que la muchacha era muy hermosa, pero que, en realidad, tenía la culpa de la desgracia de sus siete hermanos. Ella se sintió tremendamente compungida, fue a ver a su madre y a su padre, y preguntó si había tenido hermanos, y dónde estaban. Entonces los padres ya no pudieron mantenerlo por más tiempo en secreto. Dijeron, sin embargo, que era decisión divina y que su nacimiento no había sido más que la causa inocente; pero la muchacha sentía remordimientos de conciencia todos los días y pensaba que tenía que liberar a sus hermanos. No tuvo paz ni descanso hasta que partió sigilosamente, y se lanzó al ancho mundo para dar con la pista de sus hermanos en algún sitio y liberarlos, costara lo que costase. No se llevó consigo más que un anillito de sus padres de recuerdo, una onza de pan para mitigar el hambre, un cantarillo de agua para la sed y una sillita para el cansancio.

Anduvo y anduvo, lejos, lejos, hasta los confines del mundo. Así llegó hasta el sol, pero éste quemaba mucho y además era temible y se comía a los niños pequeños. Apresuradamente se alejó



de allí y corrió hasta la luna, pero ésta era muy fría y también mala y despiadada y, cuando notó la presencia de la niña, dijo:

—Huelo, huelo a carne humana.

Rápidamente se alejó de allí y llegó a las estrellas, que fueron buenas y amables con ella y cada una se sentó en su sillita. La estrella de la mañana se levantó, le dio un huesecillo de pollo y dijo:

—Si no tienes el huesecillo, no podrás abrir la montaña de cristal, y en la montaña de cristal están tus hermanos.

La muchacha cogió el huesecillo, lo envolvió bien en un pañuelito y partió de nuevo, hasta que llegó a la montaña de cristal. El portón estaba cerrado y quiso sacar el huesecillo, pero cuando extendió el pañuelito, estaba vacío. Había perdido el regalo de las bondadosas estrellas. ¿Qué haría ahora? Ella quería salvar a sus hermanos y no tenía llave alguna para abrir la montaña de cristal. La buena hermanita cogió un cuchillo, se cortó un dedo meñique, lo metió en la puerta y abrió felizmente la cerradura. Cuando hubo entrado, salió a su encuentro un enanito que dijo:

—Niña, ¿qué buscas?

—Busco a mis hermanos, los siete cuervos —contestó ella.

El enano dijo:

—Los señores cuervos no están en casa, pero si quieres esperar hasta que lleguen, entra.

Luego puso el enanito la comida de los siete cuervos en siete platos y en siete vasitos, y de cada platito comió la hermanita un trocito, y de cada vasito bebió un traguito. En el último vasito dejó caer el anillo que había llevado consigo.

De pronto se oyó en el aire un zumbido y un lamento; entonces habló el enanito.

—Ya vienen los señores cuervos.

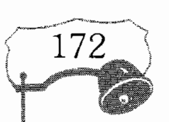
Entonces llegaron ellos y quisieron comer y beber y buscaron sus platitos y vasitos. Luego habló uno detrás de otro:

—¿Quién ha comido de mi platito? ¿Quién ha bebido de mi vasito? Ha sido una boca de ser humano.

Y cuando el último llegó al fondo del vaso, rodó hacia él el anillo. Entonces lo observó y reconoció que era el anillo de su padre y de su madre, y dijo:

—¡Alabado sea Dios! Si nuestra hermana se encontrase aquí, estaríamos salvados.

Cuando la muchacha, que estaba detrás de la puerta acechando, oyó el deseo, salió y entonces todos los cuervos recobraron su forma humana. Y se abrazaron, se besaron y partieron a casa alegremente.





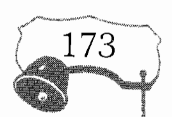
Caperucita Roja

Erase una vez una pequeña y dulce muchachita, que en cuanto se la veía se la amaba, pero sobre todo la quería su abuela, que no sabía qué darle a la niña. Un buen día le regaló una caperucita de terciopelo rojo, y como le sentaba muy bien y no quería llevar otra cosa, la llamaron *Caperucita Roja.* Un día la madre le dijo:

—Ven, Caperucita, aquí tienes un pedazo de pastel y una botella de vino; llévaselo a la abuela, que está enferma y débil, y se sentirá aliviada con esto. Prepárate antes de que haga mucho calor, y cuando salgas ve con cuidado y no te apartes del sendero, si no, te caerás y romperás la botella, y la abuela se quedará sin nada. Y cuando llegues no te olvides de darle los buenos días, y no te pongas a curiosear antes por todas las esquinas.

—Lo haré todo bien —dijo Caperucita a su madre, y le dio la mano a continuación.

La abuela vivía muy dentro del bosque, a una media hora de distancia del pueblo. Cuando Caperucita llegó al bosque, se tropezó con el lobo. Pero Caperucita, que aún no sabía lo mal bicho que es el lobo, no tuvo miedo de él.



—Buenos días, Caperucita Roja —dijo él.

—Muchas gracias, lobo.

—¿Adónde tan temprano, Caperucita?

—A ver a la abuela.

—¿Qué llevas debajo del delantal?

—Pastel y vino. Ayer lo hicimos. Con esto la abuela, que está algo débil, se alimentará y se fortalecerá.

—Caperucita, ¿dónde vive tu abuela?

—Todavía a un buen cuarto de hora andando por el bosque. Debajo de tres grandes encinas, está su casa; abajo están los setos del nogal, como sabrás.

El lobo pensaba para sí: «Esta joven y tierna presa es un dulce bocado y sabrá mucho mejor que la vieja; tengo que hacerlo bien desde el principio para cazar a las dos.» Siguió andando un rato junto a Caperucita Roja y luego dijo:

—Caperucita, mira las hermosas flores que están alrededor de ti, ¿por qué no echas una ojeada a tu alrededor? Creo que no te fijas en lo bien que cantan los pajarillos. Vas como si fueras a la escuela y aquí en el bosque es todo tan divertido...

Caperucita Roja abrió los ojos y cuando vio cómo los rayos del sol bailaban de un lado a otro a través de los árboles y cómo todo estaba tan lleno de flores, pensó: «Si le llevo a la abuela un ramo de flores, se alegrará; aún es pronto y podré llegar a tiempo.»

Y se desvió del sendero, adentrándose en el bosque para coger flores. Cogió una y, pensando que más adentro las habría más hermosas, cada vez se internaba más en el bosque. El lobo, en cambio, se fue directamente a casa de la abuela y llamó a la puerta:

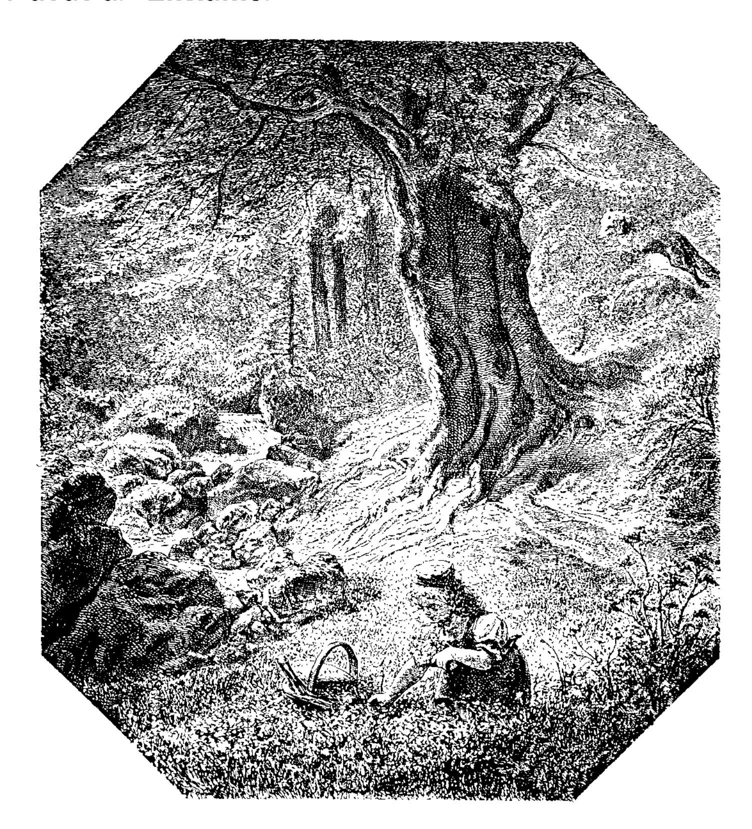
—¿Quién es?

—Caperucita Roja, traigo pastel y vino. Abreme.

—¡Mueve el picaporte! —gritó la abuela—. Estoy muy débil y no puedo levantarme.

El lobo movió el picaporte, la puerta se abrió y él, sin decir una palabra, fue directamente a la cama de la abuela y se la tragó. Luego se puso sus vestidos y su cofia, se metió en la cama y corrió las cortinas.

Entre tanto Caperucita Roja había seguido buscando flores y cuando ya había recogido tantas que no las podía llevar, se acordó de nuevo de la abuela y se puso de nuevo en camino de su casa. Se asombró de que la puerta estuviera abierta y, cuando entró en la habitación, se encontró incómoda y pensó: «Dios mío, qué miedo tengo hoy, cuando por lo general me gusta estar tanto con la abuela.» Exclamó:



—Buenos días —pero no recibió contestación.

Luego fue a la cama y descorrió las cortinas; allí estaba la abuela con la cofia tapándole la cara, pero tenía una pinta extraña.

—¡Ay, abuela, qué orejas tan grandes tienes!

—Para oírte mejor.

—¡Ay, abuela, qué ojos tan grandes tienes!

—Para verte mejor.

—¡Ay, abuela, qué manos tan grandes tienes!

—Para cogerte mejor.

—¡Ay, abuela, qué boca tan enormemente grande tienes!

—Para devorarte mejor.



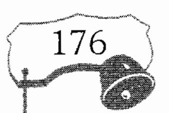
Apenas había dicho esto, el lobo saltó de la cama y se zampó a la pobre Caperucita Roja.

Después de que el lobo hubo saciado su apetito, se metió de nuevo en la cama, se durmió y comenzó a roncar con todas sus fuerzas. El cazador, que pasaba en ese preciso momento por la casa, pensó: «Cómo ronca la anciana; tendrías que ir a ver si necesita algo.» Y cuando entró en la habitación y se acercó hasta la cama, vio que el lobo estaba dentro:

—¡Ah, estás aquí, viejo pecador! —dijo él—. ¡Tanto tiempo como llevo buscándote! Entonces quiso cargar su escopeta, pero pensó que el lobo podía haber devorado a la abuela, y a lo mejor aún se la podía salvar, así que no disparó, sino que cogió las tijeras y comenzó a rajar al lobo la barriga. Cuando había dado unos cuantos cortes, salió la muchacha y dijo:

—¡Huy, qué susto tenía! En la barriga del lobo estaba todo muy oscuro.

Y luego salió la abuela también viva, aunque casi no podía respirar. Caperucita Roja cogió rápidamente unas piedras, con las



que llenaron la barriga al lobo. Cuando éste despertó, quiso irse saltando, pero las piedras eran tan pesadas que se cayó y murió.

A consecuencia de esto estaban los tres muy felices. El cazador le quitó al lobo la piel y se la llevó a casa; la abuela se comió el pastel y bebió el vino que había traído Caperucita Roja y se recuperó de nuevo. Caperucita Roja pensó: «Ya no te volverás a desviar en toda tu vida del camino, si tu madre te lo ha prohibido.»

Se cuenta también que, una vez, Caperucita Roja le llevó de nuevo a la abuela pastas, y otro lobo le habló y la quiso desviar del camino. Caperucita Roja se guardó de hacerlo y siguió directamente su camino, y le dijo a la abuela que se había encontrado con el lobo, que le había dado los buenos días, pero que la había mirado con tan malos ojos, que si no hubiera estado en un lugar público, la hubiera devorado.

—Ven —dijo la abuela—, vamos a cerrar la puerta para que no pueda entrar.

Poco después llamó el lobo y gritó:

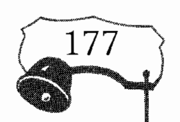
—¡Abre, abuela, soy Caperucita Roja y te traigo pastas!

Ellas permanecieron en silencio y no abrieron la puerta. El cabeza gris dio varias vueltas alrededor de la casa, finalmente saltó al tejado y quiso esperar hasta que Caperucita Roja se fuera por la noche a casa; entonces él la seguiría y se la zamparía en la oscuridad. Pero la abuela se dio cuenta de lo que le rondaba por la cabeza. Ante la casa había una gran artesa de piedra, y le dijo a la niña:

—Coge el cubo, Caperucita; ayer cocí salchichas, trae el agua en la que las he cocido y échalo en la artesa.

Caperucita Roja trajo agua hasta que la gran artesa estuvo llena. Luego empezó el olor de las salchichas a llegarle a la nariz al lobo, olisqueó, miró hacia abajo, y finalmente estiró tanto el cuello, que no pudo sujetarse más y comenzó a resbalar, de modo que se cayó del tejado precisamente dentro de la artesa y se ahogó. Caperucita Roja se fue feliz a casa y nadie le hizo daño.





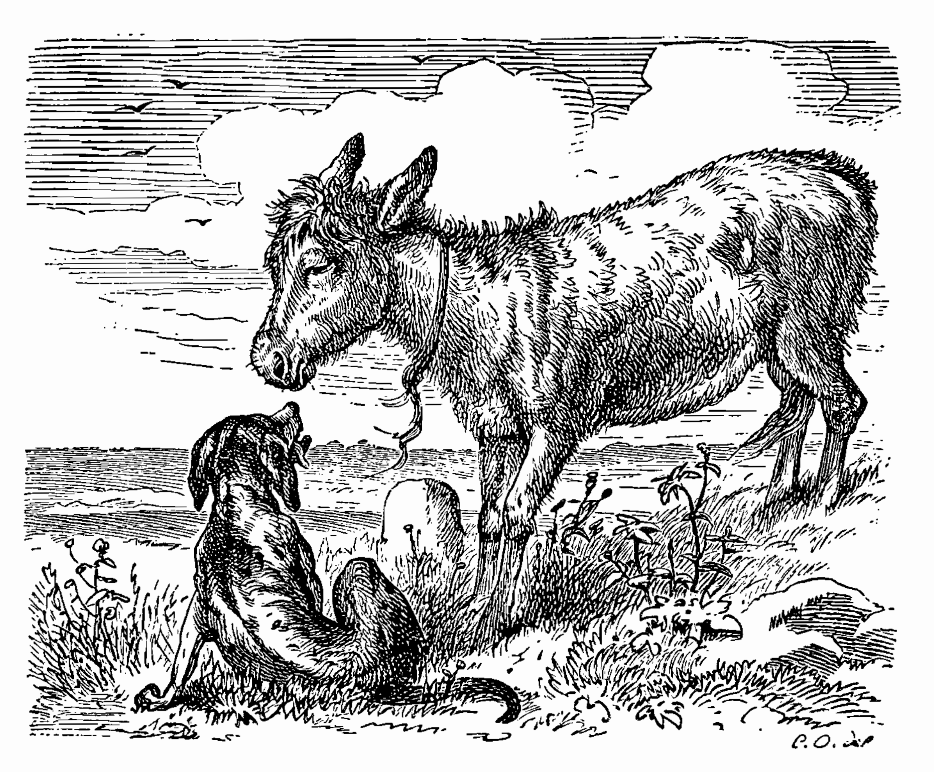
Los músicos de Bremen

Un hombre tenía un asno que durante muchos años le había llevado los sacos al molino pacientemente, pero sus fuerzas estaban llegando a su fin, de tal manera que cada día era menos apto para el trabajo. El amo pensó entonces deshacerse de él, pero el asno se dio cuenta de que no soplaban vientos favorables y se escapó poniéndose en camino hacia Bremen; allí pensaba que podía hacerse músico municipal. Cuando había andado un poco se encontró a un perro de caza tirado en la cuneta del camino, jadeando como quien se ha cansado de tanto correr:

—Bueno, ¿cómo jadeas tanto, mordedor? —preguntó el asno.

—¡Ay! —dijo el perro—. Como ya soy viejo y cada día estoy más débil y ya no puedo ir de caza, mi amo me ha querido matar; así que he tomado las de Villadiego, pero ¿cómo me voy a ganar mi sustento?

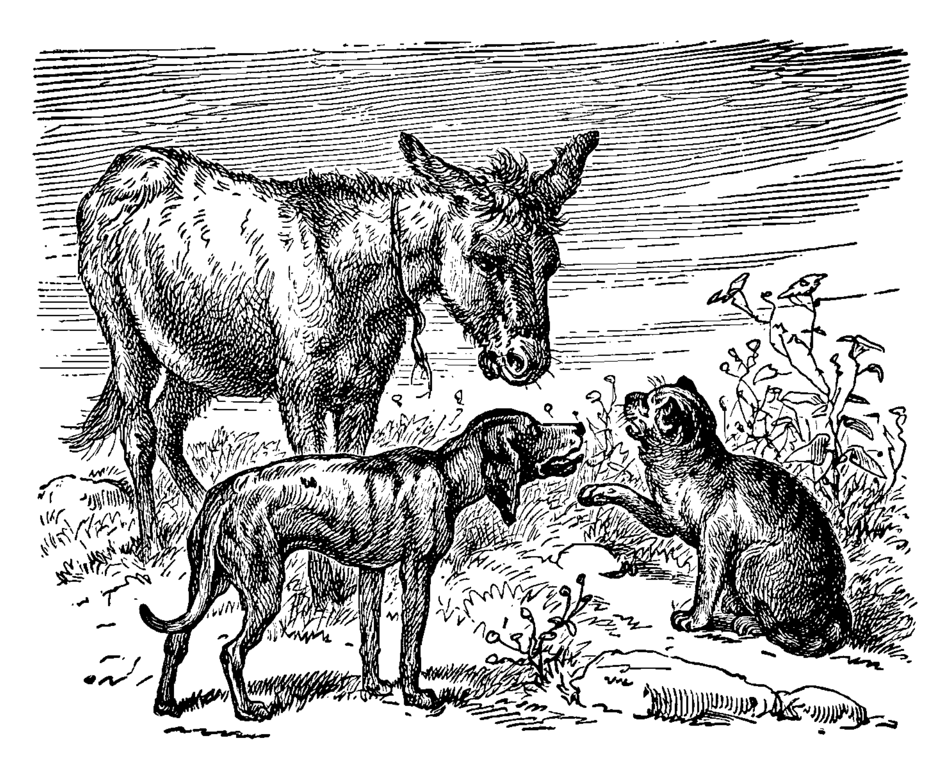
—¿Sabes una cosa? —dijo el asno—. Yo voy a Bremen a hacerme músico municipal; vente conmigo y haz que te acepten también como músico. Yo tocaré el laúd y tú las trompetas.



El perro se puso contento y siguieron caminando. No había pasado mucho tiempo cuando vieron un gato en el camino con una cara muy larga.

—¿Qué es lo que ha contrariado tus proyectos? Atúsate el bigote, hombre —dijo el asno.

—¿Quién puede divertirse cuando está amenazado de muerte? Como me hago viejo, mis dientes se están poniendo romos y me gusta mucho más estar sentado al lado de la estufa y pensar en las musarañas que andar cazando ratones, mi ama me ha querido ahogar. Yo me he escabullido, pero aconsejadme, ¿adónde voy yo?



—Vente con nosotros a Bremen; tú sabes hacer música nocturna y puedes llegar a ser músico municipal.

Al gato le pareció bien la idea y se fue con ellos.

Poco después pasaron los tres fugitivos al lado de una granja; allí en el portón estaba el gallo de la casa y gritaba hasta desgañitarse:

—Tus chillidos le llegan a uno hasta le médula —dijo el asno—. ¿Qué te pasa?



—He profetizado buen tiempo —dijo el gallo—, porque es el día en el que Nuestra Señora le lava la camisita al Niño Jesús y se la tiene que secar; pero como mañana es domingo y vienen huéspedes, la dueña de la casa no ha tenido compasión de mí y le ha dicho a la cocinera que me quiere comer mañana en la sopa; por ello tiene que cortarme la cabeza esta tarde. A causa de todo esto chillo a voz en grito todo el tiempo que me sea posible.

—¿Qué dices, cresta roja? —dijo el asno—. Vente con nosotros a Bremen; mejor que la muerte siempre se encuentra algo; tienes buena voz y, si hacemos música juntos, ésta deberá tener gracia.

Al gallo le gustó la propuesta y así se fueron los cuatro juntos. No pudieron llegar a Bremen en un día y por la noche encontraron un bosque donde decidieron pasar la noche. El asno y el perro se tumbaron bajo un árbol; el gato y el gallo se colocaron en las ramas: el gallo voló hasta la copa, donde se sentía más seguro. Antes de dormirse miró a todos los lados y le pareció que en la lejanía veía arder una chispa, por eso gritó a sus camaradas que no lejos tenía que haber una casa, ya que brillaba una luz. El asno dijo:



—Bien, entonces nos levantaremos y nos iremos; ésta no es buena posada.

El perro pensaba que unos huesos y algo de carne le vendría bien. Se pusieron, por tanto, en camino en dirección al lugar de donde procedía la luz, y pronto vieron un brillo



cada vez más fuerte y más intenso, hasta que llegaron a una casa llena de ladrones bien alumbrada. El asno, como era el más grande, se acercó a la ventana y miró hacia adentro.

—¿Qué ves, rucio? —preguntó el gallo.

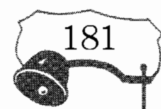
—¿Qué veo? —contestó el asno—. Una mesa con rica comida y bebida, y ladrones sentados a su alrededor pasándolo bien.

—Eso no nos vendría mal —dijo el gallo.

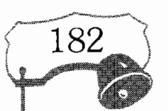
—Sí que estaríamos bien ahí —dijo el asno.

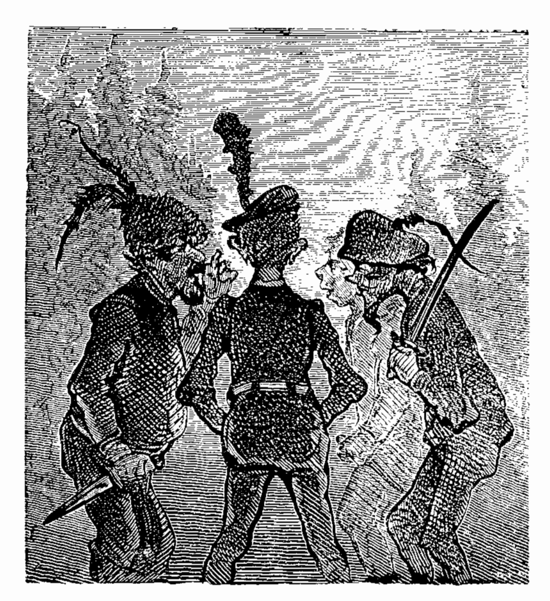
Entonces se pusieron a deliberar qué tenían que hacer para expulsar a los ladrones, y por fin encontraron el medio. El asno tenía que ponerse con las patas delanteras en la ventana, el perro encima del lomo del asno, el gato treparía sobre el perro y finalmente el gallo volando se colocó encima de la cabeza del gato. Cuando estaban ya preparados, a una señal empezaron todos a hacer música: el asno rebuznaba, el perro ladraba, el gallo maullaba y el gato cantaba; luego se precipitaron todos por la ventana de la habitación con tal ímpetu, que todos los cristales tintinearon. Los ladrones dieron un enorme salto al oír el ruido espantoso, pensaron que un fantasma había entrado y huyeron muertos de miedo al bosque. Después de esto los cuatro camaradas se sentaron a la mesa, cogieron con gusto lo que había quedado y comieron como si después tuvieran que ayunar cuatro semanas.





Cuando los cuatro músicos hubieron acabado, apagaron la luz y buscaron un sitio para dormir, cada uno según su naturaleza y comodidad. El asno se puso en el estiércol, el perro detrás de la puerta, el gato en el fogón junto a la ceniza caliente y el gallo en la viga. Cuando había pasado ya la medianoche y los ladrones vieron de lejos que no había luz en la casa y que todo parecía estar tranquilo, dijo el capitán:



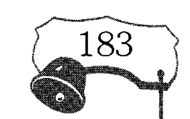


—No debíamos habernos dejado intimidar tan pronto —e hizo que uno fuera a investigar la casa.

El enviado encontró todo en silencio: fue a la cocina para encender una luz y, creyendo que los ojos brillantes y como de fuego del gato eran carbones encendidos, echó una cucharadita de azufre para que se prendiese el fuego. El gato, que no entendía de bromas, le saltó a la cara, le bufó y le arañó. El ladrón se asustó enormemente y quiso salir por la puerta trasera, pero el perro, que estaba allí tumbado, saltó y le clavó los dientes en una pierna. Cuando en el patio pasaba corriendo por el estiércol, el asno le dio una fuerte coz con la pata trasera; el gallo, que se había despertado y despabilado con el











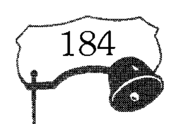
ruido, gritó desde la viga: «¡Quiquiriquí!» El ladrón corrió, como alma que lleva el diablo, junto a su capitán y dijo:

—¡Qué horror! En la casa hay una espantosa bruja que me ha bufado y con sus largas uñas me ha arañado la cara; en la puerta un hombre con un cuchillo me ha pinchado la pierna; en el patio hay un monstruo negro que me ha dado con una maza de madera, y arriba en el techo está sentado el juez que grita: «¡Traédmelo aquí!» Por eso hice todo lo posible para largarme.



Desde ese momento no se atrevieron a acercarse a la casa. A los cuatro músicos de Bremen les gustó tanto, que no volvieron a salir de allí.

Y el último que lo ha contado se ha sentido feliz con esta historia.



El hueso cantarín

Dominaba una vez en un país una enorme aflicción a causa de un jabalí que destrozaba a los campesinos sus tierras, les mataba el ganado, y a los hombres les clavaba en el cuerpo los colmillos. El rey prometió al que librara el país de aquella plaga una enorme recompensa; pero el animal era tan grande y tan fuerte que nadie se atrevió a acercarse al bosque donde vivía. Finalmente el rey hizo saber que el que cogiera o matara el jabalí recibiría a su única hija por esposa.

Vivían en aquel país dos hermanos, hijos de un pobre hombre, que se presentaron ante el rey y se decidieron a correr el riesgo. El mayor, que era astuto e inteligente, lo hacía por soberbia; el pequeño, que era inocente y tonto, por su buen corazón. El rey dijo:

—Para que, con más seguridad, encontréis al animal, id al bosque por caminos distintos.

El mayor fue por la tarde y el pequeño por la mañana. Y cuando el pequeño había andado un rato, se presentó delante de él un hombrecillo que llevaba una pica negra y le dijo:

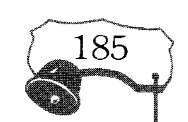
—Te doy esta pica negra porque tú eres inocente y bueno. Con ella puedes atacar al jabalí sin problemas, y no te causará daño alguno.

Le dio las gracias al hombrecillo, se echó la pica a la espalda y siguió, sin miedo, adelante. Poco después vio al animal, que se dirigía a toda carrera hacia él. Le recibió con la pica, y el animal, en su ciega rabia, arremetió con tanto ímpetu que se atravesó el corazón partiéndoselo en dos. Entonces cogió al monstruo, y salió del bosque para llevárselo al rey.

Cuando llegó al otro lado del bosque, fue a parar a la entrada de una casa, donde la gente se divertía cantando y bebiendo vino. Su hermano mayor había entrado allí, y pensando que el animal no se le escaparía, decidió primero reponer fuerzas bebiendo un poco. Cuando vio al pequeño que salía del bosque cargado con su presa, su envidioso y mal corazón no le dejó en paz. Le llamó:

—Entra, querido hermano, descansa un poco y reconfórtate con un vasito de vino.

El pequeño, que no sospechaba nada malo, entró y le contó que el buen hombrecillo le había dado una pica con la que había matado al jabalí. El mayor le retuvo hasta la tarde y entonces



partieron juntos. Cuando, al caer la noche, llegaron a un puente sobre un arroyo, el mayor hizo que el pequeño pasara delante, y cuando estaba a la mitad sobre el agua, le dio por detrás un golpe tan fuerte que cayó muerto al agua. Lo enterró bajo el puente, cogió el jabalí y lo llevó al rey con la pretensión de que lo había matado, por lo que recibió como esposa a la hija del rey. Al ver que el hermano pequeño no regresaba, dijo:

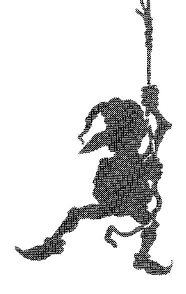
—Le habrá destrozado el jabalí —y todo el mundo se lo creyó.

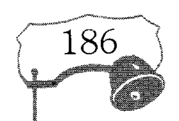
Pero como ante Dios no queda nada oculto, tuvo que salir la mala acción a la luz del día. Muchos años después llevó un pastor su rebaño sobre el puente y vio abajo en la arena un huesecillo blanco como la nieve, y pensó que podría ser una buena boquilla. Descendió, lo cogió y se talló una boquilla para su cuerno. Cuando sopló en él por vez primera, empezó el huesecillo a cantar ante la gran admiración del pastor:

—Pastorcillo, pastorcillo,
que soplas mi huesecillo,
mi hermanito me mató,
bajo el puente me enterró,
al rey le llevó mi presa,
y casó con la princesa.

—¡Qué cuerno tan maravilloso, que canta por sí mismo! —dijo el pastor—. Debo llevárselo a mi rey.

Cuando estuvo ante la presencia del rey, comenzó el cuernecillo a cantar de nuevo su cancioncilla. El rey la entendió perfectamente e hizo remover la tierra bajo el puente; allí apareció todo el esqueleto. El hermano malvado no pudo negar el hecho. Le cosieron dentro de un saco y le ahogaron vivo. Los restos del asesinado fueron depositados en una hermosa tumba en el patio de la iglesia.





Los tres pelos de oro del diablo

Erase una vez una pobre mujer que tuvo un hijito, y como nació con la piel de la suerte alrededor del cuello, se le auguró que a los catorce años tendría como esposa a la hija del rey. Aconteció que el rey llegó poco después al pueblo sin que nadie supiera que era el rey, y cuando preguntó a la gente qué había de nuevo, le contestaron así:

—En estos días ha nacido un niño con una piel de la suerte; todo lo que emprenda se verá favorecido por la fortuna. También se le ha augurado que a los catorce años tendrá a la hija del rey por esposa.

El rey, que era de mal natural, se enfureció por la profecía, fue a casa de los padres, se hizo el amable y dijo:

—Dejadme al niño, pobre gente, que yo lo cuidaré.

Al principio se negaron, pero como el forastero ofrecía grandes cantidades de oro por él, pensaron: «Ha nacido con estrella, esto redundará en su beneficio», así que al final accedieron y le entregaron al niño. El rey lo metió en una caja y se alejó cabalgando hasta que llegó a una corriente profunda. Entonces arrojó la caja al fondo y dijo:

—Ya he librado a mi hija del inesperado pretendiente.

La caja, sin embargo, no se hundió, sino que se mantuvo a flote como un barco y tampoco le entró una gota de agua. Así navegó hasta dos millas de distancia de la capital del rey, donde había un molino, y se quedó colgando en su presa. Un aprendiz de molinero, que felizmente estaba allí y la vio, la sacó con un gancho, pensando encontrar un gran tesoro, pero cuando la abrió había allí un hermoso niño vivito y coleando. Lo llevó a los molineros, que no tenían niños, por lo que se alegraron y dijeron:

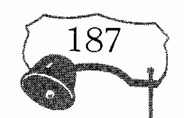
—¡Dios nos ha bendecido!

Cuidaron al expósito de forma exquisita y éste creció lleno de virtudes.

Un buen día ocurrió que el rey, por causa de una tormenta, entró en el molino y les preguntó a los molineros si el joven era su hijo.

—No —contestaron—, es un expósito; hace catorce años vino navegando en una caja hasta la presa y el aprendiz lo sacó del agua.

A esto el rey se dio cuenta de que era el niño que él había lanzado al agua, y dijo:



—Buena gente, ¿podría llevar el joven una carta a la reina? Le daré dos monedas de oro.

—Como mande el señor rey —contestaron, e hicieron al joven que se preparara.

Entonces el rey escribió una carta a la reina en la que le decía: «Tan pronto como llegue el muchacho con este escrito, debe ser matado y enterrado, y todo debe suceder antes de que yo regrese.»

El muchacho se puso en camino con la carta, pero se perdió; llegó por la noche a un bosque, en la oscuridad distinguió una pequeña luz, se dirigió allí y encontró una casa. Cuando entró, vio a una mujer totalmente sola sentada al fuego. Ella se asustó al ver al muchacho:

—¿De dónde vienes, adónde vas?

—Vengo del molino —contestó— y quiero llegar hasta la reina, a la que tengo que entregar esta carta; pero como me he perdido en el bosque, me quedaré aquí gustosamente a pasar la noche.

—Pobre joven —dijo la mujer—, has caído en una guarida de ladrones, y cuando regresen te matarán.

—Que venga el que quiera —dijo el joven—, no tengo miedo; estoy tan cansado que no puedo seguir.

Y se estiró en un banco y se durmió. Poco después llegaron los ladrones y preguntaron furiosos:

—¿Quién era el joven forastero que había ahí?

—¡Ay! —dijo la vieja—. Es un inocente niño que se ha perdido en el bosque y le he acogido por compasión. Tiene que llevar una carta a la reina.

Los ladrones abrieron la carta y leyeron en ella que el muchacho, tan pronto como llegara, debería ser matado. Los despiadados bandidos sintieron compasión por él. El jefe rompió la carta y escribió otra en la que decía que, tan pronto como llegara, el muchacho debería casarse con la hija del rey. Le dejaron que siguiera tendido tranquilamente en el banco hasta la mañana siguiente, y cuando se despertó le dieron la carta y le enseñaron el verdadero camino. La reina, cuando recibió la carta y la leyó, hizo lo que decía en ella, mandó preparar una gran fiesta de boda y la hija del rey se casó con el muchacho que había nacido de pie, y dado que era hermoso y bueno vivió feliz y contenta con él.

Después de algún tiempo regresó el rey a palacio y vio que se había cumplido la profecía y que el niño de la suerte estaba casado con su hija.

—¿Cómo ha pasado esto? —dijo—. Yo di en mi carta otra orden.

La reina le entregó la carta y dijo que leyera por sí mismo lo que allí se decía. Le preguntó al muchacho qué había pasado con la carta que le había encomendado, y por qué había traído otra en su lugar.

—Yo no sé nada de eso —contestó—. Me la tuvieron que cambiar por la noche, mientras dormía en el bosque.

Lleno de ira habló el rey:

—¡Tan sencillo no te va a resultar! El que quiera tener a mi hija ha de traerme del infierno tres pelos de oro de la cabeza del diablo. Si me traes lo que exijo, podrás conservar a mi hija.

Con esto esperaba el rey librarse de él. Pero el niño de la suerte contestó:

—Traeré los tres pelos con seguridad, no tengo miedo al diablo.

Después de decir esto se despidió y comenzó su viaje.

El camino le llevó a una gran ciudad, en la que el vigilante le preguntó en el portón qué oficio tenía y lo que sabía:

—Yo lo sé todo —contestó el niño de la suerte.

—Entonces podrás hacernos un favor —respondió el vigilante—, si nos dices por qué nuestra fuente del mercado, de la que en tiempo manaba vino, se ha secado y ya no da ni agua.

—Lo sabréis —contestó—. Esperad a que vuelva de mi viaje.

Siguió andando y llegó ante otra ciudad; allí el vigilante de la puerta volvió a preguntarle qué oficio tenía y lo que sabía.

—Yo lo sé todo —contestó.

—Entonces podrás hacernos un favor y decirnos por qué un árbol de nuestra ciudad, que daba por lo general manzanas de oro, ya no tiene ni siquiera hojas.

—Lo sabréis —contestó—, pero esperad hasta que vuelva.

Siguió su camino y llegó a un gran río que tenía que atravesar. El barquero le preguntó qué oficio tenía y lo que sabía.

—Yo lo sé todo —contestó.

—Entonces podrás hacerme un favor —dijo el barquero— y decirme por qué tengo siempre que ir de una orilla a otra y nunca se me releva.

—Lo sabrás —contestó—, pero espera a que vuelva.

Cuando pasó el río, se encontró ante la puerta del infierno. Estaba oscura y cubierta de hollín, y el diablo no estaba en casa, pero su abuela estaba sentada en una gran silla.

—¿Qué quieres? —le dijo, pero no tenía aspecto de malvada.

—Yo quisiera tres pelos de oro de la cabeza del diablo —contestó—. Si no, no podré conservar a mi mujer.

—Eso es mucho pedir —dijo ella—. Si el diablo viene y te encuentra, se te tirará al cuello; pero me das pena: veré si puedo ayudarte.

Lo transformó en hormiga y dijo:

—Escóndete en una arruga de mi falda, ahí estarás seguro.

—Bien, eso me agrada, pero todavía quiero saber tres cosas más. ¿Por qué una fuente que daba vino, se ha secado y ya no da ni agua? ¿Por qué un árbol que tenía manzanas de oro no tiene ni follaje? ¿Y por qué un barquero tiene siempre que ir de una orilla a otra y no se le releva nunca?

—Eso son preguntas difíciles —contestó ella—, pero estáte callado y quieto y atiende a lo que diga el diablo, cuando yo le arranque los tres pelos.

De noche, llegó el diablo a casa. Apenas había entrado, notó que el aire estaba enrarecido.

—¡Huelo, huelo a carne humana! —dijo—. Aquí hay algo que no está en orden.

Luego escudriñó por todas las esquinas pero no pudo encontrar nada. La abuela le reprendió:

—Acabo de barrer y de colocar todo en orden y vienes y me pones todo patas arriba. Siempre estás pensando en la carne humana. Siéntate y come tu cena.

Después de haber comido y bebido, se encontró cansado, y puso su cabeza en el regazo de la abuela, y le dijo que le despiojara un poco. No había pasado mucho tiempo, cuando se durmió, soplando y roncando. Entonces la vieja cogió un pelo de oro, lo arrancó y lo colocó al lado.

—¡Ay, ay! —gritó el diablo—. ¿Qué pretendes?

—He tenido una pesadilla —dijo la abuela—, y por eso te he tirado del pelo.

—¿Qué has soñado?

—He soñado que una fuente de mercado, de la que manaba por lo general vino, ahora está seca y no mana ni siquiera agua. ¿Cuál es la causa?

—¡Huy, si lo supieran! —contestó el diablo—. Hay una rana bajo la piedra en la fuente: si la matan, manará de nuevo vino.

La abuela le siguió despiojando, hasta que se durmió y roncó de tal manera que las ventanas temblaban. Entonces le arrancó el segundo pelo.

—¡Ay! ¿Pero qué haces? —gritó el diablo furioso.

—No lo tomes a mal —contestó ella.

—¿Qué has soñado ahora? —dijo.

—He soñado que en un reino había un árbol frutal que tenía siempre manzanas de oro y ahora ni siquiera le crece follaje. ¿Dónde reside la causa?

—¡Huy, huy, si lo supieran! —contestó el diablo—. La raíz la está royendo un ratón: si lo matan, dará de nuevo manzanas de oro, pero si sigue royendo estropeará el árbol por completo. ¡Pero déjame ya en paz con tus sueños! Si me vuelves a estorbar mientras duermo, te arrearé un sopapo.

La abuela le constestó de buenas maneras y lo siguió despiojando, hasta que se durmió y roncó. Entonces le cogió el tercer pelo y se lo arrancó. El diablo dio un respingo, gritando, y quiso emprenderla con ella, pero ella le calmó y dijo:

—¿Quién tiene la culpa de los malos sueños?

—¿Qué has soñado ahora? —preguntó él con manifiesta curiosidad.

—He soñado con un barquero que se quejaba de tener que ir siempre de una orilla a otra del río y de que nunca le relevaban. ¿Cuál es la razón?

—¡Huy, el zoquete! —contestó el diablo—. Cuando llegue uno que quiera pasar, tiene que hacer que coja el remo y entonces el otro tendrá que viajar de un lado a otro y él estará libre.

Ya que la abuela le había arrancado los tres pelos y le había contestado a las tres preguntas, dejó al viejo endriago en calma y él se durmió hasta que fue de día.

Cuando el diablo se hubo marchado de nuevo, sacó la abuela a la hormiga de la arruga de la falda y le devolvió al niño de la suerte su figura humana.

—Aquí tienes los tres pelos de oro —dijo la vieja—. Espero que hayas retenido lo que el diablo ha dicho a las tres preguntas.

—Sí —contestó él—, lo he oído y procuraré retenerlo.

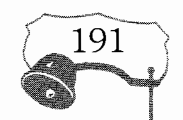
—Bueno, ya te he ayudado —dijo ella—, ya puedes proseguir tu camino.

El agradeció a la vieja su ayuda en situación tan apurada, abandonó la cueva y se alegró de que todo le hubiera salido bien.

Cuando llegó junto al barquero, éste le pidió la respuesta prometida.

—Primero llévame a la otra orilla —dijo el niño de la suerte—, y te diré cómo serás liberado.

Y cuando había llegado a la otra orilla, le dio el consejo del diablo:



—Cuando venga alguien y quiera pasar, haz que coja el remo.

Siguió su camino y llegó a la ciudad donde estaba el árbol seco y donde el vigilante también quiso tener la respuesta.

Entonces le dijo:

—Matad al ratón que está royendo su raíz, entonces dará otra vez manzanas de oro.

El vigilante le recompensó con dos asnos cargados de oro.

Finalmente llegó a la ciudad cuya fuente estaba seca. A continuación le dijo al vigilante lo dicho por el diablo:

—Hay una rana en la fuente bajo la piedra, tenéis que buscarla y matarla. Después de eso os dará de nuevo vino en abundancia.

El vigilante le dio las gracias y le obsequió también con dos asnos de oro.

Finalmente llego el niño de la suerte a la casa de su mujer, que se alegró muchísimo al verlo y oír que todo le había salido bien. Al rey le dio lo que había exigido, los tres pelos del diablo y, cuando éste lo vio con los cuatro asnos cargados de oro, se puso muy contento y dijo:

—Bien, ahora que están cumplidos todos mis deseos, puedes conservar a mi hija. Pero, dime, querido yerno: ¿De dónde es tanto oro? Son tesoros considerables.

—He pasado un río —dijo él— y allí lo he cogido en la orilla: lo hay en lugar de arena.

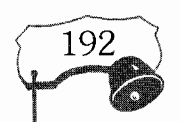
—¿Puedo yo también cogerlo de allí? —dijo el rey, lleno de codicia.

—Tanto como queráis —contestó él—. Hay un barquero en el río, pedidle que os cruce, y podréis llenar vuestros sacos en la otra orilla.

El avaricioso rey se puso, a toda prisa, en camino y, cuando llegó al río, le hizo una seña al barquero para que lo cruzase. El barquero se acercó y le hizo subir, y cuando llegaron a la otra orilla le dio el remo en la mano y saltó. El rey tuvo que llevar la barca, a partir de entonces, en castigo por sus pecados.

¿Seguirá todavía remando? Seguramente nadie le habrá librado del remo.





Piojito y pulguita

Un piojito y una pulguita vivían juntos en una casa y hacían la cerveza en una cáscara de huevo. Un día se cayó dentro el piojito y se quemó. A esto empezó a gritar la pulguita. Entonces habló la puertecita de la habitación:

—¿Por qué gritas, pulguita?

—Porque el piojito se ha quemado.

La puertecita empezó entonces a chirriar. A esto dijo una escobita en la esquina:

—¿Por qué chirrías, puertecita?

—¿Acaso no debo chirriar? El piojito se ha quemado y la pulguita llora.

La escobita comenzó a barrer tremendamente. A esto pasó un carrito y dijo:

—¿Por qué barres, escobita?

—¿Acaso no debo barrer? El piojito se ha quemado, la pulguita llora y la puertecita chirría.

Entonces dijo el carrito:

—Correré —y se puso a correr tremendamente.

A esto habló un montoncito de estiércol delante del cual pasaba:

—¿Por qué corres, carrito?

—¿Acaso no debo correr? El piojito se ha quemado, la pulguita llora, la puertecita chirría y la escobita barre.

Entonces dijo el montoncito de estiércol:

—Bien, arderé tremendamente —y empezó a arder con una llama clara.

Allí había, junto al montoncito de estiércol, un arbolito, que dijo:

—¿Montoncito, por qué ardes?

—¿Acaso no debo arder? El piojito se ha quemado, la pulguita llora, la puertecita chirría, la escobita barre y el carrito corre.

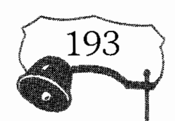
El arbolito dijo entonces:

—Bien, pues yo me sacudiré —y empezó a sacudirse de tal manera, que se le cayeron todas las hojas. A esto una muchachita que llegaba con un cantarillo de agua dijo:

—¿Arbolito, por qué te sacudes?

—¿Acaso no debo sacudirme? El piojito se ha quemado, la pulguita llora, la puertecita chirría, la escobita barre, el carrito corre, y el montoncito de estiércol arde.

Entonces, dijo la muchacha:



—Bien, romperé mi cantarillo de agua —y rompió el cantarillo.

A esto habló la fuentecita de la que manaba agua:

—Muchachita, ¿por qué rompes tu cantarillo?

—¿Acaso no debo romper mi cantarillo? El piojito se ha quemado, la pulguita llora, la puertecita chirría, la escobita barre, el carrito corre, el montoncito de estiércol arde y el arbolito se sacude.

—¡Huy! —dijo la fuente—. Entonces comenzaré a fluir.

Y comenzó a fluir con tal fuerza que se ahogaron todos: la muchachita, el arbolito, el montoncito de estiércol, el carrito, la escobita, la puertecita, la pulguita, y el piojito, todos juntos.



La muchacha sin manos

Un molinero se había ido volviendo pobre poco a poco, y al fin no tenía más que su molino, detrás del que había un gran manzano. Una vez que fue al bosque para coger leña, se presentó ante él un hombre viejo al que no había visto en toda su vida.

—¿Por qué te martirizas cogiendo leña? Yo te haré rico si me prometes lo que está detrás de tu molino.

«¿Qué otra cosa puede ser más que el manzano?», pensó el molinero y dijo:

—Sí —y se lo prometió al forastero. Este se rió, sin embargo, burlonamente y dijo:

—Dentro de tres años vendré y recogeré lo que me pertenece —y se marchó.

Cuando el molinero llegó a su casa, le salió al paso su mujer y dijo:

—Molinero, ¿de dónde viene esta repentina riqueza en nuestra casa? De pronto están llenos de oro todos los cajones y cajas, nadie lo ha traído y yo no sé cómo ha pasado.

El contestó:

—Viene de un forastero que me he encontrado en el bosque y que me ha prometido grandes riquezas; yo le he prometido a cambio lo que está detrás del molino; bien le podemos dar el manzano por esto.

—¡Ay, marido! —dijo la mujer asustada—. Ese es el diablo; no ha pensado en el manzano, sino en nuestra hija que estaba detrás del molino y barría el patio.

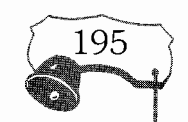
La hija del molinero era una muchacha piadosa y hermosa y vivió los tres años siguientes temerosa de Dios y sin pecado. Cuando pasó el tiempo y llegó el día en el que la debía recoger el diablo, se lavó cuidadosamente y trazó con una tiza un círculo alrededor de ella. El diablo apareció muy temprano, pero no pudo acercársele. Furioso, le dijo al molinero:

—Quítale toda el agua para que no se pueda lavar más, pues de lo contrario no tendré poder sobre ella:

El molinero sintió miedo y lo hizo. A la mañana siguiente vino otra vez el diablo, pero ella había llorado encima de sus manos y las tenía totalmente limpias. De nuevo no se pudo acercar y le dijo furioso al molinero:

—Córtale las manos, si no, no puedo hacerme con ella.

El molinero se asustó y contestó:



—¿Cómo puedo cortarle las manos a mi propia hija?

Entonces el malvado le amenazó y dijo:

—Si no lo haces, entonces serás tú el que seas mío, y te llevaré conmigo.

El padre sintió miedo y prometió obedecerle.

Después de esto fue junto a la muchacha y dijo:

—Hija mía, si no te corto las manos, me llevará el diablo, y por miedo se lo he prometido, perdóname que te haga daño.

Ella contestó:

—Querido padre, hazme lo que quieras, yo soy tu hija.

A continuación extendió las manos y se las dejó cortar.

El diablo volvió por tercera vez, pero ella había llorado tanto sobre sus muñones, que estaban inmaculados. Entonces se vio obligado a retirarse y perdió todos los derechos sobre ella.

El molinero dijo:

—He ganado tantas riquezas gracias a ti, que te mantendré toda la vida de forma excelente.

Ella, sin embargo, contestó:

—Yo no puedo permanecer aquí, tengo que partir. Personas compasivas me darán lo que necesite.

Después de esto se hizo atar sus brazos mutilados a la espalda y a la salida del sol se puso en camino y anduvo toda la jornada hasta que fue de noche.

Llegó entonces a un jardín real, y a la luz de la luna vio que había allí árboles cargados de fruta, pero ella no pudo entrar, pues a su alrededor había agua. Y como había andado tanto y el hambre la martirizaba, pensó: «Ojalá estuviera dentro para poder comer algo de fruta, si no me moriré de hambre.»

Se arrodilló e imploró al Señor rezando. De pronto apareció un ángel que cerró con una esclusa el agua, de tal manera que quedara el foso seco, y ella pudo entonces atravesarlo. Entró en el jardín y el ángel con ella. Vio un árbol con fruta, que eran peras preciosas, pero estaban todas contadas. Se acercó y comió una con la boca en el árbol para calmar su hambre, pero no más. El jardinero la vio, pero como el ángel estaba a su lado tuvo miedo y creyó que la joven era un espíritu, se calló y no se atrevió a gritar ni a dirigirle la palabra. Cuando se hubo comido la pera y saciado el hambre, se fue y se escondió en la maleza.

El rey al que pertenecía el jardín bajó al día siguiente, contó las peras, y vio que faltaba una y preguntó al jardinero dónde había ido a parar, ya que no estaba debajo del árbol y había desaparecido. El jardinero contestó:

—La noche pasada entró un espíritu que no tenía manos y cogió una con la boca.

El rey dijo:

—¿Cómo ha atravesado ese espíritu el agua y adónde ha ido después de comerse la pera?

El jardinero respondió:

—Alguien vino desde el cielo con un traje blanco como la nieve, cerró la esclusa y detuvo el agua para que el espíritu pudiera pasar por el foso. Y como debía ser un ángel, tuve miedo y ni pregunté ni grité. Después de comerse la pera, el espíritu se fue.

El rey dijo:

—Si ha sido como dices, esta noche permaneceré contigo en vela.

Cuando cayó la noche llegó el rey al jardín, y traía consigo a un sacerdote que debería dirigir la palabra al espíritu. Los tres se sentaron bajo un árbol y prestaron atención. A media noche llegó la muchacha saliendo de la maleza, se acercó al árbol y comió otra vez una pera con la boca. Al lado de ella estaba el ángel de blancas vestiduras. Entonces salió el sacerdote y habló así:

—¿Vienes de parte de Dios, o eres de este mundo? ¿Eres un espíritu o un ser humano?

Ella contestó:

—No soy espíritu alguno, sino un pobre ser humano, abandonada de todos menos de Dios.

El rey dijo:

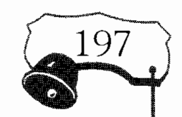
—Si estás abandonada de todo el mundo, yo no te abandonaré.

La llevó consigo a su palacio real y, como era bella y piadosa, la amó de todo corazón, hizo que le fabricaran unas manos de plata y la convirtió en su esposa.

Después de un año tuvo el rey que partir a la guerra; encomendó a la joven reina a su madre y dijo:

—Cuando dé a luz, preocúpate de ella y cuídala y escríbeme rápidamente una carta.

Pues bien, ella tuvo un hermoso niño. La madre le escribió inmediatamente y le anunció la buena nueva. El mensajero se sentó a descansar por el camino en un arroyo y, como estaba cansado del largo camino, se durmió. Entonces llegó el diablo, que siempre estaba deseoso de causarle algún mal a la joven reina, y cambió la carta por otra en la que decía que la reina había dado a luz un monstruo. Cuando el rey leyó la carta se asustó y se entristeció profundamente; sin embargo, escribió como respuesta que aten-



dieran bien a la reina y la cuidaran hasta su llegada. El mensajero regresó con la carta, se paró a descansar en el mismo lugar y volvió a dormirse. De nuevo apareció el diablo y le puso otra carta en el bolsillo; en ella decía que mataran a la joven reina con el niño. La anciana madre se asustó sobremanera cuando recibió la carta, no lo quería creer y le escribió al rey de nuevo, pero no recibió ninguna otra contestación porque el diablo le daba al mensajero cada vez una carta falsa. Y en la última carta decía más aún: como prueba debería guardar la lengua y los ojos de la reina.

Pero la madre lloró de tener que derramar sangre inocente e hizo que le trajeran por la noche una corza, le cortó la lengua, le sacó los ojos y los guardó. Luego le dijo a la reina:

—Yo no puedo dejar que te maten, como manda el rey, pero tú no puedes seguir aquí por más tiempo. Vete con tu hijo por el ancho mundo y no vuelvas nunca más.

Le ató el niño a la espalda y la pobre mujer se fue con los ojos llorosos. Llegó a un gran bosque salvaje; entonces se puso de rodillas y rezó a Dios, y el ángel del Señor se apareció ante ella y la condujo a una pequeña casa. En la casa había una plaquita con la frase: «Aquí viven todos libremente».

De la casita salió una doncella blanca como la nieve:

—Bienvenida, reina —dijo, y la llevó adentro.

Entonces le desató al pequeño de la espalda y lo sujetó en su pecho para que mamara y lo puso en una linda camita bien preparada. A esto dijo la pobre mujer:

—¿Cómo sabes que soy una reina?

La blanca doncella contestó:

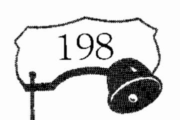
—Yo soy un ángel enviado por Dios para cuidar de ti y de tu hijo.

Ella permaneció en la casa siete años y estuvo bien cuidada, y, por la gracia de Dios y a causa de su piedad, le crecieron de nuevo las manos.

El rey volvió, finalmente, de la guerra y lo primero que hizo fue querer ver a su mujer con el niño. Entonces la anciana madre empezó a llorar y dijo:

—Hombre despiadado, tú me escribiste que matara a dos almas inocentes —y le mostró las dos cartas que había falsificado el malvado, y siguió hablando—: He hecho lo que me mandaste —y le enseñó como prueba la lengua y los ojos.

El rey comenzó entonces a llorar mucho más amargamente por su pobre mujer y su hijito, de tal manera que la madre sintió compasión y le dijo:



—Tranquilízate, todavía viven; hice matar secretamente a una corza y de ésta tomé las señales de prueba; a tu mujer le até el niño a la espalda y la mandé que se marchase a recorrer mundo y me ha prometido no volver nunca por aquí, debido a que tú estabas tan furioso con ella.

El rey dijo:

—Iré hasta los confines del universo y ni comeré ni beberé hasta que haya encontrado a mi querida esposa y mi hijo, si es que mientras tanto no han sufrido una desgracia o se han muerto de hambre.

Dicho esto se lanzó al mundo durante siete años y los buscó por todas las rocas y cuevas, pero no los encontró y pensó que habían muerto. Durante este tiempo no comió ni bebió, pero Dios le conservó con vida. Finalmente fue a parar a un gran bosque y encontró allí la pequeña casa con la plaquita: «Aquí viven todos libremente». Salió luego la blanca doncella, le cogió de la mano y le llevó adentro diciendo:

—Bienvenido, señor rey —y le preguntó de dónde venía.

El contestó:

—He viajado por ahí durante siete años y busco a mi mujer y a mi hijo, pero no los puedo encontrar.

El ángel le ofreció comida y bebida, pero no la quiso tomar y solamente quiso descansar un poco. Se echó a dormir y se tapó la cara con un paño.

A continuación fue el ángel a la habitación donde estaba la reina con su hijo, al que ella llamaba generalmente *Rico en Dolores*, y le dijo:

—Sal con tu hijo, tu marido ha llegado.

Ella fue a donde él estaba y el paño se le resbaló de la cara. Ella dijo:

—*Rico en Dolores*, levanta el paño a tu padre y cúbrele con él la cara.

El niño lo levantó y le tapó de nuevo la cara. El rey oyó todo esto en sueños y dejó caer el paño otra vez. Entonces el muchachito se puso impaciente:

—Querida madre, ¿cómo puedo yo tapar la cara a mi padre? Yo no tengo padre alguno en la tierra. Yo he aprendido a orar «Padre nuestro, que estás en los cielos»; tú me has dicho que mi padre estaba en el cielo y era Dios. ¿Cómo puedo conocer a un hombre tan salvaje? Este no es mi padre.

Cuando el rey oyó esto, se incorporó y preguntó quién era ella. Ella dijo a esto:

—Soy tu mujer y éste es tu hijo *Rico en Dolores*.

Pero el vio sus manos y dijo:

—Mi mujer tenía manos de plata.

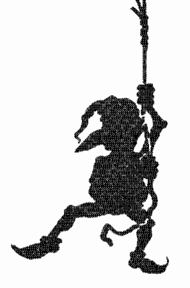
Ella contestó:

—Las manos naturales me las ha hecho crecer de nuevo el Señor misericordioso.

El ángel fue a la habitación, cogió las manos de plata y se las enseñó. Entonces le cupo la seguridad de que aquellos eran su querida esposa y su querido hijo y los besó feliz y dijo:

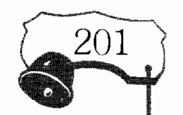
—Se me ha quitado un enorme peso del corazón.

El ángel de Dios les dio a continuación de comer a todos y se fueron a casa de su anciana madre. La alegría fue general y el rey y la reina celebraron sus bodas otra vez y vivieron felices hasta el piadoso fin de sus días.



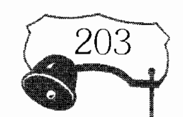
Hans, el espabilado

La madre de Hans pregunta:
—¿Adónde vas, Hans?
Hans contesta:
—A ver a Gretel.
—Pórtate bien, Hans.
—Lo haré. Adiós, madre.
—Adiós, Hans.
Hans llega a casa de Gretel.
—Buenos días, Gretel.
—Buenos días, Hans. ¿Qué traes de bueno?
—Traer nada, tú has de darme.
Gretel le regala a Hans una aguja. Hans dice:
—Adiós, Gretel.
—Adiós, Hans.
Hans coge la aguja, la mete en un carro de heno y va detrás del carro hacia casa.
—Buenas tardes, madre.
—Buenas tardes, Hans.
—Hans, ¿dónde has estado?
—Con Gretel.
—¿Qué le has llevado?
—Llevado nada, ella me ha dado.
—¿Qué te ha dado Gretel?
—Me ha dado una aguja.
—¿Dónde tienes la aguja, Hans?
—Metida en el carro de heno.
—Mal hecho, Hans. Tenías que haber prendido la aguja en la manga.
—No importa, la próxima vez lo haré mejor.
—¿Adónde vas, Hans?
—A ver a Gretel, madre.
—Pórtate bien, Hans.
—Lo haré. Adiós, madre.
—Adiós, Hans.
Hans llega a casa de Gretel:
—Buenos días, Gretel.
—Buenos días, Hans. ¿Qué traes de bueno?
—Traer nada, tú has de darme.
Gretel regala a Hans un cuchillo.

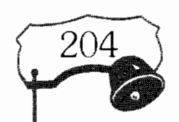


—Adiós, Gretel.
—Adiós, Hans.
Hans coge el cuchillo y se lo pone en la manga y se va a casa.
—Buenas tardes, madre.
—Buenas tardes, Hans. ¿Dónde has estado?
—Con Gretel.
—¿Qué le has llevado?
—Llevado nada, ella me ha dado.
—¿Qué te ha dado Gretel?
—Me ha dado un cuchillo.
—¿Dónde tienes el cuchillo, Hans?
—Prendido en la manga.
—Mal hecho, Hans. Tenías que haber metido el cuchillo en el bolsillo.
—No importa, la próxima vez lo haré mejor.
—¿Adónde vas, Hans?
—A ver a Gretel.
—Pórtate bien, Hans.
—Lo haré. Adiós, madre.
—Adiós, Hans.
Hans llega a casa de Gretel:
—Buenos días, Gretel.
—Buenos días, Hans. ¿Qué traes de bueno?
—Traer nada, tú has de darme.
Gretel le regala a Hans una cabra.
—Adiós, Gretel.
—Adiós, Hans.
Hans coge la cabra, le ata las patas y se la mete en el bolsillo. Cuando llega a casa, la cabra se ha asfixiado.
—Buenas tardes, madre.
—Buenas tardes, Hans. ¿Dónde has estado?
—Con Gretel.
—¿Qué le has llevado?
—Llevado nada, ella me ha dado.
—¿Qué te ha dado Gretel?
—Me ha dado una cabra.
—¿Dónde tienes la cabra?
—Metida en el bolsillo.
—Mal hecho, Hans. Tenías que haberla atado con una soga.
—No importa, la próxima vez lo haré mejor.
—¿Adónde vas, Hans?
—A ver a Gretel.

—Pórtate bien, Hans.
—Lo haré. Adiós, madre.
—Adiós, Hans.
Hans llega a casa de Gretel:
—Buenos días, Gretel.
—Buenos días, Hans.
—¿Qué traes de bueno?
—Traer nada, tú has de darme.
Gretel le regala a Hans un trozo de tocino.
—Adiós, Gretel.
—Adiós, Hans.
Hans coge el tocino, le ata un cordel y lo arrastra tras de sí. Los perros se acercan y se comen el tocino. Cuando llega a casa no tiene más que el cordel en la mano.
—Buenas tardes, madre.
—Buenas tardes, Hans.
—¿Dónde has estado?
—Con Gretel.
—¿Qué le has llevado?
—Llevado nada, ella me ha dado.
—¿Qué te ha dado Gretel?
—Me ha dado un trozo de tocino.
—¿Dónde tienes el tocino, Hans?
—Lo he atado al cordel, lo he arrastrado a casa y los perros se lo han comido.
—Mal hecho, Hans. Tenías que haber traído el tocino en la cabeza.
—No importa, la próxima vez lo haré mejor.
—¿Adónde vas, Hans?
—A ver a Gretel.
—Pórtate bien, Hans.
—Lo haré. Adiós, madre.
—Adiós, Hans.
Hans llega a casa de Gretel:
—Buenos días, Gretel.
—Buenos días, Hans. ¿Qué traes de bueno?
—Traer nada, tú has de darme.
Gretel le regala a Hans una ternera.
—Adiós, Gretel.
—Adiós, Hans.
Hans coge la ternera, se la pone encima de la cabeza y la ternera le patea toda la cara.



—Buenas tardes, madre.
—Buenas tardes, Hans. ¿Dónde has estado?
—Con Gretel.
—¿Qué le has llevado?
—Llevado nada, ella me ha dado.
—¿Qué te ha dado Gretel?
—Me ha dado una ternera.
—¿Dónde tienes la ternera, Hans?
—Colocada en la cabeza, me ha golpeado la cara.
—Mal hecho, Hans. Tenías que tirar de la ternera y llevarla a la cuadra.
—No importa, la próxima vez lo haré mejor.
—¿Adónde vas, Hans?
—A ver a Gretel.
—Pórtate bien, Hans.
—Lo haré. Adiós, madre.
—Adiós, Hans.
Hans llega a casa de Gretel.
—Buenos días, Gretel.
—Buenos días, Hans. ¿Qué traes de bueno?
—Traer nada, tú has de darme.
Gretel dice a Hans:
—Iré contigo.
Hans coge a Gretel, la ata a la soga, la guía y la conduce a la cuadra. Luego va a ver a su madre.
—Buenos tardes, madre.
—Buenas tardes, Hans. ¿Dónde has estado?
—Con Gretel.
—¿Qué le has llevado?
—Llevado, nada.
—¿Qué te ha dado Gretel?
—Dado nada, me ha acompañado.
—¿Dónde has dejado a Gretel?
—La he conducido con la soga, atado al pesebre y le he echado pasto.
—Mal hecho, Hans, debías haberle lanzado miradas con ojos tiernos.
—No importa, la próxima vez lo haré mejor.
Hans va al establo, saca a todas las terneras y corderos los ojos y se los lanza a Gretel a la cara. Gretel se enfada, se desata y se aleja corriendo, y éste se queda sin prometida.



Los tres lenguajes

En Suiza vivía una vez un viejo conde que tenía un solo hijo. Este era, sin embargo, tonto y no podía aprender nada. Una vez le dijo el padre:

—Oye, hijo, no logro meterte nada en la cabeza, haga lo que haga. Tienes que irte de aquí. Te entregaré a un conocido maestro para que intente enseñarte algo.

El joven fue enviado a una ciudad desconocida y permaneció junto al maestro durante todo un año. Transcurrido este tiempo, regresó a casa de su padre y el padre preguntó:

—Y bien, hijo mío, ¿qué has aprendido?

—Padre, he aprendido cómo ladran los perros —contestó.

—¡Qué Dios tenga piedad de mí! —gritó el padre—. ¿Eso es todo lo que has aprendido? Te mandaré a otro maestro en otra ciudad.

El joven fue llevado allí y permaneció en casa de este maestro también un año. Cuando regresó, preguntó de nuevo el padre:

—Hijo mío, ¿qué has aprendido?

—Padre —contestó—, he aprendido lo que hablan los pajaritos.

Entonces el padre se llenó de ira y dijo:

—¡Oh, desgraciado! Has perdido todo este tiempo tan precioso y no has aprendido nada. ¿No te da vergüenza colocarte ante mi vista? Te mandaré con un tercer maestro, pero si esta vez no aprendes nada, dejaré de ser tu padre.

El hijo permaneció con el tercer maestro igualmente un año entero y cuando volvió a su casa, el padre preguntó:

—Hijo mío, ¿qué has aprendido?

El hijo contestó:

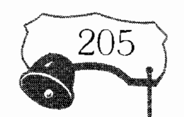
—Querido padre, este año he aprendido lo que dicen las ranas cuando croan.

El padre montó en cólera, dio un salto, llamó a su gente y dijo:

—Este ha dejado de ser mi hijo, lo repudio y os ordeno que lo llevéis al bosque y le quitéis la vida.

Lo llevaron lejos, pero, cuando iban a matarlo, no pudieron más de compasión y le dejaron marchar. A un venado le cortaron los ojos y la lengua para que el viejo tuviera pruebas de su muerte.

El joven siguió caminando y, después de algún tiempo, llegó a un castillo, donde rogó que le dieran alojamiento esa noche:



—Bien —dijo el castellano—, si quieres pasar la noche allá abajo en la vieja torre, puedes ir, pero te prevengo que es muy arriesgado, pues está lleno de perros salvajes que aúllan y ladran sin descanso y a cierta hora hay que entregarles un hombre, que devoran a toda velocidad.

Toda la región estaba por ello muerta de pena y miedo y nadie sabía qué es lo que había que hacer. Pero el joven no era miedoso y dijo:

—Dejadme ir con los perros que aúllan. Dadme algo para echárselo, que a mí no me harán nada.

Como él no quería nada para sí, le dieron algo de comida para los animales salvajes y le llevaron a la torre. Cuando entró, los perros no le ladraron, menearon sus rabos de forma amistosa, comieron lo que les dio y no le tocaron ni un pelo. A la mañana siguiente, y para la admiración de todos, llegó sano y salvo y le dijo al señor del castillo:

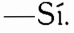
—Los perros me han revelado en su lengua por qué viven allí y hacen daño al país. Están hechizados y tienen que vigilar un gran tesoro, que está debajo de la torre, y no estarán tranquilos mientras permanezca allí el tesoro. El cómo sacarlo lo he deducido de sus conversaciones.

Se alegraron todos los que oyeron esto, y el señor del castillo dijo que le tomaría por hijo si lograba llevar el asunto a cabo felizmente.

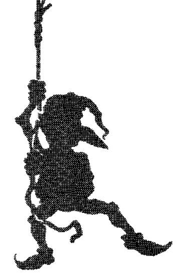
Volvió a bajar y, como ya sabía lo que tenía que hacer, lo llevó a cabo y trajo un arca llena de oro. El aullido de los perros no se oyó nunca más, desaparecieron y el país se vio libre de la plaga.

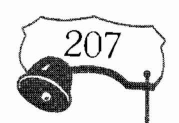
Después de un tiempo se le ocurrió que quería ir a Roma. En el camino llegó a una ciénaga en la que había ranas croando. El prestó atención a lo que hablaban y se puso muy pensativo y triste. Finalmente llegó a Roma; allí se acababa de morir el Papa y, entre los cardenales, no sabían a quien tenían que elegir Papa. Se pusieron de acuerdo por fin y elegirían Papa a aquel en el que se hiciera visible una señal divina. Y cuando acababan de llegar a esta decisión, en ese mismo momento entró el joven conde en la iglesia y de pronto volaron dos palomas blanquísimas posándose en sus hombros. Los clérigos reconocieron en eso la señal divina y le preguntaron a bocajarro si quería ser Papa. Estaba indeciso y no sabía si era digno de ello, pero las palomas le convencieron de que tenía que hacerlo y finalmente dijo:

—Sí.



Luego le ungieron y le consagraron, y con esto se había cumplido lo que oyó a las ranas en el camino y que tanto le había preocupado: que tenía que convertirse en Padre Santo. Después tuvo que cantar una misa y no sabía ni una palabra de ella, pero las dos palomas continuaron posadas constantemente en sus hombros y le susurraron todo al oído.





Elsa, la lista

Erase una vez un hombre que tenía una hija a la que llamaban *Elsa, la lista.* Cuando ya había crecido, dijo el padre:

—Vamos a ver si la casamos.

—Sí —dijo la madre—. ¡Ojalá viniera uno que la quisiera!

Finalmente llegó uno de muy lejos que se llamaba Juan y la cortejó, pero puso como condición que Elsa, la lista, fuera de verdad muy inteligente.

—¡Oh! —dijo el padre—. Ella hila muy fino.

Y la madre dijo:

—Ve cómo corre el viento y oye cómo crece la hierba.

—Sí —dijo Juan—, si no es muy inteligente, no la tomaré por esposa.

Cuando estaban sentados a la mesa y habían comido, dijo la madre:

—Elsa, ve a la bodega y trae cerveza.

Elsa, la lista, cogió el cántaro de la pared, fue a la bodega y, por el camino, abría y cerraba insistentemente la tapadera para que el tiempo no se le hiciera demasiado largo. Cuando estuvo abajo, cogió una sillita y la colocó ante el barril para no tener que agacharse y no le doliera la espalda y le vinieran después males no esperados. Luego colocó la jarra delante de ella, abrió la espita y, mientras la cerveza la llenaba, no quiso que sus ojos permanecieran desocupados, miró hacia arriba de la pared y descubrió, después de mirar de un lado a otro, una alcayata precisamente encima de ella, que los albañiles habían dejado allí por descuido. Entonces Elsa, la lista, empezó a llorar y dijo:

—Si me caso con Juan y tenemos un hijo y éste es mayor y lo mandamos a la bodega para que saque cerveza, puede caerle la alcayata en la cabeza y matarle.

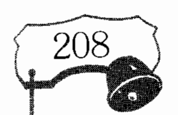
Entonces se sentó y lloró con todas sus fuerzas sobre la desgracia inminente. Los de arriba esperaban la bebida, pero Elsa, la lista, no volvía. A la vista de eso dijo la mujer a la sirvienta:

—Baja a la bodega y mira dónde se ha quedado Elsa.

La muchacha bajó y se la encontró sentada encima del barril y gritando con todas sus fuerzas.

—Elsa, ¿por qué lloras? —preguntó la muchacha.

—¡Ay! —dijo—. ¿Acaso no debo llorar? Si me caso con Juan y tenemos un niño, y éste es mayor y tiene que sacar bebida de aquí, puede caerle esa alcayata en la cabeza y matarle.



Entonces exclamó la sirvienta:

—Pero qué Elsa tan lista tenemos —y se sentó a su lado y empezó también a llorar por la desgracia.

Después de un rato, y al ver que la muchacha tampoco regresaba y los de arriba estaban pendientes de la bebida, le dijo el hombre al peón:

—Baja a la bodega a ver dónde están Elsa y la muchacha.

Bajó el peón, y allí estaban sentadas Elsa, la lista, y la muchacha. El preguntó:

¿Por qué lloráis?

—¡Ay! —dijo Elsa—. ¿Acaso no debo llorar? Si me caso con Juan y tenemos un hijo y él es mayor y tiene que sacar bebida del barril, se le caerá encima de la cabeza la alcayata y lo matará.

El peón dijo entonces:

—¡Hay que ver que Elsa tan lista tenemos!

Arriba continuaban esperando al peón, pero como éste no acababa de aparecer, le dijo el marido a la esposa:

—Baja a la bodega y mira dónde está Elsa.

La mujer bajó y encontró a los tres lamentándose, y preguntó la causa. Elsa le contó también que su futuro hijo podría ser matado por la alcayata cuando fuera mayor y bajara a sacar cerveza del barril y la alcayata se desprendiera de la pared. A esto dijo la madre igualmente:

—¡Ay, pero que Elsa tan requetelista tenemos! —se sentó también y los acompañó en sus lloros.

El marido esperó arriba todavía un rato, pero cuando vio que su mujer no volvía y la sed se hacía cada vez más grande dijo:

—¡Oh, iré yo mismo y veré dónde está Elsa!

Cuando llegó a la bodega y vio que todos estaban sentados juntos y lloraban y él supo la causa, que el hijo que a lo mejor Elsa tenía algún día era el causante, y que podía morir a causa de la alcayata que se caería precisamente en el momento en que estuviera sacando cerveza, entonces exclamó:

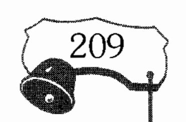
—¡Pero que Elsa tan lista tenemos! —se sentó y también lloró con ellos.

El novio estuvo mucho tiempo arriba solo y, puesto que nadie parecía querer volver, pensó:

«Estarán esperando por ti allá abajo; ve a ver qué es lo que se traen entre manos.»

Cuando llegó abajo, estaban allí sentados los cinco llorando y gritando lastimosamente cada uno más que el otro.

—¿Qué desgracia ha pasado aquí? —dijo.



—¡Ay, querido Juan! —dijo Elsa—. Si nos casamos y tenemos un hijo y él crece, y lo mandamos aquí a sacar cerveza, puede que la alcayata que hay ahí arriba le caiga y le destroce la cabeza y se muera. ¿No debemos llorar?

—Bien —dijo Juan—, más inteligencia no la encontraré yo para mi casa, y como eres una Elsa tan lista me casaré contigo.

La cogió de la mano, se la llevó para arriba y celebró la boda con ella.

Cuando llevaba casada algún tiempo con Juan, dijo él:

—Mujer, tengo que salir, trabajar y ganar dinero para los dos; ve al campo y corta el grano para que tengamos pan.

—Sí, mi querido Juan, así lo haré.

Después de que Juan se hubo ido, preparó un buen puré y se lo llevó al campo. Cuando llegó ante la tierra de labor, se dijo a sí misma:

«¿Qué hago, siego primero o almuerzo antes? ¡Huy, primero comeré!»

Comió entonces su olla con puré, y cuando ya se había hartado de comer volvió a decir:

«¿Qué hago, siego primero o duermo antes? ¡Huy, primero dormiré?»

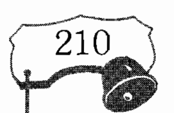
Se echó al lado del grano y se durmió.

Juan estaba ya hacía tiempo en casa, pero Elsa no acababa de regresar, y entonces se dijo: «Pero qué Elsa tan lista tengo, es tan laboriosa que no viene ni siquiera a casa a comer.» Sin embargo, como ella seguía sin venir y ya era de noche, salió Juan para ver lo que había segado. No había segado absolutamente nada; estaba echada en el grano y dormía.

Entonces se apresuró Juan a volver a casa, cogió una trampa de pájaros con pequeños cascabeles y los colgó alrededor de ella, pero seguía durmiendo. El corrió a casa, se sentó en su silla y se puso a trabajar. Finalmente, cuando ya se había hecho de noche, Elsa, la lista, se despertó y, al levantarse, oyó ruido a su alrededor y los cascabeles tintineaban a cada paso que daba. Se asustó, estaba desconcertada y no sabía si era la verdadera Elsa, la lista, y dijo:

—¿Soy o no soy?

Pero no sabía lo que tenía que responder a esto y se quedó quieta durante algún tiempo dudando. Finalmente pensó: «Voy a ir a casa y preguntar si soy o no soy, ellos lo sabrán.» Corrió ante la puerta de su casa, pero ésta estaba cerrada; entonces llamó a la ventana y gritó:



—¡Juan! ¿Está dentro Elsa, la lista?

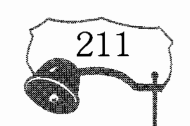
—Sí —contestó Juan—, está dentro.

Entonces se asustó y dijo:

—¡Dios mío, no soy yo! —y fue a llamar a otra puerta.

Pero, cuando la gente oía los cascabeles, no quería abrir y no pudo refugiarse en parte alguna; por eso salió corriendo del pueblo y nadie la ha vuelto a ver.





El sastre en el cielo

Sucedió que un hermosísimo día Dios quiso ir a tomar el aire al jardín celestial y se llevó consigo a todos los apóstoles y santos, de tal manera que en el cielo sólo se quedó San Pedro. El Señor le había mandado que en su ausencia no dejara pasar a nadie. Pedro estaba en el portón y vigilaba. No mucho tiempo más tarde llamó alguien. Pedro le preguntó quién era y qué es lo que quería.

—Soy un pobre sastre honrado —contestó una voz aguda—, que pide entrar.

—Sí, honrado —dijo Pedro—, como el ladrón en la horca, y tienes dedos largos y le has hurtado paño a la gente. Tú no entras en el cielo; el Señor me ha prohibido dejar entrar a nadie, mientras esté fuera.

—¡Sé compasivo! —gritó el sastre—. Pequeños retales que se caen solos de la mesa, eso no es robar y no vale la pena hablar de ello. Mira, estoy cojeando y en el camino me han salido ampollas en los pies; me es imposible dar la vuelta. ¡Déjame entrar, que yo haré el trabajo duro! Cuidaré a los niños, lavaré los pañales, limpiaré y secaré los bancos en los que han jugado y zurciré sus trajes rotos.

San Pedro se dejó llevar de la compasión y abrió al sastre cojo la puerta del cielo, lo justo para que pudiera deslizarse con su cuerpo enjuto. Se tuvo que sentar en una esquina detrás de la puerta y comportarse bien y estar callado, para que cuando regresase el Señor no notase su presencia y se enfureciera. El sastre obedeció, pero cuando San Pedro salió una vez a la puerta, se levantó y lleno de curiosidad fue por todas las esquinas del cielo aprovechando la ocasión. Finalmente llegó a un sitio en el que había muchas y preciosas sillas, y en el medio un sillón todo de oro, recubierto de bellas piedras preciosas. Era más alto que los demás y había un escabel de oro ante él. Era el sillón en el que se sentaba el Señor cuando estaba en casa y desde el que podía ver todo lo que ocurría en la tierra. El sastre se detuvo y contempló durante algún tiempo el sillón, que le gustaba mucho más que los otros. Finalmente no pudo reprimir su curiosidad, subió y se sentó en el sillón. Entonces vio todo lo que sucedía en la tierra y se fijó en una vieja y fea mujer que estaba en un arroyo y lavaba, mientras disimuladamente escondía dos cortinas. El sastre, a la vista de esto, se enfadó tanto que cogió el escabel de oro y, a través del cielo, lo lanzó a la tierra en dirección a la vieja ladrona. Pero al

ver que no podía recuperar el escabel, se deslizó con tiento del sillón y se sentó en su sitio detrás de la puerta como si no hubiera roto nunca un plato. Cuando el amo y señor regresó con su acompañamiento celestial, no descubrió al sastre detrás de la puerta, pero cuando se sentó en su sillón, echó en falta el escabel. Le preguntó a San Pedro dónde había ido a parar el escabel, y éste no lo sabía. Entonces le siguió preguntando si había dejado entrar a alguien.

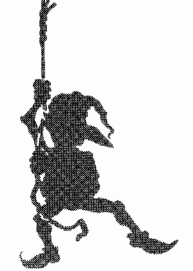
—Yo no sé de otro —contestó Pedro— que haya venido aquí más que un sastre cojo, que todavía está sentado detrás de la puerta.

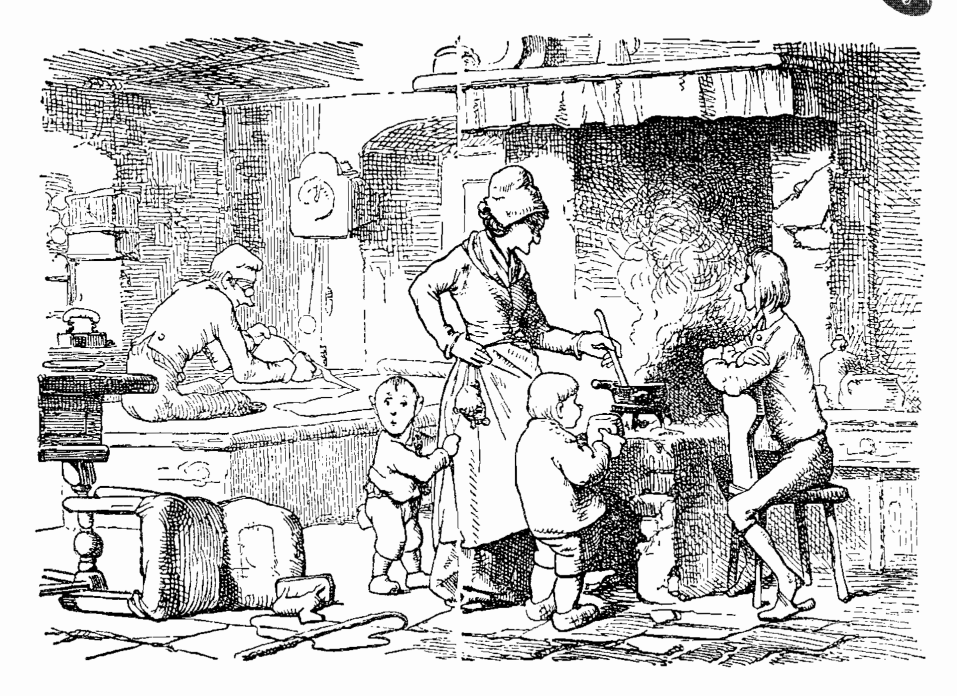
Entonces, el Señor hizo venir al sastre a su presencia y le preguntó si había cogido el escabel y dónde lo había puesto.

—¡Oh, Señor! —contestó alegremente el sastre—. En un momento de ira lo he lanzado a la tierra a una vieja mujer a la que la vi coger dos cortinas mientras lavaba.

—¡Oh, pícaro! —dijo el Señor—. Si juzgara yo como tú juzgas, ¿cómo piensas que te hubiera ido a ti hace tiempo? No tendría aquí ya ni sillas, ni bancos, ni sillones, ni siquiera atizadores, sino que los hubiera lanzado a todos los pecadores: ¡Largo! Tú no puedes estar aquí en el cielo, sino que tienes que salir por la puerta, y mira a dónde vas. Aquí nadie castiga más que yo.

San Pedro tuvo que llevar al sastre de nuevo fuera del cielo y, como tenía los zapatos rotos y los pies llenos de ampollas, cogió un bastón en la mano y se marchó al país de «espera un poco», donde están los soldados valientes y se divierten metiéndose con la gente.





La mesita, el asno y la estaca encantados

Hace tiempo había un sastre que tenía tres hijos y solamente una cabra. Pero la cabra, como todos se alimentaban de su leche, necesitaba su buen forraje y tenía que ser llevada diariamente a la pradera. Los hijos lo hacían turnándose. Un día la llevó el mayor al patio de la iglesia, donde estaban las mejores hierbas, y la dejó comer y saltar. Por la tarde, cuando era hora de regresar a casa, le preguntó:

—Cabra, ¿estás harta?

La cabra contestó:

—Estoy tan harta, que no quiero más hojas, *mee, mee.*

—Entonces, ven a casa —dijo el muchacho.

La cogió por la cuerda, la llevó al establo y la ató.

—Y bien —dijo el viejo sastre—. ¿Ha tenido la cabra su correspondiente pasto?

—¡Oh! —dijo el hijo—. Está tan harta, que no quiere más hojas.

El padre prefirió convencerse por sí mismo, fue al establo, acarició al querido animal y preguntó:

—Cabra, ¿estás verdaderamente harta?

La cabra respondió:

—¿De qué voy a estar harta? Sólo he saltado entre tumbas y no he encontrado ninguna hojita.

—¿Qué oigo? —exclamó el sastre y le dijo al muchacho—: ¡Ah, mentiroso! Dices que la cabra está harta y la has dejado pasar hambre —y en su ira cogió de la pared una vara y lo echó a golpes.

A la mañana siguiente le tocaba el turno al segundo hijo, que buscó un sitio en el seto del jardín donde no había más que buenas hierbas, y la cabra se las comió todas. Por la tarde, cuando quiso ir a casa, le preguntó:

—Cabra, ¿estás harta?

Y la cabra contestó:

—Estoy tan harta, que no quiero más hojas, *mee, mee.*

—Entonces vámonos a casa —dijo el joven.

La condujo a casa y la ató en el establo.

—Y bien —dijo el sastre—. ¿Ha tenido la cabra su correspondiente pasto?

—¡Oh! —respondió el hijo—. Está tan harta que no quiere más hojas.

El sastre, sin embargo, no quiso fiarse, bajó al establo y preguntó:

—¿Cabra, estás harta?

La cabra contestó:

—¿De qué voy a estar harta? Sólo he saltado entre tumbas y no he encontrado ninguna hojita.

—¡Pícaro sinvergüenza! —gritó el sastre—. ¡Dejar pasar hambre a un animal tan noble! —salió y lo expulsó a varazos de la casa.

Por turno le correspondía al tercer hijo, que quiso hacerlo bien y se buscó una maleza con el mejor follaje y dejó que la cabra pastara allí. Por la tarde, cuando regresaban a casa, le preguntó:

—Cabra, ¿estás harta?

La cabra contestó:

—Estoy tan harta, que no quiero más hojas, *mee, mee.*

—Ven, vamos a casa —dijo el joven.

La llevó al establo y la ató.

—Y bien —dijo el sastre—. ¿Ha tenido la cabra su correspondiente pasto?

—¡Oh! —contestó el hijo—. Está tan harta, que ya no quiere más.

El sastre no se fió de él, fue y dijo:

—Cabra, ¿estás harta?

El malvado animal contestó:

—¿De qué voy a estar harta? Sólo he saltado entre tumbas y no he encontrado ninguna hojita.

—¡Oh, saco de mentiras! —gritó el sastre—. Cada uno más descarado y descuidado que el otro. ¡No, no me vais a tomar más el pelo! —y lleno de ira salió del establo y le zurró al muchacho con la vara en la espalda con tal fuerza, que éste salió corriendo de la casa.

El viejo sastre estaba ahora solo con su cabra. Al día siguiente fue al establo, acarició a la cabra y dijo:

—Ven, mi animalito querido, yo mismo te llevaré a la pradera.

La cogió por la cuerda y la llevó por zonas de ramojos y por todos los sitios donde hay plantas que les gustan a las cabras.

—Ya puedes saciarte por una vez a tu placer —le dijo, y la dejó pastar hasta la tarde. Entonces le preguntó:

—Cabra, ¿estás harta?

Ella contestó:

—Estoy tan harta, que no quiero más hojas, *mee, mee.*

—Bien, vamos a casa —dijo el sastre, y la llevó al establo y la ató. Cuando se marchaba, se volvió todavía una vez y dijo:

—¿Por fin estás harta?

Pero la cabra no se portó mejor con él y dijo:

—¿De qué voy a estar harta? Sólo he saltado entre tumbas y no he encontrado ninguna hojita.

Cuando el sastre oyó esto, se quedó perplejo y comprendió que había expulsado a sus hijos sin ningún motivo.

—¡Espera, criatura desagradecida! —dijo—. Echarte de aquí es demasiado poco. Te enseñaré a no dejarte ver más entre sastres honorables!

Apresuradamente subió, cogió su navaja barbera, le enjabonó la cabeza y se la esquiló, dejándola tan lisa como la palma de la mano, y como la vara hubiera sido demasiado honrosa para pegarla, cogió el látigo y le propinó tales golpes, que ella se alejó de allí dando enormes saltos.

El sastre, al quedarse totalmente solo en su casa, se vio acometido de una enorme tristeza y le hubiera gustado tener de nuevo a sus hijos. Pero nadie sabía dónde habían ido a parar. El mayor había entrado de aprendiz con un ebanista. Allí aprendió aplicadamente y feliz y, cuando había pasado el tiempo de aprendizaje y tuvo que marcharse, el maestro le regaló una mesita que

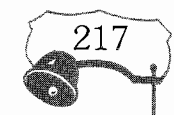


no tenía un aspecto demasiado especial y que era de madera corriente, pero tenía una buena cualidad. Cuando se la colocaba en el suelo y se le decía: «Mesita, ponte», entonces la buena mesa, de una vez, se cubría con un mantel limpio y aparecía sobre ella un plato con cuchillo y tenedor al lado de tantas fuentes con estofados y asados como cabían en ella y un gran vaso con vino tinto, de manera que a uno se le alegraba el corazón. El joven oficial pensó: «Con esto tienes bastante para todos los días de tu vida.» Se fue de buen humor a recorrer mundo y no se preocupaba de si una posada era buena o mala y si se podía encontrar algo en ella o no. Cuando le apetecía, no buscaba ninguna, sino que en el campo, en el bosque, en una pradera, donde tuviera ganas, descargaba su mesita de la espalda, se ponía ante ella y decía:

—¡Mesita, ponte! —y allí estaba todo lo que podía desear.

Finalmente se le ocurrió la idea de regresar a casa de su padre; su ira se habría aplacado y con «mesita, ponte» le volvería a aceptar de nuevo gustosamente. Sucedió entonces que en el camino de regreso llegó a una posada que estaba llena de huéspedes, le dieron la bienvenida y le invitaron a sentarse y comer con ellos, pues de lo contrario le sería difícil obtener algo.

—No —dijo el carpintero—, esa poca comida no os la voy a quitar de la boca. Es mejor que seáis vosotros mis huéspedes.



Se rieron y pensaron que estaba bromeando con ellos. Pero él colocó su mesita de madera en mitad de la habitación y dijo:

—¡Mesita, ponte!

Al momento se vio llena de alimentos tan buenos como no los hubiera podido traer el posadero y de los cuales les llegó el olor apetitoso hasta la nariz.

—Servíos, queridos amigos —dijo el carpintero.

Los huéspedes, cuando vieron lo que había, no se hicieron de rogar dos veses, se aproximaron, sacaron sus cuchillos y se sirvieron abundantemente. Y lo que más les asombraba es que cuando una fuente se había vaciado se colocaba rápidamente otra en su lugar. Pero el posadero estaba en una esquina observando lo que pasaba sin saber qué decir y pensó: «Un cocinero así bien podías necesitarlo para tu negocio.» El carpintero y sus camaradas estuvieron alegres hasta bien entrada la noche, por fin se fueron a dormir, y el joven aprendiz también se fue a la cama y colocó su maravillosa mesita en la ventana. Al posadero, sin embargo, no le dejaban tranquilo sus pensamientos; se le ocurrió que en su trastero tenía una mesa vieja que precisamente tenía el mismo aspecto, fue a buscarla con mucho cuidado y la cambió por la mesa maravillosa. A la mañana siguiente, el carpintero pagó su alojamiento, empaquetó su mesita, sin pensar para nada que fuera falsa y siguió su camino. A mediodía llegó a casa de su padre, que le recibió con gran alegría:



—Bien, querido hijo, ¿qué has aprendido?

—Padre, me he hecho carpintero.

—Un buen oficio —respondió el viejo—. ¿Pero qué has traído de tus andanzas por el mundo?

—Padre, lo mejor que he traído es la mesita.

El padre la miró por todas partes y dijo:

—Con esto no has hecho ninguna obra de arte, es una mesita vieja y mala.

—Pero es una *Mesita, ponte* —contestó el hijo—. Cuando la coloco en el suelo y le digo que tiene que ponerse, entonces se cubre con las mejores viandas y un vino que alegra el corazón. Invita a todos los parientes y amigos, que también tienen derecho a gozar de la vida, pues la mesa hace que todos se sientan saciados.

Cuando todos estaban reunidos, él colocó su mesita en el medio y dijo:

—¡Mesita, ponte! —pero la mesita no se inmutó y permaneció tan vacía como cualquier otra mesa que no entiende el idioma en que le hablan. Entonces el pobre oficial se dio cuenta de que le habían cambiado la mesita y se avergonzó de quedar como un mentiroso. Los parientes se rieron de él y tuvieron que regresar de nuevo a casa sin comer y sin beber. El padre cogió de nuevo sus trapos y siguió cortando, y el hijo se fue a trabajar con un maestro carpintero.

El segundo hijo había estado en casa de un molinero e hizo el aprendizaje. Cuando ya habían pasado los años necesarios, le dijo el maestro:

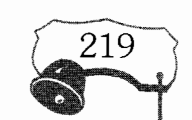
—Como te has comportado muy bien, te regalo un asno de clase especial, que no tira de un carro ni carga sacos.

—¿Para qué sirve entonces?

—Escupe oro —dijo el molinero—. Si lo colocas encima de un paño y dices *«bricklebrit»*, entonces te escupe el buen animal piezas de oro por delante y por detrás.

—Eso está bien —dijo el oficial, le dio las gracias al maestro y partió por el mundo.

Cuando tenía necesidad de oro, no necesitaba más que decir *«bricklebrit»*, e inmediatamente llovían piezas de oro y él no tenía más trabajo que levantarlas del suelo. A cualquier sitio donde llegaba todo le parecía bien y cuanto más caro mejor, pues siempre tenía una bolsa llena. Después de haber andado dando vueltas por el mundo durante algún tiempo pensó: «Tienes que ir a ver a tu padre. Si vas con el asno de oro se le olvidará su enfado y te

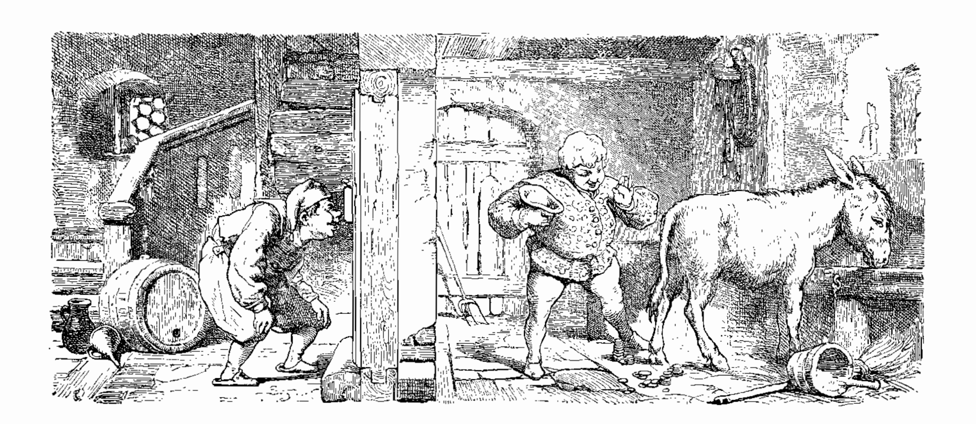


recibirá bien.» Aconteció que fue a parar a la misma posada en la que a su hermano le habían cambiado la mesa. Llevaba su asno del ronzal y el posadero quiso cogérselo para atarlo. El joven oficial, sin embargo, dijo:

—No os molestéis; a mi rucio blanco grisáceo lo llevo yo personalmente al establo y también lo ato yo mismo, pues tengo que saber dónde está.

Al posadero le asombró esto un poco y pensó que uno que tiene que cuidar a su asno personalmente no tendría mucho para gastar, pero cuando el forastero se metió la mano en el bolsillo y sacó dos piezas de oro y le encargó que solamente le comprara algo que fuera bueno, puso los ojos como platos, se marchó y compró lo mejor que pudo encontrar. Después de la comida, el huésped preguntó qué debía. Al posadero no le dolieron prendas y le dijo que tenía que poner todavía dos piezas de oro. El oficial metió la mano en el bolsillo, pero su oro se había acabado precisamente en aquel momento.

—Esperad un momento, señor posadero, voy a ir a buscar oro —y cogió la servilleta.



El posadero no supo lo que esto significaba, le entró curiosidad, se fue detrás de él y, cuando el huésped cerró la puerta del establo, miró por el agujero de la cerradura. El forastero puso debajo del asno la servilleta, gritó: *«¡Bricklebrit!»*, y en ese momento empezó el animal a escupir oro por delante y por detrás, de tal manera que caía como una lluvia al suelo.

«Caramba con los miles —pensó el posadero—. Ahí se acuñan pronto los ducados; una bolsa de dinero así no es nada despreciable.»

El huésped pagó su deuda y se echó a dormir. Pero el posadero se deslizó por la noche al establo, se llevó al maestro acuñador de allí y ató otro asno en su lugar. A la mañana siguiente, muy temprano, se fue el oficial pensando que llevaba su asno de oro.

A mediodía llegó a casa de su padre, que se alegró de verle de nuevo y le acogió gustosamente.

—¿En qué te has convertido, hijo mío? —preguntó el padre.

—En molinero, querido padre.

—¿Qué has traído de tus andanzas?

—Nada más que un asno.

—Asnos hay suficientes —dijo el padre—, me hubiera gustado más una cabra.

—Sí —contestó el hijo—. Pero no es un asno corriente, sino un asno de oro. Cuando digo *«bricklebrit»*, escupe el buen animal un paño lleno de piezas oro. Llama a todos los parientes, los convertiré en gente rica.

—Eso me gusta —dijo el padre—, así no tendré que seguir martirizándome con la aguja.

Salió él mismo saltando y llamó a los parientes.

Tan pronto como estuvieron reunidos, les mandó hacer sitio y trajo el asno a la habitación.

—Ahora prestad atención —y exclamó: *«¡Bricklebrit!»*.

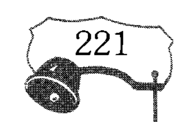
Pero no fueron precisamente piezas de oro lo que cayó y se hizo patente que el animal no sabía nada del asunto. El pobre molinero puso cara larga, vio que le habían engañado y pidió perdón a los parientes, que se fueron tan pobres como habían venido. No hubo otra solución; el viejo tuvo que volver a su aguja y el joven se tuvo que ir con un molinero.

El tercer hermano había entrado de aprendiz con un tornero y, como es un oficio artístico, tuvo un aprendizaje mucho más largo. Sus hermanos le contaron en una carta lo mal que les había ido y cómo el posadero les había quitado, en la última noche, sus objetos maravillosos. Cuando el tornero hubo terminado de aprender y quiso marcharse, le regaló su maestro, porque se había portado bien, un saco y dijo:

—Dentro hay una estaca.

—El saco puedo colgármelo y me puede hacer buenos servicios, pero ¿para qué hay una estaca dentro? Sirve solamente para aumentar el peso.

—Te lo voy a decir —dijo el maestro—: si alquien te hace daño, se dice solamente: *«estaca, fuera del saco»*. Entonces sale la estaca entre la gente y la golpea con tal alegría en la espalda que



no se puede mover en ocho días, y no deja de hacerlo hasta que tú dices: *«estaca, al saco».*

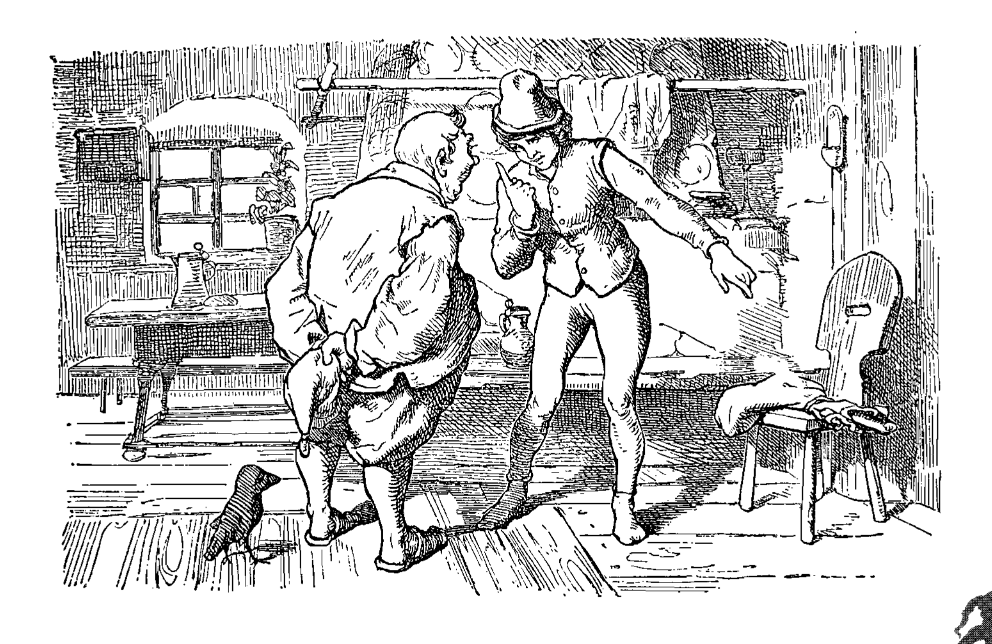
El oficial le dio las gracias, se colgó el saco y, cuando alquien se aproximaba demasiado y quería atacarle, decía: *«estaca, fuera del saco».* Entonces salía la estaca y golpeaba a uno tras otro fuertemente en la chaqueta o chaleco en la espalda sin esperar a que se los quitaran, y todo sucedía de forma tan rápida, que antes de que uno se diera cuenta le tocaba el turno a él.

El joven tornero llegó a la hora de cenar a la posada donde habían sido engañados sus hermanos. Puso su mochila delante de él en la mesa y comenzó a contar todo lo que había visto de maravilloso en el mundo.

—Sí —dijo—, puede uno encontrar una *mesita, ponte,* un asno de oro y cosas parecidas, cosas magníficas que yo no desprecio, pero todo eso no es nada comparado con el tesoro que yo he conseguido y que llevo conmigo en mi saco.

El posadero aguzó los oídos. «¿Qué podrá ser? —pensó—. El saco estará lleno de piedras preciosas. Eso también tengo que conseguirlo de forma sencilla, pues no hay dos cosas buenas sin tres.»

Cuando llegó la hora de echarse a dormir se extendió el huésped en un banco y se colocó el saco como almohada. El posadero, cuando creyó que el huésped dormía profundamente, se acercó, movió y empujó con mucho cuidado y tiento el saco para quitár-



selo y poner otro en su lugar. El tornero había estado esperando esto durante largo tiempo y, cuando el posadero quiso dar un fuerte tirón, gritó:

—¡Estaca, fuera del saco!

Rápidamente salió la estaquita del saco, dándole al posadero en el cuerpo y golpeándole que daba gusto. El posadero gritaba que movía a compasión, pero cuanto más gritaba tanto más fuerte le golpeaba la estaca en la espalda, hasta que cayó rendido al suelo. Entonces habló el tornero:



—Si no entregas la *mesita, ponte* y el asno de oro, comenzará la fiesta de nuevo.

—¡Ay, no! —dijo el posadero apocado—. Devolveré con gusto todo, pero deja que se meta el duende encantado otra vez en el saco.

Entonces dijo el oficial:

—Dejaré que reine la gracia sobre la justicia, pero que te sirva de lección.

Luego exclamó:

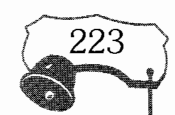
—¡Estaca, al saco! —y le dejó tranquilo.

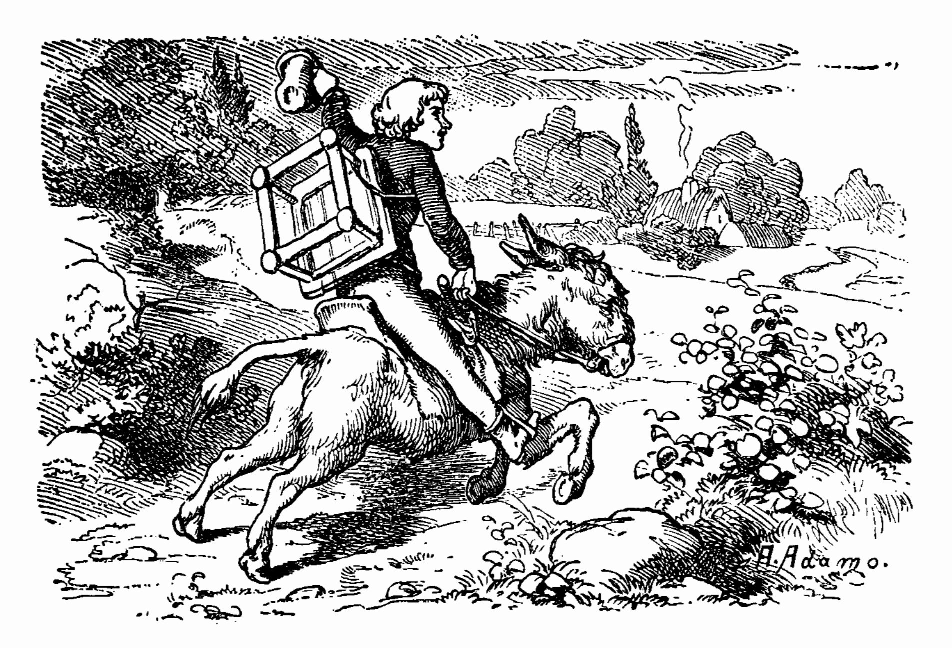
El tornero se fue con la *mesita, ponte* y el asno de oro a casa de su padre. El sastre se alegró de verle de nuevo y le preguntó lo que había aprendido en el extranjero:

—Querido padre —contestó—, me he hecho tornero.

—Un oficio artístico —dijo el padre—. ¿Y qué has traído de tu viaje?

—Un objeto precioso, querido padre; una estaca en un saco.





—¿Qué? —gritó el padre—. ¿Pero vale eso la pena? Eso lo puedes cortar en cualquier árbol.

—Pero no una estaca como ésta, querido padre; si digo: *«estaca, fuera del saco»*, salta fuera y baila con todo aquel que no tenga buenas intenciones conmigo un baile tan malo, que no para hasta que el otro está tirado en el suelo y pide compasión. Ved, con esta vara he conseguido de nuevo la *mesita, ponte* y el asno que el posadero ladrón les había quitado a mis hermanos. Ahora llámalos e invita a comer a todos los parientes. Quiero que coman y beban y les llenaré los bolsillos de oro.

El viejo sastre no quería fiarse, pero convocó a todos los parientes. Entonces el tornero puso un paño en la habitación, trajo al asno y le dijo a su hermano:

—Bien, querido hermano, habla con él.

El molinero dijo: *«¡Bricklebrit!»*, y al momento saltaron las piezas de oro al paño, como si fuera un chaparrón, y el asno no paró hasta que todos tuvieron tanto que no pudieron llevárselo (ya veo que te hubiera gustado estar allí). Luego trajo el tornero la mesa y dijo:

—Querido hermano, háblale —y apenas el carpintero había dicho: *«Mesita, ponte»* ya se había cubierto y se había llenado en abundancia con las más hermosas fuentes. Entonces se hizo una comida, como el buen sastre no había tenido nunca en su casa, y toda la parentela permaneció reunida hasta la noche y se sentían

felices y contentos. El sastre guardó la aguja, el hilo, el metro y la plancha en un armario y vivió con sus hijos feliz y magníficamente.

¿Pero dónde estaba la cabra que era la culpable de que el sastre hubiera echado a sus tres hijos? Te lo diré. Se avergonzó tanto de tener una cabeza calva, que se metió en la cueva de un zorro ocultándose allí. Cuando el zorro llegó a casa le salieron al paso un par de grandes ojos resplandecientes en la oscuridad, lo asustó y salió corriendo otra vez. Se lo encontró el oso y, como vio al zorro totalmente descompuesto, le dijo:

—¿Qué te pasa, hermano zorro?

—¡Ay! —contestó—. Un animal espantoso está en mi cueva y me ha mirado con ojos de fuego.

—A ése le vamos a echar rápido —dijo el oso. Fue con él a la cueva y miró hacia dentro, pero, cuando vio los ojos de fuego, sintió también miedo y no quiso tener nada que ver con el horrible animal y tomó las de Villadiego. La abeja le encontró y notó que no las tenía todas consigo y dijo:

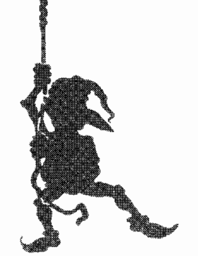
—Oso, tienes una cara verdaderamente penosa. ¿Dónde has dejado tu habitual buen humor?

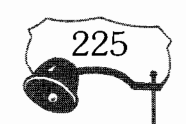
—Tú puedes hablar así —contestó el oso—, pero en la casa del zorro astuto hay un espantoso animal de ojos saltones y no podemos espantarlo.

La abeja dijo entonces:

—Me das pena, oso. Yo soy un pobre y débil animal al que vosotros no os dignáis mirar a la cara, pero creo que os puedo ayudar.

Voló a la cueva del zorro, se le puso a la cabra en la cabeza totalmente esquilada y la picó con tal fuerza, que ella dio un respingo. Gritó «*mee, meee*», y corrió de forma tan enloquecida por el mundo que nadie sabe a esta hora dónde ha ido.





Pulgarcito

Erase una vez un pobre campesino que se sentaba por las noches al fogón, atizaba el fuego y la mujer le acompañaba e hilaba. En esos momentos decía:

—¡Qué triste es que no tengamos ningún hijo! ¡Hay tanto silencio en nuestra casa y en las otras tanto bullicio y alegría!

—Sí —contestaba la mujer, y suspiraba—: Aunque fuera uno solo y tan pequeño como un dedo pulgar, estaría contenta, y lo querríamos de todo corazón.

Aconteció que la mujer se puso malucha y a los siete meses dio a luz un niño que, aunque perfecto en todos sus miembros, no era más grande que un pulgar. A esto dijeron ellos:

—Es como lo habíamos deseado y tiene que ser nuestro hijo querido.

Y le llamaron, de acuerdo con su estatura, *Pulgarcito*. No permitieron que le faltara buena alimentación, pero el niño no creció más, sino que permaneció como había sido en sus primeras horas; sin embargo, miraba de forma inteligente y pronto mostró ser tan listo y hábil que le salía bien todo lo que emprendía.

Un buen día el campesino se preparaba para ir al bosque y cortar leña. Entonces se dijo: «Me gustaría que hubiera alguien que me llevara después el carro.»

—¡Oh, padre! —gritó Pulgarcito—. Yo te llevaré el carro, ten confianza. A la hora justa estaré en el bosque.

El hombre se rió y dijo:

—¿Cómo va a ser posible eso? Tú eres muy pequeño para llevar el caballo con las riendas.

—Eso no importa. Si madre las quiere enganchar, me pondré en la oreja del caballo y le recordaré cómo debe ir.

—Bien —dijo el padre—, vamos a intentarlo por una vez.

Cuando llegó la hora, la madre enganchó el caballo y colocó a Pulgarcito en la oreja del animal, y luego el pequeño gritó cómo debía ir el rocín: «¡Arre, arre!» Todo salió a pedir de boca como si lo hiciera un maestro, y el carro siguió el camino recto hacia el bosque. Sucedió que precisamente cuando doblaba una esquina y el pequeño gritaba: «¡Arre, arre!», se acercaron dos forasteros.

—¡Vaya! —dijo uno—. ¿Qué es esto? Ahí viene un carro y un cochero le grita al caballo, pero no se le puede ver.

—Esto no marcha por medios naturales —dijo el otro—, seguiremos el carro y veremos dónde se para.

El carro entró a toda prisa en el bosque y fue justo hasta el sitio donde estaba cortada la leña. Cuando Pulgarcito vio a su padre le gritó:

—¿Ves, papá? Aquí estoy con el carro; ahora bájame.

El padre sujetó al caballo con la mano izquierda y cogió con la derecha de la oreja a su hijito, que se sentó contento en una brizna de paja. Cuando ambos forasteros vieron a Pulgarcito, no sabían qué decir de asombro. Entonces uno de ellos llevó al otro a un lado y dijo:

—Oye, el pequeño muchacho podría ser nuestra fortuna si lo exhibimos por dinero en una gran ciudad. Vamos a comprarlo.

Fueron hacia el campesino y dijeron:

—Véndenos al pequeño hombrecito, le irá bien con nosotros.

—No —dijo el padre—. Es mi tesoro y no lo pongo en venta por todo el oro del mundo.

Pulgarcito, sin embargo, cuando oyó el trato, se subió al pliegue de la chaqueta de su padre, se le puso en la espalda y le susurró al oído:

—¡Oh, padre, entrégame! Ya verás cómo vuelvo otra vez.

Entonces el padre lo dio por una buena pieza de oro.

—¿Dónde te quieres sentar? —le dijeron.

—¡Ay! Sentadme en el ala de vuestro sombrero, así puedo pasearme de un lado a otro y contemplar el paisaje sin caerme.

Hicieron su voluntad, y cuando Pulgarcito se hubo despedido de su padre, se pusieron en camino. Así anduvieron hasta que había anochecido; entonces dijo el pequeño:

—Bajadme, tengo que hacer una necesidad.

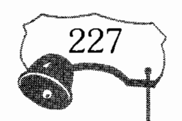
—Sigue ahí arriba —dijo el hombre en cuya cabeza estaba Pulgarcito—. No me importará. También los pájaros me dejan caer algo de vez en cuando.

—No —dijo Pulgarcito—, yo sé lo que es conveniente, bájame deprisa.

El hombre se quitó el sombrero y puso al pequeño en un campo al lado del camino. Entonces saltó y se arrastró entre unos terrones de tierra, y luego se escurrió en una madriguera de un ratón que se había buscado:

—Buenas noches, señores, volved a casa sin mí —les gritó riéndose de ellos.

Corrieron en aquella dirección y metieron juncos en la madriguera del ratón, pero todo fue en vano. Pulgarcito reculaba cada vez más, y dado que era casi totalmente de noche, tuvieron que regresar a casa, llenos de ira y con la bolsa vacía. Cuando Pulgar-



cito se dio cuenta de que se habían ido, salió del pasillo subterráneo a la superficie.

—En el campo es muy peligrosa la oscuridad —dijo—, se puede uno romper la crisma.

Afortunadamente tropezó con una concha de caracol vacía.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó—. Aquí puedo pasar la noche seguro —y se metió dentro.

Poco después, cuando precisamente estaba a punto de dormir, oyó pasar a dos hombres; uno de ellos decía:

—¿Cómo haremos para quitarle al rico párroco el oro y la plata?

—¡Eso os lo puedo decir yo! —gritó Pulgarcito interviniendo.

—¿Qué ha sido eso? —dijo uno de los ladrones, asustado—. He oído hablar a alguien.

Se pararon y escucharon. Pulgarcito volvió a hablar:

—Llevadme con vosotros, yo os ayudaré.

—¿Dónde estás?

—Busca por el suelo y observa de dónde procede la voz —contestó él.

Por fin le encontraron los ladrones y le levantaron.

—Tú, hombrecillo, ¿cómo vas a ayudarnos? —dijeron.

—Así —contestó—: me deslizaré entre las barras de hierro hasta la habitación del párroco y os alcanzaré lo que queráis tener.

—Venga —dijeron—, vamos a ver lo que sabes hacer.

Cuando llegaron a la casa parroquial se deslizó Pulgarcito en la habitación chillando al mismo tiempo a voz en grito:

—¿Queréis tener todo lo que hay aquí?

Los ladrones se asustaron y dijeron:

—Habla en voz baja, para que no se despierte nadie.

Pero Pulgarcito hizo como si no hubiera entendido nada y gritó de nuevo:

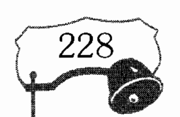
—¿Qué queréis? ¿Queréis todo lo que hay aquí?

Esto lo oyó la cocinera, que dormía en la habitación de al lado, se incorporó en la cama y escuchó atentamente. Pero los ladrones, asustados, habían retrocedido un trecho de camino. Finalmente recobraron el ánimo y pensaron: «El muchachito quiere pitorrearse de nosotros.» Regresaron y le susurraron:

—Ahora ponte serio y alcánzanos algo.

Entonces Pulgarcito volvió a gritar todo lo fuerte que le permitían sus fuerzas:

—¡Yo quiero daros, desde luego, todo! ¡Meted las manos!



Esto lo oyó claramente la criada, que estaba a la escucha, saltó de la cama y se precipitó hacia la puerta. Los ladrones se fueron corriendo como si les persiguiera el diablo. La muchacha, sin embargo, como no podía ver nada, fue a encender una luz. Cuando se aproximaba con ella, Pulgarcito se deslizó sin ser visto al granero; la muchacha, después de escudriñar por todas las esquinas y no encontrar nada, se volvió a meter en la cama, creyendo que había soñado despierta.

Pulgarcito había trepado al pajar y encontró un buen sitio para dormir; quiso descansar allí hasta que fuera de día y luego regresar a casa de sus padres. Pero antes tuvo que pasar otras aventuras.

La muchacha se levantó, cuando el día empezaba a clarear, para alimentar al ganado. Sus primeros pasos fueron hacia el granero, donde cogió una brazada de heno, precisamente aquella en la que estaba echado Pulgarcito durmiendo. Pero dormía tan profundamente que no se dio cuenta, y no se despertó hasta que estaba en el hocico de la vaca, que lo había arrebañado con el heno.

—¡Dios mío! ¿Pero cómo he venido a parar a este molino triturador?

Pronto se dio cuenta de dónde estaba. Esto significaba tener cuidado de no ir a parar entre los dientes y no ser triturado, teniendo que deslizarse luego hasta el estómago.

—En este cuartito se han olvidado de las ventanas —dijo— y si no sale el sol, tampoco traerán una luz.

Desde luego no le gustó para nada el alojamiento, y lo peor de todo es que cada vez entraba más heno por la puerta y el sitio se hacía cada vez más estrecho. Finalmente, muerto de miedo, gritó todo lo fuerte que pudo:

—¡Por favor, no me traigas más pasto fresco, no me traigas más pasto fresco!

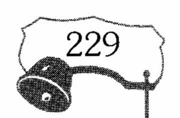
La muchacha, que estaba ordeñando en aquel momento a la vaca, cuando oyó aquello, sin ver a nadie, y reconoció la misma voz que había oído por la noche, se asustó tanto que se cayó de la silla y tiró la leche. Apresuradamente corrió hasta su señor y dijo:

—¡Dios mío, señor párroco, la vaca ha hablado!

—¡Estás loca! —contestó el párroco, pero él mismo fue al establo para investigar lo que pasaba.

Apenas había puesto el pie en él, cuando Pulgarcito gritó de nuevo:





—¡No me des más pasto fresco, no quiero más pasto fresco!

El mismo párroco se asustó, pensó que era un espíritu malo que se había asentado en la vaca y la hizo matar. Fue sacrificada, y el estómago donde estaba escondido Pulgarcito fue echado al estiércol. A Pulgarcito le costó mucho salir de allí y también le costó Dios y ayuda, aunque lo consiguió, hacerse sitio, pero precisamente cuando había conseguido sacar la cabeza le ocurrió una nueva desgracia: un lobo hambriento se acercó y se tragó el estómago de un golpe. Pulgarcito no se desanimó: «Quizá —pensaba— sea posible hablar con el lobo», y gritó desde la barriga:

—¡Querido lobo, yo sé dónde tienes una comida magnífica!

—¿Dónde se puede obtener?

—En esa casa; tienes que meterte por la alcantarilla y encontrarás pasteles, tocino y salchichas en la cantidad que quieras —y le describió exactamente la casa de sus padres.

El lobo no se lo hizo repetir dos veces y se metió por la noche en la alcantarilla y se comió las provisiones a placer. Cuando ya se había hartado quiso marcharse de nuevo, pero se había hinchado tanto que no pudo pasar por el mismo camino. Con esto había contado Pulgarcito y comenzó a hacer en el cuerpo del lobo un ruido estruendoso, alborotando y gritando todo lo más que le era posible.

—¿Quieres estarte quieto? —dijo el lobo—. Vas a despertar a la gente.

—¿Qué dices? —contestó el pequeño—. Tú has comido todo lo que te apetecía y yo quiero divertirme —y comenzó de nuevo a gritar a todo pulmón. A consecuencia de esto se despertaron, por fin, el padre y la madre, fueron a la despensa y miraron a través de la rendija de la puerta. Cuando vieron que allí había un lobo, se alejaron; el hombre cogió un hacha y la mujer la guadaña.

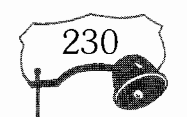
—Quédate ahí atrás —dijo el hombre, cuando entraron en la despensa—. En cuanto yo le haya dado un golpe, carga tú contra él y ábrele el cuerpo.

Entonces oyó Pulgarcito la voz de su padre y dijo:

—¡Querido padre, estoy aquí, en el cuerpo del lobo!

El padre habló lleno de alegría:

—¡Alabado sea Dios! Hemos encontrado de nuevo a nuestro querido hijo —e hizo que la mujer dejara de lado la guadaña para que Pulgarcito no sufriera daño; luego levantó el brazo y le propinó al lobo tal golpe en la cabeza que éste se desplomó muerto. A continuación fueron a buscar un cuchillo y unas tijeras, le abrieron el cuerpo y sacaron al pequeño.



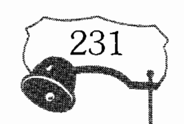
—¡Ay, qué miedo hemos pasado por ti!

—Sí, padre, yo me he paseado por el mundo, pero afortunadamente puedo respirar otra vez aire puro.

—¿En dónde has estado?

—¡Huy, padre! He estado en el agujero de un ratón, en la barriga de una vaca y en la tripa del lobo; ahora me quedo con vosotros.

—Y nosotros no te venderemos por todo el oro del mundo —dijeron los padres, abrazando y besando a su amado Pulgarcito. Le dieron de comer y beber y mandaron hacerle nuevos trajes, pues los suyos se habían estropeado en el viaje.



La boda de la señora zorra

(Cuento primero)

Había una vez un zorro viejo con nueve colas que creía que su mujer no le era fiel, y quiso probarla. Se estiró debajo del banco, no movió ningún miembro e hizo como si estuviera muerto y bien muerto. La señora zorra se fue a su habitación, se encerró, y su muchacha, la doncella gata, se sentó junto al fogón a cocinar.

Cuando se hizo público que el viejo zorro había muerto, los pretendientes solicitaban ser recibidos. La muchacha oyó, entonces, que había alquien ante la puerta de la casa que llamaba; se dirigió allí y abrió la puerta. Era un joven zorro que dijo:

—¿Qué hace usted, gata doncella?
¿Duerme o vela?

Ella contestó:

—Yo no duermo, estoy velando.
¿Sabe lo que hago? Caliento
cerveza, echo mantequilla,
¿quiere sentarse un momento?

—Se lo agradezco, doncella —dijo el zorro—. ¿Y qué hace la señora zorra?

La muchacha contestó:

—Está sentada en su sala,
llorando con mucho duelo,
llorando por sus ojitos
porque el viejo zorro ha muerto.

—Decidle, entonces, doncella, que aquí hay un joven zorro que gustosamente la cortejaría.

—Bien, joven señor.

Entonces fue la gata, *trip, trap,* y golpeó la puerta *tic, tac.*

—Señora zorra, ¿está usted ahí?

—Ay sí, mi gatita, sí.

—Afuera hay un pretendiente.

—Mi niña, ¿qué aspecto tiene? ¿Tiene nueve rabos hermosos como el difunto señor zorro?

—¡Ay, no! —contestó la gata—. Sólo tiene uno.

—Entonces no lo quiero.

La joven gata bajó y despidió al pretendiente. Poco después llamaron de nuevo y había otro zorro ante la puerta que quería cortejar a la señora zorra; tenía dos rabos, pero no le fue mejor que al otro. Después vinieron otros, cada vez con un rabo más, pero todos fueron rechazados, hasta que finalmente llegó uno que tenía nueve rabos como el viejo señor zorro. Cuando la viuda oyó esto, habló llena de alegría:

—Bueno, pues abre las puertas
y echa al viejo zorro fuera.

Pero cuando iba a celebrarse la boda se levantó el viejo señor zorro de debajo del banco, propinó una buena paliza a toda la chusma y los expulsó de la casa, con la señora zorra inclusive.

(Cuento segundo)

Cuando el viejo zorro hubo muerto, vino el lobo como pretendiente, llamó a la puerta, y la gata, que servía de muchacha en casa de la señora zorra, abrió:

—Buenos días, mi gatita.
¿Qué está haciendo tan solita?

La gata contestó:

—Desmigo mi pan en leche.
¿Quiere el señor ser mi huésped?

—Muchas gracias, señora gata —contestó el lobo—. ¿Está la señora zorra en casa?

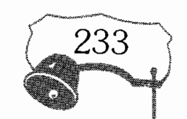
La gata habló:

—Está sentada en su sala,
llena de pena y dolor,
llorando porque se ha muerto
el viejo zorro señor.

El lobo contestó:

—Si quiere otra vez casar
no tiene más que bajar.

La gata subió la escalera dejando caer su rabo, hasta que llegó a la gran sala y golpeó con sus cinco uñas doradas:



—Señora zorra, ¿está ahí?
si quiere otra vez casar
no tiene más que bajar.

La señora zorra preguntó:

—¿Tiene el señor pantalones rojos y un hociquito en punta?

—No —contestó la gata.

—No me sirve, pues.

Cuando el lobo fue rechazado vinieron un perro, un corzo, una liebre, un oso, un león y uno detrás de otro todos los animales del bosque. Pero faltaba uno con las mismas buenas cualidades que había tenido el buen señor zorro, y la gata tuvo que despedir cada vez a los pretendientes. Finalmente llegó un joven zorro. Entonces habló la señora zorra:

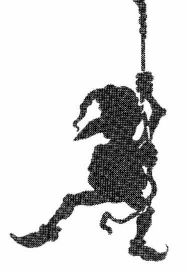
—¿Tiene pantalones rojos y hociquito puntiagudo?

—Sí —dijo la gata—, los tiene.

—Entonces, que suba —dijo la señora zorra e hizo que la gata preparara la fiesta de la boda:

—Gatita, barre la sala,
y tira por la ventana
  al viejo zorro;
traía ratones grandes,
mas los comía sin darme
  ni uno solo.

Entonces se celebró la boda con el joven señor zorro y se bailó y cantó, y si no han terminado, siguen bailando todavía.



Los duendes

(Cuento primero)

Erase una vez un zapatero que se había vuelto tan pobre, aunque no por su culpa, que al final no le quedaba más cuero que para un par de zapatos. Por la noche cortó los zapatos que quería terminar a la mañana siguiente, y como tenía la conciencia limpia, se metió tranquilamente en la cama, se encomendó a Dios y se durmió.

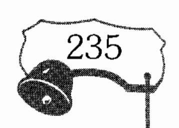
A la mañana siguiente, después de haber recitado sus oraciones, se quiso poner de nuevo a su trabajo y se encontró los zapatos totalmente terminados encima de su mesa. Asombrado, no sabía qué decir a esto. Cogió los zapatos en la mano para observarlos de cerca; estaban hechos de una forma tan perfecta que no había ni una mala puntada, como si fueran una obra maestra. Poco después llegó un comprador y le gustaron tanto los zapatos, que pagó más de lo que era normal, y con aquellas monedas el zapatero pudo hacerse con cuero para dos pares de zapatos. Los cortó por la noche y quiso, por la mañana, dedicarse al trabajo con fuerzas renovadas, pero no lo necesitó, pues, al levantarse estaban ya listos, y tampoco esta vez permanecieron ausentes los compradores, que le dieron tanto dinero que ahora pudo comprar cuero para cuatro pares de zapatos. A la mañana siguiente se encontró los cuatro pares de zapatos listos, y así siguió pasando que lo que cortaba por la noche estaba hecho por la mañana. De tal manera que pronto llegó a tener para vivir decentemente y finalmente llegó a ser un hombre rico.

Entonces sucedió una noche, no mucho antes de Navidad, que, cuando el hombre ya había cortado de nuevo los zapatos, antes de irse a la cama le dijo a su mujer:

—¿Qué pasaría si esta noche nos quedamos en pie para ver quién es el que nos presta tan buena ayuda?

La mujer asintió y encendió una luz, después se escondieron en la esquina de la habitación detrás de la ropa que estaba allí colgada y estuvieron atentos.

Cuando llegó la media noche, vinieron dos hombrecillos desnudos y graciosos, se sentaron ante la mesa del zapatero, cogieron todo el material cortado y comenzaron con sus deditos a clavar, coser y golpear tan ágil y rápidamente, que el zapatero no podía apartar la vista de lo admirado que estaba. No lo dejaron



hasta que todo estuvo terminado y listo sobre la mesa; después se fueron velozmente.

A la mañana siguiente dijo la mujer:

—Los hombrecillos nos han hecho ricos. Debíamos mostrarnos agradecidos. Corren por ahí sin nada en el cuerpo y tienen que pasar frío. ¿Sabes una cosa? Les haré unas camisitas, chaquetas, petos y pantaloncitos, les tejeré también un par de medias y tú hazle a cada uno un par de zapatos.

El hombre dijo:

—Me parece bien.

Y por la noche, cuando tenían ya todo terminado, colocaron los regalos en vez del material cortado sobre la mesa y se escondieron para ver cómo se comportaban los hombrecillos. A medianoche entraron saltando y quisieron ponerse rápidamente al trabajo: pero cuando no encontraron ningún cuero cortado, sino las graciosas piezas de ropa, primero se asombraron, pero luego dieron muestra de una gran alegría. Con enorme rapidez se las pusieron ajustándolas a su cuerpo y cantaron:

¿No somos elegantes muchachos retrecheros?
¿Por qué vamos a ser más tiempo zapateros?

Entonces brincaron, bailaron y saltaron sobre las sillas y bancos; luego se alejaron danzando por la puerta, y a partir de ese momento no volvieron nunca más; al zapatero le fue bien toda su vida y tuvo suerte en todo lo que emprendió.

(Cuento segundo)

Erase una vez una pobre sirvienta hacendosa y limpia, que barría todos los días la casa y echaba la basura en un gran montón ante la puerta. Una mañana, cuando se disponía a ponerse a trabajar, encontró una carta y, como no sabía leer, puso la escoba en la esquina y llevó la carta a su señora. Era una invitación de los gnomos que le pedían a la muchacha que apadrinara un niño. La muchacha no sabía qué hacer, pero finalmente y después de mucho convencerla y porque le decían que algo así no podía rechazarse, accedió a ello. Entonces llegaron tres hombrecillos y la llevaron a un monte hueco donde vivían los pequeños.

Todo era diminuto, pero tan gracioso y lujoso que no es para decirlo. La parturienta yacía en la cama de negro ébano con botones de perlas, las mantas estaban bordadas en oro, la cuna era de marfil y la bañera de oro. La muchacha fue la madrina y luego quiso regresar de nuevo a casa. Los gnomos le pidieron insistentemente que se quedara con ellos tres días más. Ella se quedó allí y ocupó su tiempo estando alegre y contenta. Los enanos hacían todo a gusto de ella. Finalmente quiso regresar: entonces le llenaron los bolsillos de oro y la llevaron a continuación a las afueras del monte. Cuando llegó a casa quiso comenzar su trabajo; cogió la escoba que estaba todavía en la esquina y comenzó a barrer. A continuación salió de la casa gente extraña, que preguntaron quién era y que tenía qué hacer allí. No habían sido tres días, como ella pensaba, lo que había estado con los gnomos en la montaña, sino siete años, y sus antiguos señores se habían muerto entre tanto.

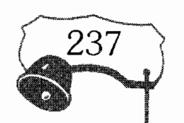
(Cuento tercero)

A una madre le habían arrebatado los gnomos su hijo de la cuna y en su lugar le habían colocado un monstruo con gran cabeza y ojos fijos, que no quería más que comer y beber. En su pena fue a casa de su vecina y le pidió consejo. La vecina le dijo que tenía que colocar al monstruo en la cocina, sentarlo en el fogón, encender el fuego y calentar agua en dos cáscaras de huevo; esto haría reír al energúmeno, y si se reía estaba perdido. La mujer hizo todo lo que la vecina le había dicho. Cuando colocó las dos cáscaras de huevo al fuego, dijo el zoquete:

—Soy como el bosque de viejo,
y a nadie vi cocinar
nunca en cáscaras de huevo.

Y empezó a reírse. Mientras se reía, aparecieron de una vez una serie de gnomos, que trajeron al niño de verdad, lo sentaron al lado del fogón y se llevaron al monstruo.





El novio bandido

Erase un molinero que tenía una bella hija, y cuando ésta creció, quiso que estuviera cuidada y bien casada. Pensó: «Si viene un pretendiente digno y la corteja, se la entregaré.»

No mucho tiempo después llegó un pretendiente que parecía ser muy rico, y como el molinero no tuvo ninguna pega que ponerle, le prometió a su hija. La muchacha, sin embargo, no lo quería como una novia debe querer a su novio y no tenía ninguna confianza con él. Cada vez que le miraba o que pensaba en él sentía un estremecimiento en el corazón. Una vez le dijo él a ella:

—Tú eres mi novia y no me haces nunca una visita.

La muchacha contestó:

—Yo no sé dónde está tu casa.

Entonces dijo el novio:

—Mi casa está afuera, en el bosque oscuro.

Ella buscó excusas y dijo que no sabía encontrar el camino para ir allí. El novio dijo:

—El próximo domingo tienes que venir a verme; he invitado ya a los huéspedes y para que encuentres el camino esparciré ceniza por el bosque.

Cuando llegó el domingo y ella tuvo que ponerse en camino, sintió mucho miedo sin saber por qué, y para poder reconocer el camino se llenó los bolsillos con lentejas y guisantes.

A la entrada del bosque había ceniza esparcida, ella la siguió, pero a cada paso echaba a la derecha y a la izquierda unos guisantes al suelo. Se le pasó todo el día caminando hasta que llegó al claro del bosque, donde estaba más oscuro; allí había una casa solitaria que no le gustó, pues tenía un aspecto desagradable y tétrico. Entró en ella, pero no había nadie y había un gran silencio. De pronto gritó una voz:

—Regresa, regresa, joven prometida,
esto es de unos ladrones la guarida.

La muchacha levantó la vista y vio que la voz venía de un pájaro que estaba colgado en una jaula en la pared. De nuevo gritó:

—Regresa, regresa, joven prometida,
esto es de unos ladrones la guarida.

Entonces la joven novia fue de habitación en habitación por toda la casa, pero ésta estaba vacía y no había ni un alma. Final-

mente llegó al sótano; allí había una mujer más vieja que Matusalén que movía la cabeza. La muchacha le dijo:

—¿No me podéis decir si mi novio vive aquí?

—¡Ay, infeliz criatura! —contestó la vieja—. ¿Adónde has venido a parar? Estás en una cueva de ladrones. Tú piensas que eres la novia que pronto celebrará su boda, pero celebrarás tu boda con la muerte. ¿Ves? Allí he puesto un gran puchero con agua. Cuando te tengan en su poder, te partirán sin compasión, te cocerán y te comerán, pues son caníbales. Si yo no me compadezco de ti y te salvo, estarás perdida.

Después de esto la vieja la llevó detrás de un gran barril donde no se la podía ver.

—Estáte callada como un muerto y no te muevas, pues de lo contrario estarás perdida. Por la noche, mientras los ladrones duerman, huiremos; yo he esperado largo tiempo esta ocasión.

Apenas había pasado esto, llegó la impía banda a casa. Trajeron a otra doncella, estaban bebidos y no hacían caso de sus gritos y lamentaciones. Le dieron a beber tres vasos llenos de vino, uno de vino blanco, otro de tinto y otro de amarillo; después de beber éste le estalló el corazón. A continuación le destrozaron las finas vestiduras, la colocaron encima de la mesa, hicieron pedacitos su hermoso cuerpo y le echaron sal. La pobre novia, detrás del barril, temblaba y se estremecía, pues comprendía el destino que los ladrones le tenían reservado. Uno de ellos notó en el meñique de la asesinada un anillo de oro, y dado que no pudo sacárselo con facilidad, cogió un hacha y le cortó el dedo; pero el dedo saltó por las alturas por encima del tonel y le cayó a la novia precisamente en el regazo. El bandido cogió una luz y quiso ponerse a buscarlo, pero no lo encontró. Entonces habló otro:

—¿Has mirado ya detrás del tonel?

Pero la vieja gritó:

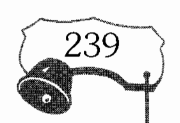
—Ven y come, y deja la búsqueda para mañana. El dedo no se te va a escapar.

Entonces dijeron los bandidos:

—La vieja tiene razón.

Dejaron la búsqueda, se sentaron a comer y la vieja les echó un bebedizo en el vino, de tal manera que pronto se tumbaron, se durmieron y se pusieron a roncar.

Cuando la novia advirtió todo esto, salió de detrás del tonel y tuvo que pasar por encima de los que dormían, que estaban tirados en el suelo, en filas y tuvo miedo de despertar a alguno. Pero Dios la ayudó para que saliera con bien de esto. La vieja subió



con ella, le abrió la puerta y ambas se fueron todo lo de prisa posible de aquella guarida de bandidos. La ceniza esparcida se la había llevado el viento, pero los guisantes y las lentejas habían germinado y florecido y mostraban el camino a la luz de la luna. Anduvieron toda la noche hasta que al amanecer llegaron al molino. Entonces la muchacha contó a su padre lo que había sucedido.

Cuando llegó el día en el que tenía que celebrarse la boda, apareció el novio. El molinero, sin embargo, había invitado a todos sus parientes y conocidos. Cuando estaban sentados a la mesa, se encargó a cada uno que contara una historia. La novia estaba callada y no hablaba. El novio le dijo a la novia:

—Bien, corazón mío, ¿no sabes nada? Cuéntanos también algo.

—Os contaré un sueño —contestó ella—: Yo iba sola por un bosque y llegué finalmente a una casa. No había en ella ni un alma, pero en la pared había un pájaro en una jaula que decía:

—Regresa, regresa, joven prometida,
esto es de unos ladrones la guarida.

Y lo dijo todavía una vez más. Tesoro mío, solamente es un sueño. Fui por todas las habitaciones y todas estaban vacías y estaba muy tétrico. Finalmente bajé al sótano y allí había una mujer viejísima que meneaba la cabeza. Yo pregunté: «¿Vive mi novio en esta casa?» Ella me contestó: «¡Ay, inocente criatura! Tú has venido a parar a una guarida de bandidos. Tu novio vive aquí, pero quiere hacerte pedazos y matarte, luego cocerte y comerte.» Tesoro mío, no te preocupes, solamente es un sueño. Pero la vieja me escondió detrás de un gran barril y, apenas me había escondido allí, llegaron los bandidos arrastrando a una chica consigo, a la que dieron tres clases de vino para beber, blanco, tinto y amarillo. A consecuencia de este último le estalló el corazón. Tesoro mío, si no es más que un sueño. Luego le quitaron las vestiduras, partieron su bello cuerpo en pedacitos en una mesa y le echaron sal. Tesoro mío, sólo es un sueño. Y uno de los bandidos vio que en el anular tenía un anillo y, como era difícil de quitárselo, cogió un hacha y se lo cortó, pero el dedo saltó por los aires, cayó por encima del tonel y fue a parar a mi regazo. Y este es el anillo con el dedo —añadió, sacándolo y mostrándoselo a los presentes.

El bandido, que con la narración se había puesto pálido como la cera, se levantó y quiso escapar, pero los huéspedes le detuvieron y le entregaron a la justicia. Entonces fue juzgado él y su banda por sus crímenes.

El señor Korbes

Eranse una vez una gallinita y un gallito y quisieron hacer un viaje juntos. El gallito construyó un hermoso carro que tenía cuatro ruedas rojas y lo unció con cuatro ratoncitos. La gallinita se sentó con el gallito y partieron juntos de viaje. No mucho después se encontraron con un gato que dijo:

—¿Adónde queréis ir?

El gallito respondió:

—A las afueras, a casa del señor Korbes.

—Llevadme con vosotros —dijo el gato.

Y el gallito respondió:

—Con mucho gusto, siéntate detrás para que no te caigas delante.

—Cuidado con ensuciarme
mis cuatro rueditas rojas;
vosotras, ruedecitas, chirriad,
vosotros, ratoncitos, silbad.
A las afueras, al trote
a casa del señor Korbes.

Después vino una piedra de molino, luego un huevo, luego un pato, luego un alfiler y finalmente una aguja; se sentaron todos en el coche y viajaron juntos. Cuando llegaron a casa del señor Korbes, éste no estaba. Los ratoncitos llevaron el carro al granero, el gallito y la gallinita volaron a una barra, el gato se sentó en la chimenea, el pato en la barra del pozo, el huevo se envolvió en la toalla, el alfiler se colocó en el cojín de la silla, la aguja saltó a la cama en mitad de la almohada y la piedra de molino se colocó ante la puerta. Entonces llegó el señor Korbes a casa, se dirigió a la chimenea y quiso encender fuego, y el gato le puso la cara llena de ceniza. Fue rápidamente a la cocina y quiso lavarse, y el pato le salpicó toda la cara de agua. Se quiso secar con la toalla, pero el huevo le salió al paso, se rompió y se le pegó en los ojos. Quiso descansar y se sentó en la silla, entonces se pinchó con el alfiler. Su puso furioso y se echó en la cama, pero cuando apoyó la cabeza en la almohada, le pinchó la aguja de tal manera que gritó y lleno de ira quiso lanzarse al ancho mundo. Pero cuando llegó a la puerta de la casa, la piedra del molino se cayó y lo mató. ¡Pero qué mala persona tiene que haber sido, en verdad, el señor Korbes!

El señor compadre

Un pobre hombre tenía tantos hijos, que ya le había pedido a todo el mundo que fuera su compadre, y cuando todavía tuvo uno más, no quedaba ya nadie más a quien pedírselo. No sabía qué hacer, y se echó, preocupado como estaba, y se durmió. Entonces soñó que tenía que salir por la puerta de la ciudad, y al primero que encontrase pedirle que fuera su compadre. Cuando se despertó, decidió hacer caso del sueño, salió fuera de las puertas de la ciudad y al primero que se encontró se lo pidió. El forastero le regaló un frasquito con agua y dijo:

—Esto es un agua maravillosa, con ella puedes curar a los enfermos. Sólo tienes que mirar dónde está la muerte; si está a la cabeza del enfermo, le das a éste el agua y él se sanará, pero si está a los pies, todo es en vano, tiene que morir.

El hombre, desde ese momento, pudo vaticinar siempre si un enfermo podría salvarse o no. Se hizo famoso por su arte y ganó mucho dinero. Una vez fue llamado para que viera al hijo del rey y, cuando entró, vio a la muerte colocada a la cabeza del enfermo y lo curó con el agua, y lo mismo pasó la segunda vez, pero a la tercera vez estaba la muerte a los pies y el niño tuvo que morir.

El hombre quiso visitar a su compadre y contarle lo que había pasado con el agua. Cuando llegó a la casa, había un extraño alboroto. En la primera escalera se estaban peleando el recogedor y la escoba y se zurraban fuertemente. Les preguntó:

—¿Dónde vive mi señor compadre?

La escoba respondió:

—Una escalera más arriba.

Cuando llegó a la segunda escalera vio una gran cantidad de dedos muertos. El preguntó:

—¿Dónde vive mi señor compadre?

Uno de los dedos contestó:

—Una escalera más arriba.

En la tercera escalera había un montón de cabezas muertas que le mandaron a una escalera más arriba. En la cuarta escalera vio pescados que estaban encima del fuego, saltando en la sartén y friéndose ellos solos. Ellos dijeron también:

—Una escalera más arriba.

Cuando había subido hasta la quinta, llegó ante una habitación, miró por el ojo de la cerradura y vio que el compadre tenía

dos cuernos. Cuando abrió la puerta y entró, se echó rápidamente en la cama y se tapó. El hombre dijo:

—Señor compadre, ¡qué maravilloso jaleo hay en vuestra casa! Cuando subí la primera escalera se peleaban la escoba y el recogedor y se zurraban fuertemente.

—Mira que eres simple —dijo el hombre—. Eran el criado y la criada que estaban hablando.

—Pero en la segunda escalera vi dedos muertos.

—¡Pero qué tonto eres! No eran más que raíces de salsifí *.

—En la tercera escalera había un montón de cabezas muertas.

—Tonto, no eran más que cabezas de lechuga.

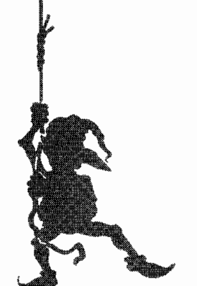
—En la cuarta vi pescados en la sartén que saltaban y se freían ellos solos.

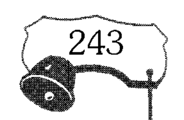
Y al decir esto aparecieron los pescados y se sirvieron ellos mismos.

—Y cuando llegué a la quinta escalera, miré por el ojo de la cerradura y os vi a vos con unos cuernos bien largos.

—¡Uf, eso sí que no es verdad!

Al hombre le entró miedo y se marchó de allí corriendo, y quién sabe, si no, lo que hubiera hecho su señor compadre.





La señora Trude

Erase una vez una niña pequeña que era terca e impertinente y, cuando sus padres le decían algo, no obedecía. ¿Cómo le podía ir bien así? Un día les dijo a sus padres:

—He oído hablar tanto de la señora Trude, que voy a ir a su casa. La gente dice que su casa es tan maravillosa y cuentan que pasan cosas tan extrañas en ella, que me ha hecho sentir una gran curiosidad.

Los padres se lo prohibieron tajantemente y dijeron:

—La señora Trude es una mala mujer, que realiza cosas impías, y si vas a su casa dejarás de ser nuestra hija.

Pero la muchacha no hizo caso de la prohibición de sus padres y se fue a casa de la señora Trude. Y cuando llegó a su casa, preguntó la señora Trude.

—¿Por qué estás tan pálida?

—¡Ay! —contestó, mientras temblaba por todo el cuerpo—. Me he asustado mucho de lo que he visto.

—¿Qué has visto?

—He visto en vuestra escalera a un hombre negro.

—Era un carbonero.

—Luego vi a un hombre verde.

—Era un cazador.

—Después vi a un hombre rojo como la sangre.

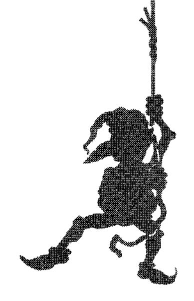
—Era un carnicero.

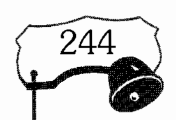
—Ay, señora Trude, tengo miedo, he mirado por la ventana y no os vi a vos, pero sí al diablo con una cabeza de fuego.

—¡Oh! —dijo ella—. Entonces has visto a la bruja en todo su esplendor; te he esperado durante mucho tiempo y he suspirado por ti; ahora tienes que alumbrarme.

A esto, transformó a la muchacha en un tronco de madera y la echó al fuego. Y cuando estaba al rojo vivo, se sentó al lado, calentándose y dijo:

—¡Esto alumbra por una vez con claridad!





El ahijado de la muerte

Un pobre hombre tenía doce hijos y necesitaba trabajar día y noche para poder darles pan. Cuando el decimotercero vino al mundo, no supo encontrar solución a su necesidad, corrió a la carretera y quiso pedirle al primero que encontrase que fuera su compadre. El primero al que encontró fue a Dios. El sabía ya lo que angustiaba al hombre y dijo:

—Pobre hombre, me das pena. Yo seré el padrino, cuidaré de él y lo haré feliz en la tierra.

El hombre dijo:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy Dios.

—Pues no te quiero por compadre —dijo el hombre—. Tú das a los ricos y dejas que los pobres pasen hambre.

Esto lo dijo el hombre porque no sabía lo sabiamente que Dios reparte la pobreza y la riqueza. Por tanto, se alejó del Señor y prosiguió su camino. Entonces se le acercó el diablo y dijo:

—¿Qué buscas? Si me quieres de padrino de tu hijo, le daré oro en abundancia y todos los placeres del mundo.

El hombre preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy el demonio.

—Entonces no te quiero por compadre —dijo el hombre—. Tú engañas y corrompes a los hombres.

Siguió andando, y en esto llegó la enjuta muerte que avanzó hasta él y dijo:

—¿Me quieres de compadre?

El hombre dijo:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy la muerte, que hace a todos igual.

—Tú eres la persona indicada: te llevas tanto a los ricos como a los pobres sin hacer diferencias; tú debes ser mi compadre.

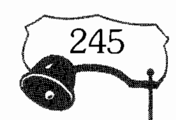
La muerte respondió:

—Yo haré a tu hijo rico y famoso, pues a aquél que me toma como amigo no le falta nada.

El hombre dijo:

—El próximo domingo es el bautizo, así que procura llegar a tiempo.

La muerte apareció como había prometido, y fue un buen padrino. Cuando el muchacho creció, apareció una vez el padrino, y



le hizo ir con él. Le llevó al bosque, le enseñó una hierba que allí crecía y dijo:

—Ahora recibirás tu regalo de ahijado. Yo te haré un médico famoso. Cuando te llamen a ver un enfemo, yo estaré allí cada vez; si estoy a la cabeza del enfermo, puedes hablar con audacia y decir que quieres curarlo, le das esta hierba y él sanará. Pero si estoy a los pies del enfermo, entonces me pertenece y tienes que decir que toda ayuda es inútil y que no lo puede salvar ningún médico en el mundo.



No transcurrió demasiado tiempo para que el joven se convirtiera en el médico más famoso del mundo. «No le hace falta más que ver al enfermo y ya sabe cómo está la cosa, si sanará o morirá», se decía de él. Y de todos los lugares llegaba gente, le llevaban enfermos y le daban tanto oro, que pronto fue un hombre rico. Entonces sucedió que el rey enfermó. El médico fue avisado para decir si era posible la curación. Cuando llegó junto a la cama, la muerte estaba a los pies, y para el enfermo no había ya hierba alguna que sirviera para sanarle.

«Si pudiera engañar por una vez a la muerte —pensó el médico—, estoy seguro de que no lo tomará a mal, ya que soy su ahijado, y hará la vista gorda; lo intentaré.»

Cogió al enfermo y lo colocó al revés, de tal manera que la muerte pasó a estar a la cabeza del mismo. Luego le dio la hierba y el rey se recuperó y sanó. La muerte, sin embargo, fue a ver al médico, llevaba cara larga y de pocos amigos y, amenazándole con el dedo, dijo:

—Te has burlado de mí; por ahora te lo pasaré, porque eres mi ahijado, pero si te atreves otra vez, te agarraré por el cuello y te llevaré a ti conmigo.

Poco después cayó gravemente enferma la hija del rey. Era su única hija, él lloraba día y noche, tanto, que se le cegaron los ojos e hizo saber públicamente que quien la salvara de la muerte se convertiría en su marido y heredaría la corona. El médico, cuando llegó a la cama de la enferma, vio a la muerte a sus pies. Hubiera debido acordarse de la advertencia de su padrino, pero la gran belleza de la hija del rey y la felicidad de ser su marido le trastornó tanto que hizo caso omiso de sus pensamientos. No vio que la muerte le lanzaba miradas furibundas, levantando la mano hacia arriba y amenazándole con el puño flaco; levantó a la enferma y le colocó la cabeza donde había tenido los pies. Le dio la hierba y pronto se colorearon sus mejillas y la vida volvió de nuevo.

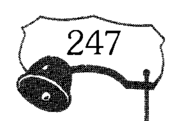
La muerte, cuando se vio engañada por segunda vez en lo que era su propiedad, se dirigió con grandes pasos hacia el médico y dijo:

—Estás perdido, ¡ahora te toca a ti!

Lo cogió con su mano helada de forma tan fuerte, que no pudo oponer resistencia y le llevó a una cueva subterránea. Entonces vio cómo ardían miles y miles de luces en hileras interminables a la vista, unas grandes, otras medianas, otras pequeñas. Cada minuto se apagaban algunas y otras volvían a arder, de tal manera que las llamitas constantemente cambiantes parecían saltar de un lado a otro.

—¿Ves? —dijo la muerte—: Estas son las luces de la vida de los hombres. Las grandes son de los niños, las medianas pertenecen a matrimonios en sus mejores años, las pequeñas pertenecen a los ancianos. Pero también, a menudo, niños y jóvenes tienen una pequeña luz.

—Muéstrame la luz de mi vida —dijo el médico, pensando que todavía era muy grande.



Pero la muerte señaló un pequeño cabito que amenazaba con apagarse y dijo:

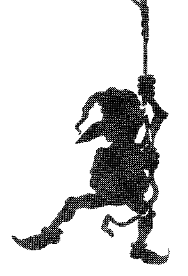
—¿Ves? Esa es.

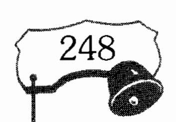
—¡Ay!, querido padrino —dijo el médico asustado—. Enciéndeme una nueva, hazlo por mí, para que pueda gozar de mi vida, ser rey y marido de la hermosa hija del rey.

—Yo no puedo —contestó la muerte—. Antes tiene que apagarse una para que prenda una nueva.

—Coloca la antigua sobre una nueva, para que arda rápidamente cuando aquélla se acabe —dijo el médico.

La muerte hizo como si quisiera cumplir su deseo; acercó una gran luz, pero como quería vengarse, intencionadamente se equivocó al colocarla y el trocito se cayó y se apagó. Rápidamente el médico cayó al suelo y fue a parar él mismo a los brazos de la muerte.







El viaje de Pulgarcito

Un sastre tenía un hijo, que había nacido tan pequeño, que no era mayor que un pulgar. Por eso se llamaba *Pulgarcito.* El era valiente y dijo a su padre:

—Padre, debo y quiero salir por el mundo.

—Bien, hijo mío, coge una aguja de zurcir y haz en el ojo un nudo con lacre; así tendrás una espada también para el camino.

Luego quiso el sastrecillo comer todavía una vez más en familia y saltando fue a la cocina para ver qué cosa rica había hecho su señora madre por última vez . La habían acabado de preparar y la fuente estaba en el fogón. Entonces dijo él:

—Señora madre, ¿qué hay hoy de comida?

—Míralo tú mismo —dijo la madre.

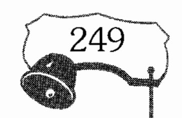
Pulgarcito saltó al fogón y miró dentro de la fuente, pero como estiró tanto el cuello, le alcanzó el vapor de la comida y le lanzó fuera de la chimenea. Durante un rato cabalgó sobre el vapor por los aires hasta que finalmente cayó en tierra. ¡Por fin estaba el sastrecillo fuera, en el ancho mundo!

Vagabundeó y entró en casa de una maestra a trabajar, pero la comida no le hacía demasiado feliz.

—Señora maestra, si no me da una comida mejor —dijo Pulgarcito—, me iré y escribiré mañana: «Patatas demasiadas, carne escasa, adiós señor rey de las patatas.»

—¿Qué más quieres tú, saltamontes? —dijo la maestra.

Se enfadó, cogió un trapo y quiso pegarle con él; pero mi sastrecillo se arrastró ágilmente hasta debajo del dedal y miró desde allí hacia fuera y le sacó la lengua a la señora maestra. Ella levantó el dedal y quiso cogerlo, pero el pequeño Pulgarcito saltó al



trapo y, cuando la maestra lo desdobló y lo buscó, se metió en una grieta de la mesa.

—¡Eh, eh, señora maestra! —gritó, y sacaba la cabeza y cuando ella quería darle se metía en el cajón. Finalmente, ella lo pescó y lo echó de la casa.



El sastrecillo siguió andando y llegó a un gran bosque; allí encontró un montón de bandidos que tenían proyectado robar los tesoros del rey. Cuando vieron al sastrecillo, pensaron: «Un muchacho tan pequeño puede escurrirse por el agujero de una cerradura y servirnos de llave.»

—Oye tú, gigante Goliat —gritó uno—. ¿Quieres venir con nosotros a la cámara de los tesoros? Puedes deslizarte dentro y echar el dinero hacia fuera.

Pulgarcito se lo pensó y finalmente dijo:

—Sí —y fue con ellos hasta la cámara de los tesoros. Allí



miró la puerta de arriba abajo para ver si había alguna grieta. Poco después descubrió una que era lo suficientemente amplia para dejarle pasar. Quiso meterse por ella, pero uno de los dos vigilantes, que estaban ante la puerta, lo vio y le dijo al otro:

—¿Qué clase de araña horrorosa se arrastra por ahí? La pisaré.

—Deja en paz al pobre animal —dijo el otro—, no te ha hecho nada.

Pulgarcito llegó por la grieta felizmente a la cámara del tesoro, abrió la ventana bajo la que estaban los bandidos y les lanzó un tálero tras otro. Cuando el sastrecillo estaba en lo mejor de su trabajo, oyó llegar al rey, que quería ver su cámara de los tesoros, y se escondió rápidamente. El rey se dio cuenta de que faltaban muchos táleros, pero no podía comprender quién los había robado, pues la cerradura y el cerrojo estaban en buen estado y todo parecía estar bien custodiado.

Se marchó y dijo a los dos centinelas:

—Prestad atención: hay alguien que anda tras el dinero.

Cuando Pulgarcito comenzó de nuevo su trabajo, oyeron moverse el dinero dentro y sonar «*clinc, clinc, clinc*». Rápidamente entraron y quisieron pescar al ladrón. Pero el sastrecillo los oyó venir, fue más rápido, saltó a una esquina y se cubrió con un tálero de tal manera que no se veía nada de él. Al mismo tiempo se burlaba de los vigilantes gritando:

—¡Aquí estoy!

Los centinelas corrían de un lado a otro, pero cuando llegaban ya estaba en otra esquina bajo un tálero y decía:

—¡Eh, eh, estoy aquí!

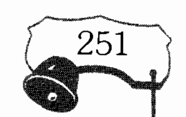
Los centinelas se acercaban rápidamente, pero Pulgarcito estaba ya hacía tiempo en la tercera esquina y gritaba:

—¡Eh, eh, estoy aquí! —y así se burlaba de ellos y los hizo dar tantas vueltas por la cámara del tesoro que se cansaron y se fueron. Entonces lanzó hacia fuera los táleros uno tras otro; el último lo lanzó con gran fuerza y hábilmente se sentó en él y salió volando así por la ventana. Los bandidos le dedicaron grandes alabanzas:

—Eres todo un héroe —dijeron—. ¿Quiéres ser nuestro capitán?

Pulgarcito les dio las gracias, y dijo que primero quería ver mundo. Se repartieron el botín, y el sastre exigió solamente un cruzado *, que era lo único que podía llevar.

Luego se ató de nuevo la espada alrededor del cuerpo, les dio los buenos días y se puso de nuevo en camino. Entró de aprendiz



en casa de algunos maestros, pero no le gustó el trabajo. Finalmente, fue a servir como mozo en un parador. Las criadas no lo podían soportar, pues sin que ellas lo pudieran ver a él, él veía todo lo que hacían a escondidas y les contaba a los señores lo que cogían de los platos y del sótano. Entonces dijeron ellas:

—Espera, que te vas a enterar —y quedaron de acuerdo para gastarle una broma pesada.

Cuando una de las muchachas, poco después, estaba segando en el jardín y vio saltando a Pulgarcito por las hierbas de un lado a otro, lo segó rápidamente con la hierba, lo ató todo en un gran paño y se lo dio de comer secretamente a las vacas. Entre ellas



había una grande y negra que se lo tragó sin hacerle daño. El interior no le gustó, pues estaba muy oscuro y no brillaba ninguna luz. Cuando ordeñaban a la vaca, gritó Pulgarcito:

—*Glup, glup, glup.* ¿Se llenará pronto el cubo?

Pero con el ruido que se hacía al ordeñar era imposible entenderle. Poco después llegó el señor de la casa al establo y dijo:

—Mañana hay que matar esta vaca.

Entonces Pulgarcito sintió miedo y gritó con voz clara:

—¡Primero déjame salir, que estoy dentro!

El señor oyó esto bien, pero no sabía de dónde venía la voz.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En la negra —contestó, pero el señor no entendió lo que quería decir, y se fue.

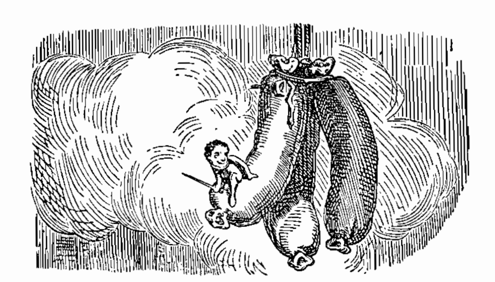
A la mañana siguiente fue sacrificada la vaca. Afortunadamente no le alcanzó ningún golpe cuando la cortaron y la picaron, pero fue a parar a la carne para hacer el embutido. Cuando llegó el carnicero y comenzó con su trabajo, gritó a pleno pulmón:

—¡No piques demasiado hondo, que yo estoy en el fondo!

Pero por el ruido de los cuchillos picadores no le oía nadie. A consecuencia de esto, Pulgarcito estaba lleno de angustia, pero la angustia da fuerzas, y entonces saltó rápidamente entre los cuchillos picadores, de tal forma que ninguno le rozó y él se escapó



por los pelos. Pero no pudo huir, no había ninguna otra salida, y tuvo que dejarse embutir con los trozos de tocino en una butifarra. Pero el alojamiento le venía muy estrecho y además le habían colgado en la chimenea para ahumarlo, donde se le hizo el tiem-

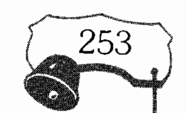


po eterno. Finalmente en invierno le bajaron porque iban a darle el embutido a un cliente. Cuando la señora posadera cortó el embutido en rodajas, tuvo el cuidado de no estirar demasiado la cabeza para que, al mismo tiempo, no se la cortara. Al fin vio su ocasión, y haciendo sitio, saltó hacia fuera.

No quiso permanecer más tiempo en una casa en la que le había ido tan mal, y emprendió de nuevo la marcha. Pero su felicidad no duró demasiado. En el campo le salió un zorro al paso y se lo tragó en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Eh, señor zorro! —gritó el sastrecillo—. ¡Yo soy el que está en tu garganta, déjame de nuevo libre!

—Tienes razón —dijo el zorro—, de ti no sacaré gran cosa. Prométeme las gallinas de la granja de tu padre, y te dejo libre.





—De todo corazón —respondió Pulgarcito—. Las gallinas las tendrás, te lo prometo solemnemente.

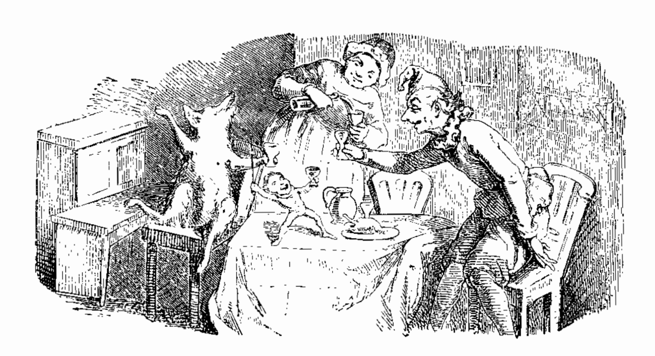
Entonces el zorro le dejó libre y él mismo le llevó a casa.

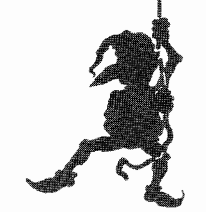
Cuando el padre vio de nuevo a su amado hijito, le dio al zorro gustosamente todas las gallinas que tenía.

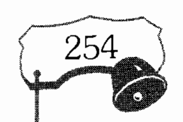


—En compensación te traigo una buena pieza de oro —dijo Pulgarcito, y le dio el cruzado que había obtenido en su viaje—. ¿Pero cómo es que le has dado al zorro los pobres pollitos para que los devorara?

—¡Ay, tontorrón, a un padre le será siempre más querido su hijo que todas las gallinas del corral!







El pájaro emplumado

Erase una vez un maestro de brujos que tomó la figura de un pobre hombre e iba ante las puertas de las casas pidiendo, y apresaba a las jóvenes hermosas. Nadie sabía dónde las llevaba, pues ellas no volvían a aparecer más en público. Una vez se presentó ante la puerta de un hombre que tenía tres hermosas hijas. Iba con el aspecto de un pobre y débil pordiosero y llevaba en la espalda un capacho como si lo quisiera para guardar allí las limosnas. Pidió un poco de comida y, al salir la mayor y querer darle un trozo de pan, no hizo más que rozarla cuando ella se vio obligada a saltar dentro del capacho. Después de esto se alejó de allí a grandes pasos y la llevó a su casa, que estaba en medio de un bosque oscuro. En la casa todo era lujoso, le dio todo lo que ella quería y dijo:

—Tesoro mío, estarás a gusto aquí en mi casa, tienes todo lo que tu corazón pueda desear.

Esto duró unos cuantos días, y luego dijo el brujo:

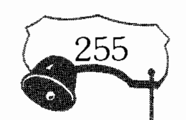
—Tengo que salir de viaje y dejarte por algún tiempo sola; puedes andar por todos los sitios de la casa y ver todo, excepto la habitación que abre esta pequeña llave: te lo prohíbo a vida o muerte.

También le entregó un huevo y dijo:

—El huevo cuídamelo bien y llévalo siempre contigo, pues si se pierde ocurriría una gran desgracia.

Ella cogió la llave y el huevo y prometió cumplir todos los encargos. Cuando se hubo marchado, recorrió la casa de arriba abajo y escudriñó por todos los rincones. Las habitaciones brillaban como la plata y el oro y ella pensaba que nunca había visto tanto lujo. Finalmente llegó a la puerta prohibida, quiso pasar de largo, pero la curiosidad no la dejaba en paz. Miró y remiró la llave, era igual que cualquier otra, la metió en la cerradura y la giró un poco y la puerta se abrió de golpe. ¿Pero qué contempló al entrar? Una gran palangana ensangrentada, y dentro de ella personas muertas descuartizadas; al lado había un bloque de madera y encima un hacha toda reluciente. Se asustó tanto, que el huevo que llevaba en la mano se cayó dentro. Lo sacó y le limpió la sangre, pero todo en vano: a cada momento ésta volvía a aparecer. Por más que lo limpiaba y raspaba no podía hacerla desaparecer.

Poco después regresó el hombre de su viaje y lo primero que exigió fue la llave y el huevo. Ella se los dio, temblando, y él



vio por las manchas rojas que ella había estado en la cámara de sangre.

—Ya que has obrado en contra de mi voluntad —dijo—, ahora volverás allí dentro, en contra de tu voluntad. Tu vida se ha acabado.

La tiró al suelo, la arrastró por los cabellos hasta allí, le cortó la cabeza encima del trozo de madera y la descuartizó hasta que su sangre fluyó hasta el suelo. Luego la echó con el resto en la palangana.

—Ahora me traeré a la segunda —dijo el brujo, y bajo la figura de un pobre fue ante la casa y pidió limosna. La segunda le trajo entonces un trozo de pan; la apresó con un simple roce, como a la primera, y se la llevó.

No le fue mejor que a su hermana; se dejó vencer por su curiosidad, abrió la cámara sangrienta, miró lo que había dentro, y a su vuelta tuvo que pagar con su vida. A continuación volvió él a traerse a la tercera, que era, sin embargo, inteligente y astuta. Cuando el brujo le dio el huevo y la llave y partió, ella guardó el huevo cuidadosamente, inspeccionó la casa y fue finalmente a la cámara de sangre. ¡Pero qué es lo que vio ante sus ojos! Sus dos hermanas queridas estaban en la palangana asesinadas miserablemente y descuartizadas: entonces procedió a juntar los miembros y los colocó como era debido, cabeza, cuerpo, brazos y piernas y, cuando ya no faltaba nada, comenzaron los miembros a moverse y a soldarse y ambas muchachas abrieron los ojos, volviendo de nuevo a la vida. A continuación se regocijaron, besándose y abrazándose.

El hombre, a su llegada, exigió inmediatamente la llave y el huevo, y cuando no descubrió en ellos el más mínimo resto de sangre, dijo:

—Tú has superado la prueba, tú serás mi prometida.

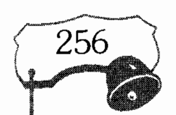
Ya no tenía poder alguno sobre ella y tuvo que hacer lo que la muchacha quería.

—Bien —dijo ella—, ahora tienes que llevar un cesto lleno de oro a mis padres y cargarlo a tus espaldas; mientras tanto yo prepararé la boda.

Entonces corrió al lugar donde estaban sus hermanas, a las que había ocultado en una pequeña salita, y dijo:

—Ha llegado el momento de salvaros. El villano os llevará él mismo a casa, pero tan pronto como estéis en ella, mandadme ayuda.

Metió a ambas en un cesto y las cubrió totalmente de oro, de



tal manera que no se podía ver nada de ellas. Luego hizo entrar al maestro brujo y dijo:

—Bueno, llévate el cesto, pero procura no pararte durante el camino; yo te estaré observando desde mi ventanita con mucha atención.

El maestro brujo se echó el cesto a sus espaldas y partió de allí, pero le pesaba tanto que le corría el sudor por la frente. A consecuencia de esto se sentó para descansar un poco, y en seguida dijo una desde el cesto:

—Estoy asomada en mi ventanita y te veo descansar. ¡Sigue adelante de una vez!

El creyó que la novia se dirigía a él y se incorporó de nuevo. Otra vez quiso sentarse, pero inmediatamente oyó:

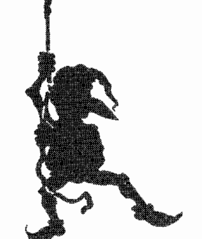
—Estoy asomada en mi ventanita y te veo descansar. ¿Quieres seguir adelante de una vez? —y en todas las ocasiones que se paró a descansar, oyó estas voces y tuvo que seguir hasta que, jadeando y sin aliento, llegó con el cesto de oro y las dos muchachas a casa de sus padres.

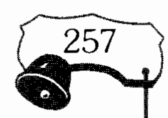
En la casa, la novia preparaba la boda e hizo invitar a los amigos del maestro brujo. Luego cogió una cabeza de muerto con dientes tan enormes como los de un conejo, le puso un adorno encima y una corona de flores, la llevó hasta la buhardilla e hizo que se asomara afuera. Cuando todo estaba preparado, se metió ella en un tonel con miel, deshizo su edredón de plumas y se revolcó de tal manera que tuviera el aspecto de un extraño pájaro y nadie pudiera reconocerla. Luego salió de la casa y en el camino se tropezó con una parte de los invitados a la boda, que preguntaron:

—¿De dónde vienes, pájaro emplumado?
—Vengo de casa de Don Alón Alado.
—¿Y qué hace la joven novia?
—Ha limpiado la mansión
y acecha desde el balcón.

Finalmente se encontró con su prometido, que lentamente volvía de regreso. Este le preguntó como los otros:

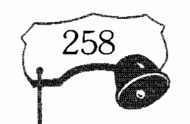
—¿De dónde vienes, pájaro emplumado?
—Vengo de casa de Don Alón Alado.
—¿Y qué hace mi joven novia?
—Ha limpiado la mansión
y acecha desde el balcón.





El novio miró hacia arriba y vio la cabeza de muerto adornada. Creyó que era su novia y le hizo señas saludándola cariñosamente. Cuando él y los huéspedes hubieron llegado a casa, aparecieron los hermanos y parientes de la novia, que habían sido enviados para salvarla. Cerraron todas las puertas, de manera que nadie pudiera escapar, y la prendieron fuego, así que el maestro brujo ardió junto a los canallas de sus amigos.





El enebro

Hace ya mucho tiempo, hace unos dos mil años, vivía un hombre rico que tenía una mujer bella y piadosa, y ambos se querían muchísimo, pero no tenían hijos y deseaban ardientemente tenerlos; la mujer rezaba día y noche para conseguirlo, más no llegaban y no llegaban. Delante de su casa había un enebro. Una vez, en invierno, estaba la mujer bajo el árbol y pelaba una manzana, cuando se cortó un dedo y la sangre cayó en la nieve.

—¡Ay, Dios mío! —dijo la mujer suspirando profundamente, y al ver la sangre ante sí, se puso melancólica—: ¡Ojalá tuviese un hijo, tan rojo como la sangre y tan blanco como la nieve!

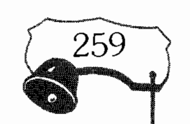
Apenas lo hubo dicho, se sintió muy contenta porque le daba la sensación de que aquello iba a suceder. Entonces se fue a su casa. Y pasó un mes, y la nieve se derritió. Y dos meses y todo se puso verde. Y tres meses y salieron las flores de la tierra. Y cuatro meses y todos los árboles se apretujaban en el bosque y las ramas verdes se entrelazaban entre sí y cantaban los pajarillos y su canto resonaba por todo el bosque y las flores caían de los árboles. Pasado el quinto mes, se puso la mujer debajo del enebro, que olía tan bien que a ella le saltó el corazón de alegría; se dejó entonces caer de rodillas y no cupo en sí de gozo. Y cuando hubo pasado el sexto mes, las bayas del árbol iban creciendo y engrosando y ella se puso muy pensativa. Y en el séptimo mes alargó su mano hasta una baya y se la comió con mucha ansia; entonces se puso muy triste y enfermó. Y cuando transcurrió el octavo mes, ella llamó a su marido y llorando le dijo:

—Cuando me muera, entiérrame debajo del enebro.

Luego se tranquilizó y se sintió muy contenta hasta que pasó el noveno mes, en el que dio a luz un niño tan blanco como la nieve y tan rojo como la sangre; cuando lo vio se sintió tan contenta, tan contenta, que se murió.

Así pues, el marido la enterró bajo el enebro y empezó a llorar mucho, durante largo tiempo; luego se tranquilizó y, cuando hubo llorado un poco más, dejó de hacerlo y, cuando hubo pasado algún tiempo más, volvió a tomar esposa.

Con la segunda mujer tuvo una hija. El de la primera mujer era un niño, tan rojo como la sangre y tan blanco como la nieve. Cuando la mujer miraba a su hija sentía un enorme cariño por ella, pero cuando miraba al niño pequeño, se le encogía el corazón y sentía que él era un enorme estorbo. Y siempre estaba





pensando en cómo podía dejarle todos los bienes a su hija. Era el diablo quien le inspiraba estos pensamientos. Así pues, cogió mucha manía al pequeño y lo empujaba de un lado a otro y lo pellizcaba tanto, que el pobrecito estaba siempre muerto de miedo ante ella. En cuanto llegaba de la escuela, no tenía un minuto de tranquilidad.

Una vez había entrado la mujer en un cuarto, cuando entró también su hijita y dijo:

—Madre, dame una manzana.

—Sí, hijita mía —dijo la madre, y le sacó una muy bonita de un baúl; éste tenía una tapa muy grande y pesada, y con una cerradura de hierro grande y afilada.

—Madre —dijo la pequeña—, ¿no podrá tener también mi hermanito una manzana?

Esto disgustó a la mujer, que sin embargo dijo:

—Sí, en cuanto llegue de la escuela.

Y cuando, al mirar por la ventana, se dio cuenta de que el pequeño ya llegaba, de pronto se sintió como poseída por el diablo y volvió a quitarle la manzana a su hija, diciéndole:

—No la tendrás hasta que la tenga tu hermano.



Diciendo esto arrojó la manzana al baúl y lo cerró. Cuando entró el niño por la puerta, el diablo la indujo a que le dijera amablemente:

—Hijo mío, ¿quieres una manzana?

Y al decirlo le lanzó una mirada odiosa.

—Madre —dijo el pequeño—, qué rara estás; sí, dame una manzana.

Entonces le pareció que debía animarle.



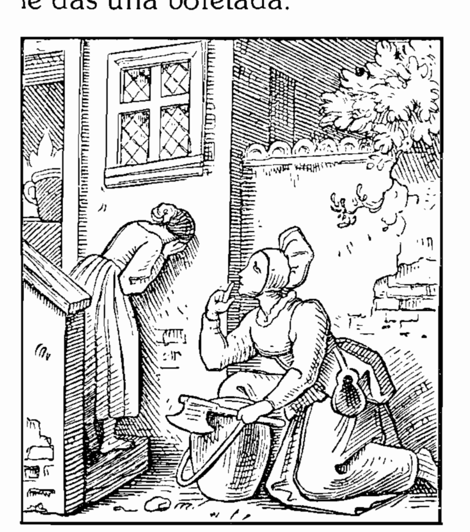
—Ven conmigo —le dijo, abriendo la tapa del baúl—, coge una manzana.

Y cuando el pequeño se inclinó hacia dentro para coger una manzana, volvió el diablo a tentarla y, ¡plof!, cerró la tapa de golpe, de manera que le cortó la cabeza, que se fue rodando entre las manzanas. Entonces la invadió el pánico y pensó: «¡Ojalá pudiera volverme atrás de esto!» Y se fue a su cuarto, abrió su cómoda y sacó del último cajón un pañuelo blanco, volvió a colocar la cabeza en el cuello, le ató el pañuelo de tal manera que no se pudiera notar nada, colocó al pequeño en una silla delante de la puerta y le puso la manzana en la mano.

Entonces entró Marlenita, la hermana, en la cocina, a ver a su madre, que estaba junto al fuego delante de un perol lleno de agua, al que le estaba dando vueltas y vueltas.

—Madre —dijo Marlenita—, mi hermano está sentado delante de la puerta, todo blanco y con una manzana en la mano. Le pedí que me la diera, pero él no me contesta, y me he asustado.

—Vuelve con él —dijo la madre—, y si no te quiere contestar, le das una bofetada.

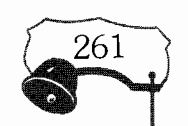


A continuación Marlenita salió y le dijo:

—Hermano, dame la manzana.

Mas él no contestó, así que le dio una bofetada, a consecuencia de la cual se le cayó la cabeza; ella se asustó mucho y empezó a llorar y a gritar, y fue corriendo a ver a su madre y le dijo:

—¡Ay, madre, le he cortado la cabeza a mi hermano! —y lloraba y lloraba y no podía tranquilizarse.



—Marlenita —dijo la madre—, ¿qué te pasa? Estáte tranquila para que no se dé cuenta nadie. Ya no se puede hacer nada; lo guisaré en el potaje.

Así pues, la madre cogió al pequeño, lo cortó en pedazos, los puso en la cacerola y lo guisó en el potaje. Pero Marlenita estaba allí cerca y no dejaba de llorar, y sus lágrimas llenaron completamente el perol, de tal manera que no necesitó sal.

Al poco rato vino el padre a casa, se sentó a la mesa y dijo:

—¿Dónde está mi hijo?

La madre le trajo entonces una gran fuente con el potaje, y Marlenita seguía llorando sin poder sosegarse. Y el padre repitió otra vez.

—¿Dónde está mi hijo?

—¡Ay! —dijo la madre—. Se ha marchado a ver a su abuelo; quiere quedarse con él algún tiempo.

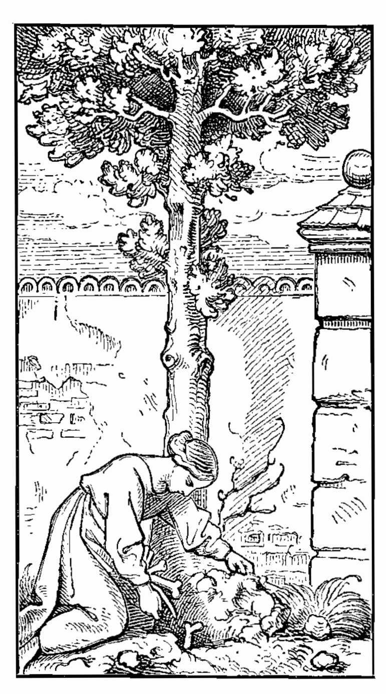
—¿Y qué busca allí? Ni siquiera me ha dicho adiós.

—Bueno, es que tenía tantas ganas de marcharse que me pidió si podía quedarse allí unas seis semanas. No hay que preocuparse, le tratarán bien.

—¡Ay! —dijo el padre—. ¡Me siento tan triste!... Debería haberme dicho adiós.

Dicho esto, empezó a comer y luego prosiguió:

—Marlenita, ¿por qué lloras? Tu hermano volverá, ya lo verás.



Dijo luego:

—¡Pardiez, mujer! ¡Qué comida tan sabrosa! ¡Dame más!

Y cuanto más comía, más quería, y seguía diciendo:

—¡Dame más! ¡No guardes nada, ni pizca de ello! ¡Es como si fuese todo mío!

Y comía y comía y los huesos los iba tirando debajo de la mesa hasta que hubo acabado con todo.

Pero Marlenita se acercó a su cómoda y sacó del cajón de abajo su mejor pañuelo de seda, recuperó todos los huesecillos y huesos de debajo de la mesa y los ató en el pañuelo y los llevó delante de la puerta, mientras seguía derraman-

do amargas lágrimas. Luego se echó sobre la verde hierba bajo el enebro y apenas se hubo echado se sintió tan aliviada que dejó de llorar. Entonces empezó el enebro a moverse y a agitarse y las ramas se extendían y escogían, igual que alguien que está muy contento y acciona con las manos. Entonces fue surgiendo una niebla del árbol, y dentro de la niebla ardía un fuego, y del fuego salió volando un ave muy hermosa que cantaba dulcemente según se iba elevando hacia el cielo, y cuando hubo desaparecido, el enebro se quedó como antes, pero el pañuelo con los huesos había desaparecido también. Marlenita, sin embargo, se encontraba tan aliviada y alegre como si aún viviese su hermano. Entonces volvió a la casa toda contenta, se sentó a la mesa y comió.

El ave, entre tanto, voló hasta muy lejos y se posó en el tejado de un orfebre y empezo a cantar:

—Mi madrastra me mató,
y mi padre me comió.
Mi hermanita,
Marnelita,
buscó todos mis huesitos,
los ató en un pañuelito
y allí, bajo el enebrito,
los dejó.
¡Quia, quia, quia,
qué ave más bella soy yo!

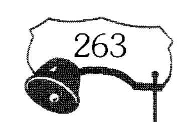
El orfebre estaba sentado en su taller, haciendo una cadena de oro y, al oír al ave, cantando en su tejado, le pareció una melodía bella en extremo. Así pues, se levantó, pero al pasar el umbral perdió una pantufla. Subió así, sin más, por el medio de la calle, con una sola pantufla y un calcetín; tenía puesto su mandil de cuero y en una mano llevaba la cadena de oro y en la otra las tenazas; el sol brillaba e iluminaba toda la calle. Se detuvo y se puso a mirar al ave.

—Ave —dijo entonces—. ¡Qué hermoso es tu canto! ¡Cántame otra vez esa canción!

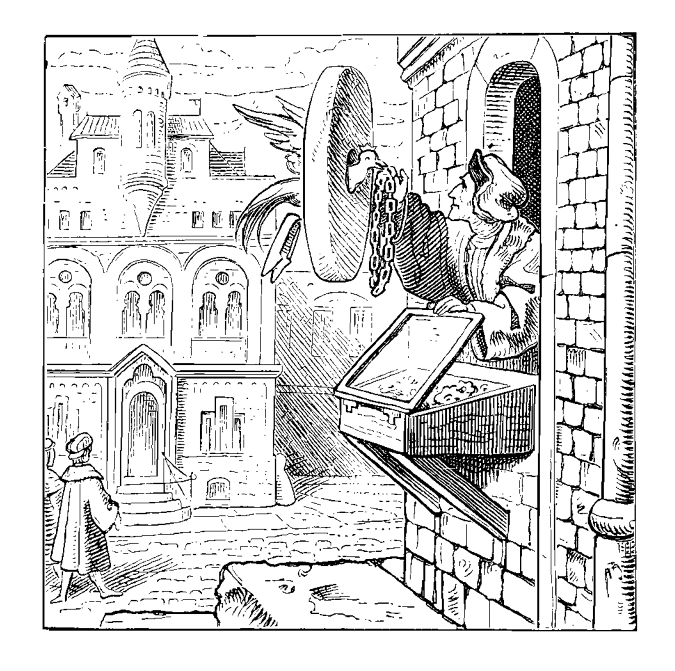
—No —dijo el ave—, no canto dos veces sin nada a cambio. Dame la cadena de oro y entonces cantaré otra vez.

—Toma —dijo el orfebre—, ten la cadena de oro y ahora vuelve a cantar.

Entonces bajó el ave y recogió la cadena de oro con la pata derecha y se colocó ante el orfebre y se puso a cantar:



—Mi madrastra me mató,
y mi padre me comió.
Mi hermanita,
Marlenita,
buscó todos mis huesitos,
los ató en un pañuelito
y allí, bajo el enebrito,
los dejó.
¡Quia, quia, quia,
qué ave más bella soy yo!



Luego se fue volando a casa de un zapatero y, posándose en su tejado, cantó:

—Mi madrastra me mató,
y mi padre me comió.
Mi hermanita,
Marlenita,
buscó todos mis huesitos,
los ató en un pañuelito
y allí, bajo el enebrito,
los dejó.
¡Quia, quia, quia,
qué ave más bella soy yo!

El zapatero le oyó y salió corriendo, se colocó delante de su puerta en mangas de camisa, y miró hacia su tejado y tuvo que ponerse las manos ante los ojos para que no le deslumbrase el sol.

—¡Ave! —dijo—. ¡Qué hermoso es tu canto!

Y llamó a su mujer por la puerta:

—Mujer, ven aquí, que hay un ave. ¡Mira qué bien canta!

Y llamó a su hija y a sus hijos y a los aprendices y a los criados y a las criadas, y todos subieron por la calle y contemplaron lo hermoso que era el pájaro, y las plumas rojas y verdes que tenía, y cómo el cuello parecía de oro puro y los ojos le brillaban como estrellas.



—Ave —dijo el zapatero—, vuelve a cantar la canción.

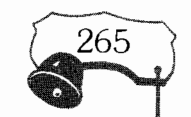
—No —dijo el ave—, no canto dos veces sin nada a cambio; tienes que regalarme algo.

—Mujer —dijo el zapatero—, vete al taller; en el estante de arriba hay un par de zapatos rojos; tráemelos para acá.

La mujer se fue a buscar los zapatos.

—Toma, ave —dijo el hombre—, ahora canta otra vez la canción.

El ave bajó entonces y recogió los zapatos con su pata izquierda y, volviendo al tejado, se puso a cantar:



—Mi madrastra me mató,
y mi padre me comió.
Mi hermanita,
Marlenita,
buscó todos mis huesitos,
los ató en un pañuelito
y allí, bajo el enebrito,
los dejó.
¡Quia, quia, quia,
qué ave más bella soy yo!

Cuando acabó de cantar, se alejó volando, con la cadena en la derecha y los zapatos en la izquierda, y se fue hasta el molino, que hacía: *«Cataclá, cataclá, cataclá.»* Y a la puerta del molino estaban sentados veinte mozos molineros que pegaban y golpeaban con una piedra de moler: *«Clip, clop, clip, clop, clip, clop»*, y el molino rodaba: *«Cataclá, cataclá, cataclá.»* Entonces se posó el ave en un tilo que estaba delante del molino y se puso a cantar:

—Mi madrastra me mató...

Y paró uno de trabajar.

—... y mi padre me comió.

Y pararon dos para escucharle.

—... Mi hermanita,
Marlenita...

Y pararon otros cuatro.

—... buscó todos mis huesitos,
los ató en un pañuelito...

Y ahora sólo golpeaban ocho.

—... y allí, bajo el enebrito...

Ahora trabajaban sólo cinco:

—... los dejó.

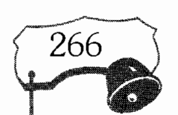
Y ahora sólo uno:

—...*¡Quia, quia, quia,*
qué ave más bella soy yo!

Entonces también se paró el último, que había escuchado sólo el final, y dijo:

—Ave, ¡qué hermoso es tu canto! Déjamelo oír a mí también.

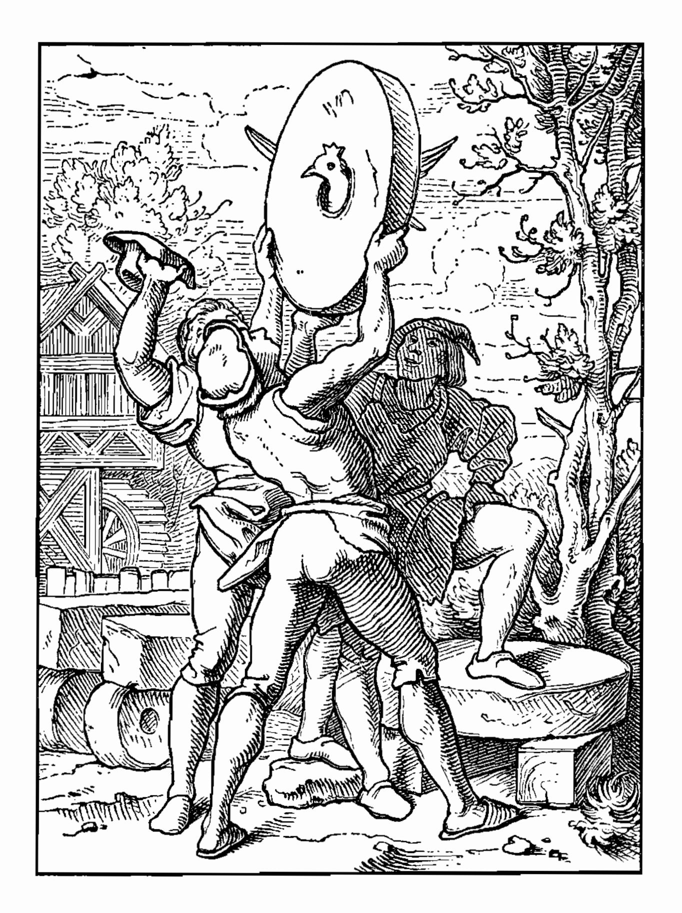
—No —dijo el ave—, no canto dos veces sin nada a cambio; dame la piedra de moler, y volveré a cantarlo.



—Sí —dijo el mozo—, te la daría si fuese sólo mía.

—Sí —dijeron los otros—, si vuelves a cantar, la tendrás.

Entonces se acercó el ave y los veinte molineros la miraron con asombro y levantaron la piedra: *«¡Aúpa, aúpa, aúpa!»* Y el ave metió el cuello por el agujero y cogió la piedra como si fuese una gargantilla y, volviendo al árbol, cantó:



—Mi madrastra me mató,
y mi padre me comió.
Mi hermanita,
Marlenita,
buscó todos mis huesitos,
los ató en un pañuelito
y allí, bajo el enebrito,
los dejó.
¡Quia, quia, quia,
qué ave más bella soy yo!



Cuando terminó de cantarlo, extendió las alas y, llevando en la garra derecha la cadena y en la izquierda los zapatos y alrededor del cuello la piedra de moler, voló hasta la casa de su padre.

En el cuarto estaban sentados a la mesa, el padre, la madre y Marlenita, y el padre decía:

—¡Ay, cómo me encuentro de bien, qué feliz me siento!

—No —dijo la madre–, yo estoy muy acongojada, como si fuera a haber tormenta.

Marlenita estaba sentada llorando y venga a llorar; entonces vino volando el ave y cuando se posó en el tejado dijo el padre:



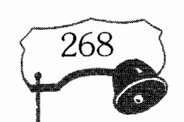
—¡Ay, qué feliz me siento! El sol brilla tan alegre que me siento como si fuera a volver a ver a algún conocido.

—No —dijo la mujer—, a mí me está entrando un ansia, y me están castañeteando los dientes y tengo como fuego en las venas.

Y al decir esto se iba desgarrando el corpiño y el vestido. Marlenita estaba sentada en el rincón y lloraba; como tenía la trenza delante de los ojos la empapaba toda, todita, con tanto llanto. Entonces se posó el ave en el enebro y se puso a cantar:

—Mi madrastra me mató...

Y la madre se tapó los oídos y mantenía cerrados los ojos y no quería ni ver ni oír, pero le zumbaban los oídos como si tuviera



dentro de sí un terrible huracán y los ojos le ardían y refulgían como relámpagos.

—... y mi padre me comió.

—Ay, madre —dijo el hombre—. ¡Qué ave tan bella hay allí y qué maravillosamente canta! ¡Y cómo brilla y calienta el sol, y cómo huele todo a pura canela!

—... Mi hermanita
Marlenita...

Entonces Marlenita recostó la cabeza en la rodilla sin dejar de llorar y el hombre dijo:

—Me voy afuera, tengo que ver al ave de cerca.

—¡Ay, por Dios, no vayas! —dijo la mujer—. Me siento como si toda la casa estuviese en llamas.

Mas el hombre salió para ver el ave.

—... buscó todos mis huesitos,
los ató en un pañuelito,
y allí, bajo el enebrito,
los dejó.
¡Quia, quia, quia,
qué ave más bella soy yo!

Con esto dejó caer el ave la cadena de oro, que se le puso al hombre precisamente alrededor del cuello, tan ajustadamente que daba gloria ver lo bien que le sentaba. Luego entró en casa y dijo:

—¡Mira qué ave tan buena! ¡Me ha regalado una cadena de oro preciosa y es tan bella!

Pero a la mujer le entró tanto miedo que se desmayó, todo lo larga que era, en la habitación, y el gorro se le cayó de la cabeza.

Entonces volvió a cantar el ave:

—Mi madrastra me mató...

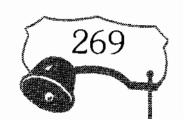
—¡Ay! Ojalá estuviera a mil metros debajo de la tierra para no tener que oír esto.

—... y mi padre me comió.

Entonces se quedó la mujer como muerta.

—Mi hermanita,
Marlenita...

—¡Ay! Yo también quiero salir a ver si me regala algo el ave —dijo Marlenita, y salió.



—... buscó todos mis huesitos,
los ató en un pañuelito...

Y le tiró los zapatos.

—... y allí, bajo el enebrito,
los dejó.
¡Quia, quia, quia,
qué ave más bella soy yo!

Entonces se puso la niña muy alegre y recogió los zapatos rojos y dando saltos entró bailando en casa.

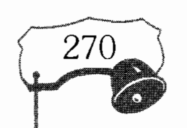
—¡Ay, ay! —dijo—. Yo estaba tan triste cuando salí y ahora estoy tan contenta. Esta sí que es un ave maravillosa, me ha regalado un par de zapatos rojos.

—¡No, no! —dijo la mujer, y se levantó de un brinco, y sus pelos se pusieron de punta con llamas de fuego—. Yo también saldré a ver si me alivio algo.

Y nada más salir, ¡cataplum!, le tiró el ave la piedra de moler en la cabeza y se quedó, por tanto, completamente aplastada. El padre y Marlenita oyeron el estruendo, salieron y vieron cómo salían humo y llamas y fuego del lugar, y cuando todo hubo pasado, allí estaba de nuevo el hermanito, que tomó a su padre y a su hermana de la mano y, sintiéndose los tres muy felices, entraron en casa a comer.







El viejo «Sultán»

Un campesino tenía un perro fiel, que se llamaba *Sultán* y que se había hecho viejo, había perdido todos los dientes y no podía morder ya nada con fuerza. Cierto día estaba el campesino con su mujer ante la puerta de su casa y dijo:

—Al viejo *Sultán* lo mataré mañana de un tiro; ya no sirve para nada.

La mujer, que sintió compasión por el fiel animal, añadió:

—Ya que nos ha servido durante tantos años y ha sido fiel podíamos darle el pan ahora como caridad.

—¿Qué? —dijo el hombre—. Tú no estás en tus cabales; ya no tiene dientes y ningún ladrón siente miedo ante él; debe morir. Es cierto que nos ha servido bien, pero en compensación ha tenido su buena comida.

El pobre perro, que estaba tumbado al sol no lejos de allí, había oído todo esto y estaba triste de que al día siguiente tuviera que ser el último de su vida. Tenía un buen amigo, el lobo, y se lamentó de la triste suerte que le habían asignado.

—Oye, compadre —dijo el lobo—, estáte tranquilo, que yo te ayudaré a salir de este apuro. He pensado algo: Mañana por la mañana va tu señor con su mujer al campo y llevarán a su niño pequeño con ellos, porque no queda nadie en la casa. Mientras trabajan, suelen colocar al niño detrás del seto, al sol. Echate al lado como si estuvieras cuidándolo. Yo entonces saldré del bosque y me llevaré al niño, y tú sales corriendo rápidamente detrás de mí, como si me lo quisieras arrebatar. Lo dejaré caer y tú se lo devuelves a sus padres. Creerán que lo has salvado y te estarán tan agradecidos que no te harán ningún daño. Por el contrario hallarás merced y no te faltará ya nunca nada de nada.

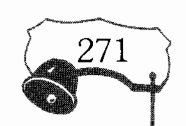
La propuesta fue del agrado del perro, y tal como fue pensada se realizó.

El padre dio un grito cuando vio que el lobo corría con su hijo por el campo, pero cuando el viejo *Sultán* lo trajo de nuevo, se alegró, lo acarició y dijo:

—No se te tocará ni un pelo, tendrás tu pan de caridad mientras vivas.

A su mujer le encargó:

—Vete a casa rápidamente y hazle al viejo *Sultán* un puré de miga de pan, así no tendrá que mascar, y tráele la almohada de mi cama: se la daré para que se eche allí.



Desde ese momento le fue al viejo *Sultán* tan bien que no pudo desear nada mejor. Poco después le visitó el lobo y se alegró de que todo le hubiera salido así de bien.

—Pero, compadre —dijo—, espero que hagas la vista gorda, si yo aprovecho una ocasión para quitarle a tu señor una buena oveja. Es difícil hoy en día poder salir adelante.

—Ni pensarlo, con eso no cuentes —contestó el perro—. Yo soy fiel a mi señor, y no puedo permitirlo.

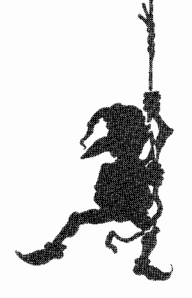
El lobo pensó que esto no lo había dicho en serio, y cuando llegó por la noche en silencio quiso llevarse a la oveja. Pero el campesino, al que el viejo *Sultán* había alertado de los planes del lobo, lo cogió y le peinó rudamente con el trillo. El lobo tuvo que escaparse y le gritó al perro:

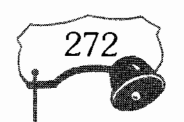
—¡Espera, mal camarada, ya te arrepentirás de todo esto!

A la mañana siguiente envió el lobo al jabalí e hizo que el perro saliera al bosque; allí arreglarían cuentas. El pobre *Sultán* no pudo encontrar más ayuda que la de un gato, que no tenía más que tres patas, y cuando salieron de allí juntos, el pobre gato iba cojeando y al mismo tiempo estiraba de dolor el rabo hacia lo alto. El lobo y su ayudante llegaron al sitio convenido, pero cuando vieron llegar a sus contrarios, pensaron que llevaban un sable consigo, pues vieron el rabo levantado del gato, y cuando el pobre animal saltaba en sus tres patas, no pensaban sino que cogía piedras para tirárselas. Entonces les entró miedo a los dos, el jabalí se escondió en el follaje y el lobo saltó a un árbol. Cuando llegaron el perro y el gato, se asombraron de que no podían distinguir a nadie. Pero el jabalí no se había podido esconder del todo, y sus orejas sobresalían por encima. Mientras el gato miraba a su alrededor cuidadosamente, el jabalí movió las orejas; el gato, pensando que allí se movía un ratón, saltó y le mordió con fuerza. Entonces se incorporó el cerdo con un enorme chillido, y salió corriendo mientras gritaba:

—¡Allí en el árbol está el culpable!

El perro y el gato levantaron la mirada hacia arriba y divisaron al lobo que, avergonzado de haberse mostrado tan cobarde, aceptó hacer las paces con el perro.





Los seis cisnes

Un rey cazaba una vez en un enorme bosque, y persiguió con tanto ahínco a un jabalí, que ninguno de sus sirvientes pudieron seguirle. Cuando llegó la noche, se detuvo y miró atentamente a su alrededor; entonces se dio cuenta de que se había perdido. Buscó una salida, pero no pudo encontrar ninguna. Vio, entonces, a una anciana que, cabeceando, se dirigía hacia él. Era una bruja.

—Querida señora —le dijo—, ¿podríais enseñarme el camino a través del bosque?

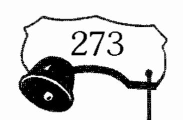
—¡Oh, claro que sí, señor rey! —contestó ella—. ¡Claro que puedo! Pero hay una condición para ello; si no la cumplís, no saldréis jamás del bosque y moriréis de hambre.

—¿Qué condición es ésa? —preguntó el rey.

—Tengo una hija —dijo la vieja— que es lo más hermoso que podéis encontrar en el mundo y que merece que la hagáis vuestra esposa. Si queréis convertirla en señora reina, os enseñaré el camino a través del bosque.

El rey, lleno de miedo, aceptó, y la vieja le llevó a una casita donde su hija estaba sentada al fuego. Recibió al rey como si lo hubiera estado esperando y él comprobó que, en verdad, era muy hermosa, pero no le gustó, y no la podía mirar sin sentir un secreto estremecimiento. Después de haber montado a la muchacha en su caballo, la vieja le enseñó el camino y el rey llegó a su palacio real, donde se celebró la boda.

El rey había estado ya casado y tenía de su mujer siete hijos, seis muchachos y una muchacha, que amaba sobre todas las cosas. Como temía que la madrastra no los tratara bien y les hiciera algún daño, se los llevó a un castillo solitario que tenía en medio del bosque. Estaba tan escondido, y el camino era tan difícil de encontrar, que él mismo no lo hubiera encontrado si un hada no le hubiera regalado un ovillo de estambre de cualidades mágicas: cuando lo lanzaba ante sí, se desenredaba por sí mismo y le mostraba el camino. El rey, sin embargo, iba tan a menudo a ver a sus hijos queridos, que a la reina le llamó la atención su ausencia, le entró curiosidad y quiso saber qué tenía que hacer en el bosque él solo. Dio a sus sirvientes mucho dinero y éstos le revelaron el secreto y le hablaron de la madeja que mostraba por sí sola el camino. Ella no encontró descanso hasta que no supo dónde guardaba el rey su madeja. Luego hizo pequeñas camisitas



de seda blanca y, como había aprendido de su madre las artes mágicas, cosió también en ellas un hechizo.

Una vez que el rey había salido de caza, cogió las camisitas y se dirigió al bosque, donde la madeja le enseñó el camino. Los niños, que vieron venir a alguien a lo lejos, pensaron que era su padre querido, y salieron a recibirlo llenos de alegría. En ese momento ella lanzó sobre cada uno de ellos una camisita, y en cuanto ésta les hubo tocado el cuerpo se transformaron en cisnes y volaron por el bosque. La reina regresó gozosa a casa, creyendo que se había librado de sus hijastros, pero la muchacha no había salido al encuentro con sus hermanos y ella no sabía nada de su existencia.

Otro día llegó el rey a visitar a sus hijos, y no encontró a nadie más que a la muchacha.

—¿Dónde están tus hermanos? —preguntó el rey.

—¡Ay, querido padre! —contestó ella—. Se han ido y me han dejado aquí sola.

Y le contó lo que había visto desde la ventanita, cómo sus hermanos transformados en cisnes habían volado por el bosque, y le enseñó las plumas que habían dejado caer en el patio y que ella había recogido. El rey se apenó, pero no pensó que la reina hubiera llevado a cabo tan mala acción, y como temía que le pudieran quitar también a la muchacha, quiso llevársela consigo. Pero ella tuvo miedo de la madrastra y pidió al rey que la dejara pasar solamente esa noche en el palacio del bosque. La niña pensó: «Mi estancia aquí no será larga, iré y buscaré a mis hermanos.» Y cuando llegó la noche, huyó y se adentró directamente en el bosque. Estuvo andando toda la noche y también la mañana siguiente sin descanso, hasta que no pudo seguir más a causa de la fatiga. Vio, entonces, una choza de caza, subió y encontró una habitación con seis camitas, pero no se atrevió a echarse en ninguna, sino que se arrastró bajo una de ellas, se tumbó en el duro suelo y quiso pasar allí la noche. Pero cuando el sol estaba a punto de ponerse, oyó un ruido y vio que seis cisnes entraban volando por la ventana. Se sentaron en el suelo y se soplaron los unos a los otros todas las plumas, hasta que su piel de cisne se alisó como una camisa. La muchacha contempló esto y reconoció a sus hermanos. Llenándose de gozo salió de debajo de la cama. Los hermanos no se alegraron menos cuando la vieron, pero su gozo duró poco tiempo:

—Aquí no puedes quedarte —le dijeron—. Esto es una morada de bandidos: cuando lleguen a casa, si te encuentran aquí, te asesinarán.

—¿No podríais protegerme vosotros? —preguntó la hermana.

—No —respondieron—, pues nosotros solamente podemos despojarnos de nuestra piel de cisne durante un cuarto de hora, y en ese rato recobramos nuestra apariencia humana, pero luego nos vemos transformados en cisnes otra vez.

La hermanita lloró y dijo:

—¿No puedo yo liberaros?

—¡Ay, no! —contestaron ellos—. Las condiciones son muy difíciles. Durante seis años no puedes ni hablar ni reír y tienes que coser en ese tiempo seis camisitas de áster *. Con que salga una sola palabra de tu boca, se habrá perdido todo el trabajo.



Cuando los hermanos dijeron esto había pasado ya el cuarto de hora y salieron volando por la ventana en forma de cisnes.

Pero la muchacha había decidido en serio liberar a sus hermanos, aun a costa de su propia vida. Abandonó la choza, se fue al centro del bosque y se sentó en un árbol y allí pasó la noche. A la mañana siguiente salió de allí, recogió áster y empezó a coser.

Hablar no podía hacerlo con nadie y de reír no tenía ganas, así que permanecía allí sentada y no atendía más que a su trabajo. Cuando ya había pasado mucho tiempo, sucedió que el rey del país fue a cazar al bosque y sus cazadores llegaron al árbol en el cual estaba la muchacha. Gritaron y dijeron:

—¿Quién eres?

Pero no hubo respuesta.

—Bájate con nosotros —decían—. No te vamos a hacer daño.

Ella solamente movía la cabeza. Cuando la siguieron molestando con preguntas, les lanzó su cadena de oro y pensó que con eso los contentaría. Pero ellos no dejaron de insistir; entonces les lanzó el cinturón, y eso tampoco les sirvió para nada; sus ligas, y poco a poco se quedó solamente con su camisita. Los cazadores no se dejaron arredrar por ello, treparon el árbol y bajaron a la muchacha, llevándola ante el rey. El rey le preguntó:

—¿Quién eres? ¿Qué haces en el árbol?

Ella no contestó, y permaneció muda como una tumba. Ella era tan hermosa que el rey se sintió impresionado y lleno de gran amor por ella. Le hizo que le pusieran ricas vestiduras, y ella brillaba de belleza como un día claro, pero no se le podía arrancar palabra alguna. La sentaba a su lado en la mesa y sus gestos discretos y su corrección le gustaron tanto que dijo:

—Con ésta me quiero casar, y no querré a ninguna otra en el mundo.

Y a los pocos días se casó con ella.

El rey, sin embargo, tenía una madre malvada que estaba descontenta con la boda y hablaba mal de la joven reina.

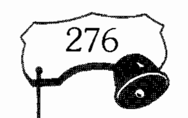
—¿Quién sabe de dónde viene esta muchacha? —dijo—. La que no puede hablar, no es digna de un rey.

Después de un año y cuando la reina había dado a luz su primer hijo, la vieja se lo quitó y le untó a ella la boca de sangre mientras dormía. Luego fue a ver al rey y la acusó de ser antropófaga. El rey no lo quiso creer y no podía soportar que se le hiciera el menor daño.

Ella permanecía constantemente sentada y cosía las camisas sin atender a ninguna otra cosa. La segunda vez que tuvo un niño, la malvada suegra empleó el mismo engaño, pero el rey no pudo decidirse a prestar crédito a sus habladurías. El dijo:

—Es demasiado buena y piadosa para hacer tal cosa, y si no fuera muda y pudiera defenderse, su inocencia saldría a la luz.

Pero la tercera vez que la vieja le arrebató el niño recién nacido y acusó a la reina, que no dijo la más mínima palabra en su



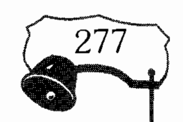
defensa, el rey no pudo hacer más que entregarla a un tribunal, y éste la condenó a morir quemada.

Cuando llegó el día en que tenía que ser llevada a cabo la sentencia, había pasado precisamente el último de los seis años en los cuales no le había estado permitido ni hablar ni sonreír. Y había conseguido liberar a sus queridos hermanos del poder del encantamiento. Las seis camisas estaban terminadas: solamente le faltaba a la última el brazo izquierdo. Cuando la llevaban a la pira, puso las camisas sobre sus brazos y, cuando ya estaba arriba y el fuego iba a empezar a arder, miró a su alrededor y en ese momento llegaron los seis cisnes volando. Entonces vio que su liberación se acercaba y su corazón dio saltos de alegría. Los cisnes revolotearon alrededor de ella y descendieron a la altura necesaria para que ella les pudiera echar las camisas por encima, y cuando los rozaron, se les cayó el plumaje de cisnes y sus hermanos aparecieron con su apariencia humana. Solamente al más pequeño le faltaba el brazo izquierdo y en su lugar tenía un ala de cisne en la espalda. Se abrazaron y se besaron, y la reina fue hacia el rey, que estaba totalmente confuso y, comenzando a hablar, le dijo:

—Querido esposo, ahora me está permitido hablar y revelarte que soy inocente y se me ha acusado en falso.

Y le contó el engaño de la vieja, que le había arrebatado y escondido a sus tres hijos pequeños. Para gran alegría del rey fueron traídos los pequeños. La mala suegra fue atada, en castigo, a la pira y convertida en cenizas. El rey y la reina junto con sus hermanos vivieron muchos años en paz y felicidad.





La Bella Durmiente

Hace mucho tiempo había un rey y una reina que exclamaban todos los días:

—¡Ay, si tuviéramos un hijo! —y no conseguían tener nunca uno.

Entonces sucedió que, estando la reina una vez en el baño, saltó un sapo del agua al suelo y le dijo:

—Tu deseo será cumplido. Antes de que pase un año traerás un hijo al mundo.

Lo que el sapo había dicho se cumplió y la reina dio a luz una niña tan hermosa, que el rey no cabía en sí de gozo y organizó una gran fiesta. No sólo invitó a sus parientes, amigos y conocidos, sino también a las hadas para que le fueran propicias y le mostraran su afecto. En su reino eran trece, pero como solamente tenían doce platos de oro para que comieran ellas, tuvieron que dejar a una en casa. La fiesta se organizó con todo lujo, y cuando estaba llegando al final, las hadas obsequiaron a la niña con sus dones maravillosos. La una con virtud, la otra con belleza, la tercera con riquezas, y así con todo lo que se pueda desear en este mundo. Cuando once habían expresado ya sus deseos, entró de pronto la decimotercera y, como quería vengarse de no haber sido invitada, sin saludar ni mirar a nadie, dijo en voz alta:

—¡La hija del rey se pinchará a los quince años con un huso, y morirá!

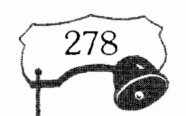
Y sin decir ni una palabra más, se dio la vuelta y abandonó la sala.

Todos se habían asustado, cuando en esto se adelantó la duodécima, que todavía no había pronunciado su gracia. Y como no podía anular la mala profecía, sino solamente aminorarla, dijo:

—No será una muerte, sino un profundo sueño de cien años en el que caerá la hija del rey.

El rey, que quería preservar a su hija querida de la desgracia, dio la orden de que fueran quemados todos los husos del reino.

En la joven se cumplieron todos los dones de las hadas, pues era bella, discreta, cordial y comprensiva, de tal manera que todo el mundo que la veía la quería. Sucedió que en el día en el que cumplía precisamente quince años, los reyes no estaban en casa y la muchacha se quedó sola en palacio. Entonces escudriñó todos los rincones, miró todas las habitaciones y cámaras que quiso y llegó finalmente a una vieja torre. Subió la estrecha escalera de



caracol y llegó ante una pequeña puerta. En la cerradura había una llave oxidada, y cuando le dio la vuelta, la puerta se abrió y en el pequeño cuartito estaba sentada una vieja con un huso que hilaba hacendosamente su lino.

—Buenos días, anciana abuelita —dijo la hija del rey—. ¿Qué haces?

—Estoy hilando —contestó la vieja meneando la cabeza.

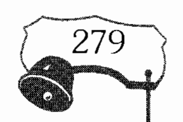
—¿Qué cosa tan graciosa es eso que salta tan alegremente? —dijo la muchacha, cogiendo el huso y queriendo también hilar.

Apenas había tocado el huso, se cumplió el conjuro y se pinchó con él en el dedo. En el preciso momento en que sintió el pinchazo, cayó sobre la cama que allí había y se sumió en un profundo sueño. Y el sueño se enseñoreó de todo el palacio; el rey y la reina, que acababan de llegar y habían entrado en el salón real, empezaron a dormir y toda la corte con ellos. Se durmieron también los caballos en el establo, los perros en el patio, las palomas en el tejado, las moscas en la pared, e incluso el fuego que chisporroteaba en el fogón se calló y se durmió, y el asado dejó de asarse, y el cocinero que quería tirarle de los pelos al pinche, porque había tenido un descuido, lo dejó y se durmió. El viento se calmó y en los árboles delante de palacio no se movió una hoja más.

Alrededor del palacio comenzó a crecer un gran seto de espinos que cada día se hacía más grande, y finalmente cubrió todo el palacio y creció por encima de él, de tal manera que no se podía ver nada de él, ni siquiera la bandera del tejado. Por el país corrió la leyenda de la Bella Durmiente del Bosque, que así llamaban a la hija del rey, de tal manera que de tiempo en tiempo llegaban hijos de reyes y querían penetrar en el castillo a través del seto. Pero no era posible, pues las espinas los sujetaban como si tuvieran manos, y los jóvenes se quedaban allí prendidos, no se podían librar y morían de una muerte atroz.

Pasados muchos años llegó un príncipe al país y oyó cómo un anciano hablaba del seto de espinas y decía que detrás debía haber un palacio en el cual la maravillosa hija del rey, llamada la Bella Durmiente, dormía desde hacía cien años, y con ella dormían también el rey y la reina y toda la corte. El sabía también por su abuelo que habían venido muchos hijos de reyes y habían intentado atravesar el seto de espinas, pero que se habían quedado allí prendidos y habían tenido un triste final. A esto dijo el joven:

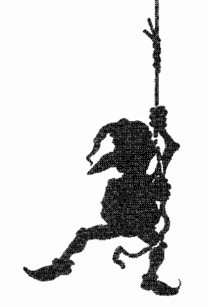
—No tengo miedo, yo quiero entrar y ver a la Bella Durmiente.



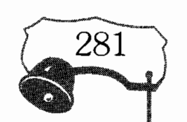
El buen anciano le quiso hacer desistir de su empeño, pero él no hizo caso alguno de sus palabras.

Habían transcurrido ya los cien años, y había llegado el día en el que la Bella Durmiente tenía que despertar. Cuando el hijo del rey se aproximó al seto de espinas, no había más que grandes y hermosas flores que se hacían a un lado por sí mismas y le dejaban pasar indemne. Cuando hubo pasado, se volvieron a transformar en seto. En el patio de palacio vio a los caballos y a los perros de caza a manchas tumbados durmiendo; en el tejado estaban las palomas, que habían escondido la cabecita bajo el ala. Y cuando llegó a la casa, las moscas dormían en la pared, el cocinero en la cocina tenía todavía la mano como si quisiera agarrar al pinche y la sirvienta estaba sentada ante el gallo negro que tenía que desplumar. Siguió adelante y vio en el salón a toda la corte tumbados y durmiendo, y en el trono estaban durmiendo el rey y la reina. Siguió avanzando y todo estaba tan silencioso que podía oír su propia respiración; finalmente llegó a la torre y abrió la puerta del pequeño cuarto en el que dormía la Bella Durmiente.

Allí yacía ella, y era tan hermosa, que no pudo apartar la mirada, se inclinó y le dio un beso. Cuando la rozó con el beso, la Bella Durmiente abrió los ojos, se despertó y le miró dulcemente. Luego descendieron juntos, y el rey se despertó y la reina y toda la corte, y se miraban unos a otros con ojos atónitos. Y los caballos se levantaron en el patio, los perros de caza saltaron meneando el rabo, las palomas en el tejado sacaron la cabeza de debajo del ala, miraron a su alrededor y volaron en dirección al campo; las moscas siguieron arrastrándose en la pared; el fuego en la cocina se enderezó y llameó e hizo la comida; el asado comenzó de nuevo a asarse, y el cocinero le dio al pinche una bofetada que le hizo gritar, y la sirvienta desplumó al gallo. Y se celebró la lujosa boda del hijo del rey con la Bella Durmiente, y vivieron felices hasta el fin de sus días.



Fundevogel.



Presa de pájaro

Erase una vez un guardabosques que fue a cazar al bosque y cuando llegó a él oyó un grito como de un niño pequeño. Siguió la dirección que le marcaban los gritos y se encontró, por fin, ante un alto árbol en cuya copa estaba sentado un niño pequeño. La madre se había dormido con el niño bajo el árbol y un ave de rapiña que lo vio en su regazo voló hasta ellos, se lo quitó con el pico y lo colocó en lo alto del árbol.

El guardabosques trepó al árbol, bajó al niño y pensó: «Llévate el niño a casa y lo criarás con tu pequeña Lenchen *.»

Lo llevó a casa y los dos niños crecieron juntos. Pero como había sido encontrado en un árbol y lo había llevado un pájaro, le puso el nombre de *Presa de pájaro*. Presa de pájaro y Lenchen se querían tanto que cuando uno no veía al otro se ponía triste.



El guardabosques tenía una vieja cocinera, que una tarde cogió dos cubos y comenzó a acarrear agua, y no fue sólo una vez sino muchas a la fuente. Lenchen vio todo esto y dijo:

—Oye, vieja Sanne, ¿para qué traes tanta agua?

—Si no se lo dices a nadie, te lo contaré.

Lenchen dijo que no se lo contaría a nadie. A esto dijo la cocinera:

—Mañana temprano, cuando el guardabosques vaya de caza, herviré agua y, cuando esté la marmita en ebullición, echaré a Presa de pájaro dentro y lo cocinaré.

A la mañana siguiente, muy

temprano, se levantó el guardabosques y se fue de caza, y cuando ya estaba lejos, los niños seguían todavía en la cama. Entonces Lenchen le dijo a Presa de pájaro:

—Si no me abandonas, yo tampoco te abandonaré.

Presa de pájaro dijo:

—Nunca, nunca en mi vida.

Entonces dijo Lenchen:

—Te lo diré solamente a ti: la vieja Sanne acarreó ayer por la tarde mucha agua a casa; yo le pregunté por qué hacía eso y ella me respondió que si yo no se lo decía a nadie, ella me lo contaría, y dijo que mañana por la mañana, cuando padre estuviera de caza, haría que la marmita llena de agua entrara en ebullición y

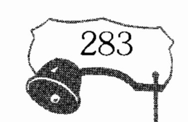


te echaría a ti dentro para cocerte. Vamos a levantarnos rápidamente y a marcharnos juntos.

Así pues, los niños se levantaron, se vistieron rápidamente y se marcharon.

Cuando el agua hervía en la marmita, la cocinera fue a los dormitorios para coger a Presa de pájaro y echarlo dentro. Pero cuando entró y se acercó a las camas, ya se habían marchado los dos niños. Entonces le entró un miedo tremendo:

—¿Qué voy a decir cuando regrese a casa el guardabosques y vea que los niños se han ido? ¡Rápido, ve detrás de ellos a ver si todavía los alcanzas!



A continuación envió la cocinera a tres siervos tras ellos; tenían que apresurarse y alcanzar a los niños. Los niños estaban sentados ante el bosque cuando vieron correr a los tres siervos. Lenchen le dijo a Presa de pájaro:

—Si no me abandonas, yo tampoco te abandonaré.





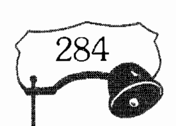
A esto respondió Presa de pájaro:

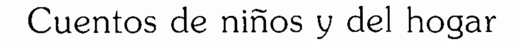
—Nunca, nunca en mi vida.

Entonces dijo Lenchen:

—Conviértete en rosal y yo seré una de tus rosas.

Cuando los tres siervos llegaron al bosque, allí no había más



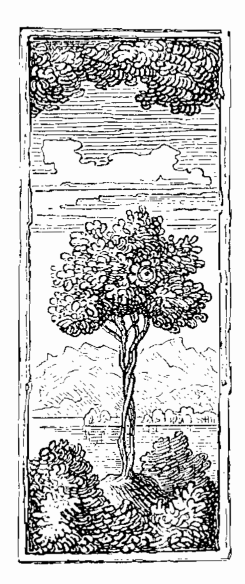




que un arbusto de rosas y una rosita en él, pero los niños no estaban en lugar alguno. Entonces se dijeron:

—Aquí no hay nada que hacer —y volvieron a la casa y le dijeron a la cocinera que no habían visto por el mundo más que un rosalito con una rosita. La vieja les regañó:

—¡Estúpidos! Deberíais haber partido el rosal y cortado la rosa y habérmelos traído a casa. ¡Rápido, hacedlo!



Tuvieron que salir de nuevo y buscar. Los niños los vieron venir a lo lejos, y entonces exclamó Lenchen:

—Si no me abandonas, yo tampoco te abandonaré.

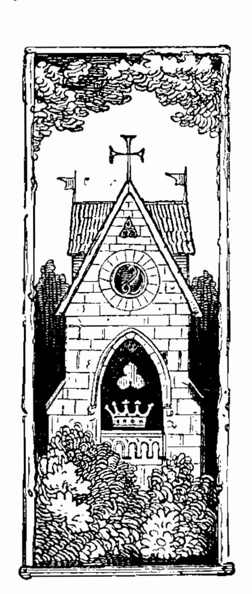
Presa de pájaro dijo:

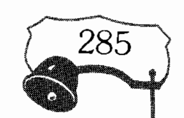
—Nunca, nunca en mi vida.

Y dijo Lenchen:

—Transfórmate en capilla y yo en una corona dentro de ella.

Cuando llegaron los tres siervos, allí no había más que una iglesia y una corona.





—¿Qué hacemos aquí? —se dijeron entre sí—. Vámonos a casa.

Cuando llegaron a casa, preguntó la cocinera si no habían encontrado nada y ellos dijeron que no, nada más que una capilla en la que había una corona.

—¡Estúpidos! —les insultó la cocinera—. ¿Por qué no habéis roto la capilla, y me habéis traído la corona a casa?

A continuación se puso ella misma en marcha y fue con los tres sirvientes detrás de los niños. Los niños vieron, sin embargo, venir de lejos a los tres siervos y a la cocinera tambaleándose detrás de ellos. Entonces dijo Lenchen a Presa de pájaro:

—Si no me abandonas yo tampoco te abandonaré.

—Nunca, nunca en mi vida —respondió Presa de pájaro.

Lenchen añadió:

—Conviértete en estanque y yo en pato encima de él.

La cocinera se acercó y cuando vio el estanque se agachó y quiso bebérselo. Pero el pato llegó nadando a toda velocidad, la cogió con el pico por la cabeza, la arrastró hasta dentro del agua y la vieja bruja se ahogó. Entonces los niños se fueron a casa muy contentos, y si no han muerto, todavía viven.





Títulos publicados

Charles Perrault
Cuentos de antaño

Lyman Frank Baum
El maravilloso mago de Oz

Carlo Collodi
Las aventuras de Pinocho

Antonio Rodríguez Almodóvar
Cuentos al amor de la lumbre (I y II)

Alexandr Nikoláievich Afanásiev
Cuentos populares rusos (I, II y III)

Mark Twain
Las aventuras de Tom Sawyer

Kenneth Grahame
El viento en los sauces

Lewis Carroll
Las aventuras de Alicia

Johanna Spyri
Heidi

Anónimo
Cuentos populares azerbaidjanos

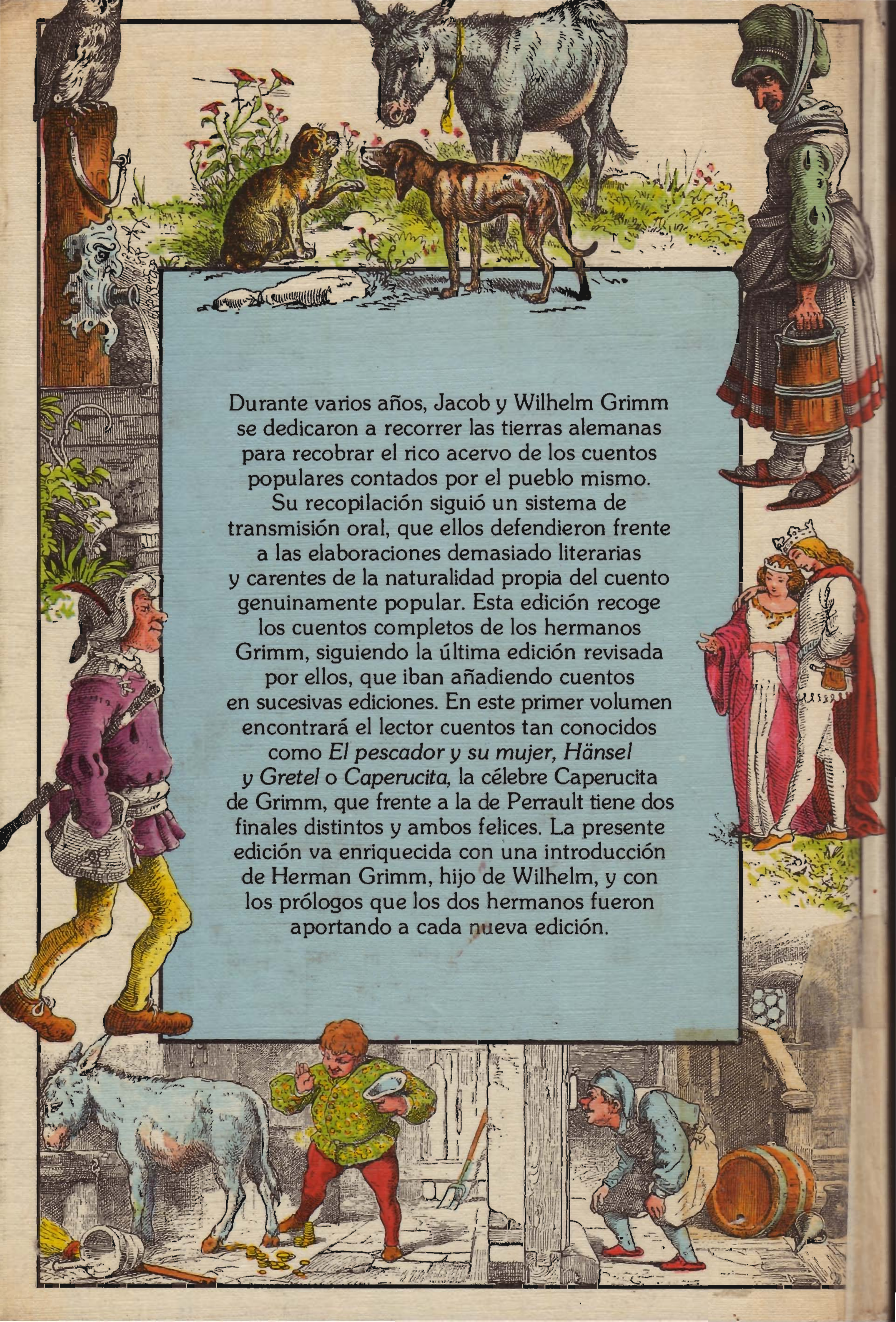
José María Sánchez-Silva
Marcelino Pan y Vino

Félix Salten
Bambi

Jacob y Wilhelm Grimm
Cuentos de niños y del hogar (I)







Durante varios años, Jacob y Wilhelm Grimm se dedicaron a recorrer las tierras alemanas para recobrar el rico acervo de los cuentos populares contados por el pueblo mismo. Su recopilación siguió un sistema de transmisión oral, que ellos defendieron frente a las elaboraciones demasiado literarias y carentes de la naturalidad propia del cuento genuinamente popular. Esta edición recoge los cuentos completos de los hermanos Grimm, siguiendo la última edición revisada por ellos, que iban añadiendo cuentos en sucesivas ediciones. En este primer volumen encontrará el lector cuentos tan conocidos como *El pescador y su mujer, Hänsel y Gretel* o *Caperucita,* la célebre Caperucita de Grimm, que frente a la de Perrault tiene dos finales distintos y ambos felices. La presente edición va enriquecida con una introducción de Herman Grimm, hijo de Wilhelm, y con los prólogos que los dos hermanos fueron aportando a cada nueva edición.